

COLECTIVISMO Y TRADICIÓN EN EL MUNICIPIO DE RABANALES



Pedro Gómez Turiel

**COLECTIVISMO Y TRADICIÓN
EN EL MUNICIPIO DE RABANALES**

Pedro Gómez Turiel

COLECTIVISMO Y TRADICIÓN EN EL MUNICIPIO DE RABANALES



**AYUNTAMIENTO
DE
RABANALES**



Editan: Ayuntamiento de Rabanales y Fundación Fomento Hispania.

Autor: Pedro Gómez Turiel.

Imagen de portada: *La Puente de Fradellos* (acuarela de Ramón Revenga).

ISBN: 978-84-697-4693-6

Depósito Legal: ZA 98-2017

Imprime: Imprenta Centenera (Zamora).

PRESENTACIÓN

El libro que tienes en tus manos responde a dos necesidades. La primera de ellas es la que todo pueblo tiene de ahondar en sus raíces y en su cultura. La segunda es la de rescatar, aunque solo sea sobre el papel, las viejas costumbres de nuestra tierra, esas que poco a poco se nos van.

Por eso, desde la institución que presido, hemos tratado de poner en valor nuestras tradiciones también mediante esta publicación, que recopila y divulga una parte importante del acervo cultural de los seis pueblos que constituyen el municipio de Rabanales.

Pedro, el autor de este trabajo, con quien desde hace tiempo venimos colaborando y a buen seguro lo seguiremos haciendo en el futuro, nos ofrece un estudio muy completo, elaborado a partir de los testimonios dados por los vecinos del municipio. El libro incluye una descripción minuciosa de algunas de las prácticas y formas de vida tradicionales que, aunque a los más mayores les resultan familiares, seguramente para muchos jóvenes son totalmente desconocidas.

Somos alistanos y estamos orgullosos de ello, pero no es suficiente con eso. Es necesario que todos, cada uno en la medida de sus posibilidades, luchemos y trabajemos unidos por esta tierra, y una parte de ese esfuerzo debe dedicarse a la recuperación de nuestras tradiciones, en definitiva, de nuestra cultura. En esa labor tienen mucho que decir precisamente los jóvenes, los pocos que quedan en Aliste, para los que este libro puede ser una buena herramienta.

En cualquier caso, el libro se dirige a todos: a los vecinos, a los alistanos en general, a quienes nos visitan y a cualquier persona que quiera conocer cómo era nuestra comarca y municipio hace solo unas décadas, dada la considerable transformación que ha experimentado la sociedad alistana en los últimos años.

Domingo Ferrero Cruz
Alcalde de Rabanales

PRÓLOGO

-*¡Condenao rapá, te has quedao esleto!*- Apoyado en mi pequeña *cayata* apenas prestaba atención a las palabras de mi abuelo. Su rebaño pastaba junto a la antigua carretera del puente Pisón, por donde en aquel mismo instante había aparecido el 4L amarillo de mis padres que me devolvería a la ciudad.

Aquel mundo, que se alejaba de mí a través de la luna trasera del coche, languidecía silencioso ante el avance implacable de una modernidad mal entendida. Sus cimientos, asentados con el esfuerzo de innumerables generaciones, empezaban a resquebrajarse y por sus grietas se escapaban a raudales siglos de cultura y tradición.

Este libro, querido lector, trata precisamente de eso, de grietas sin sellar, de brechas que se acrecientan, de fracturas que desgarran para despertar la memoria de nuestros protagonistas. Destinatarios y mensajeros cotidianos que a lo largo de las páginas veremos pasar, en ocasiones deslizándose sutilmente ante nosotros: mujeres que en noches distendidas hilaban conversaciones, pastores temerosos que *ojean* feroces enemigos, *rapaces* que se *empurriscan* a los árboles de sus vidas, sigilosos contrabandistas atrapados en una constante huida y así un sinfín de personajes, historias, experiencias, mitos, ritos, prácticas que se agolpan en nuestra memoria individual pero también colectiva, como piezas de un puzle que por separado representan pequeños fragmentos del pasado pero que al unirlos conforman una imagen clarificadora de nuestro presente.

En la tarea de reconstruir ese puzle, ensamblando minuciosamente parte de sus piezas, es de justicia reconocer el trabajo riguroso y preciso de Pedro, quien pone certera voz a una memoria sobria y vibrante, la nuestra, que mana desde íntimos rincones, conservados en “neveros del tiempo que al cariño se deshuelan” para no caer en el olvido.

Y también es obligado agradecer a todos los abuelos que han construido el relato de este libro mientras veían alejarse a sus nietos con caritas implorantes sumidas en la luna trasera de un coche, que les devolvería a la ciudad.

Roberto Tola Tola

INTRODUCCIÓN

Mis primeras palabras no pueden ser sino de agradecimiento a todas las personas que me han ayudado a realizar este trabajo. En realidad ellos son sus verdaderos autores. Yo únicamente me he limitado a recoger la información que guardaban en su memoria, y aún se me habrán escapado muchas cosas. Otras las habré entendido mal, por lo que pido disculpas de antemano. Pero, incluso así, ha merecido la pena. El cariño de esta gente y la pasión con la que viven esos recuerdos que compartieron conmigo han transformado mi labor en un auténtico placer. No menciono a todos los informantes por temor a olvidarme de alguno; de hecho, en algunas localidades he podido hablar con casi todos los vecinos del pueblo. He conversado con pastores (algunos de ellos trashumantes), con agricultores que araron con *la pareja* de vacas y molieron en los molinos de agua, también con quienes lavaron en el río y cultivaron el lino. Todos tenían algo interesante que contar, así que mi propósito no fue otro que intentar acceder a una pequeña parte de su sabiduría.

Agradezco también el apoyo prestado por la fundación Fomento Hispania, que creyó desde el primer momento en este proyecto, e igualmente al Ayuntamiento de Rabanales, en particular a Domingo Ferrero, quien además me puso en contacto directo con muchos de los informantes y me facilitó el acceso a otros.

Asimismo estoy en deuda con José Cruz, de Mellanes, y con Juan José Rivas, de Ufones, quienes me acompañaron en mis visitas a sus localidades, en las que gracias a su empeño resultó muy sencillo hablar con los vecinos. Se nota cuando quieres a tu pueblo. Extiendo mi gratitud a Roberto Tola, José Lorenzo Fernández, Juan Carlos González y Emilio Pérez,

amigos y colaboradores, cuyas sugerencias y aportaciones han enriquecido enormemente el resultado final de este trabajo. Agradezco igualmente, cómo no, a mi compañera Patricia por su exhaustiva revisión de los textos.

Me gustaría que la publicación de este libro sirviese para dar a conocer algunas de las tradiciones y costumbres de nuestros pueblos, así como los sistemas de organización social que regían en ellos hace solo unas décadas. Dado que el medio rural no pasa por su mejor momento —eso en Aliste lo sabemos bien—, parece oportuno rescatar una parte de lo que fuimos, a fin de poder reflexionar serenamente sobre lo que somos y así con mejor criterio decidir lo que queremos ser en el futuro.

Metodología empleada

La fuente de información que he utilizado para la confección de este trabajo han sido los vecinos de Fradellos, Grisuela, Matellanes, Mellanes, Rabanales y Ufones, las seis localidades que forman parte del municipio de Rabanales. Como toda fuente, ésta tiene sus limitaciones, entre otras la subjetividad o la falta de precisión en ciertos datos ofrecidos, debida normalmente al tiempo transcurrido desde que tuvo lugar lo narrado. Lo mismo que nos ocurre cuando trabajamos con fuentes escritas, aunque a veces el papel nos hace creer que nunca miente.

Por tanto, el contenido del libro procede de los testimonios obtenidos sobre el terreno, salvo cuando se indica expresamente otra cosa, casi siempre en nota al pie, ya que en paralelo al trabajo de campo realicé una revisión bibliográfica que me permitió identificar aquellas cuestiones que no han sido tan estudiadas, al menos en esta zona. Además me sirvió para comparar los datos que iba obteniendo con lo que se documenta en otros lugares. Una de las obras consultadas fue, naturalmente, *Aliste visto desde Rabanales*, que contiene abundante información sobre esta localidad. Por ello, he tratado de no repetir y a la vez complementar lo ya expresado por José Rivas en ese trabajo.

El formato en el que se desarrolló la labor de recogida de información fue una serie de encuentros, realizados normalmente en un

local público y a una hora acordada, a los que se invitaba a participar formal e informalmente a todo el pueblo. Por mediación del Ayuntamiento, se colocaron inicialmente en todos los pueblos carteles que anunciaban el desarrollo del proyecto y al mismo tiempo pedían la colaboración de los vecinos. También se comunicó de palabra a varias personas de las diferentes localidades para que lo difundieran entre sus convecinos y promoviesen la participación. Enseguida comenzaron estas reuniones, en las que todos los participantes nos sentábamos en torno a una mesa (en invierno al calor de la *lumbre* o de una estufa), para hablar sobre *las costumbres de antes*. También pude entrevistar a algunos informantes en su propia casa e incluso obtuve bastante información en conversaciones informales en la calle.



Presentación del proyecto a algunos de los informantes de Matellanes
(foto de Domingo Ferrero).

La primera de estas reuniones tuvo lugar el día tres de enero de 2016 en *la Casona* (antigua casa de la maestra) de Ufones, y las últimas se realizaron ya a comienzos de 2017. Me parecía importante intercalar mis

visitas a unas y otras localidades, que en total fueron 38, en vez de agotar todos los asuntos en una y pasar a la siguiente. De esta manera siempre podía volver para contrastar determinadas informaciones que iba obteniendo en otros lugares. Proceder así fue también muy oportuno porque en algunas conversaciones surgieron cuestiones de interés por las que no había preguntado en el resto las localidades, y de ese modo tuve ocasión de hacerlo más adelante.

Partía en todo momento de un amplio cuestionario que incluía preguntas relacionadas con cada uno de los asuntos que me interesaba tratar. Estos temas los había escogido teniendo en cuenta las particularidades del territorio en el que se iba a desarrollar la investigación, pues en Aliste es inevitable hablar de la trashumancia, del contrabando, de las costumbres comunales o del lobo, aunque también me interesé por cuestiones más locales, como la tradicional feria del *Quince* de Rabanales o la Fuente Fidionda de Grisuela.

Pero haber utilizado un cuestionario no implicó una rigidez en la elección de los temas a tratar. Preferí dejar hablar al que sabe, de modo que algunas cuestiones sugeridas por los informantes se fueron incorporando al cuestionario, e incluso al contenido del libro. Inevitablemente, en la publicación solo incluyo unos cuantos temas seleccionados de entre todo el volumen de información recogida, a cada uno de los cuales dedico un capítulo, lo que supone dejar fuera otros tantos igualmente interesantes¹.

Las fotografías que acompañan al texto son propias, a excepción de aquellas en las que se señala otra procedencia. También he incluido la imagen de alguna noticia de la época, referida naturalmente a las cuestiones que se tratan en el correspondiente capítulo.

¹ Por ejemplo, no hablo del cultivo y tratamiento del lino ni del cereal, ni tampoco de los *filandares*, *hilandares*, *hilanderos* o *seranos*, por tratarse de cuestiones que ya aparecen descritas con minuciosidad en otros trabajos referidos a la comarca.

La memoria. Otros tiempos.

Los datos que más me interesaban, aquellos relativos a las costumbres, al colectivismo y a las formas de vida tradicionales, se refieren a un momento del pasado que, según el caso, puede encontrarse ya bastante alejado en el tiempo. Muchos de los testimonios obtenidos remiten a mediados del siglo XX, e incluso a décadas anteriores, lo que requería la presencia de personas de cierta edad. De hecho, algunas de las costumbres que se describen solo son conocidas ya por los más ancianos.



Las faenas del campo tuvieron un papel protagonista dentro del conjunto de la información obtenida (foto cedida por Juan José Rivas).

Aunque los informantes reconocían que fueron tiempos difíciles, la evocación de aquellos años se presentaba siempre cargada de nostalgia. Pese a la dureza de los trabajos del campo, entonces aún sin mecanizar, *antes había mucha alegría*, como me decían en Fradellos. Los valores de antaño se ponían de manifiesto continuamente. *Antes se aprovechaba todo*, fue una frase muy repetida en la conversación. Insistían también en que *antes todo sabía mejor*, incluso los *tordos*, que *los pruebas ahora y no gustan*.

Tanto retrocedimos en el tiempo que, a veces, lo relatado ni siquiera se había vivido en primera persona, sino que fue contado por

padres o abuelos. Es el caso de la terrible granizada que hace más de un siglo asoló Matellanes, de la que se hablará en el octavo capítulo. Aunque ninguno de los informantes del pueblo había nacido cuando tuvo lugar, todos ofrecían informaciones muy detalladas del suceso. Sin duda aquel hecho tuvo tanta transcendencia que las generaciones que lo sufrieron se encargaron de incorporarlo a la memoria colectiva, donde aún permanece.

En relación a esto, incluso los informantes de más edad reconocían que la vida de las generaciones anteriores fue diferente a la suya, desde luego más dura. Me decían que aquellas gentes *conocieron más cosas*. De hecho, alababan continuamente su capacidad para resolver problemas complejos con pocos medios y soluciones ingeniosas: *antes eran muy listos*, recalcaban.



Compartiendo información en Ufones (foto de Domingo Ferrero).

Pero, como ya adelanté, siempre que se trabaja a partir de la memoria se ha de luchar contra un importante hándicap: el tiempo que ha pasado desde que tuvieron lugar los acontecimientos remembrados. El paso de los años no borra los recuerdos considerados más importantes, pero sí puede ir desdibujándolos. Por eso ha sido tan importante la presencia simultánea de varios informantes, pues a menudo se corregían unos a otros, limando así, entre todos, esas imprecisiones.

Capítulo 1

EL COLECTIVISMO

Aliste es sinónimo de colectivismo, tanto en lo relativo a la propiedad del suelo como por la existencia de determinadas prácticas que, de manera perfectamente organizada, realizaban los miembros de cada una de sus pequeñas comunidades. Esto ya lo puso de manifiesto Santiago Méndez Plaza hace más de un siglo, en su célebre obra *Costumbres comunales de Aliste*. Desde que este trabajo se publicó, el colectivismo ha sido uno de los aspectos que más ha identificado a la comarca, al menos desde el ámbito académico. Sin embargo, el estudio de la organización comunitaria en Aliste no ha tenido demasiada continuidad¹, pese a que la magnífica obra de Méndez Plaza desatiende ciertas manifestaciones del comunitarismo alistano, al mismo tiempo que centra su atención únicamente en la parte occidental de la comarca, con seguridad porque se trata de la que ha conservado las mejores muestras de colectivismo agrario².

En definitiva, este trabajo pionero, que más tarde se reprodujo parcialmente en el segundo volumen de *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, de Joaquín Costa, ha sentado cátedra de tal

¹ No ha sucedido así en Sayago, por ejemplo, donde al trabajo de Joaquín Costa (1902) lo han sucedido los de Ángel Cabo (1956), José María Arguedas (1968) y más recientemente los de Luis Ángel Sánchez (1991) y María de los Ángeles Martín (1991).

² Pese a ello, Méndez Plaza (1900: 58) menciona a Matías del Río, de Rabanales, entre sus informantes.

manera que con él parecen haberse dado por concluidas las investigaciones sobre el colectivismo en Aliste³.

Solo algunas obras misceláneas, normalmente de ámbito local y casi todas muy posteriores al momento en que se escribió *Costumbres comunales de Aliste*, aportan información nueva sobre las manifestaciones colectivistas de la comarca. Ese es uno de los motivos que me ha llevado a tratar de profundizar en este asunto, que bien merece que se le dedique todo un apartado de este libro, aunque el lector se dará cuenta de que, en realidad, algunas de estas prácticas se describen en otros capítulos por guardar relación con su tema principal. Es el caso, por ejemplo, de los *ojeos*, de los que se hablará al tratar sobre el lobo. Así, los datos que recojo pienso que pueden complementar en alguna medida lo ya expuesto en *Costumbres comunales de Aliste*, pese a que muchas de las manifestaciones del colectivismo alistano que se van a reseñar solo se conservan ya en la memoria de las personas de cierta edad. De hecho, alguna de las prácticas que analiza Méndez Plaza había desaparecido ya en los años que dicha memoria alcanza.

De particular interés pueden resultar las informaciones que se van a ofrecer sobre la pervivencia actual, en el siglo XXI, del antiguo colectivismo en cada uno de los seis pueblos del municipio, aunque su presencia sea ya prácticamente testimonial.

El concejo

Las prácticas comunitarias que veremos se articulan en su mayoría a través del concejo, que no es otra cosa que el órgano que representaba a la

³ La obra merece, en todo caso, una revisión crítica. Desde luego recoge algunas exageraciones, especialmente cuando se refiere a la exigüidad de la propiedad privada en Aliste (Méndez Plaza, 1900: 56). Tales afirmaciones, naturalmente, son dadas por buenas en trabajos posteriores (Arguedas, 1968: 34, 245), pero basta con ojear las respuestas particulares del Catastro de Ensenada de cualquier localidad alistana, o las numerosas ventas entre particulares que se conservan en los protocolos notariales de la misma época, para comprobar la dimensión que ya entonces alcanzaba la propiedad privada en esta tierra.

comunidad, es decir, al conjunto de los habitantes del pueblo. Todos ellos formaban parte del concejo, con el alcalde a la cabeza⁴, aunque a las convocatorias solamente acudía un único representante por cada casa⁵.



Cuaderno de *cuentas del pueblo y aguas* (Mellanes).

A esta institución, más o menos oficiosa, se superponía otra: el ayuntamiento. Ésta era la encargada de las cuestiones más formales, como los asuntos oficiales o administrativos que tenían que ver con cualquiera de los pueblos del municipio⁶. En la práctica, concejos y ayuntamiento se complementaban en el cumplimiento de sus atribuciones o competencias.

⁴ Éste se denomina normalmente *alcalde*, pero cuando se quiere precisar más, sobre todo para diferenciarlo del alcalde-presidente del ayuntamiento, se habla del *alcalde pedáneo*. En Rabanales, localidad en la que casi siempre convivían uno y otro alcalde, los informantes se refirieron al del pueblo o concejo como *alcalde pedáneo*, pero también como *alcalde de barrio*.

⁵ Se consideraba que *por cada puerta abierta* había un vecino, independientemente del número de ocupantes de la casa. Era común que el pueblo cobrase a los forasteros que pretendían avecindarse en él, aunque solo en Mellanes y Grisuela recordaban cuál era el impuesto que la tradición establecía: un cántaro de vino.

⁶ Mellanes se incorporó al municipio de Rabanales mediante el decreto 1192/1973, de 19 de mayo, pues anteriormente formaba parte del de Ceadea, desmantelado en ese momento.

No se mencionó ningún caso de conflicto entre ambos por cuestiones competenciales, lo que no quiere decir que no los hubiera, pero desde luego parece que todos tenían claro el reparto de papeles. Al mando del ayuntamiento estaba el alcalde-presidente, cargo ocupado desde que se recuerda por diferentes vecinos del pueblo de Rabanales⁷, localidad que no por ello dejaba de disponer de su correspondiente alcalde pedáneo, cuya labor se limitaba a los asuntos de concejo⁸.

Resulta llamativo este ensamblaje entre el concejo, una institución que había conseguido sobrevivir al paso del tiempo, y otra mucho más reciente, como es el ayuntamiento. Lo mismo se puede decir respecto del alcalde-presidente y los alcaldes de cada pueblo o concejo, máxime cuando éstos no solían formar parte de la corporación municipal, aunque en todo momento debían coordinarse con ella. Además, la propia designación de los alcaldes pedáneos correspondía normalmente al alcalde-presidente, normalmente con el beneplácito del vecindario⁹. El alcalde del concejo llegó a describirse en Rabanales como *un pinche* del alcalde-presidente, ya que únicamente *hacía lo menudo*: comunicaba al pueblo las novedades (cuando las había) a la salida de misa, organizaba los cotidianos trabajos en común y hacía cumplir lo que podríamos denominar el derecho

⁷ Lo mismo ocurría con el Juez de Paz. Sin embargo, aunque no lo recordaban ya con exactitud, los informantes de Grisuela tenían conocimiento de que antiguamente el municipio tuvo algún alcalde de otra localidad. Al parecer así fue, pues en Rabanales me aseguraron que en 1926, año en el que se construyó la escuela y llegó la luz al pueblo, el alcalde-presidente era Esteban Blanco (*el ti Estebica*), de Matellanes.

⁸ En otros municipios no se daba esa duplicidad. Por ejemplo, en Riofrío de Aliste (en adelante, Riofrío) el alcalde-presidente lo era también del concejo (Rodríguez Fernández, 1991: 496), igual que ocurría en Terroso (Rodríguez Iglesias, 2013: 43).

⁹ En Rabanales me decían que el secretario del ayuntamiento, cuya influencia dentro del consistorio solía ser notable, acostumbraba a asesorar al alcalde en esta elección. Únicamente en Mellanes se elegía al alcalde del pueblo mediante votación de los vecinos. Se hacía en un concejo y sin candidaturas previas. No he podido saber si este procedimiento era verdaderamente tradicional, ya que la elección más antigua de la que se tiene constancia tuvo lugar en los años 70, cuando ya se había instaurado la democracia en España, pues el alcalde anterior lo había sido durante muchos años y nadie recuerda cómo tuvo lugar su designación. Puede que fuera también por votación, pues más recientemente los alcaldes-presidentes han nombrado personalmente al alcalde pedáneo, en contra de la voluntad de algunos vecinos, que querían someter esa decisión al voto del pueblo.

consuetudinario del pueblo, dejando en todo caso *las cosas gordas* para el alcalde-presidente, cuya labor era más institucional. Por ejemplo, era él y no otro quien recibía al Gobernador Civil cuando éste visitaba el municipio.

Pero a este puzle le falta una pieza de la que aún no se ha hablado: se trata del concejal que representaba a su pueblo en el ayuntamiento, cargo que normalmente no era ocupado por el alcalde pedáneo, sino por otro vecino de la misma localidad¹⁰. El *concejal* de cada pueblo, pues así mismo era llamado, participaba de la actividad municipal, fundamentalmente asistía en las sesiones plenarios del ayuntamiento, pero apenas intervenía en las cuestiones del concejo, labor que quedaba en manos del alcalde pedáneo¹¹. No obstante, dado que en el municipio era mayor el número de concejales que el de localidades, el resto de concejalías solían estar ocupadas por vecinos de Rabanales, lo que aseguraba a este pueblo una mayor representación en el gobierno municipal.

A lo largo del siglo XX, conforme la organización de los trabajos comunales y la propia institución concejil se iban debilitando (a causa del abandono de algunos aprovechamientos tradicionales y la pérdida de población de las comunidades, entre otros factores¹²), la figura del alcalde pedáneo o del concejo fue perdiendo poco a poco su utilidad e incluso su autoridad. En Fradellos me decían que llegó un momento en que en el

¹⁰ En la actualidad, sin embargo, ambos cargos (alcalde pedáneo y concejal) se han fusionado en uno solo. Ahora los alcaldes de cada una de las localidades, sin que exista obligación alguna de que sean concejales del ayuntamiento, lo suelen ser siempre que el equipo de gobierno disponga del suficiente número de ediles.

¹¹ Algunos informantes aseguraron que el concejal, eso sí, actuaba en ocasiones como *ayudante* del alcalde pedáneo. En Mellanes me decían que también este cargo era elegido por los vecinos del pueblo.

¹² Pregunté a mis informantes sobre el porqué del desmantelamiento de la organización concejil en sus pueblos. La mayor parte de los cambios experimentados por estas comunidades rurales a lo largo del siglo actuaron en sentido contrario a su conservación. El hecho de que algunas familias ya no se dedicasen a la agricultura y a la ganadería fue otro de los factores desestabilizadores: muchas de las actuaciones que realizaba el concejo solo beneficiaban ya a una parte del pueblo y, según varios testimonios, a veces eran esos mismos los vecinos que menos se implicaban en los trabajos colectivos.

pueblo *nadie quería ser alcalde*. La situación alcanzó tal extremo que la ocupación de dicho puesto se llegó a adjudicar mediante sorteo.



Antigua lista de los vecinos de Mellanes.

Sin embargo, durante mucho tiempo su papel fue trascendental para la comunidad, a la par que lo era el propio concejo, no solo en la defensa de los intereses del pueblo frente a lo que supusiese una amenaza para ellos, sino también en la coordinación de las numerosas tareas vecinales que era preciso realizar. Esta forma de organización permitía gestionar y aprovechar los recursos comunes así como disponer de determinados servicios que de manera individual resultaría demasiado costoso obtener.

Por *concejo* se entiende hoy, fundamentalmente, la tradicional reunión o asamblea vecinal en la que se trataban y debatían diferentes asuntos que afectaban al conjunto del pueblo. En estos encuentros también se planificaba la realización de los trabajos en los que participarían todos los vecinos. Cuando llegaba el momento de realizar dichas tareas se decía que los vecinos iban *de concejo* a trabajar juntos en lo que correspondiese.

Lo habitual no era que el alcalde congregase expresamente a los vecinos, sino que aprovechase la salida de misa, momento en el que todo el pueblo estaba reunido, para comunicar las cuestiones que fueran de interés para el vecindario¹³. Además, se planificaban los trabajos o aprovechamientos colectivos (reparación de caminos, limpieza de fuentes y *aguaderas*, corte de leña, etc.) que habrían de realizarse a lo largo de la semana. Pero si entre misa y misa tenía lugar algún acontecimiento o novedad importante, entonces era cuando el alcalde reunía de forma extraordinaria al pueblo para comunicar o tratar el asunto en cuestión. Estas reuniones o asambleas tenían lugar en la correspondiente Casa Concejo¹⁴, excepto en Rabanales, donde se utilizaba para ello el local en el que entonces se ubicaba el ayuntamiento, y en Grisuela, localidad en la que los *concejos* se realizaban en plena calle por carecer de Casa Concejo.

QUIÑONES DE LEÑA	
San Isidro Ferrero Toso	36
Juan Ferrero Toso	21
Carolina Ferrero Toso	25
Javi Cosme	40
Domingo Fernández del Bado	49
TERESA Fernández Toso	20
ISABEL Fernández Toso	82
TERESA RIVAS Balbuena	13
Bernardo Ansel Blanco	17
Harcelino Hoyal Blanco	31
Domingo Hoyal Tandi	56
Luis Blanco Fernández	81
Santiago Prieto Manch	23
Andrés Ojea Lario	26
Belén González Toso x	
Josefa Casimiro Tosal	4
Vicente González del Bado	86
Pilar Sautiego Galado	91
Domingo Alvarilla Calo	76
Progenio Peral Toso	10
Agustín Prieto Toso	88
Socorro Fernández Silva	16
Antonio Lasaola Rodríguez	83
Pedro Fagundes Martínez	29

Comunicación del *quiñón* de leña que corresponde a cada vecino (foto actual, Rabanales).

¹³ José María Arguedas (1968: 198) dedica unas líneas al declive que esta práctica experimentaba en Aliste (concretamente en San Vitero) a mediados del siglo XX.

¹⁴ Estos locales se utilizaban también para otros menesteres, organizándose incluso bailes en ellos. En Mellanes recordaban que el alcalde no cedía fácilmente la llave de la Casa Concejo a los jóvenes del pueblo: *había que llorarle mucho para que dejase hacer baile*.

A los concejos asistía una persona por cada casa habitada. Normalmente iba un hombre, aunque en su defecto, si no le era posible acudir por cualquier circunstancia, podía ir una mujer. En estas reuniones los temas a tratar eran muy diversos. Teodoro, uno de los informantes de Matellanes, recordaba un concejo en el que la maestra expuso sus quejas sobre el mal comportamiento de los *rapaces* del pueblo, ya que *no hacía vida de ellos*. En Rabanales me contaban que en estas reuniones los participantes *protestaban mucho*. Parece ser que toda innovación o novedad y, en general, cualquier decisión tomada por el alcalde, generaba bastante desconfianza entre el vecindario¹⁵.

Durante el invierno, época en la que las faenas del campo se reducían, era cuando se iba *de concejo* con mayor frecuencia. Los trabajos solían realizarse de mañana. A la tarde, una vez concluidos, llegaba la recompensa ofrecida por el concejo¹⁶ y verdaderamente apreciada por el vecindario: el vino y el *escabeche*. Varios informantes reconocían que los vecinos no siempre se esforzaban en exceso a la hora de realizar trabajos colectivos. Aun así, más o menos todos cumplían, movidos sobre todo por la costumbre y también por el *escabeche*. En todo caso, siempre se pasaba lista, y al vecino que no participase, salvo que la ausencia estuviera justificada, se le sancionaba.

En Ufones puntualizaron que, cuando una mujer viuda participaba en los trabajos vecinales, el vino lo recibía en su propia casa, pues estaba mal visto que una mujer lo bebiese a la vista de todos y junto a los hombres. Pero si la mujer había acudido en lugar de su marido, no existía este problema, pues era el esposo el que se beneficiaba del vino.

Tanto cuando se realizaba un *concejo* como cuando era preciso *ir de concejo*, la convocatoria se realizaba mediante toque de campana. El propio alcalde era el encargado de *tocar a concejo*. Este toque, que era ejecutado con una de las dos campanas de la iglesia (siempre la misma,

¹⁵ Estos testimonios recuerdan a aquellas palabras de Manuel Gómez Moreno (1927: 5) cuando se refiere a los alistanos de la época como «incapaces para recibir cosa buena de las evoluciones modernas».

¹⁶ Me resultó llamativo comprobar que los informantes casi siempre atribuían esta gratificación de manera personal a la figura del alcalde y no al concejo como institución.

normalmente la de mayor tamaño)¹⁷ y rápidamente identificado por el vecindario, solía consistir en dos repiquetes¹⁸.

Salidas	
El prado de Abiaeta	75,000
Sierra del chopo pa el abrebadero	8,000
puntas	7,000
Misa de la rendicion de Campos	2,000
Combite cuando el Anispo	4,000
Tage a Nestano por Caminos	260,000
Denuncia al coto	20,000
Misa de Santiago Fiesta	3,000
Gasto del vecindario 12 jornales Rivera	71,000
Telefono	2,000
El dia Entaneo gasto del pueblo	22,10
Destrozaron la Abagada	180,000
Abrebadero de la mapada	73,500
Viajes a Rabanales 3	2,000
Misa de San Isidro	3,000

Anotaciones en el cuaderno de *cuentas del pueblo* de Mellanes.

Cada concejo disponía de un presupuesto, aunque éste solía ser muy exiguo. Los ingresos procedían de lo que el pueblo subastaba (normalmente entre los propios vecinos) y de lo recaudado a través de las

¹⁷ Esa campana se empleaba tanto para cuestiones religiosas como civiles. En Rabanales, por ejemplo, tocaban a *concejo* siempre con la campana que llaman, por su sonido, *la Clarina*. La otra se denomina *la Fungueña*, aunque en la iglesia también se encuentra *el Campanín*. José Rivas (1986: 80-82) documenta en el siglo XVIII la fundición de esta campana, pagada a partes iguales por la parroquia y el concejo.

¹⁸ En Grisuela, sin embargo, se tocaban tres repiquetes con la campana grande, en ocasiones seguidos por tres campanadas, para reunirse y un repiquete con esa misma campana cuando se llamaba a trabajar *de concejo*.

multas impuestas a quien se había sorprendido realizando aprovechamientos no permitidos de pastos o leña. Sin embargo, lo ingresado apenas alcanzaba para sufragar pequeños gastos derivados de la actividad concejil, fundamentalmente la compra de comida y bebida (pan, *escabeche* y vino) que, como se dijo, se repartía entre los vecinos que habían realizado trabajos para la comunidad.

La disponibilidad de fondos era tan reducida que cuando el concejo tenía que hacer frente a un gasto extraordinario de cierta importancia se veía obligado a desprenderse de alguna propiedad. En estos casos solía subastarse entre los vecinos una pequeña porción de terreno comunal que pasaba a convertirse en una finca privada. Estos terrenos resultaban de utilidad para quien los adquiría, pero no tenían un especial valor para el conjunto del vecindario, que podía permitirse prescindir de ellos¹⁹.

Una de esas situaciones se dio en Ufones, cuando el pueblo cedió un terreno a un vecino en la zona del Molino Concejo a cambio del edificio que pasó a ser la Casa Concejo. El mismo pueblo tuvo que vender un pedazo de valle comunal en la Tuzona. Con lo obtenido por la venta se edificó la nueva escuela del pueblo y el vecino que lo compró pudo ampliar una finca que poseía inmediata a esos terrenos. Lo mismo ocurrió en Fradellos, donde la construcción de la nueva escuela y la remodelación de la Fuente obligaron al pueblo a subastar unas eras entre los vecinos. También para poder construir la escuela de Rabanales, en 1926, el pueblo se deshizo de varios terrenos comunales en los Baldíos, Cebal y algún otro lugar más. Otro caso paradigmático lo encontramos en Mellanes. En la zona de las Viguillinas se encuentran los llamados *Quiñones de la Luz*, denominación que se debe precisamente a que se trataba de un espacio comunal que el concejo dividió en parcelas que después vendió a los vecinos para poder sufragar la llegada de la luz eléctrica al pueblo²⁰.

Estas situaciones y otras similares, que se vendrían dando desde antiguo, propiciaban que la superficie de propiedad colectiva, aunque lentamente, se fuese reduciendo con el paso del tiempo. Sin embargo, otras circunstancias actuaron en sentido contrario, permitiendo que el

¹⁹ La misma situación se daba en otros lugares, como en Rio de Onor (Dias, 1953: 88).

²⁰ Casos idénticos se documentan en Sayago (Cabo Alonso, 1956: 637).

terreno comunal se incrementase. Me refiero, sobre todo, a las compras por parte de los pueblos de grandes espacios que antaño pertenecían a los marqueses de Alcañices. Los informantes de mayor edad tenían constancia de estas adquisiciones y también del esfuerzo que supuso para muchos vecinos hacer frente a ellas, aunque no las conocieron de primera mano, ya que tuvieron lugar en la época de sus padres o abuelos²¹.

Por lo que respecta a la vigencia actual de los antiguos concejos, hoy no existe en ninguno de los seis pueblos el concejo como institución. Este es el resultado de la decadencia en la que los concejos alistanos entraron hace ya unas cuantas décadas. Las funciones que desempeñaban, o bien han desaparecido, aunque no todas ellas por innecesarias, o bien han recaído en otras administraciones, sobre todo en el ayuntamiento.



Rehabilitación *de concejo*, en 2017, de los restos de lo que fue una antigua ermita situada en el interior del cementerio de Rabanales (foto de Domingo Ferrero).

Solo de manera puntual, normalmente una vez al año, en algunas de estas localidades el alcalde reúne todavía a los vecinos para llevar a

²¹ Los testimonios las situaban a finales del siglo XIX o muy a principios del XX.

cabo algún trabajo sencillo en favor de la comunidad²². Por ejemplo, en Rabanales un grupo de vecinos acude a la llamada del alcalde el *Día Carnaval*. Algunos de ellos van al monte para *partir los quiñones*, mientras otros aprovechan para limpiar y acondicionar el cementerio o algún trabajo semejante. También en Mellanes *el Día Antruejo* se sigue tocando *a concejo*²³. En este caso a la convocatoria acuden todos los vecinos, uno por cada casa, igual que antaño. Frente a la iglesia, y cuando ya están todos, se reparten las tareas: unos limpian el cementerio, otros se desplazan hasta algún camino que requiera una pequeña intervención y el resto se dirige al monte para *partir los quiñones* de leña, que más tarde se repartirán entre todos por sorteo²⁴. Finalmente, esa misma noche las campanas de la parroquia de Santiago Apóstol anuncian cena colectiva que sufraga el ayuntamiento, en la que al tradicional *escabeche* se añade carne asada.

El Voto Concejo

Cada concejo disponía, incluso, de su propia festividad: era el día del llamado *Voto Concejo*. Se trata de una fiesta que, según me decían en Rabanales, tiene su origen en *una promesa que debió de hacer el pueblo hace mucho tiempo*²⁵. En Ufones, donde *el Voto Concejo* se celebraba el 5 de agosto, como en Rabanales, tenían más claro qué es lo que el concejo pidió en su momento. Se dice que un año nevó ese día, con gran perjuicio para los agricultores, por lo que el pueblo rogó a la Virgen de las Nieves

²² En Ufones, aunque ya no se realizan trabajos colectivos, en recuerdo de ellos se celebra una cena vecinal por los carnavales.

²³ En realidad, tanto en un pueblo como en el otro, actualmente suele hacerse el fin de semana anterior o siguiente a los carnavales. Tampoco es ya el alcalde quien hace sonar las campanas: por mandato suyo suele tocar el alguacil, en Rabanales, o el *mayordomo* de la iglesia, en Mellanes.

²⁴ Previamente, el guarda forestal ha señalado los árboles que se pueden cortar (o los que hay que respetar, según el caso). La leña será después retirada por los vecinos en el plazo de tiempo que el alcalde estipula.

²⁵ Así es; los votos de ciudad, de villa o de concejo surgen a raíz de una promesa hecha por el concejo a los santos o a la Virgen, tras encomendarse a ellos o en agradecimiento por algún favor recibido (Alonso Ponga, 1999: 103).

que tal acontecimiento no volviera a ocurrir nunca más, como así ha sido hasta la fecha²⁶.

Aunque no todas las localidades celebraban el *Voto Concejo* el mismo día, ya vemos que algunas sí coincidían y, en cualquier caso, las fechas se encontraban todas muy próximas entre sí. En Fradellos tenía lugar el 7 de agosto y tanto en Matellanes como en Grisuela se celebraba el día siguiente, el 8 de agosto, día de San Ciriaco. En Mellanes, sin embargo, no había *Voto Concejo*.

Ese día *se guardaba* y tenía lugar la correspondiente misa. Aunque era época de trilla, me decían en Matellanes que esa jornada *las vacas no trabajaban*, de hecho recuerdan que se aprovechaba para bendecir la *vacada*. En Fradellos me aseguraron que se multaba a quien fuera sorprendido trabajando, aunque nada más estuviese regando un huerto.

Como después veremos, el concejo de algunos de estos pueblos aprovechaba para subastar ese mismo día las *buestras* o *muñicas* de las praderas comunales. En Fradellos, ya por la tarde, los vecinos se reunían en la Casa Concejo, donde charlaban y bebían el vino que se había comprado con lo obtenido en esta subasta. Era, pues, un día de celebración. También en Grisuela se tiene el recuerdo del vecindario dando cuenta del vino²⁷ y de las rasas de bacalao que ofrecía el concejo.

La solidaridad entre los vecinos

La solidaridad entre los miembros de la comunidad estaba firmemente implantada. De hecho, era una de las bases sobre las que se

²⁶ En Ufones no se tiene constancia de que la imagen de la Virgen de las Nieves que se conserva en su iglesia procesionase ese día, a diferencia de lo que ocurre en Rabanales, donde, en realidad, en la procesión se utilizaba una imagen de la Virgen del Rosario. La fiesta solo se celebra actualmente en Rabanales (justo en vísperas de las fiestas patronales dedicadas a San Salvador), pero no ya como *Voto Concejo*, sino simplemente como *las Nieves*. En el pueblo también es conocido que nevó un 5 de agosto, aunque uno de los informantes de Rabanales me decía que ese hecho extraordinario había ocurrido tras sacar a la Virgen en procesión.

²⁷ Para consumir este vino solo se utilizaban dos vasos, de los que todos bebían.

asentaba el comunitarismo alistano. Como recalcan mis informantes, *antes la gente se ayudaba mucho*²⁸. Hoy, sin embargo, se consideran bastante más individualistas y reconocen una mayor independencia del individuo y de las familias. A la vez, se añora la actitud colaborativa que imperaba hace décadas, sin dejar de admitir que, en el fondo, se veía favorecida muchas veces por situaciones de verdadera necesidad²⁹. Sin duda, el hecho de que en esta tierra existieran pocas desigualdades socioeconómicas también contribuyó a fortalecer ese espíritu de unión³⁰.

Se mencionaron diferentes muestras de solidaridad entre los vecinos. Por ejemplo, *cuando se iba de concejo*, si ningún representante de una casa podía participar en los trabajos colectivos, normalmente acudía otra persona en su lugar, aunque en Mellanes me decían que si la ausencia era por enfermedad *se les perdonaba*.

De la misma manera, cuando algún vecino necesitaba grano o se le había acabado el pan, siempre encontraba quien se lo prestase. Idéntica situación se daba si lo que se precisaba eran *horas* para la molienda. Naturalmente, en estos casos se recurría en primer lugar a aquellas personas con las que existían vínculos familiares o de amistad.

Uno de los momentos donde más y mejor se reflejaba la colaboración entre los vecinos era el de la segada del cereal. Si algún vecino se quedaba atrás, otros le ayudaban. Lo mismo ocurría en la era cuando llegaba el momento de trillar, *limpiar* y cargar los sacos de grano. De hecho, el final de *la limpia* se celebraba con un convite (*el gallo*) al que siempre se invitaba a quienes habían ayudado en esas faenas. A los comensales se les ofrecía *lo mejor que se tenía*. Era habitual que para el banquete se sacrificase un pollo, en ocasiones criado expresamente para ello, un conejo *de casa* o un carnero. Ese día también era típico consumir

²⁸ Este sentimiento también fue ensalzado por Méndez Plaza (1900: 51).

²⁹ Todos los informantes coincidían en que, aunque antes había muchas discusiones, enseguida se dejaban atrás, se olvidaban, a diferencia de lo que ocurre hoy, en que una pequeña rencilla entre vecinos suele perdurar durante mucho más tiempo, siendo sus consecuencias también de mayor intensidad.

³⁰ Decía Faustino Gómez Carabias (1884: 401) que en el pueblo de Rabanales «la propiedad está bastante dividida entre sus moradores, razón por la que apenas se encuentran en él proletarios».

jamón o bacalao. *Aquello era sagrao, amigo*, me decían en Matellanes. Era un momento de juerga y alegría. Para animar el ambiente, alguno de los participantes hacía sonar una lata, por ejemplo tocándola con unos dedos, mientras el resto bailaba.



La colaboración entre las familias quedaba bien patente en los trabajos de la era (foto cedida por el Ayuntamiento de Rabanales).

Otro ejemplo de colaboración vecinal, varias veces citado por los informantes, se daba cuando alguien necesitaba gran cantidad de piedra para edificar una casa o cercar una finca. En estas ocasiones otros vecinos le ayudaban, tanto a extraer la piedra de la *pedrera* como a acarrearla. A esto último se le llamaba *echar un carreto*. Para ello se ponían en funcionamiento tantos carros como vecinos se prestasen a echar una mano, tirados en algunos casos por vacas que *solo tenían huesos*. En los pueblos más pequeños se llegaban a movilizar la mayoría de los carros de la localidad, pese a lo cual en ocasiones era necesario realizar más de un viaje para poder completar el traslado de la piedra.

Quienes *iban de carreto*, naturalmente, eran agasajados por la familia que les había pedido el favor, casi siempre con una comida en la que no se escatimaba lo más mínimo: ni en los alimentos ni en el vino. En

Mellanes, donde me decían que no fueron especialmente habituales los *carretos*, sí recuerdan uno al que se acudió *de concejo*, con motivo de la construcción de la Casa del Cura. En aquella ocasión, pese a que en el edificio se utilizó fundamentalmente piedra del pueblo, se organizó un *carreto* para transportar *la cantería*. El acarreo contó con la participación de 28 carros, que realizaron un solo viaje hasta Fonfría. Aún permanece en el recuerdo que a uno de ellos hubo que retirarle las *costanas* para que pudiese cargar el *morillo* de la casa.

También ocurría que cuando una familia sufría alguna calamidad, todo el pueblo ofrecía su trabajo para tratar de remediar en lo posible el perjuicio ocasionado³¹. Como muestra de que algo queda de este antiguo hermanamiento, en 2016, tras haberse calcinado un pajar en Grisuela, varios vecinos del pueblo (los más entendidos en albañilería) ayudaron a los propietarios en su reconstrucción.

Los límites geográficos de la comunidad

Cada localidad constituía el nivel organizativo básico del colectivismo alistano. Su término establece el marco geográfico en el que los miembros de la comunidad, los vecinos del pueblo, llevaban a cabo las diferentes prácticas comunitarias. Así, la delimitación del término era otro de los elementos que daban sustento al colectivismo. Su importancia sobre lo individual era mucho menor ya que, por ejemplo, nada impedía a una persona tener propiedades en una localidad distinta a aquella en la que residía, de hecho era algo bastante común. Pero el sistema de año y vez, que regía a nivel de término, obligaba a todo propietario de tierras abiertas a cultivarlas al mismo tiempo que el resto de la comunidad, siempre en función de la hoja en la que se encontrasen, como después veremos.

³¹ En esos casos, también los bienes del concejo solían ponerse a disposición de los damnificados. Entre otros, se citó en Ufones el caso de un vecino al que se le quemó un corral y el pueblo le cedió varios chopos que tenía en el Pisón. Otro gesto solidario, aunque también organizado a través del concejo, se daba en Rabanales, donde el alcalde dictaba que acarreasen la mies en primer lugar aquellos vecinos que no dispusiesen de *pareja*.

Igualmente, los únicos ganados que podían aprovechar el rastrojo que producían las tierras, incluso las de propietarios foráneos, eran los del pueblo en cuyo término se encontraban³². Por tanto, el hecho de que una propiedad se situase en un pueblo diferente al del propietario, implicaba que éste tenía que asumir ciertas condiciones o limitaciones en su aprovechamiento.

Las seis localidades del municipio tienen perfectamente definidos los límites de sus correspondientes términos desde antiguo. Éstos se hallan amojonados mediante la colocación de *marras*, que son grandes *piedras fincadas* de origen local que se anclan con firmeza al terreno. En algunas de ellas se han grabado ciertos símbolos, normalmente cruces³³. La distancia que existe entre las *marras* es muy variable, pues depende en gran medida de las necesidades que impone el terreno: se reduce allí donde el límite de términos *da la vuelta*, es decir, donde no sigue una línea recta, y es mucho mayor allí donde algún accidente natural establece la delimitación.



Cruz grabada en la *marra* del Bostal (en la *raya* entre Fradellos y Bercianos).

³² Me decían en Matellanes que, cuando el propietario de la finca quería reservarse para sí ese derecho, tenía la obligación de cercarla.

³³ En ocasiones una roca natural hizo las veces de *marra*. La imposibilidad de desplazarla suponía una importante ventaja a la hora de desempeñar con solvencia ese cometido. Por ejemplo, en Ufones recuerdan que en el Pisón se utilizó una peña como *marra*, estableciendo la *raya* con Matellanes. Una cruz grabada en ella, que ya no se conserva por haber servido más tarde de cantera, recordaba su función delimitadora.

Obviamente, era importante asegurarse de que, una vez colocados, nadie desplazase estos mojones. Y si alguien lo hacía, debía poder identificarse con facilidad su posición original. Para ello, en Rabanales *las marras se enfilaban de tres en tres*, de manera que, si el límite seguía una línea recta, se podían situar a cientos de metros de distancia unas de otras, pero si en alguna parte se curvaba, entonces los tres mojones debían colocarse mucho más próximos entre sí, manteniendo en todo caso la posición rectilínea del conjunto. De este modo, si se desplazaba o retiraba alguno de ellos, la alteración enseguida se percibía, al perderse su alineación³⁴.

Me contaban en Rabanales que lo habitual era colocar dos testigos en la base de las *marras*, uno en cada extremo, así también éstos seguían la alineación de la divisoria de términos. Uno de los informantes de Mellanes oyó decir que se había llegado a añadir una sustancia negra debajo de las *marras* para que, en caso de desplazamiento, quedara constancia de su posición anterior. En Fradellos recordaban que en alguna ocasión se habían reunido los alcaldes de los pueblos colindantes para revisar juntos la posición de las *marras*.

Los límites de estos términos han conocido a lo largo del siglo XX pocas mudanzas, aunque no dejaron de existir conflictos relacionados con ellos. Entre Mellanes y Tolilla hay constancia de un litigio a cuenta de la delimitación de sus términos. Parece ser que los de Tolilla habían desplazado una *marra*, por lo que el pleito se resolvió a favor de Mellanes, aunque ninguno de los vecinos actuales lo llegó a conocer³⁵. En Rabanales se mencionó un intento de apropiación por parte de Matellanes de un pequeño rincón limítrofe, si bien finalmente *se respetó la raya*.

³⁴ La explicación del empleo de este sistema fue aprovechado por los informantes para exaltar el ingenio que caracterizaba a las generaciones anteriores: *fijate si eran listos*, me decían.

³⁵ Por las informaciones obtenidas, el pleito debió producirse muy a principios del siglo XX. En Mellanes se organizó una fiesta para celebrar el triunfo, mientras que los de Tolilla tuvieron que hacerse cargo de los gastos derivados del proceso. Ello obligó al concejo a vender una parte de la pradera que quedaba de su lado, que fue comprada por un vecino de Lober y transformada en un prado cerrado.

La existencia de estas demarcaciones implicaba la obligación de *guardar la raya*, es decir, los vecinos de un pueblo no podían realizar aprovechamientos en el terreno comunal de otro, por mucho que el recurso a explotar estuviera a libre disposición de los vecinos, como ocurría con el barro o la piedra.



Marra en la zona de Ruiseco que separa los términos de Grisuela y Rabanales.

Sin embargo, era común entrar furtivamente en zonas limítrofes de los términos colindantes, sobre todo para que el ganado pastase o para robar leña. Según fuesen abundantes o escasos los pastos de cada pueblo, lo más habitual era que sus vecinos recibiesen estas visitas a terreno ajeno o bien fueran ellos quienes las realizasen. En el término de Mellanes, por ejemplo, *se metían a pastiar* ganados de otras localidades con mucha frecuencia³⁶, mientras que los vecinos de Fradellos acostumbraban a introducirse *en lo de Rabanales*, normalmente por la noche, tanto para alimentar a sus ganados como para sustraer leña, sobre todo de jara. En

³⁶ También los vecinos de Samir de los Caños se introducían con frecuencia en la zona de la Sierra en busca de leña.

Grisuela también ocurría que los vecinos de Villarino de Cebal y de San Vicente de la Cabeza *se metían mucho*, sobre todo en la zona de Cebal.

Por parte del concejo, los encargados de la vigilancia de pastos y leñas eran los *regidores*³⁷. Su labor era de alguna manera complementaria a la de los *guardamontes* del Estado³⁸, aunque partía de una filosofía completamente diferente: mientras los primeros debían defender los intereses del pueblo, a los segundos se les había encomendado la protección de los recursos forestales de un grupo de localidades, sobre todo en los montes de utilidad pública.

Los *regidores* vigilaban el perímetro del término para asegurarse de que no hubiera intromisiones. Al pastor foráneo que sorprendían en su terreno lo *prendaban* o *prindaban*, aunque también podían sancionar a los propios vecinos, si los observaban realizando aprovechamientos prohibidos. A veces era un vecino cualquiera el que advertía la presencia de forasteros aprovechando los recursos del pueblo, pero para que el control estuviera verdaderamente garantizado era imprescindible la figura del *regidor*³⁹. Éste normalmente ponía los hechos en conocimiento del alcalde, que era el encargado de cobrar la *prendada* o *prindada*. En Grisuela me aseguraron que la cuantía de estas multas no solía ser elevada,

³⁷ El número de *regidores* parece ser que era diferente en cada pueblo. Así, en Grisuela había tan solo uno, mientras que era necesario disponer de tres en Mellanes, donde se precisó que uno de ellos era elegido por el alcalde y los otros dos por los vecinos. En Fradellos, Rabanales y Ufones solía haber dos *regidores*, mientras que en Matellanes recuerdan que en algunas ocasiones había dos y en otras tres.

³⁸ Éstos tienen todavía muy mala prensa entre los informantes, quienes consideran que eran muy estrictos en el control de los aprovechamientos, especialmente el de la leña. Ello dio lugar a la imposición de sanciones a quienes cortaban más de la cuenta. En todo caso, en Rabanales me decían que, en su momento, había muy pocos *guardamontes*. De hecho, se recuerda que el que tenía a su cargo todos estos pueblos debía desplazarse desde Alcañices. Esta escasez de efectivos fue también puesta de manifiesto por Miguel, que hace décadas fue el guarda forestal del municipio de Rabanales, y con quien también tuve la oportunidad de hablar en San Vitero, donde hoy reside. Recordaba muy bien a los *regidores* e insistía en que no tenían potestad alguna para desarrollar su labor, por tratarse de una figura oficiosa, sostenida únicamente por la costumbre.

³⁹ Uno de los informantes reconoció haber sido testigo de varias intrusiones, pese a lo cual nunca llegó a delatar a nadie.

pues su fin era más bien disuasorio⁴⁰. Los *regidores* recibían un porcentaje de las *prendadas* y por eso ponían tanto celo en el desempeño de su labor. Acorde al escaso importe de las sanciones, las comisiones obtenidas por los *regidores* tampoco eran demasiado cuantiosas (a veces solo recibían *un vaso vino* o lo justo *para comprar un paquete de tabaco*), pero eran muy bien recibidas, pues a ese cargo solían acceder personas con pocos recursos.

En todo caso, los alcaldes designaban como *regidores* a vecinos en los que consideraban que podían depositar su confianza. Pero no siempre acertaban, pues en alguna ocasión el *regidor* ofreció al infractor la posibilidad de rebajar la sanción, siempre y cuando el dinero se le entregase a él y el alcalde no llegase a saber de la infracción. Algo muy revelador de la poca fe de los vecinos en la transparencia de este sistema de vigilancia fue el hecho de que varios de los informantes tenían la sospecha, y otros el convencimiento, de que una parte de la *prendada* se la quedaba el alcalde⁴¹. En cualquier caso, en Mellanes lo que se obtenía al cabo del año de las *prendadas* se destinaba a sufragar las misas que era preciso *mandar decir*, como la del Día de Santiago (el 25 de julio) o *la bendición de panes*.

Además de los *regidores*, Rabanales disponía también de un guarda, al que el pueblo retribuía sus servicios en grano. El guarda del pueblo iba identificado por una *chapa* y ponía en su labor más empeño que los *regidores*, que a su lado eran más bien *aficionaos*, según me decían. Aunque el guarda *echaba tiempo* en vigilar, su dedicación a estos menesteres tampoco era exclusiva, pues vivía de la labranza, como el resto de los vecinos. Su labor era especialmente complicada cuando tenía lugar la tradicional feria ganadera del Quince, ya que ese día llegaban al pueblo por diferentes caminos numerosos ganados a los que era preciso controlar. También aumentaba su carga de trabajo cuando las ovejas merinas de Extremadura atravesaban el término, camino de Sanabria. En ese caso

⁴⁰ En los años 60 se cobraban en Rabanales 5 o 6 duros cada vez que un rebaño era sorprendido en su término, que al cabo del año *era dinero*, porque los ganados de los pueblos colindantes *se metían muchísimo*. En otras ocasiones la cantidad a pagar era fruto de un acuerdo entre alcalde e infractor.

⁴¹ *Eso lo gastaba él en alguna merienda*, me llegó a decir uno de los informantes.

debía asegurarse de que el ganado no se saliera de la vía pecuaria. De hecho, según me decían, en alguna ocasión tuvo que sancionar a los pastores trashumantes.

Pese a que, como se ha dicho, *la raya* entre términos establecía el ámbito de actuación de cada concejo, existieron ciertas prácticas y aprovechamientos que rebasaban esos límites, implicando la intervención de más de una comunidad. Méndez Plaza (1900: 101) cita el caso de los *ojeos* que se organizaban para dar caza al lobo, afirmando que «esta costumbre es acaso la única de las comunales de este país que traspasa los límites de la comunidad de un pueblo y abraza la de tres o cuatro o los que sean congregados». El tradicional *ojeo*, cuyo desarrollo se detallará en otro capítulo, es un buen ejemplo de práctica intercomunitaria, pero no es la única que he podido documentar.

El modo en que se organizan las *cabañas* trashumantes de Aliste también comprende la participación de pastores de diferentes pueblos, aunque evidentemente la realización de esta práctica no requiere la implicación de todo el vecindario⁴².

A continuación se citarán algunos vestigios de antiguos acuerdos entre concejos que permitieron realizar aprovechamientos en común. Por ejemplo, aunque ninguno de los informantes llegó a conocerlo, por tradición popular se tiene constancia de que existió *un común* aprovechado por Rabanales y Matellanes, teniendo los vecinos de ambos pueblos derecho tanto a pastar como a aprovechar la leña que este monte producía. Incluso hace unos años se podían apreciar todavía los *marrotes* que en su momento lo habían delimitado. Incluía este espacio terrenos de Espigavana, pertenecientes hoy al término de Rabanales, y del Cañico, en Matellanes⁴³.

⁴² Terés et al. (1995: 73) ven precisamente en la conformación de estas *cabañas* un «reflejo de la antigua organización comunal» de los alistanos.

⁴³ Este aprovechamiento común debió darse antes del cambio de siglo, pues me contaron que en torno a 1900 Rabanales cedió parte de ese terreno a Ángel Tola, de Ufones, a cambio de que él y otro vecino de Rabanales entregasen al pueblo unos terrenos próximos (situados en Espigavana y las Pedrizas) que ambos habían comprado al marqués de Alcañices, pese a que anteriormente los disfrutaba el pueblo, lo que generó el enfado del

Por lo visto, también hubo terrenos de aprovechamiento compartido entre Fradellos y Bercianos de Aliste (en adelante, Bercianos) en las proximidades del río Aliste, concretamente en los pagos de las Piornales, el Bostal, el Polvorino, los Cotorros, etc. Me decían en Fradellos que ese disfrute en común dio lugar a un largo litigio que se resolvió con el reconocimiento del uso exclusivo de este espacio por parte de los de Bercianos⁴⁴, tras presentar éstos unos *escritos a su favor*⁴⁵.

Aunque ni en Ufones ni en Grisuela se recuerda la existencia de terrenos de aprovechamiento compartido, sí se habló de un antiguo acuerdo entre los dos pueblos, seguramente tácito, en virtud del cual los vecinos de Grisuela podían moler el grano en algunos de los molinos de agua que existían en término de Ufones (uno de ellos, de hecho, era de uso exclusivo de los de Grisuela)⁴⁶, a cambio de que los vecinos de Ufones pudiesen realizar ciertos aprovechamientos en las Mayadicas, zona limítrofe del término de Grisuela. Respecto a qué tipo de aprovechamiento se permitía en ese lugar, sin embargo, no logré obtener un consenso. Algunos informantes afirmaron que los de Ufones podían introducir allí sus ganados; otros aseguraban que se llevaban allí más bien por la buena relación y los múltiples parentescos familiares existentes entre ambos vecindarios y no por ningún tipo de acuerdo. Además, recordaban que en alguna ocasión se había impedido explícitamente su entrada. Sea como

vecindario. Entre otras medidas de presión para que se desprendieran de esos terrenos, los de Rabanales tomaron la determinación de quemarle el *chiquero* a uno de los compradores.

⁴⁴ Parece ser que el pleito comenzó antes de la Guerra Civil y concluyó ya en los años 50. Tuve la oportunidad de hablar del asunto con personas de Bercianos, donde me aseguraron no tener constancia de que existiera tal aprovechamiento en común, aunque me decían que la sentencia autorizó a los de Fradellos a utilizar el agua del Río Aliste (tanto para que pudiese beber el ganado como para introducir en ella el lino), derecho que probablemente poseían con anterioridad.

⁴⁵ Algunos de los informantes de Mellanes oyeron contar que en el origen del pleito antes mencionado entre este pueblo y Tolilla estaba también un aprovechamiento de pastos común a ambas localidades, concretamente en el pago de Vallegrande.

⁴⁶ En el término de Grisuela no existe un curso de agua que permita hacer funcionar los molinos durante tantos meses al año como el río Mena de Ufones, aunque el pueblo disponía de varios molinos hidráulicos en su término, concretamente en la zona de Ruiseco.

fuere, el hecho cierto es que los vecinos de Ufones solían extraer barro en las Mayadicas, y la mayoría de los informantes, tanto de uno como de otro pueblo, creían que más bien era, o podría ser, esa la contraprestación recibida a cambio de poder moler en el río Mena.

La organización para el cuidado del ganado

Prácticamente todas las familias del municipio eran propietarias de ganado, pero la mayoría tan solo disponía de un pequeño número de cabezas, incluso en el caso del ganado menor. Por eso, resultaba muy práctico reunir las con las de otros propietarios que se encontraban en idéntica situación. Así, se conformaba en cada pueblo una *vacada*, y también existían diferentes rebaños de ovejas y cabras de propiedad colectiva. De esta manera, algunos de los propietarios no se dedicaban al pastoreo. Se liberaban total o parcialmente de la carga de trabajo que suponía salir con el ganado y podían emplear ese tiempo en realizar otras faenas del campo.

Las ovejas

Como ocurría en el resto de Aliste, los pastores del municipio no solían ser los propietarios de la totalidad del rebaño que tenían a su cargo, a diferencia de lo que sucede en la actualidad. Cada *ganao* estaba conformado por ovejas que pertenecían a diferentes personas, los denominados *pariceros* o *apariceros*, normalmente amigos y familiares del pastor⁴⁷. A cambio de que éste cuidase y alimentase a sus animales, cada *apariciero* ayudaba al pastor en diversas faenas y trabajos, entre ellos el de esquila de las propias ovejas⁴⁸. También permitía a todo el rebaño *pastiar* en algunas de sus fincas. Me decían en Fradellos que era costumbre

⁴⁷ En otros lugares llegaron a existir rebaños de ovejas que los distintos propietarios pastoreaban a turnos. En Figueruela de Abajo me decían que funcionó durante algo más de una década un rebaño que se atendía de este modo.

⁴⁸ La lana procedente del esquila de sus ovejas era propiedad del *apariciero*, igual que lo eran los corderos que éstas criaban.

que los propietarios entregasen una propina, normalmente un hornazo, al pastor que guardaba sus ovejas⁴⁹.

El número de cabezas que tenía cada uno de los *aparicieros* era muy variable, siendo corriente que aportasen al rebaño únicamente unas ocho o diez ovejas. También era habitual que el pastor fuese el propietario con mayor número de cabezas. En cualquier caso, todas ellas llevaban la preceptiva *señal* en la oreja que permitía identificar a su dueño.



Ovejas pasciendo en Rabanales.

Las cabras

El volumen del ganado caprino era en todo el municipio bastante inferior al del ovino. En Fradellos, de hecho, no existía una sola *cabriada* en todo el pueblo, ya que estaba prohibido por el concejo, pudiendo tan solo las personas enfermas disponer de una o dos cabras para su ordeño. En Ufones y Grisuela había igualmente muy pocas cabras.

En Mellanes, como ocurría con los rebaños de ovejas, los de cabras incluían cabezas de varios propietarios. Sucedió lo mismo en Matellanes,

⁴⁹ Según algunos informantes esta gratificación tenía lugar el día de Año Nuevo; según otros en la Pascua, que era cuando el *hornazo* se entregaba en Sayago (Sánchez Gómez, 1991: 169).

aunque en las *cabriadas* que había en el pueblo casi todos los animales pertenecían al pastor y solo unos pocos eran de otros vecinos, a diferencia de lo que ocurría con las ovejas.

En Rabanales, sin embargo, existía una *cabriada* del pueblo. De ella primeramente cuidaban cabreros contratados a tal efecto, aunque más tarde fueron los mismos propietarios, por turnos (*a la roda*), quienes realizaban esta tarea. Por cada cabra que aportasen al rebaño habían de salir con la *cabriada* una jornada. Este rebaño colectivo se guardaba en un local del pueblo habilitado especialmente para ello: el Corral Concejo⁵⁰. En el caso de las cabras, el desmantelamiento de esta *cabriada* conllevó la desaparición de este tipo de ganado en Rabanales, que es hoy también bastante escaso en el municipio y en el conjunto de la comarca.

Las vacas

A mediados del siglo XX prácticamente todos los vecinos del municipio tenían vacas, pero normalmente en número muy reducido, a diferencia de lo que ocurre hoy, que solo unos pocos las tienen pero en cantidad mucho mayor.



La *pareja* participaba en numerosas faenas agrícolas (foto cedida por Santiago Prieto).

⁵⁰ El abono producido por estas cabras que se acumulaba en el corral era subastado por el pueblo.

La concurrencia de las vacas era imprescindible para un buen número de trabajos (el laboreo de la tierra, la siembra, la trilla, los acarreos, etc.)⁵¹, mientras que la venta de los terneros (los *jatos*) suponía la principal fuente de ingresos para la mayoría de las familias. Debido a su importancia y al valor que poseía cada animal, el ganado vacuno no solo requería de una organización vecinal perfectamente reglada para su cuidado, a través de la formación de la *vacada*, sino que también se establecieron fórmulas de asociación, normalmente entre dos personas, que permitían a todos los miembros de la comunidad disponer de estos animales.

Vacas de a medias

En muchos pueblos de Aliste eran frecuentes las *vacas de a medias*. En este acuerdo una persona participaba como socio que podríamos llamar capitalista o inversor, pues corría con todos los gastos que implicaba la compra del animal. Por su parte, el otro miembro de esta pequeña sociedad, no siempre de la misma localidad (normalmente se trataba de una persona que no disponía de dinero suficiente para adquirir el animal), era el encargado de su mantenimiento y cuidado, disfrutando también de su uso para el trabajo en el campo. La compra inicial se realizaba en presencia de ambos y las ganancias que generase el animal, normalmente mediante la venta de los *jatos*, se repartían a medias. Quien había pagado la vaca mantenía su propiedad, aunque si decidía vender el animal y conseguía hacerlo por una cuantía superior a su valor inicial, la diferencia también se repartía⁵².

Los propietarios de *vacas de a medias* solían tener más de un animal en este tipo de sociedad, muchas veces en diferentes pueblos. Para ellos suponía la inversión de una parte de su capital, mientras la otra

⁵¹ En Aliste se araba tradicionalmente con vacas. Solo en casos puntuales se utilizaban mulas.

⁵² Los testimonios que he recogido coinciden plenamente con las condiciones del acuerdo que detallan Santiago Méndez Plaza (1900: 69-70) y Juan Manuel Rodríguez Iglesias (2012: 196), en este último caso para Sanabria.

persona, gracias a este acuerdo, *se arreglaba* con el trabajo que le proporcionaba la vaca⁵³.

A diferencia de lo que ocurría, por ejemplo, en Rabanales, tanto en Fradellos como en Mellanes afirmaban que no eran muy habituales las *vacas de a medias*. Lo que sí sucedía en todos los pueblos era el caso de vecinos que únicamente tenían una vaca, o bien, disponiendo de varias, tan solo habían *domado* una para el trabajo. Estas personas acordaban *uñir* su vaca con la de otro vecino que se encontraba en la misma situación, y así los dos animales trabajaban juntos para ambas familias.

La vacada

La *vacada* suponía la reunión, convocada a toque de campana⁵⁴, de la mayor parte de las vacas del pueblo, que salían al campo juntas para aprovechar los pastos comunales⁵⁵. No constituía un rebaño permanente, puesto que los animales solo se agrupaban para pastar, permaneciendo el resto del tiempo los de cada propietario en su correspondiente corral, al que cada vaca volvía ella sola una vez que la *vacada* retornaba al pueblo. Tampoco la *vacada* solía durar todo el año. Durante los meses en que las

⁵³ Los llamados *quinteros*, normalmente personas o familias pobres, llegaban a un acuerdo similar, aunque de magnitud mucho mayor, con otras que disponían de *mucho capital*. Éstas ponían a disposición de los *quinteros* fincas y ganado que ellos debían cultivar y guardar. El propietario ofrecía alojamiento y participaba en un porcentaje de la producción total: *les daban casa y un tanto para que se mantuvieran*. Tuve noticia de *quinteros* en Ufones, Rabanales y Matellanes, procedentes en todos los casos de otros lugares. También los hubo en varias localidades cercanas, como en Samir de los Caños, Tolilla, Lober o Ceadea, pueblo este último en el que recaló un *quintero* de Matellanes.

⁵⁴ En Rabanales y Matellanes recordaban bien que, años antes de usarse las campanas, el vaquero tocaba en su lugar un cuerno. Los informantes de Matellanes precisaron que el cuerno dejó de emplearse en los años 40. En Grisuela se usó *un caracol*, que por la descripción ofrecida (de color blanco y de unos 20 cm de diámetro) parece que se trataba de una caracola marina.

⁵⁵ Todos los pueblos de Aliste situados al oeste del municipio en los que he preguntado disponían de *vacada*, pero hacia levante la situación era bien distinta: ni siquiera en la localidad vecina de Samir de los Caños se recuerda ya la existencia de la *vacada*. Tampoco en la comarca de Sayago (Sánchez Gómez, 1991: 215), pese a la importancia que allí han tenido las prácticas colectivistas.

vacas no se juntaban, cada vecino debía encargarse de sacar al campo las suyas.

La existencia de la *vacada* suponía un importante ahorro de esfuerzo para los propietarios de ganado vacuno. Éstos, al liberarse de llevar al pasto diariamente a sus animales, disponían de mucho más tiempo para sus quehaceres.

Para el cuidado de la *vacada* existían dos fórmulas. Una consistía en que los propietarios, *a la roda*, fueran con ellas al campo. En este caso, como siempre ocurre, el aprovechamiento de los pastos que hacían los animales dependía en gran medida de qué vecinos salieran con ellos, pues *algunos se preocupan más de que las vacas comieran que otros*. La otra opción era contratar a un vaquero, lo que implicaba un coste económico pero suponía la descarga total del trabajo que conllevaba su pastoreo⁵⁶.



Vacas pastando en la pradera comunal de Valcastro (Rabanales).

⁵⁶ Los testimonios recogidos indican que los dos sistemas se dieron con bastante frecuencia, pese a que Méndez Plaza (1900: 67-68) habla a finales del siglo XIX del abandono de *la roda* y del predominio de los vaqueros profesionales.

La *vacada* ha llegado hasta nuestros días tan solo en Grisuela y Rabanales, mientras que en Fradellos dejó de funcionar recientemente, en 2013. En el resto del municipio esta práctica colectiva se abandonó hace mucho más tiempo.

En Grisuela la *vacada* permanecía en funcionamiento durante prácticamente todo el año. Disponía tradicionalmente de un *vaqueiro* al que los propietarios pagaban determinada cantidad de grano por cada cabeza de ganado. De hecho, se escogía para este trabajo a quien se ofreciese a realizarlo a cambio de la menor cantidad de grano. Más tarde, ya en los años 60, empezaban a ser los propietarios quienes cuidasen de las vacas *a la roda*.

A partir del 15 de mayo, que era cuando se *descotaban* las praderas comunales de Grisuela, salían por separado los novillos, que aún no se utilizaban para trabajar, y las vacas de trabajo. En primer lugar, por la mañana, el vaquero hacía sonar el *caracol*, convocando de este modo a los novillos, que solían ir a pastar al monte. Más tarde, a eso de las cinco o seis de la tarde (el momento de salida dependía de las horas de sol que tuviera el día), salía el *revez*, constituido por *las vacas que se uñían*, es decir, las que trabajaban. Para reunir al *revez* se tocaba la campana grande de la iglesia. A estas vacas se les reservaban los mejores pastos: solían ir a la pradera de la Veiga y otras de las que disponía el pueblo. Para *defender el pan* de las vacas que componían el *revez*, camino de los pastos comunales, además del correspondiente *vaqueiro*, era necesaria la concurrencia de varios *reveceiros*, que actuaban como *ayudantes del vaqueiro* y se turnaban *a la roda*.

Uno y otro grupo de vacas pacían separadamente hasta finales de junio (*hasta San Pedro, más o menos*), momento en que *se envolvían* de nuevo. A partir de entonces, la *vacada* permanecía en el campo durante buena parte del día, mientras los vecinos se afanaban en la siega del cereal, por lo que nadie ayudaba ya al *vaqueiro* salvo sus familiares. En esos días de verano las vacas *gestiaban cuando más calentaba*, es decir, durante las horas centrales del día. Acabada la siega, las vacas eran necesarias para el acarreo de la mies, y también después para trillar. Sin embargo, no dejaba de funcionar la *vacada*, aunque a partir de ese

momento algunos *echaban* sus vacas y otros no. En cualquier caso, esos días las vacas *gestiaban* cerca de la era.

En Rabanales la *vacada* se agrupaba principalmente en el mes de julio, durante la segada, aunque en ocasiones se volvía a unir más adelante. La salida, anunciada con un repiquete de campanas, tenía lugar a las seis de la tarde. Atendían esta *vacada* los propios vecinos *a la roda*. Cada día o turno incluía a los propietarios de diez *parejas* de vacas, de tal manera que por cada una de esas *parejas* debía acudir una persona, por lo que a diario la *vacada* era cuidada por diez vaqueros que además evitaban que los animales entraran en los sembrados⁵⁷. Este sistema mantenía su rigidez durante la segada, pero si la *vacada* se desmantelaba solo temporalmente (lo cual solía suceder cuando llegaba el momento de acarrear y trillar, por ser necesaria la participación de los animales), cuando se retomaba se hacía más laxo, prosiguiendo, eso sí, *la roda* en el punto al que se había llegado anteriormente.



Vacada de Rabanales (foto cedida por el Ayuntamiento de Rabanales).

⁵⁷ En realidad, dependiendo del lugar al que fuesen a pastar, no todos los días era imprescindible contar con tantas personas.

En Ufones las vacas del pueblo dejaron de juntarse a finales de la década de los 70. Hasta ese momento, los pastos que se *cotaban* se reservaban para el *revecero*, el conjunto de vacas de trabajo del pueblo. Cuidaban de ellas los propios vecinos *a la roda*, a razón de un día por cada *pareja*. El *revecero* pastaba por separado solo durante el mes de junio (*más o menos hasta la Salud*)⁵⁸, pues los animales que formaban parte de él se incorporaban a la *vacada* el resto del tiempo que ésta salía a pastar, normalmente desde el mes de febrero hasta *los Santos*. El *revecero* salía del pueblo sobre las cinco o seis de la tarde, momento en que ya habían concluido las correspondientes faenas. La *vacada*, sin embargo, estaba integrada en ese tiempo únicamente por las vacas más pequeñas, que aún no trabajaban. Éstas salían a eso de las 9 o 10 de la mañana y también se cuidaban *a la roda* (cada propietario debía de ir un día por cada *pareja* de vacas), pero no tenían acceso a esos pastos. Para que se formase la *vacada* se tocaban las campanas⁵⁹. El toque básico era un único repiquete, al que se añadía cierto número de campanadas que indicaban el lugar de destino. Por ejemplo, si era una campanada, las vacas iban a las Llamas de Abajo; si eran dos, al Bubón; si eran tres, a la Tuzona, etc.

En Fradellos normalmente por *el Corpus*, o unos días antes, las vacas se *echaban a la vacada*, que se dismantelaba cuando llegaba el momento en el que *los animales hacían falta para trabajar*. Si más adelante seguía habiendo pasto, la *vacada* podía permanecer algún tiempo más, pero solo *hasta que se acababa la yerba*. Para su cuidado se turnaban los propietarios, que iban con ellas *a la roda*, de manera que siempre salían al campo tres de ellos⁶⁰, debiendo de acudir un día por cada *pareja* que se aportase a la *vacada*. No se recuerda que nunca esa labor la realizaran vaqueros contratados por los propietarios. Me decía Marcelina que los primeros 2 o 3 días en que las vacas se juntaban era preciso que sus dueños estuvieran presentes, pues al no estar acostumbradas unas a otras, normalmente en esos primeros días *se pegaban*.

⁵⁸ El día dos de julio es cuando tiene lugar, en Alcañices, la romería de la Virgen de la Salud, patrona de la comarca.

⁵⁹ En Ufones no recordaban ya el uso del cuerno.

⁶⁰ Años después, cuando el número de vacas del pueblo había descendido notablemente, llegó a necesitarse únicamente un vaquero para todas ellas.

La *vacada* de Matellanes se reunió por última vez en la década de los 60. Las vacas se juntaban todos los años en marzo o abril, y así permanecían hasta *los Santos*. Cuidaba de ella un vaquero contratado, normalmente una persona que no tenía vacas. De hecho, en este caso no recuerdan ninguna ocasión en la que fueran los propietarios quienes realizasen esa labor.

En Mellanes la *vacada* dejó de funcionar en los años 80. Su salida se anunciaba siempre haciendo sonar la campana grande de la iglesia. Concretamente se daban tres campanadas. Eran los propietarios, de nuevo *a la roda*, quienes salían a diario con las vacas, dedicando un día por cada *pareja* que aportasen, y permaneciendo en todo momento tres o cuatro vaqueros a su cuidado. La formación de la *vacada* coincidía con la época en la que más se concentraban las faenas agrícolas, pues se constituía al llegar la siega. Las vacas salían juntas *hasta que se acababa el pastio*. Cuando llegaba la sementera se constituía de nuevo, aunque solo duraba esos días, y en este caso únicamente reunía a *las vacas que no se uñían* para dicha labor. En Mellanes, al igual que en Fradellos y en Matellanes, y a diferencia de lo que ocurría en otros pueblos, en ningún momento la *vacada* se dividía en dos, es decir, nunca salían por separado las vacas que trabajaban y las que no.

El aprovechamiento de los recursos comunes

Denomino recursos comunes a aquellos que pertenecían al concejo y a cuya explotación tenían derecho los vecinos. Normalmente eran aprovechados por el conjunto del vecindario, a veces de forma ordenada, como ocurría con la leña o el cultivo de los terrenos comunales, pero otras no, como era el caso del barro o la piedra. Sin embargo, en algunas ocasiones el concejo optaba no por el reparto sino por la subasta del recurso al mejor postor. Esto se debía a que su escaso volumen o cantidad no alcanzaba para llevar a cabo una distribución entre todos los vecinos. Sucedió, por ejemplo, con el abono que proporcionaban los excrementos de las vacas depositados en las praderas del pueblo.

Normalmente todos estos recursos se explotaban en los terrenos comunales, pero excepcionalmente también había otros, como el rastrojo, que aun siendo aprovechado de forma colectiva por todos los ganados del pueblo, se producía mayoritariamente en terrenos de propiedad privada.

La leña

Al margen de la leña de la que dispusiese de forma particular cada familia (la extraída de aquellas fincas propias con árboles o arbustos, que solía ser más bien poca), los montes comunales ofrecían la posibilidad de obtener un producto importantísimo para las comunidades rurales. La leña era fundamental para combatir el frío pero también lo era para cocinar. Es más, una de las actividades que más leña consumía era cocer el pan en los hornos de casa⁶¹.

En contra de lo que afirma Méndez Plaza (1900: 59), la obtención de leña en los terrenos comunales estaba perfectamente reglada. Es posible que décadas atrás del periodo aquí considerado, cuando la vegetación leñosa tal vez era más abundante, el aprovechamiento se realizase de una manera menos ordenada; pero la presión ganadera y, sobre todo, el aprovechamiento intensivo del recurso, condujeron a estos montes a una situación límite a mediados del siglo XX. Aunque se hacía por necesidad, todos los testimonios coinciden en que se cortaba más de lo permitido y de lo recomendable.

La leña llegó a escasear tanto que algunas personas optaron por plantar jaras en fincas de su propiedad y así poder disponer de la leña que ofrecían. En Fradellos, incluso, se fue *de concejo* para plantarlas *a carreras*

⁶¹ Había hornos que para *arrojarlos* requerían de gran cantidad de leña, pues cuando la familia era muy numerosa el horno podía ser bastante grande también. La mayor parte de los hornos permitían hacer 10 o 12 *guazas* de cada vez. Algunos excepcionalmente hasta 16, consumiendo en esos casos un carro completo de leña de jara en unas cuatro hornadas. Si tenemos en cuenta que en cada casa se *masaba* una vez por semana o, como poco, cada dos semanas, se calcula fácilmente el consumo de leña que cada vecino podía llegar a hacer.

en terrenos comunales. También en Rabanales, en la década de los 50, el pueblo plantó jaras en la zona de las Pedrizas.

Este estado de cosas se empezó a corregir en la segunda mitad de siglo, en la que se produjo una paulatina reducción en el uso de la leña, así como una disminución de la cabaña ganadera, especialmente del ganado caprino. Varios informantes de diferentes localidades refirieron también un cambio en la política forestal. En los años 60 los *guardamontes* comenzaron a permitir la extracción de leña de roble en los montes de utilidad pública⁶², mediante entresacas, lo que también favoreció que el arbolado prosperase⁶³.

Hoy los pueblos tienen mucha menos población que entonces y la leña se utiliza también bastante menos. Por ello, lo que otrora era un bien escaso e imprescindible, hoy se ha convertido en un recurso infrautilizado y muy abundante. Tanto es así que en la mayoría de los pueblos la leña de roble de los montes comunales se reparte entre los vecinos ya prácticamente todos los años, sin que por ello la cantidad de leña disponible deje de ser cada vez mayor⁶⁴.

Dado que los montes altos se encontraban, en general, muy diezmados, a mediados de siglo se recurría fundamentalmente al aprovechamiento de la *leña menuda* que proporcionaba el matorral, sobre todo los jarales. Esta especie vegetal ofrecía un combustible de mediana calidad, pero muy demandado, a falta de otro mejor⁶⁵.

⁶² La especie típica de roble que habita en los montes alistanos es el *Quercus pyrenaica*, conocido en otros lugares como rebollo o melojo.

⁶³ En Matellanes, Luis recordaba que el *guardamontes* solía señalar la base de los árboles que se podían cortar. Lo hacía con una especie de martillo que dejaba una marca en forma de cruz. De esta manera podía comprobar después si alguien cortaba más de la cuenta.

⁶⁴ Son muy ilustrativas las palabras de Jesús Barros (2005: 138) sobre la recuperación de los montes de Alcañices.

⁶⁵ En realidad la jara no solo se empleaba como combustible. La planta recibía múltiples usos: con las *cimas* se hacían *camas* para el ganado y también se utilizaban para la *llatilla* de los tejados. Antiguamente se obtuvo asimismo la sustancia pegajosa que recubre a la planta: el ládano. Los testimonios en este caso son poco precisos. Los informantes de Grisuela tenían constancia, aunque no lo llegaron a conocer, de que algunos vecinos cocían las jaras para obtener *la droga*, creen que utilizada más tarde para fabricar

Para evitar abusos, la recolección de las jaras en los terrenos comunales se realizaba solamente determinados días, previamente concertados por el concejo. Ese día acudían todos los vecinos con sus carros, una vez convocados mediante toque de campana.

A ciertas personas, normalmente aquellas que no se dedicaban a trabajar el campo, el concejo se encargaba de suministrarles su correspondiente porción de leña. Era el caso del cura, el maestro y el médico, pero también del *guardamontes* y los guardias civiles, incluso cuando en el pueblo no había ningún puesto o cuartel. La labor de cortar esta leña, cargarla en el carro, acarrearla y entregarla la realizaban los vecinos *a la roda*.



La jara (*Cistus ladanifer*), por su actual abundancia, es ya todo un icono de la comarca.

En Grisuela, pese al rico arbolado que el pueblo posee actualmente, en los años 40 y 50 solo se autorizaba en los montes comunales la recolección de leña de jara una vez al año, siempre a razón de un carro por vecino. Con todo, ese volumen era muy variable, pues *algunos carros llevaban el doble que otros*. Cuando sonaba la campana, el pueblo salía

pegamento. En Rabanales los más mayores recuerdan que hace más de 80 años se iba a por *jaras nuevas* al término de Arcillera: se cocían y el ládano, acumulado en la superficie, se recogía con un cazo. Me aseguraban que se usaba después para *pintar los barcos*.

hacia la zona en la que se autorizaba la recogida. Dentro de ella, cada vecino marcaba una determinada superficie que le garantizaba poder obtener la cantidad de leña convenida. Solo algunos años se iba a por leña en un par de ocasiones, por lo que cada vecino podía disponer de dos carros de leña procedente de los terrenos del pueblo⁶⁶.

No fue hasta los años 60 y 70 cuando en Grisuela comenzó a repartirse con cierta regularidad la leña de roble. A cada vecino se le entregaba un *quiñón*, que también venía a ser una cantidad de leña semejante a lo que podía cargar un carro, aunque resultaba muy complicado medir a ojo el volumen de leña que proporciona cada lote, como ocurre hoy, lo cual siempre dificulta que todos los vecinos reciban la misma cantidad. En una ocasión la leña de roble se cortó en común por todo el vecindario, procediéndose después al reparto, pero los vecinos no quedaron muy satisfechos con esa forma de hacer las cosas, así que la leña no volvió a aprovecharse de ese modo. Como en otras localidades, más adelante, a partir del momento en el que el pueblo empezó a disponer de abundante leña de roble, la jara de los montes comunales pasó a estar disponible para su libre recolección.



Los hornos consumían una parte importante de la leña de jara recolectada.

⁶⁶ No obstante, como se ha dicho, en la mayoría de las casas el gasto de leña era mucho mayor. Por ello, lo habitual era ir a robarla, sobre todo a otras localidades próximas. En el caso de Grisuela, se iba especialmente a Rabanales, de la misma manera que había gente de los pueblos colindantes que obtenía leña del término de Grisuela.

Igual que ocurría en Grisuela, en Ufones lo que se repartía era, sobre todo, la leña de las jaras. Cada vez que éstas se aprovechaban, le correspondía de nuevo un carro de leña a cada vecino, aunque me decían que en el carro había quien introducía, escondido entre las jaras, algún que otro *trampón*. Ocasionalmente se podaban varios robles de gran tamaño entre todo el pueblo, como los que existían en el Bubón⁶⁷. Después, las *gajas* que se habían cortado se repartían entre los vecinos. Pasados los años, sin que dejase de estar regulada la obtención de la jara, los robles empezaron a dividirse en *quiñones*, aprovechados individualmente por cada vecino. Por lo visto, era habitual que el alcalde del pueblo hiciera algún agasajo al *guardamontes* para *tenerlo contento* y que éste se abstuviera de denunciar a aquellos vecinos que cortaban más de la cuenta⁶⁸. También algunas de las roturaciones realizadas para poner en cultivo terrenos comunales, de las que más adelante se hablará, proporcionaron tal cantidad de leña a los vecinos que en algún caso pasaron años sin que se repartiera la de los montes, y eso que la parte aérea de los robles cortados fue vendida por el pueblo a empresas madereras, repartiéndose en *quiñones* únicamente las raíces.

Como en otras localidades, en los montes comunales de Matellanes se aprovechaba fundamentalmente la leña más menuda, compuesta sobre todo por jaras y algunas *trampas*; pocas, porque en aquellos años había en el pueblo *mucho machete* y también muchas cabras que *no dejaban crecer los árboles*⁶⁹. No obstante, el pueblo disponía de mayor superficie de monte y más cantidad de leña que la mayoría de las localidades limítrofes⁷⁰, por lo que era habitual que vecinos de otros lugares fuesen a Matellanes a robar leña.

La recolección de las jaras y las *trampas* se realizaba dentro de la zona previamente designada para la realización del aprovechamiento. Cada

⁶⁷ Éstos y otros robles de gran tamaño se cortaron años después. Dicen que eran tantos y tan grandes que en el interior del espeso bosque *no se vía*.

⁶⁸ Miguel, el antiguo *guardamontes* ya citado, corroboró que era una práctica habitual. Él mismo tuvo que renunciar en más de una ocasión a estos intentos de soborno.

⁶⁹ Especialmente beligerantes con la vegetación leñosa eran los *castrones*.

⁷⁰ Ya dice Faustino Gómez Carabias en su Guía Sinóptica (1884: 388) que Matellanes «abunda en leña en los montes de roble que le rodean».

vecino escogía la mancha que consideraba oportuno, de donde podía recoger hasta un carro de leña. En cualquier caso, como en otros pueblos, había carros más grandes y otros más pequeños. Una vez elegida, cada porción de aprovechamiento individual se marcaba. Para ello se arrancaban unas jaras que se colocaban con la raíz hacia arriba, lo que indicaba al resto de vecinos que ese sitio ya estaba cogido. En Matellanes se iba dos y hasta tres veces al año a cargar el carro. En otras ocasiones se aprovechaban las *gajas* de los robles en aquellas zonas del pueblo en las que había ejemplares de buen tamaño⁷¹. Como se intentaba que todos se llevasen la misma cantidad, cuando los árboles eran grandes a cada vecino podía corresponderle solamente uno o dos robles.



Medero o cabañal (Matellanes).

La particularidad que ofrece Matellanes respecto a otros pueblos está en que también se hacía un aprovechamiento comercial de la leña. En el pueblo había vecinos que la transportaban (tanto de roble como de jara, e incluso las cepas de las *urces*) en sus carros hasta Alcañices, donde era posible venderla, ya que allí era muy demandada. Se vendía sobre todo a

⁷¹ Con esta poda a los árboles se les dejaba normalmente *cuatro vientos*.

los señoritos de la Villa, pues éstos *no iban al monte*⁷². La procedencia de esta leña podía ser muy diversa: en ocasiones se vendieron las raíces de robles que habían sido cortados al roturar los quiñones, aunque otras veces la leña se sustraía de los montes comunales. Pero la picaresca iba más allá. Me decían que, como lo que se vendía era normalmente un carro de leña, ésta se colocaba a veces de tal manera que ocupaba todo el carro, aunque la parte interior estaba casi completamente vacía. Se vendía así una cantidad menor de la que aparentaba ir en el carro, no advirtiéndose el engaño porque el propio vendedor era el encargado de descargar la leña.

También en Rabanales la cantidad de leña de jara que podía obtenerse cada jornada en la que se autorizaba su aprovechamiento en los terrenos comunales, lo cual ocurría unas dos o tres veces al año, estaba limitada a un carro por vecino⁷³. Como en otros pueblos, en cada ocasión se extraía de un lugar diferente previamente fijado, en el que cada vecino marcaba su espacio. Para ello, en cada extremo se colocaba una jara recién arrancada dada la vuelta, aunque también había quien dejaba una prenda de ropa. Era importante llegar pronto, pues los que lo hacían en primer lugar podían escoger los mejores sitios. Por eso el alcalde no anunciaba nunca con demasiada antelación el día en el que se salía a por la leña, pues una vez que se había hecho público estaba permitido ir a marcar la zona de cada uno, e incluso se podían arrancar ya las jaras⁷⁴. Normalmente el aprovechamiento se notificaba mediante toque de campana ese mismo día a primera hora⁷⁵. Me contaban también que algunas personas marcaban una extensión de terreno muy grande, lo que no tenía ninguna utilidad porque solo podían llevarse la misma cantidad que el resto. Otros vecinos, sin embargo, *enseguida se cansaban* de arrancar jaras.

⁷² Ya Méndez Plaza (1900: 50) se refiere a la existencia de esta clase social, localizada fundamentalmente en Alcañices. La proximidad a la villa facilitó sin duda que en Matellanes se diera este tipo de comercio, que en el resto de localidades no existía. En el pueblo también era costumbre llevar leche (de vacas y cabras) a Alcañices para su venta.

⁷³ Había dos lugares en los que este aprovechamiento *siempre estaba descoto*: el Escuiral y el Garrapital. Sin embargo, en esos parajes la jara escaseaba, así que solo solían acudir *los que pasaban mucha falta de leña*.

⁷⁴ Lo que no estaba permitido era su traslado al pueblo.

⁷⁵ En alguna ocasión el alcalde filtró la información días antes a sus familiares. Me decían que cuando llegó el resto del pueblo, ellos habían escogido ya los mejores sitios.

La leña de jara era la que más se utilizaba, pues el monte alto de roble *no lo dejaban tocar*. Más adelante, éste comenzó a repartirse ya en *quiñones* para su aprovechamiento. Se recuerda que durante los primeros años en los que comenzó a ser frecuente el reparto de la leña de roble se realizaban intensas entresacas, pues la densidad de los pies era muy alta.



Partiendo los quiñones de leña en la Furnia (Mellanes).

La leña de jara de los terrenos comunales de Mellanes se recogía de forma libre. Era, por tanto, un caso excepcional, debido a que el matorral de jara nunca dejó de ser abundante en el pueblo, sobre todo en la zona de la Sierra, terreno que había sido comprado al marqués de Alcañices. En la conversación con los informantes de Mellanes pude comprobar que tenían perfecto conocimiento de que tal circunstancia no se daba en otros lugares. Pablo recordaba que unos parientes suyos de Gallegos del Río solían ir a buscar jaras a Mellanes, a una finca que la familia tenía en la Sierra, porque en su pueblo apenas había leña. Emilio, de la vecina

localidad de Lober, me decía también que su padre compró una tierra en la Sierra de Mellanes para poder ir allí (aunque no necesariamente a su finca) en busca de leña.

La leña de roble de los dos montes altos del pueblo (la Majada y la Encarnación), sin embargo, solo se ha repartido en *quiñones* con cierta frecuencia desde los años 60, pues antes escaseaba grandemente. La única leña de roble que se utilizaba se tomaba prestada, con nocturnidad, tanto en los montes del pueblo como en los de Ceadea, asumiendo en todo caso el riesgo de recibir la correspondiente sanción *si te pillaban*.

El término de Fradellos ni siquiera en la actualidad dispone de abundante leña de roble, pues en su término predomina el arbolado de encina. No obstante, hace décadas había muy pocas encinas en los terrenos del pueblo, aunque se trataba de ejemplares de gran tamaño. Sus *gajas* prácticamente solo se cortaban y aprovechaban el Día de Todos los Santos, momento en el que la juventud del pueblo acostumbraba a hacer una gran *lumbre* en la puerta de la iglesia, empleando para ello esta leña.

Como en otros pueblos, cada vez que se estipulaba, en Fradellos los vecinos tenían derecho a traer a casa un carro de leña menuda. Ésta podía ser de jara, pero también de *piorno*, cuya calidad como combustible se considera inferior a la de la jara. Cuando se aprovechaban las jaras, se marcaban *quiñones* que después se sorteaban y cada vecino iba a buscar el suyo, pero si se trataba de piornos cada cual iba a por ellos donde consideraba oportuno. A por las jaras solía acudirse dos o tres veces al año, pero a por el *piorno* solo una.

Este es el único caso que he encontrado en el que se combinaban dos formas de reparto: por lotes o *quiñones* y a la vez limitando la cantidad extraída a la que es capaz de transportar un carro. Esto permitía, según me decían, que el aprovechamiento se realizase de una manera muy controlada.

Ocasionalmente se obtenía también leña de los *frenos* que crecen en el entorno del río Cebal, sobre todo en la zona denominada, no por casualidad, el Frenal. La leña cortada entre todos los vecinos se colocaba

en *tongas* que se numeraban, procediéndose después a su sorteo, en el que cada cual sacaba la correspondiente boleta.

Actualmente los vecinos de Fradellos aprovechan cada ciertos años la leña que siguen ofreciendo tanto las viejas encinas de las que dispone el pueblo como los hermosos fresnos que crecen junto al río Cebal⁷⁶.



Fresneda del Frenal (Fradellos).

El agua para el riego de las huertas

Para *arregar* las huertas, y antiguamente también los linares, lo habitual es que estas fincas no dispusiesen de un pozo propio con el que abastecerse, por más que algunas excepcionalmente sí lo tuviesen. El agua se obtenía en la mayor parte de los casos de una pequeña balsa, la *poza*, alimentada por algún arroyo o manantial. Cada *poza* suministraba agua

⁷⁶ Gracias a la recuperación que en los últimos años ha experimentado el arbolado, Fradellos dispone de una importante superficie en la que prosperan encinas, todavía pequeñas, pero que en unos años producirán abundante leña para el pueblo.

para el riego de una serie de huertas contiguas, de modo que el recurso debía compartirse entre un grupo de vecinos, a veces muy numeroso.

Estas *pozas* compartidas casi siempre tenían un carácter temporal, utilizándose tan solo en la época de riego: a finales de primavera y, sobre todo, durante el verano. A modo de presa, se añadían piedras y terrones que retenían el agua, permaneciendo totalmente libre su paso durante el resto del año.

La *poza* estaba normalmente en terreno comunal, aunque en la mayoría de los pueblos solo tenían derecho a su uso quienes dispusiesen de, por lo menos, una finca que pudiera regarse con ella. Cuando se permitía la salida del agua contenida en la balsa para regar se decía que *la poza se reventaba*⁷⁷, y que se *tapaba* cuando era clausurada, una vez finalizado el riego. El canal que conducía el agua a las distintas fincas se denomina *aguadera* o *regadera*⁷⁸.

Habitualmente el riego se realizaba *a la roda*, habiéndose establecido previamente unos turnos que dejaban muy claro quién debía aprovechar el agua en cada momento. Sin embargo, como los calores del estío castigaban duramente a las hortalizas, la necesidad de riego, causada muchas veces también por la escasez de agua, generaba no pocas broncas entre los propietarios de estas pequeñas parcelas de regadío. En todos los pueblos se mencionaron estas disputas entre vecinos por el uso del agua⁷⁹. En ocasiones el agua disponible en cada turno no era suficiente para las necesidades de las plantas; otras veces transcurría demasiado tiempo entre riego y riego, de manera que el cultivo terminaba viéndose seriamente afectado por la falta de agua, lo que provocaba que algunos vecinos no respetasen el orden establecido y regasen de manera furtiva, normalmente durante la noche, utilizando parte del agua que correspondía al turno siguiente. Todo ello convirtió al riego en un permanente foco de

⁷⁷ En Rabanales también decían *esbrujar la poza*.

⁷⁸ Algunos informantes usaban una u otra palabra indistintamente, pero otros consideraban que la *aguadera* es propiamente la que lleva el agua a las praderas comunales y la *regadera* la que la dirige a las huertas.

⁷⁹ En más de un caso, cuando la riña había tenido lugar a pie de *poza*, uno de los regantes terminó por introducir al otro en ella.

conflictos, aunque no conseguía romper la armonía general que reinaba en cada uno de los pueblos⁸⁰.

Aunque también regaban los hombres, esta actividad la realizaban con mayor frecuencia las mujeres. El riego generaba un importante trajín: a veces había que madrugar mucho para regar, algunos se acercaban solo para asegurarse de que el regante que les precedía había *tapado la poza*, e incluso en ocasiones hubo quien durmió allí mismo para evitar que otro *le reventara la poza*. Cuando los turnos no estaban bien definidos⁸¹, era común que el siguiente en regar dejase en el lugar una *seña*, normalmente un apero o un mandil, para guardar la vez. Me decían que, cuando ésta no era respetada, las regantes enseguida *se engarraban por el pelo*.

En Mellanes se decidía previamente, *en concejo*, cuál sería el sentido de la *roda*, siguiendo siempre el orden de las huertas a regar: bien de la más alta a la que se encontraba a menor altura o bien al revés. En cada uno de los lugares del pueblo donde había un grupo de huertas (en el Valle, en la Güerta, en la Cortina Grande, en el Chapazal o en Gijoso) se habilitaban uno o dos turnos de riego al día. Las discusiones llegaron a tal extremo, sobre todo entre las mujeres, que finalmente se acordó que a cada metro de terreno de regadío le correspondiese tan solo un minuto de riego. Se formalizó incluso una comunidad de regantes del pueblo con sus propios estatutos.

La distribución de los turnos de riego se realizaba en Rabanales de manera diferente a lo habitual en otros pueblos. A cada vecino, por el

⁸⁰ Ya las ordenanzas municipales de Alcañices de principios del siglo XX (1908: 63-64) dedican todo un capítulo y 16 artículos al riego. Según el artículo 226 «mientras no se constituyan en forma comunidades de regantes para el aprovechamiento colectivo de aguas públicas o de uso público, se sujetarán aquellos a las costumbres ya establecidas, con turnos rigurosos y vez entre todos en proporción al terreno que cultiven, sin que le sea permitido a ningún regante, después de regar lo necesario, repetir seguidamente el riego, ni cortar el agua para su finca hasta que vuelva a corresponderle el turno».

⁸¹ Esto ocurría los días anteriores al establecimiento de *la roda* y también cuando estaba finalizando la época de riego, momentos en los que solo unos pocos utilizaban el agua de la *poza*. También sucedía cuando al que le tocaba regar no aprovechaba su vez (porque su cultivo no necesitaba agua en ese momento o por otra causa) y se la cedía a otro vecino, que era quien dejaba el objeto, para asegurarse de que nadie se le adelantase.

hecho de serlo, le correspondía un turno, denominado *suerte*, en todas y cada una de las zonas de regadío a las que se aplicaba el reparto. Así sucedía incluso en el caso de que un vecino no dispusiese de ninguna huerta en una o varias de estas zonas, algo bastante habitual. Siguiendo este criterio, cuando una persona poseía huertas en esos lugares pero se había vecindado en otra localidad, aun siendo natural del pueblo, no entraba en el reparto de las *suerter*, y por tanto no tenía derecho al agua de riego. Podía cultivar su finca, pero no regarla, por lo que no tenía otro remedio que dedicar el terreno a algún cultivo de secano.



Poza de riego en el Valle (Mellanes).

Las zonas a las que correspondían las *suerter* solían ser Jamorce, Ferradosa, Besadas, Mangamedio, la Llonada y los Linares⁸². En ocasiones se incorporaba alguna más, pues había otros lugares donde también se concentraban varias huertas, pero normalmente se regaban al margen de este sistema. En esas otras zonas, por ejemplo en las Crucieras, la organización para el riego se establecía *a la roda*, simplemente siguiendo el orden de las fincas. En el caso de las *suerter*, sin embargo, *la roda* seguía el orden en el que se situaban las viviendas de los vecinos. Eso sí, comenzaba

⁸² Estas últimas son las huertas que, muy cerca del núcleo urbano, se riegan con el Pozo Bajo (también llamado el Pozo el Lugar), del que más adelante se hablará.

en una casa diferente en cada una de las *pozas* o zonas de riego. Estas viviendas estaban previamente definidas y estratégicamente situadas.

El Día de San Pedro (el 29 de junio), a la salida de misa, *se echaban las aguas a suertes*, es decir, se distribuían los turnos. En realidad, el reparto inicial de las *suertes* consistía en sortear por qué casa se iniciaba la *roda* de cada *poza*. Para ello se introducían unas papeletas en una gorra. A partir del momento en el que se sacaban las papeletas, ya sabía cada cual qué *suerte* le había tocado en cada una de las *pozas* o zonas de riego. Los informantes recuerdan que era un día en el que *había siempre mucho follón*. En ese momento, sobre todo las mujeres, se afanaban en permutar sus *suertes*. Se deshacían de las que no necesitaban (por no tener ningún terreno de regadío en alguno de los lugares) para obtener a cambio aquellas que pudiesen utilizar, asignadas inicialmente a otras familias que se encontraban en una situación semejante. Las *suertes* que se buscaban para intercambiar debían corresponder a un día no muy próximo al de la *suerte* de la que se disponía, para que la huerta no permaneciera después muchos días sin riego.

Atendiendo a la disponibilidad de agua, en Rabanales a cada zona de regadío se le asignaban dos o tres *suertes* por día. Así, en los Linares y en Jamorce se regaba tres veces al día, pero el resto de las *pozas* únicamente disponían de agua para hacer dos riegos diarios. Tanto en un caso como en otro, cada turno de riego tenía una hora límite a partir de la cual ya no se podía utilizar el agua, lo que garantizaba que el siguiente regante dispusiese de ella en cantidad suficiente.

Allí donde se realizaban tres riegos al día era obligatorio *tapar la poza* al amanecer (cuando ya *se reconocía moneda*) en el primer turno, a la una del mediodía en el segundo y al oscurecer en el último. Cuando solo se regaba dos veces por día, el primer turno concluía a las ocho de la mañana y el segundo a la *postura* de sol. Pese a todo, no era raro que un regante se personase para comprobar que el anterior había *tapado la poza* y no seguía regando una vez concluido su tiempo.

Pero cada *suerte* no siempre la utilizaba un solo regante. Salvo que su huerta fuera de gran tamaño, en la misma *suerte* podían regar varias personas, que aprovechaban el agua de una misma *pozada*, siempre

dentro del tiempo establecido. Normalmente esos vecinos se ponían de acuerdo en la forma de regar sus huertas con el agua disponible.

En cualquier caso, toda esta organización se relajaba mucho hacia final del verano, cuando menos falta hacía el agua, porque algunos cultivos ya no la necesitaban. Entonces los regantes se coordinaban para regar sin seguir necesariamente el orden de las *suertes*.

Para *limpiar las pozas* de Rabanales, antes de que diera comienzo la época de riego, el pueblo iba *de concejo* un día a cada una de ellas, aunque se recuerda bien que en ese trabajo se esforzaban mucho más los propietarios de las fincas, a quienes más interesaba la labor realizada. Precisamente por el interés particular que generaba esta actuación, en esas ocasiones el concejo no ofrecía vino a los vecinos.

En Grisuela aseguraban que el relevo tenía lugar con menos complicaciones que en Rabanales. Cuando un vecino había terminado de regar, se lo comunicaba al siguiente: *te tapé la poza*, le solía decir. La *roda*, en este caso, seguía el orden de las huertas. Como en el pueblo el agua era bastante escasa, normalmente se regaba solo una vez al día en cada *poza*. Incluso algunas veces, cuando había ya muy poca agua, solo se podía regar una vez cada dos días.

En Matellanes se establecieron unos *apeos* que fijaban las horas y los días del mes en los que cada cual debía regar. Aun así surgieron discordias, porque no en todas las zonas en las que había huertas se definían los turnos de esta manera. Además, había quien regaba fuera de su hora o quien hacía lo que en el pueblo llaman una *chicharra*, o sea, una perforación que dejaba salir el agua hacia su huerta⁸³. Por otra parte, el día 31 (de julio y agosto) no estaba asignado a nadie, así que todos se sentían con derecho a regar.

En Fradellos, con el agua de la *poza* de Retacueva se regaba *a la roda*, siguiendo en este caso el orden de las casas y sorteándose, al inicio de la temporada de riego, por quién había de comenzar *la roda*. Con anterioridad, tanto la *poza* como las *aguaderas* se limpiaban un día

⁸³ Otras veces era el *lorigón* el que rompía los terrones, dejando escapar el agua.

acordado, *de concejo*, aunque en Fradellos solo acudían los interesados. Existían dos turnos de riego al día: uno por la mañana y otro por la tarde. En ambos casos a cierta hora la *poza* tenía que estar *tapada*. Si la meteorología o cierto cultivo daban lugar a la necesidad de regar con anterioridad a la fecha en que se organizaba *la roda*, entonces se recurría al método de depositar una azada u otro objeto semejante para guardar la vez.

Parece ser que en Fradellos no hubo tantos conflictos como en otros pueblos, lo que se achaca a una buena organización entre los vecinos. No obstante, sí se mencionó alguna pequeña discordia, como cuando una mujer dejó pasar su turno, perdiendo así su oportunidad de regar, pero pretendía hacerlo en el siguiente. No lo consiguió, pues quien realmente tenía la vez no se lo permitió. En Fradellos, como en otros pueblos, también se daba el caso de regantes que no tenían una buena relación con quien disponía de la siguiente vez, así que *le dejaban la poza destapada*, teniendo que ir él expresamente a *taparla* si quería regar su huerta.

El agua para el riego de las praderas comunales

El Día Antruejo o *Día Entruejo* era costumbre *ir de concejo* para *echar el agua a los valles*. Lo que se hacía era *limpiar las aguaderas y guiar el agua* por ellas⁸⁴. Las *aguaderas* o *regaderas* son canales excavados en el terreno que permiten regar las praderas de los valles comunales con el agua que toman prestada de ríos y arroyos. Por *limpiar* se entiende aquí despejar estos conductos para permitir el paso del agua, que de esta manera podía circular por ellos sin obstáculos.

En Fradellos apenas había *regaderas* en terreno comunal, así que la actividad de ese día se centraba más bien en *limpiar las praderas* (se cortaban los espinos y zarzas que hubieran salido), se aprovechaba para reparar también algún camino, etc. En Rabanales me contaba Santiago que,

⁸⁴ La costumbre parece que se extendía al resto de la comarca. He podido constatar su existencia en pueblos próximos, como Lober, Samir de los Caños o San Juan del Rebollar, y también se documenta en otros más alejados, como Figueruela de Arriba (Pérez Martín, 2013: 68).

una vez que las *buestas* de los valles comunales dejaron de subastarse entre los vecinos, además de *limpiar las aguaderas*, ese mismo día se iba también a *tender las buestas*.



Concejo celebrado en Mellanes el 18 de febrero de 2017
(el sábado siguiente al *Día Entruejo*).

Como otras veces en las que *se iba de concejo*, era obligatoria la participación de todos los vecinos⁸⁵. A quien no asistiese a estos trabajos en Ufones se le hacía entregar un cántaro de vino, mientras que en Matellanes debía pagar cierta cantidad de dinero. Los participantes se repartían entre las distintas zonas sobre las que era preciso actuar. En Ufones, por ejemplo, mientras unos iban a la Ribera de Arriba, otros se dirigían a la Ribera de Abajo.

Concluida la faena, ya por la tarde, era habitual tomar *escabeche*, pan y vino proporcionados por el concejo. Para sufragar la merienda, en Ufones se solía subastar algún roble⁸⁶. En Fradellos, en la Casa Concejo, el alcalde encargaba a uno de los asistentes que sirviese el vino, del que los

⁸⁵ *Iban todos menos el cura*, matizaron en Mellanes.

⁸⁶ Los informantes del pueblo recordaban que Eugenio Gago, alcalde de Ufones durante muchos años, solía ofrecer la puja más alta, pues hacía mucho gasto de leña.

hombres daban buena cuenta, e incluso algunos *cogían buenas borracheras*. Hasta los años 60, tenía lugar allí mismo un baile al que concurría todo el pueblo. Se hacía *una buena lumbre* que los vecinos aprovechaban para asar un pedazo de tocino o de chorizo. Entre los asistentes, se presentaban los llamados *muyirones*. Eran una pareja, en apariencia un hombre y una mujer, aunque en realidad se trataba de dos *mozos*, uno de ellos caracterizado de mujer. Aparecían los dos con la cara tapada, de manera que nadie sabía de quién se trataba. En ese momento al baile solo habían entrado algunos *mozos*, quedándose el resto fuera para que los asistentes no tuvieran forma de saber quiénes eran los miembros de esta peculiar pareja. Me decía Emiliano, que hizo de *muyirón* en varias ocasiones: *después ya nos descubríamos, para bailar*.

El agua como fuente de energía: los molinos

Para la molienda del grano tradicionalmente se recurría a los pequeños y rudimentarios molinos de agua. Éstos estaban situados junto a ríos y arroyos, de cuyas aguas se obtenía la energía necesaria para su funcionamiento⁸⁷. Con el paso de los años, los molinos se fueron utilizando casi exclusivamente para la alimentación animal, mientras que para la obtención de la harina se recurría cada vez más a los molinos eléctricos que se fueron instalando en la zona⁸⁸.

Como era necesaria la presencia de varios molinos en cada pueblo, estos ingenios hidráulicos no eran propiamente un bien comunal, pero sí colectivo, pues la mayoría pertenecía a un grupo de propietarios⁸⁹. A cada

⁸⁷ En Rabanales recordaban que en los tiempos del racionamiento, una vez acabada la Guerra Civil, la molienda se realizaba a escondidas y los sacos de harina se ocultaban, para evitar la *requisa*.

⁸⁸ Los había en Rabanales, en San Vitero, en Alcañices, en Ceadea, etc. En Matellanes el grano se llevó a moler alguna vez a Domez, a pesar de la distancia a la que se encuentra este pueblo, porque el servicio que ofrecía su molino resultaba más económico que otros de la zona.

⁸⁹ Como en el resto de la comarca, solo unos pocos eran de propiedad particular. Cabe pensar que en el pasado hubo también molinos que pertenecían a todo el pueblo, como los que existían en el oeste de la comarca (en San Blas, El Poyo, Vega de Nuez, etc.) o en

uno de ellos le correspondía un determinado número de días y/u horas de molienda al mes⁹⁰, siendo común que vecinos de un pueblo, sobre todo de aquellos que no disponían de cursos de agua con caudal suficiente para la instalación de estos molinos, tuvieran *horas* en algún molino situado en otra localidad. Como hemos visto, era el caso de algunas personas de Grisuela, que molían en varios molinos de Ufones. También vecinos de Matellanes y San Vitero⁹¹ recurrían a los molinos que había en término de Ufones. De la misma manera, en el molino de los Genicios, de Mellanes, disponían de *horas* de molienda varios vecinos de Arcillera, lo mismo que en el molino de la Ribera, de Lober, molían varias familias de Fradellos⁹².

El tiempo de molienda que cada persona o familia tenía a su disposición pasaba de padres a hijos, aunque éstos se avecindasen en otro pueblo. Estas *horas* también se podían comprar, vender o permutar. Cada vecino molía sus *horas* en un día concreto del mes que previamente se había estipulado⁹³. Si ocurría que alguien tenía a su disposición *horas* repartidas en días diferentes, solía intentar cambiarlas con las de otros,

las aldeas portuguesas vecinas de Rio de Onor, Guadramil, Petisqueira o Deilão (Dias, 1953: 14, 74). Esto hace suponer la denominación de uno de los molinos que había en Ufones: *el molino Concejo*.

⁹⁰ En Matellanes y Rabanales se hablaba de *herederos*. Éstos disponían de *horas de duña*, en Matellanes, o *velas*, en Rabanales. Según Andrés Bazal (2009: 77), en Pobladura de Aliste (en adelante, Pobladura) estas horas se obtenían en función del tiempo que cada vecino había dedicado a la construcción del molino. Aunque mis informantes desconocían el origen del tiempo que correspondía a cada familia, en Grisuela sí recordaban que hace años, tras la restauración del molino los Martines, se estableció un *apeyo* en el que se hicieron constar las horas y los días que de ahí en adelante correspondían a cada casa. Igual ocurrió en el molino Perroyo de Rabanales: tras un incendio hubo de ser rehabilitado, correspondiendo un día de molienda a cada uno de los participantes en los trabajos de reconstrucción.

⁹¹ Los vecinos de esta localidad, al no disponer en su término de ningún arroyo que permitiera hacer funcionar este tipo de molino, debían moler en otros pueblos. Además de en Ufones, los de San Vitero hacían uso de molinos situados en San Juan del Rebollar y en San Cristóbal de Aliste (en adelante, San Cristóbal).

⁹² Por esto mismo en Lober lo denominaban *molino de Fradellos*.

⁹³ La mayor parte de los informantes recordaban muy bien el tiempo y los días del mes que tenían asignados para la molienda. Uno de ellos, al que le tocaba moler el día 29, me decía que en el mes de febrero debía buscar a quien dispusiese de *horas* de sobra para que se las cediese.

agrupándolas en una sola jornada, o en dos consecutivas, para poder así moler de manera continuada.



Interior del molino la Puente (Ufones).

Había quien tenía muchas *horas* de molienda (en algunos casos varios días) y quien disponía de solo unas pocas, pero entre los vecinos llegaban a acuerdos y *se arreglaban* para que nadie se quedara sin moler. En Matellanes afirmaban que estos arreglos resultaban sencillos porque *había más horas que grano*. Los testimonios coinciden en que la coordinación entre los vecinos para esta cuestión era más sencilla y mucho menos problemática que en el caso de los turnos de riego.

Estos molinos, en los que molían por igual hombres y mujeres, funcionaban tanto de día como de noche. En el molino se dormía y también se hacía *lumbre*, para lo cual se buscaba leña (normalmente jaras) en sus alrededores. El fuego ayudaba a combatir el frío y de paso se asaba un *cachico de lo que hubiera*. Pese a ello, curiosamente, estos edificios no solían disponer de chimenea.

Pero los molinos no estaban todo el tiempo funcionando. Dentro de la programación de cada uno de ellos se establecían determinados días *de compostura*, dedicados a distintas labores de mantenimiento y puesta a

punto de la maquinaria. Sobre todo era preciso *picar la piedra* cada cierto tiempo debido al desgaste que sufría. En Rabanales solían reservarse tres o cuatro días *de compostura* al mes, aunque cuando las piedras permanecían en perfecto estado, en lugar de *picarlas*, se aprovechaba para seguir moliendo, sobre todo quienes *andaban algo faltosos de horas*.

Los molinos tampoco podían funcionar durante todo el año. Únicamente lo hacían cuando las lluvias habían sido abundantes y permitían disponer de un caudal suficiente, cosa que normalmente sucedía entre los meses de noviembre y abril. Pero la dependencia del caudal no era total, ya que los molinos contaban con una presa o *culo*, en ocasiones de gran capacidad, que se situaba junto al edificio y fuera del cauce del que se abastecía. El agua era conducida hasta ella a través de un canal o caz llamado *calienda*⁹⁴. Esto permitía que, cuando la cantidad de agua no era suficiente como para que el molino funcionase *a agua tirada*, es decir, de manera continua, fuese posible esperar a que el *culo* se llenara y así poder seguir moliendo al menos durante un tiempo, lo que se denominaba en este caso *a pozadas*⁹⁵.

En ocasiones, cuando las lluvias habían sido intensas, la cantidad de agua de los cauces era excesiva para el correcto funcionamiento del molino, por lo que éste se *enaguaba*, quedando temporalmente inutilizable. Otras veces, sin embargo, el molino no se hacía funcionar sencillamente porque el grano era escaso y se acababa enseguida.

Durante la molienda, algunas personas se iban a casa y mientras tanto dejaban el molino funcionando, por lo que no era raro que el grano se terminase y las muelas empezasen a rechinar por la fricción que se daba

⁹⁴ En algún caso, como ocurre en el molino de los Genicios, de Mellanes, la *calienda* no existe, por encontrarse el edificio inmediato a la *zuda*. Este molino, además, presenta la particularidad de que dispone de un *culo* propiamente dicho.

⁹⁵ Los molinos de Grisuela no funcionaban nunca *a pozadas*, porque carecían de una compuerta que cerrase el espacio por el que el agua entraba al molino (espacio denominado en Grisuela *culo*, igual que en otros pueblos en los que la balsa aneja no recibía este nombre). Lo que se hacía cuando bajaba la intensidad del chorro (se decía entonces que el agua salía *de gargalleira*) era *pinar el culo*. Con la introducción de *pinas* se reducía el espacio por el que pasaba el agua, de modo que la presión con la que salía aumentaba y permitía seguir moviendo el rodezno.

entre ellas. El molino, que en tales casos *lo único que hacía era gastar la piedra*, se decía entonces que funcionaba *de rueso*. Las muelas se calentaban y, si la situación se prolongaba, el molino *llegaba a pararse*. En todo caso, tras el desgaste sufrido por las muelas, era preciso *picarlas* de nuevo para que volvieran a moler correctamente⁹⁶.



Hipólito junto al molino de los Gelaos (Rabanales).

Ocurría también que en determinados momentos el molino *colaba*. Se decía así cuando el grano no solo no se molturaba sino que terminaba en el río. Para que no cayese por el hueco central de la *piedra* inferior, por el que pasaba el eje del *rodreno*, se rellenaba ese espacio con diferentes elementos. A veces se colocaban unas estopas o unas *pinas*. En Grisuela recordaban haber encajado un *bolo de negrillo* que impedía el paso del grano. Pero la muela superior, con su giro, a veces sacaba esos objetos de

⁹⁶ En Rabanales me decían que algunas personas, para poder ausentarse, llegaron a instalar un mecanismo con cuerdas y tablas que, cuando se acababa el grano, hacía bajar la compuerta que permitía el paso del agua, por lo que a partir de ese momento el molino dejaba automáticamente de funcionar. Asumían, no obstante, un elevado riesgo, pues este sistema no era demasiado fiable.

su sitio y el hueco quedaba libre para que el grano cayera. Otras veces sucedía que las muelas se *enceraban* debido a que el grano estaba demasiado húmedo y dejaban de funcionar correctamente.

Tradicionalmente, sobre todo al hablar de los pastos comunales, diversos autores han puesto el acento en que su disponibilidad para todos los vecinos por igual beneficia más a quienes tienen mayor número de cabezas de ganado. Se ven con ello más favorecidas, en definitiva, las familias más pudientes. Pues bien, con el uso de los molinos ocurría algo semejante, según me explicaba Luis en Matellanes. A finales de verano e inicios de otoño, cuando ya se había obtenido el grano pero casi nunca había agua suficiente para que los viejos molinos funcionasen, los vecinos que aún disponían de harina o pienso del año anterior podían permitirse esperar a la llegada de las lluvias. Pero no así las familias a las que se les habían acabado las existencias. Éstos debían llevar su grano a los molinos eléctricos, con el consiguiente gasto económico que evitaban quienes solo recurrían a los molinos hidráulicos.

Rabanales y Ufones eran los pueblos que disponían de mayor cantidad de molinos, situados todos ellos en *la Ribera*, o sea, junto al río Mena. Tanto en una como en otra localidad se recuerda la existencia de nueve de estos edificios⁹⁷. De todos ellos, hoy solo se conserva en buen estado el molino la Puente, de Ufones, sobre el que se intervino hace unos años⁹⁸. Entre todos los que había en el pueblo, era el que mayor cantidad de grano era capaz de moler: me decían que hasta 18 o 20 costales al día,

⁹⁷ En Ufones, en primer lugar se encontraba el molino la Llamerona o la Llamirona (también llamado molino San Vitero, porque era usado por varias familias de ese pueblo); más abajo estaban el de Valpozo o de los Alonsos, el de Valongo o del Pasadero, el molino Matarranas o de los Carbayones, el molino Concejo, el de la Puente, el del Retorno o de Valdelacasa, el de Valdegranao y finalmente el del Pisón. Éste último, aunque se considera como tal, por su nombre pudo haber sido un batán. Aún pueden verse sus ruinas, a pesar de que ya no se conoció en activo. Disponían de piedras francesas, que permitían obtener harina para elaborar pan, los de Valpozo, la Puente y Valdegranao. Los de Rabanales, también en el orden en que se encontraban, eran: el molino los Carpinteros (llamado en Matellanes el molino el Pleito), el de los Gelaos, el molino don José, la Molinera, el molino Tarazón, el molino Macillana (de éste solo se conocieron restos), el molino Nuevo (tampoco se recuerda en funcionamiento), el molino Majito y el molino Perroyo.

⁹⁸ También el Molino de los Genicios, de Mellanes, está en proceso de rehabilitación.

de unos 110-120 kg cada uno. Otros, como el de Matarranas, molían una cantidad mucho menor. En Grisuela, el molino el Freno, que dejó de funcionar mucho antes que los otros dos que se recuerdan en el pueblo⁹⁹, molía también hasta 16 costales al día.

En Mellanes se conocieron tres molinos en activo. El de los Genicios se sitúa en la confluencia de la Ribera el Cuervo y la Ribera Gijoso¹⁰⁰. En el río Mena se encontraban el de las Majadicas (aún en pie) y el del Escalero o los Escaleros, aunque anteriormente funcionaron otros, de los que a mediados del siglo XX solo se conservaban ruinas¹⁰¹. Se usaban, sobre todo, para la obtención de pienso. El de los Genicios era el que molía una mayor cantidad de grano. Disponía de dos pares de muelas: una para el pienso y otra para la harina, aunque la obtenida en el de las Majadicas era *más fina*. En Matellanes solo se recuerda en funcionamiento el molino Grande, también en el río Mena¹⁰², y en Fradellos únicamente el molino el Frenal o molino el Retuerto, en el río Cebal¹⁰³.

Los pastos

Las praderas comunales, pese a su condición, no se encontraban a disposición de los ganados en todo momento. Para entender la regulación a la que se sometía su aprovechamiento hay tener presente que todos estos pueblos siguen el sistema de cultivo de año y vez. La escasa fertilidad del suelo obliga a que cada término se dividida en dos partes u hojas, que

⁹⁹ Son el molino los Fagundes y el molino los Martines, ambos todavía en pie. Los tres se situaban en Ruiseco.

¹⁰⁰ Éste, antes de ser propiedad de un grupo de socios, fue un molino maquilero.

¹⁰¹ Se mencionaron el molino los Mateos, el molino los Rusendos y el molino los Campesinos, todos ellos en la Ribera. También se oyó hablar de otro anterior, del que no se conocieron ya ni siquiera restos, situado en el arroyo del Redondal.

¹⁰² Se conocieron además los restos del molino Matarranas, diferente al del mismo nombre situado en término de Ufones. Éste no estaba en el río Mena, sino en el *regato* de los Estrumadales. Aunque los más mayores del pueblo lo recuerdan siempre fuera de servicio, se sabe que la generación anterior todavía lo utilizó.

¹⁰³ Sin embargo, hasta hace unos años se observaban los restos de otros dos molinos en las proximidades de éste, uno aguas abajo y otro aguas arriba.

se cultivan en años alternos¹⁰⁴. La hoja que se encuentra en uso en el año es la *facera*¹⁰⁵, aunque también se conoce como *la hoja*, por antonomasia, denominándose *contrahoja* la que descansa. Así, se dice que el terreno dedicado al cereal de secano *se siembra cada segundo año*.

Mientras los pastos comunales que se sitúan en la *contrahoja* normalmente están disponibles para los ganados sin restricciones (al igual que lo está el rastrojo), los que se encuentran en la hoja en cultivo solo podían ser aprovechados en determinados momentos y de un modo que estaba perfectamente reglamentado¹⁰⁶. En ellos no se entraba a pastar hasta la segunda mitad de la primavera, momento en el que únicamente las vacas del pueblo podían acceder¹⁰⁷. Las distintas praderas se visitaban de manera secuencial e incluso, dentro de ellas, se aprovechaba cada día una parte.

En Grisuela existe la hoja de Rabanales, situada hacia el sureste del término, y la hoja de San Vitero, hacia el noroeste. La primera se siembra en los años pares y la segunda en los impares, de modo que el cultivo *siempre combinaba* con el de las hojas colindantes de esos otros dos pueblos, con los que Grisuela limita en la mayor parte de su perímetro.

La mayoría de las praderas comunales de la hoja en cultivo de Grisuela se podían aprovechar de forma libre hasta el 25 de marzo, día en el que se *cotaban*. Un poco antes, el día 15 de febrero¹⁰⁸, y con independencia de cuál fuera la hoja que se encontrase sembrada, se *cotaba* la Veiga, la pradera mayor y mejor considerada del pueblo. Con

¹⁰⁴ Celestino Vega (2000: 30) esgrime otras razones para el uso de este sistema. Entre otras, menciona la posibilidad de que los ganados puedan aprovechar el rastrojo, que proporciona un alimento esencial para su mantenimiento.

¹⁰⁵ Para algunos informantes *facera* tiene un significado un poco más restrictivo, refiriéndose únicamente al espacio que ocupan, dentro de la *hoja*, las tierras sembradas.

¹⁰⁶ Aunque no con la rigidez de antaño, la mayoría de estos pastos todavía se *cotan*.

¹⁰⁷ En Rabanales me comentaban que, en más de una ocasión, los propietarios de ganado ovino trataron de combatir la primacía que se otorgaba al vacuno. No lo consiguieron, pues en estos casos pesaba más la costumbre que la presión que ellos ejercían.

¹⁰⁸ En realidad el acotado de la Veiga comenzaba tradicionalmente el *día Antruejo*, pero como este día no tiene una posición fija en el calendario, hace unas décadas se optó por asignarle una fecha concreta.

anterioridad, nada más nacer el cereal, se solía haber *cotado* ya algunos valles comunales, como sucedía con Valderromán de Arriba, en la hoja de San Vitero, al encontrarse esa pradera completamente rodeada por tierras.



Pradera comunal de la Veiga (Grisuela).

A partir del momento en el que los valles comunales se vedaban, no podía entrar ningún ganado en ellos¹⁰⁹. Llegado mediados de mayo todos estos pastos se *descotaban* y entraba en ellos la *vacada*. Las vacas pastaban cada día en *un cacho pequeño*, pero *lo pisaban mucho*, así que finalmente se optó por no restringir tanto la superficie de pasto que se iba aprovechando en cada jornada. Las ovejas no tenían acceso a esa hoja hasta que no retornasen de su periplo trashumante, momento en el que aprovecharían, sobre todo, los rastrojos, una vez que ya lo habían hecho las vacas. Tampoco el rastrojo quedaba libre por completo de una vez, sino que primero se descotaba una mitad y unos días después, a mediados de septiembre (*por el Cristo*), la otra.

¹⁰⁹ A excepción del *entrepán*, que era aprovechado durante solo ocho o diez días en el mes de enero. En este caso no se daba prioridad al ganado vacuno, de hecho solía aprovecharse casi exclusivamente por los rebaños de ovejas. Aunque en Grisuela las praderas se siguen *cotando*, el aprovechamiento del *entrepán* (al cual llaman igualmente *el entrepán*) no se realiza desde hace décadas.

En Fradellos la hoja de Arriba, sembrada en los años pares, se encuentra en la parte suroccidental del término, hacia Rabanales, y la de Abajo en la parte nororiental, hacia Valer. El pasto comunal de una u otra hoja, una vez sembrada, por el mes de octubre o un poco más adelante, se *cotaba*. A partir de ese momento, si alguien llevaba las vacas a una cortina situada en esa hoja, debía colocarles antes la *cesta*. El acceso de todo tipo de ganados quedaba así prohibido hasta el Día de Navidad, momento en el que, en este caso, se *echaban las vacas*, pero solo por unos días¹¹⁰. Después podían acceder también las ovejas del pueblo, aunque únicamente durante unas semanas, ya que *por el Entruejo* se volvía a *cotar* y así permanecía *hasta por el Corpus*, aunque a partir de entonces solo tenía derecho a pastar la *vacada*. Cuando llegaba el mes de septiembre *volvían las ovejas de la Sierra* y accedían ya al rastrojo.

En Ufones, la hoja que queda hacia la parte de Matellanes y San Juan del Rebollar se denomina de Piedrafita. Ésta se siembra en los años impares y en los pares la hoja de Ferre o de las Cruces, que ocupa la parte contraria del término, en dirección a Rabanales. En el término de Ufones las praderas y los montes están bastante agrupados, igual que las tierras de labor, por lo que no existían *entrepanes*, de manera que todas las praderas comunales se *cotaban* para el pasto a comienzos de primavera, el 25 de marzo, y así permanecían hasta principios de junio, en que las aprovechaba el *revecero*. Algunas de estas praderas, como las que se citaron al hablar de la *vacada* (las Llamas de Abajo, el Bubón y la Tuzona), se *cotaban* todos los años.

El término de Matellanes se dividía, como el resto, en dos hojas: la de Arriba, sembrada en los años pares, y la de Abajo, en los impares. No obstante, la concentración parcelaria que se realizó hace unos años ha provocado que el sistema de hojas prácticamente haya desaparecido. Las praderas se guardaban desde Carnaval hasta el Día de San Antonio (el 13 de junio), aunque recuerdan que en algunas ocasiones se *descotaba antes*. Igual que ocurría en otros pueblos, en primer lugar entraba la *vacada*, y mucho más adelante, por el 6 u 8 de septiembre, lo hacían ya las ovejas.

¹¹⁰ Hasta el Día de Año Nuevo o hasta el Día de Reyes, según las distintas versiones recogidas.

Rabanales era la localidad del municipio con mayor cantidad de cabezas de ganado. Hipólito me decía que en el pueblo llegó a haber unas 800 vacas y unos 27 rebaños de ovejas, aunque también disponía del término con más superficie de pasto comunal. En Rabanales se siembra la hoja de Valcastro en los años pares y la hoja de la Majada¹¹¹ en los impares. Algunas praderas comunales (los Campos, Valdegarcía o los Pozones, entre otras muchas) se *cotaban* aproximadamente un mes después de que se hubieran sembrado las tierras próximas. En otras, más alejadas de los sembrados, se esperaba al comienzo de la primavera. Concretamente se trataba de tres extensos valles: la Vega, Valcastro y las praderas contiguas de los Villarinos, el Chano y Llamalmouro. Estos pastos se *cotaban* todos los años, sin tener en cuenta la hoja que estuviera cultivada¹¹². Concluido el periodo de veda, en *San Isidro* (el 15 de mayo), se podía aprovechar en primer lugar el pasto de la Vega y a continuación el resto de praderas comunales¹¹³. En este caso no entraba en ellas la *vacada* sino que cada uno llevaba individualmente sus vacas¹¹⁴, pues no era hasta dar comienzo los trabajos de la siega cuando se constituía la *vacada*. También aquí las vacas tenían siempre prioridad sobre las ovejas, que acudían a estos pastos cuando ya lo había hecho el ganado vacuno, excepto durante unos 10 días en el mes de enero, en los que se permitía entrar a las ovejas en los valles de la *hoja*, los *entrepanes*. La rastrojera era aprovechada por las vacas ya *por San Salvador*, cuando comenzaba la trilla, y no se abría para las ovejas hasta el día 8 de septiembre, tras su retorno de las montañas de Sanabria.

¹¹¹ Estos nombres no están del todo consolidados, pues las hojas de Rabanales reciben diferentes denominaciones. Parece ser que se emplean unas u otras dependiendo de los lugares en los que cada familia tiene una mayor concentración de propiedades. Así, la primera también se denomina *hoja de Grisuela*, *hoja del Castro Gallinera* u *hoja de las Cuevas*, y la segunda *hoja de Campularca*, etc.

¹¹² También había zonas de monte alto que no se *cotaban* nunca, como ocurría en Espigavana (antes de roturarse) y Salguero, o en toda la parte de la Majada y la Cañadona.

¹¹³ En realidad las vacas se llevaban a la Vega el segundo día, pues el primero era costumbre que fuesen a los Linares. Aunque se trata de fincas particulares, las vacas de todo el pueblo aprovechaban el pasto que estas huertas habían producido tras su descanso invernal.

¹¹⁴ Este procedimiento cambió años después y, más recientemente, es la *vacada* la que aprovechaba los pastos *cotos*.

Rabanales dispone de algunas praderas que, debido a sus escasas dimensiones, no se podían aprovechar por todas las vacas del pueblo, así que el concejo subastaba cada año su pasto a particulares¹¹⁵. La subasta tenía lugar el *Día Carnaval*, aunque lo recaudado apenas alcanzaba para pagar el vino que esa tarde se bebía en común.



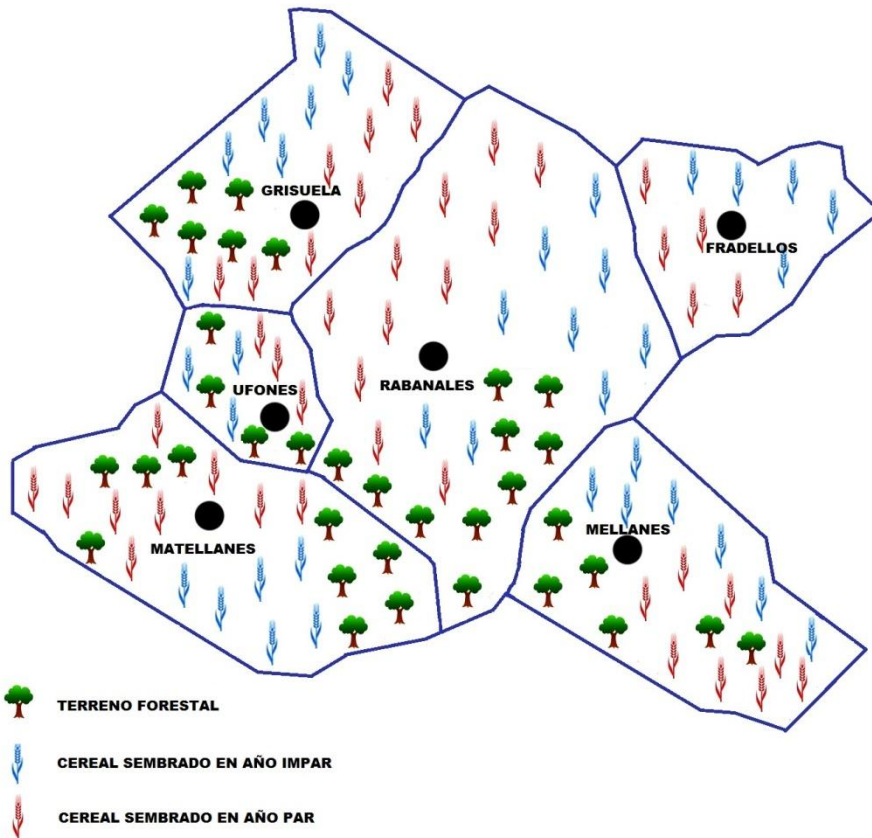
Vacada de Rabanales en el rastrojo (foto cedida por el Ayuntamiento de Rabanales).

En Mellanes, hacia la parte de Ceadea se encuentra la hoja de Arriba, que se siembra en los años pares, mientras que hacia Tolilla y Lober queda la de Abajo, sembrada en los impares. En primer lugar *se cotaba el entrepán, en los Santos*, aunque a partir del Día de Navidad las vacas podían entrar en estos valles. Los aprovechaban durante 10 o 15 días y posteriormente accedían las ovejas, que estaban otros tantos días más. Después se volvían a *cotar* hasta finales de mayo, para que de nuevo entrasen las vacas¹¹⁶. Si la hoja que estaba sembrada era la de Ceadea, las

¹¹⁵ Estos terrenos comunales se encontraban en Jatorce y la Capilla, entre otros lugares.

¹¹⁶ Como en Rabanales, acudía cada uno con las suyas, pues hasta la siega no se formaba la *vacada*.

ovejas no podían entrar hasta el 8 de septiembre para aprovechar el rastrojo. Si era la de Abajo, hasta *los Santos* pastaban solo hacia la parte de Samir de los Caños y a partir de ese momento podían pasar ya al otro lado de la Ribera, a las praderas que quedaban del lado de Rabanales.



Los seis términos del municipio y sus hojas.

En Mellanes algunas zonas de pasto se *cotaban* todos los años, independientemente de la hoja en cultivo. Era el caso de la Ribera, de la Majada y de las Pegas. También ocurría, en el caso particular de este pueblo, que los pastos comunales que se encontraban en la *contrahoja* no quedaban libres por completo. Éstos se *cotaban* el segundo domingo de abril y se *descotaban* cuando comenzaba la segada (más o menos por el Día de San Pedro). Como en otros pueblos, las vacas accedían a ellos de forma

escalonada: primero entraban en unas praderas y más tarde en otras. Los rebaños de ovejas no tenían acceso a estos pastos hasta *el Santiago* (el 25 de julio), pues en Mellanes antiguamente no solía realizarse la trashumancia en los meses de verano.

En los seis pueblos existían también grupos de *llameras*, pequeñas fincas abiertas dedicadas a pasto que, pese a pertenecer cada una de ellas a un vecino, en ocasiones eran aprovechadas a diente de forma colectiva, como si de una pradera comunal se tratase. Esta particularidad se debe a que las reducidas dimensiones de estas fincas hacían poco práctico que cada propietario introdujese en ellas sus vacas. Además, según me decían, había dificultades a la hora identificar los límites de muchas de estas *llameras*, pues la pradera ocultaba los *marcos* rápidamente, por lo que era habitual que los propietarios señalasen todos los años su posición con una *mela*, que se marcaba sobre la pradera¹¹⁷.

Era el caso de Ufones, donde la *vacada* aprovechaba las numerosas *llameras* que hay en la zona de Piedrafita, una vez levantadas las mieses de esa hoja. Anteriormente, en primavera, los propietarios las habían segado a mano¹¹⁸. Dicha práctica es semejante al aprovechamiento que las ovejas hacen de los rastrojos que producen las tierras particulares. Cuando las *llameras* quedaban en la *contrahoja*, sin embargo, no se segaban por el propietario sino que únicamente se pastaban, como un valle comunal más.

Idéntico proceder detallaron en Matellanes para las *llameras* de Prao grande y las Gallegas. Me decían que, aunque la *vacada* se desmanteló hace años, las vacas de los vecinos del pueblo continuaron con derecho a esos pastos. Igualmente en Rabanales —en las *llameras* de los Rodillones, de la Pedriza y otras— se procedía de esa manera. En esta localidad ocurría algo semejante en las Ericas. En este caso se trata de una pradera dividida en eras para la trilla de propiedad privada, aunque se *pastiaba* igual que si se tratase de un terreno comunal.

¹¹⁷ En muchas ocasiones este símbolo, la *mela*, era el mismo que identificaba al rebaño de esa familia.

¹¹⁸ Muy parecido era el aprovechamiento de los *coutos* de Río de Onor (Dias, 1953: 98), aunque en ese caso a los propietarios solo les correspondía la mitad de la hierba segada.



Melas (hache y media luna y un hoyo) de dos llameras colindantes en Piedrafita (Ufonos).

En Grisuela me decían que, como las *llameras echaban otoño*, una vez segadas por sus dueños algunas eran aprovechadas por las vacas de cualquiera de los vecinos, fundamentalmente cuando se acarrea la mies. En Mellanes las *llameras* de las Pegas y Vallelmedio las aprovechaban también las vacas del pueblo, especialmente cuando se trillaba.

El cultivo de terrenos comunales

No he encontrado en el municipio ni siquiera vestigios de la existencia de terrenos vecinales que se roturasen de forma periódica y prácticamente lo mismo se puede decir de los trabajos colectivos para el aprovechamiento agrícola en terreno comunal. Únicamente en Matellanes pervive su recuerdo. Sin embargo, estas prácticas fueron habituales con anterioridad al periodo estudiado, tal como describe Méndez Plaza (1900:

59-66), e igualmente lo eran todavía a mediados del siglo XX en algunas localidades del oeste alistiano, según he podido documentar¹¹⁹.

Ese viejo modelo de explotación agrícola, que consistía en romper en común un pedazo de monte comunal, sembrarlo y cosecharlo también colectivamente, para después abandonarlo y volver a roturarlo varios años después, ha sido reemplazado en el siglo XX por otro bien distinto. Las *rozadas* han dado paso a los *quiñones*. El nuevo modelo consiste en la división de los terrenos comunales destinados al cultivo y el reparto entre los vecinos de esos lotes para su aprovechamiento individual por un tiempo limitado¹²⁰.

Así, en las últimas décadas vienen cultivándose en cada uno de los seis pueblos diferentes extensiones de terreno comunal, denominadas *quiñonadas*, que a su vez se dividen en diferentes porciones, los *quiñones*. Éstos se distribuyen cada varios años entre los vecinos, que hacen uso de ellos durante ese tiempo como si se tratase de una tierra de su propiedad.

Muchas de estas *quiñonadas* se roturaron en el siglo XX¹²¹ y sus *quiñones* no han dejado de cultivarse desde ese momento, salvo algunos de ellos, ya en los últimos años, en los que hay más terreno para labrar que labradores.

El reparto de los lotes se hacía por sorteo. En primer lugar se asignaba un número a cada *quiñón* y después los vecinos sacaban una boleta con el correspondiente número¹²². El proceso se repetía cada ciertos

¹¹⁹ Se recuerdan bien su realización en El Poyo, Vega de Nuez, Moldones, etc. También se conservaban en la primera mitad del siglo XX en Figueruela de Arriba (Pérez Martín, 2013: 35-36).

¹²⁰ En el editorial que la revista *Raíces* (2014: 29) dedica a las costumbres comunales de la comarca se menciona ya la sustitución de un sistema por el otro.

¹²¹ Estas roturaciones permitían ampliar la superficie cultivable, siempre a costa del monte. Sin embargo, es más que probable que los espacios incorporados al cultivo en las últimas décadas, tal como evidencia la toponimia (la Rozadiña, el Escajadal, etc.), ya se hubieran labrado en tiempos pasados.

¹²² Como en otros sorteos semejantes, las boletas eran unas tiras de papel que se habían cortado de una hoja de cuaderno. En ellas se escribía el número y se introducían después en una gorra o boina, de donde las iba sacando *uno cualquiera*. En Grisuela el recipiente usado antiguamente en el sortero era una *pucheira*, pero en cierta ocasión una mujer del

años (al menos dos), de manera que cada *quiñón* iba pasando de unos a otros. Incluso en los pueblos donde el disfrute de los *quiñones* comprendía varias anualidades, no dejaba de existir la rotación. Ésta se justifica porque no todos los *quiñones* tenían la misma calidad, a lo que hay que sumar que los vecinos entre los que se reparten, con el paso del tiempo, tampoco eran siempre los mismos.

El aprovechamiento de los *quiñones* era muy importante, sobre todo para las familias que contaban con pocas tierras en propiedad. Prueba de ello es que, según me dijeron, en Rabanales, donde siempre hubo muchos *quiñones de labranza*, su disponibilidad para los vecinos facilitó que algunas personas venidas de fuera pudieran instalarse en el pueblo a pesar de no contar inicialmente con propiedad alguna que poder trabajar.

Como decía, muchos de estos *quiñones* siguen aprovechándose a día de hoy, aunque naturalmente con el empleo de medios más técnicos que antaño. El destino que se les da es el mismo de siempre. Se cultiva en ellos cereal de secano siguiendo el sistema de año y vez. En algunos casos, como comentaban en Grisuela, dado que cada vez hay menos vecinos que los demandan, las mismas *quiñonadas* de antes se dividen ahora en un menor número de *quiñones* pero de mayor superficie cada uno de ellos.

En Ufones antiguamente se cultivaban terrenos comunales en las Carbizas y también en la zona del Sierro y los Aveseos, aunque en uno y otro lugar se abandonaron hace unas cuantas décadas, por lo que apenas se recuerda ya su uso agrícola. Más tarde, a mediados del siglo XX, se cultivaban *quiñones* en varias partes del pueblo (en el Mayadalón, los Adilones, las Funticas, etc.). En los años 60 el monte se quitó todavía a mano, con *zadón*, en un terreno entonces poblado de jaras y *tozas* situado en la Tuzona. Ya con maquinaria, en torno a 1970 se *escajó* el Rebollal y

pueblo, contraria, como el resto de los ganaderos, al uso agrícola de los terrenos comunales, la rompió, y desde entonces se utilizó una boina. En Fradellos además del papel se usaron también piedras, pequeñas piezas de pizarra (extraídas de las Lonjeras) en las que se había grabado el número con otra pizarra.

también el Escajadal y el Castro¹²³. En el Rebollal se recuerda bien la existencia de portentosos ejemplares de roble. Eran tan grandes que hubo gente en el pueblo que no creía que las máquinas fuesen capaces de arrancar sus tocones¹²⁴. Más adelante se realizarían nuevas roturaciones, primero en la Furnia y más adelante en el Bubón.



Quiñones de cultivo en Espigavana (Rabanales).

En Ufones cada vecino podía utilizar solamente en dos ocasiones el *quiñón* que le había sido adjudicado, lo que suponía que el sorteo se realizaba cada cuatro anualidades, pues después de cada año de uso llegaba otro de descanso. Anteriormente los *quiñones* se habían repartido cada dos años, pero algunos vecinos se quejaron por tener que abonarlos *para que se aprovechase otro*, así que se optó por duplicar el periodo de concesión.

¹²³ Ese mismo año se había constituido en Ufones una cooperativa de agricultores que promovió las roturaciones. También en 1970 empezó a utilizarse la cosechadora, siendo uno de los primeros pueblos de la zona donde se vio funcionar.

¹²⁴ Los troncos habían sido cortados previamente para venderlos a empresas madereras.

En Matellanes se recuerda la realización de varias *quiñonadas* a lo largo del siglo XX: las primeras *a zadón*, tarea muy dura y a la vez desalentadora, pues el trabajo avanzaba con mucha lentitud¹²⁵, y ya con empleo de maquinaria las más recientes. Me contaban que antes de todas estas roturaciones, realizadas fundamentalmente en terreno poblado por roble, la superficie cultivada de cereal en el pueblo era mucho menor. El ciclo completo de uso de los *quiñones* por parte de sus usufructuarios era de seis años, es decir, se cultivaban en tres ocasiones y pasado ese tiempo se procedía a un nuevo reparto.

Pero en Matellanes también se tiene conocimiento de la realización de *rozadas*, que debieron ser habituales *antes de la Guerra*. En ellas, tanto la eliminación del monte en suelo comunal como su cultivo, así como la cosecha y la obtención del grano en la era, se realizaban por todo el vecindario *en común*. Era el caso del terreno hoy ocupado por el pinar de Bentragán, una de las plantaciones de pinos más antiguas de la comarca, con la particularidad de haber sido forestado por el propio concejo, una vez acabada la Guerra Civil¹²⁶. Con anterioridad, allí existía una *rozada* trabajada de manera colectiva por los vecinos¹²⁷. Aunque el recuerdo sobre

¹²⁵ Me decían que, según las condiciones del terreno, había ocasiones en las que una persona tan solo era capaz de romper unos cuatro metros cuadrados de monte en todo un día.

¹²⁶ Fue arado y sembrado con *grana* de pino por los vecinos. Permanece en la memoria la multa de 50 pesetas impuesta por el concejo a uno de ellos, que no quiso ceder su *pareja* para que la utilizaran quienes habían recibido el encargo de arar el terreno por ser los que dejaban los surcos más rectos. También el pueblo se encargó de regar los pinos, teniendo para ello que ir con *cacharros* a buscar el agua a la Ribera. El mantenimiento de la masa forestal corría igualmente a cargo de los vecinos, que más adelante se encargaron de podar los pinos, también *de concejo*.

¹²⁷ Me contaron que dicho monte había pertenecido al Marqués de Alcañices, siendo comprado más tarde por el pueblo. Aunque en la comarca las plantaciones de pinos promovidas por el Estado tuvieron un impacto considerable sobre los usos colectivistas (por realizarse normalmente sobre antiguas *rozadas*), no fue el caso del municipio de Rabanales, donde afectaron a una superficie bastante reducida. De hecho, aunque algún pinar se engloba dentro de este grupo, como el de la Solana, en Rabanales, otras forestaciones surgen a iniciativa del pueblo, llevándose a cabo por los vecinos: además del pinar de Bentragán, también lo fue el de las Coronas, en Grisuela, igualmente sembrado *cuando la Guerra*. Más recientemente, los *castañeros* de la Majada de Rabanales (extenso robleal también conocido, sobre todo en otras localidades, como la Majadona) fueron

este asunto ya languidece, todavía se tiene constancia de que para vigilar el sembrado a turnos se empleaban dos *cayatas*¹²⁸.

En Grisuela no recuerdan las *rozadas* en común¹²⁹, pero sí diferentes roturaciones que dieron lugar a nuevas *quiñonadas*. En el pueblo se *escajaron* a mano varias zonas comunales¹³⁰. La zona del Altico y la Galaza fue una de ellas. Otra se encontraba en la Rozadiña y los Campos. En ambos lugares había sobre todo jaras, *carqueisas* (éstas recuerdan que *se arrancaban muy mal*) y también *alguna touza*, que *se respetó* por mediación del *guardamontes*. Igualmente los vecinos roturaron monte en la zona de Cebal, terreno de peor calidad en el que crecían jaras y tomillos¹³¹. Los nuevos *quiñones* se sorteaban inicialmente cada vez que habían sido aprovechados, es decir, cada dos años; pero más adelante se optó por que cada vecino labrase su quiñón por un periodo mayor, ya que *antes algunos lo limpiaban más que otros y a lo mejor le tocaba uno malo al que lo tenía bien cuidao y uno bueno al que no lo cuidaba*¹³². El tamaño

plantados por los vecinos. En el caso del antiguo pinar de Valcastro, en Rabanales, fueron los niños de la escuela quienes lo sembraron. Lo que sí generó enorme desconfianza fue la declaración de utilidad pública de algunos montes. Tras haber pasado éstos a depender del Estado, y ante la idea de que otros corriesen la misma suerte, en Ufones se realizaron cortas «preventivas» en *Santa Lucaya* o *Valdegranao*. Idéntica situación describe José María Arguedas (1968: 60) para Bermillo de Sayago.

¹²⁸ El modo en el que los vecinos se pasan el testigo unos a otros, usando para ello dos *cayatos*, lo describe al detalle Santiago Méndez Plaza (1900: 64).

¹²⁹ A finales del siglo XIX todavía se llevaban a cabo *rozadas* cada tres años (Méndez Plaza, 1900: 60).

¹³⁰ Esta ampliación del terreno dedicado al cultivo no se debió a la mayor productividad que supuso la llegada de los abonos químicos, pues a mediados de siglo la mayor parte de los agricultores todavía no los utilizaban: *creían que con el abono de los animales era suficiente*, pese a que algunas de las tierras que sembraban apenas producían nada.

¹³¹ Entre los terrenos de suelo pobre que fueron roturados se encontraba el Cotorro los Porros. Me decían que cuando se decidió cultivar esa zona hubo quien se opuso, creyendo que con ello el pueblo perdería superficie pastable. Sin embargo, finalmente pudieron comprobar que la operación permitió disponer de mayor cantidad de pasto, sobre todo para las ovejas.

¹³² Varios autores, entre ellos José María Arguedas (1968: 55) y Ángel Cabo (1956: 633), han tratado ya la falta de atención y el empobrecimiento de estos terrenos cuando se entregan al vecino para un solo uso. En Mellanes reconocían que cuando en el *quiñón* salía alguna jara o zarza normalmente no se eliminaba, por pasar éste a manos de otro vecino al año siguiente.

de un *quiñón* era en Grisuela comparable al de una tierra de labor de tamaño medio, que corresponde a aproximadamente 2 *alqueres* (unos 1.150 metros cuadrados de *tierra buena*) y produce más o menos *un carro pan*.



El *alquer* o *alquere* ha sido la medida de volumen y superficie más utilizada en Aliste.

En Rabanales existen actualmente *quiñones* en varios lugares del término: en el Sierro, las Pedrizas, los Villarinos, los Baldíos, Espigavana, etc. En los últimos tiempos estos *quiñones* no se han repartido, así que se aprovechan por los mismos agricultores durante varios años, aunque tradicionalmente se entregaban a cada vecino por un uso o, de manera excepcional, por dos.

En esta localidad se recuerda haber realizado roturaciones en la zona del Lombo, concretamente en 1936, año en el que ese terreno produjo *sietecientos sacos de grano*, con posterioridad en la Cabecica, *en la raya de Bercianos*, y más recientemente en Espigavana. La zona de la Cabecica estaba poblada tan solo por jaras, que también se arrancaron a mano para después arar ese terreno con vacas. Pero en este caso no se

repartió en *quiñones*, sino que el pueblo optó por arrendarlo. Se subastó su aprovechamiento y los adjudicatarios (varias familias, pues disponía de mucha superficie) tuvieron que roturarlo ellos mismos. Actualmente se encuentra dividido en *quiñones*, como el resto del terreno comunal arable.

Ni en Mellanes ni en Fradellos se conocen roturaciones realizadas en el siglo XX para la creación de nuevas *quiñonadas*¹³³. En Mellanes ya venían cultivándose los *quiñones* de la Solana y los de las Bocicas, mientras que en Fradellos existían también en el Sobaco, Valdetrebo, Jarián y el Carrasco, entre otros lugares. En ambos pueblos se entregaban para un único uso, volviéndose a sortear al cabo de dos años. En Fradellos a cada vecino solían corresponderle un par de *quiñones*. Actualmente, como el pueblo cuenta con muchos menos agricultores que hace décadas, éstos pueden trabajar más y mayores *quiñones*.

La hojarasca de roble

El roble es el árbol más abundante en los montes del municipio de Rabanales. Sus hojas, cuando todavía están verdes, se aprovechan en la misma planta por los ganados, pero en otoño, una vez secas y en el suelo, se recogían de los lugares donde se acumulaban en gran cantidad para incorporarlas a las camas del ganado. Su descomposición, junto con los excrementos de los animales, daba lugar al abono con el que se fertilizaban los terrenos de cultivo.

Las hojas recién caídas de los robles que crecían en terreno comunal (*las hojas*, en Grisuela; *las hojarasca*, en Matellanes y Rabanales) también *se partían en quiñones*. Éstos eran sorteados entre los vecinos, de modo que cada uno *apañaba* el que le correspondía, estando vedado su aprovechamiento hasta ese momento¹³⁴.

¹³³ Aunque los informantes de Mellanes no lo recuerdan bien, creen que tal vez los ya mencionados Quiñones de la Luz fueran, en el momento en que pasaron a manos privadas, fruto de una reciente roturación.

¹³⁴ Fradellos constituye de nuevo la excepción, ya que apenas disponía de robles, así que no existía en el pueblo este aprovechamiento vecinal. Sí se repartían, también en

La cantidad que cada vecino podía extraer no estaba limitada a un determinado volumen, a diferencia de lo que ocurría con la leña de jara. En este caso lo que se definía era el espacio del que cada uno podía tomar la hojarasca, tratando de que la cantidad que ofreciese cada *quiñón* fuese muy semejante. En la práctica, sin embargo, había grandes diferencias entre unos *quiñones* y otros, tanto en la cantidad de hojas que contenía cada uno (algunos vecinos obtenían solo medio carro mientras otros cargaban dos) como en el esfuerzo que suponía su recolección.



Hojarasca de roble.

La época en la que se recogía la hojarasca era más o menos la misma en la que se aprovechaba la leña, hacia finales de otoño (*pasando los Santos*, me decían en Grisuela). Aunque para muchos vecinos se trataba de un aprovechamiento importante, ya que *la paja escaseaba*, algunos ni tan siquiera iban a *apañar* esta hojarasca. De hecho, hace ya décadas que

quiñones, en otras localidades de la comarca, como San Juan del Rebollar, Gallegos del Campo o San Vitero.

no se aprovecha, a diferencia de lo que ocurre con la leña, que sigue repartiéndose en todos los pueblos.

En Grisuela, donde me aseguraban que antaño la hojarasca era abundante y de calidad, a la vez que ésta se recogía se cortaban los espinos que habían brotado entre los robles. Así, esta actividad contribuía a conservar el pasto que existía bajo el arbolado.

Había algunas personas que aprovechaban el viaje al monte para coger algo de leña que escondían en el carro, entre la hojarasca. Como estas prácticas eran comunes, tanto en Matellanes como en Grisuela recordaban que el guarda forestal solía estar bastante pendiente de su aprovechamiento, en principio absolutamente inocuo.

En primer lugar el monte de roble se *partía en quiñones*. Para ello tres o cuatro personas mandadas por el alcalde hacían los lotes, los señalizaban y los numeraban. Más tarde se procedía al sorteo de los *quiñones* entre los vecinos. Unas boletas numeradas y sacadas por una mano inocente decidían lo que le tocaba a cada uno. Una vez que los vecinos sabían qué *quiñón* les había tocado en suerte, podían ir a amontonar sus hojas. En Rabanales me decían que para que la hojarasca quedase bien compactada era recomendable hacerlo temprano, cuando las hojas secas conservaban cierto grado de humedad y *se pegaban*. Amontonadas las hojas, se procedía a la recogida. El alcalde establecía un día a partir del cual cada vecino podía ir con su carro a por ellas, pero el periodo en que estaba permitido ir a buscarlas era breve (duraba solo unos días), para que el *guardamontes* pudiera controlar que el trasiego no derivase en cortas de leña.

La bellota

El aprovechamiento de las bellotas producidas por las encinas y los robles en los terrenos del pueblo no se organizaba normalmente de forma colectiva. Lo habitual es que las consumiesen los rebaños en el mismo lugar en el que caían y si algún vecino decidía recoger cierta cantidad para alimentar a sus animales podía hacerlo libremente.

Tan solo en Mellanes *se iba de concejo* habitualmente para su recolección. Recuerdan que las bellotas *apañadas* en el robledal de la Encarnación se reunían en un gran montón que después se repartía entre los vecinos, correspondiendo un determinado número de calderos a cada uno. En Ufones también debió de hacerse, pero hace ya muchos años, pues lo más mayores recuerdan que incluso se vareaban los árboles para recoger las bellotas que aún no habían caído al suelo.

Tanto en Rabanales como en Grisuela se mencionó una sola ocasión en la que, excepcionalmente, se distribuyeron las bellotas de roble entre los vecinos, dividiéndose el monte en *quiñones*. Seguramente se trata del mismo año, pues en Grisuela me comentaron que tal circunstancia se debió a su extraordinaria abundancia aquel otoño, ya que la habitual escasez del recurso hacía que normalmente no mereciera la pena organizar su recolección¹³⁵.

Respecto al aprovechamiento en común de la bellota, cabe añadir otra modalidad que debió de abandonarse hace bastantes años: su consumo por los cerdos en el campo (en montanera). En el primer tercio del siglo XX la *ti* Margarita, de Ufones, vivió la salida al campo de todos los cerdos del pueblo juntos con el fin de aprovechar este recurso. Recordaba también que volvían ellos solos a casa, pues cada uno conocía bien el camino de vuelta a su *corteja*¹³⁶.

¹³⁵ En Grisuela las *ancinas* sí producían con frecuencia bellota de calidad, pero la mayoría se encontraban en el interior de fincas, así que las aprovechaba de manera individual cada propietario.

¹³⁶ Me decía que era el único momento del año en el que los cerdos salían al campo. De hecho, en décadas posteriores lo normal es que permaneciesen todo el tiempo en el pueblo. A juzgar por las múltiples referencias a *cerdos camperos* que hace el Catastro de Ensenada en diferentes localidades alistanas, está claro que esto no fue siempre así. Ya consta en las memorias del Arzobispado de Santiago (del Hoyo, 1607: 543), respecto de Matellanes, que «en el término deste lugar y en esta comarca hay gran cantidad de vivoras y especialmente se crían y hallan en los pies de los carballos, entre matillas que dellos salen, y que por comerlas los puercos es tocino muy sabroso». En Mellanes los informantes, aunque no lo llegaron a conocer, tenían conocimiento de que antiguamente se sacaban los cerdos a la Ribera para que aprovecharan las bellotas. También en Sanabria la *veceira* y en Sayago la *vicera* dejaron de funcionar a principios del siglo XX (Rodríguez Iglesias, 2012: 202-203; Sánchez Gómez, 1991: 117 y 222).

Las boñigas

Los excrementos de las vacas se denominan en los pueblos del municipio *buestas* o *muñicas*. Los depositados en valles y majadas comunales, sobre todo los que se acumulaban en los *sestiles* o *gestiles*, también eran considerados un recurso público y su aprovechamiento estaba regulado. Ello se debe a que se utilizaban como abono, aunque su volumen no permitía que se repartiesen entre el conjunto del vecindario. En su lugar, el pueblo realizaba una subasta en la que se adjudicaban a algún vecino que pujaba normalmente en nombre de un pequeño grupo de personas, entre las cuales terminaba repartiéndose este abono natural.

La subasta se celebraba en cinco de los seis pueblos¹³⁷, todos excepto Mellanes, y se realizaba normalmente a primeros de agosto, mucho antes de su recolección, que tenía lugar a finales de septiembre o principios de octubre. Era el caso de Fradellos, Grisuela y Ufones, localidades en las que se subastaba el Día del Voto Concejo¹³⁸. Sin embargo, en Matellanes, donde me aseguraban que las *buestas* no constituyen un abono de gran calidad, se subastaban más adelante, *un día de concejo* cualquiera, una vez que se había desmantelado ya la *vacada*¹³⁹.

Cuando llegaba el momento de aprovechar los *abonos del campo*, como los llamaban en Grisuela, los adjudicatarios los recogían en cestos y después hacían una serie de montones o *muelos*, cuyo volumen se podía cargar en un carro. Estos montones más tarde eran numerados y sorteados entre los miembros del grupo para su reparto.

La piedra para construcción

El aprovechamiento de la piedra que se utilizaba para todo tipo de obras (desde construir una casa a *cercar un prao*) era libre para los vecinos

¹³⁷ También se subastaban en otros pueblos de la comarca, como San Vitero o Lober.

¹³⁸ Subasta y festividad parecen estar de alguna manera relacionadas, pues Mellanes es justamente el único pueblo del municipio en el que no se celebraba el voto concejo.

¹³⁹ En Rabanales, sin embargo, ninguno de los informantes recordaba ya la fecha de esta subasta.

de los seis pueblos en sus respectivos terrenos comunales. En ellos podían extraer este recurso natural allí donde considerasen conveniente, sin tener que rendir cuentas a nadie. También existían determinadas fincas que proporcionaban piedra de calidad a sus propietarios, aunque lo más frecuente es que se obtuviese en los terrenos del pueblo.



Material pizarroso empleado en la construcción de una vivienda tradicional (Fradellos).

Los lugares de donde se extraía la piedra se denominan *pedreras* y el hueco dejado tras su obtención *barranco*. Estas pequeñas canteras, una vez abiertas por cualquiera de los vecinos, se solían *respetar* por los demás. Solo cuando el primero había sacado la cantidad de piedra que necesitaba, en caso de que el material de calidad no se hubiera agotado, otros utilizaban esa misma *pedrera*.

La gratuidad y libre disponibilidad de la piedra, así como la exclusiva a la hora de extraerla, permanecían incluso cuando se obtenía para su explotación comercial. Así ocurría en Matellanes, en concreto en el Sierro de las Güeras, donde existía una *pedrera* cuyo cantero (Manuel Rapado) se dedicaba profesionalmente a la extracción y venta de la piedra. Vendía los

refaldos que obtenía a personas de distintos pueblos de la comarca. Idéntica situación se daba en Fradellos con la cantera de las Lonjeras, aunque en este caso eran varios los vecinos que obtenían *lonjas* para después venderlas, sobre todo a personas de Bercianos, Riofrío y Valer, donde eran muy utilizadas para los tejados de todo tipo de edificaciones.



Antigua *pedrera* del Sierro de las Güeras (Matellanes).

En Grisuela la piedra para uso propio solía *arrancarse* en terrenos del pueblo. Se podía obtener de *arriba*, sobre todo de la zona denominada justamente la Pedriza¹⁴⁰, que dispone de varias *pedreiras* de las que salía una piedra rojiza *muy bonita*. Esta piedra *se arrancaba mal*, pero su acarreo era sencillo por encontrarse a mayor altura que el pueblo. También se podía conseguir piedra de calidad en la parte *de bajo*, especialmente en las diferentes *pedreiras* situadas en la Puente Piedra, con la ventaja de que

¹⁴⁰ Es muy frecuente que la disponibilidad de piedra o la propia actividad extractiva terminase por dar nombre a estos lugares. Ya hemos mencionado el caso de Fradellos. En Mellanes los *refaldos* se obtuvieron de un lugar llamado igualmente las Lonjeras.

se extraía con mayor facilidad, aunque resultaba en este caso más costoso acarrearla hasta el pueblo, al tener que vencer la pendiente.



Barranco dejado por una antigua pedrera en la zona de Cebal (Rabanales).

La piedra utilizada, que en todos los pueblos solía ser pizarra¹⁴¹, se extraía durante el invierno, cuando los trabajos del campo ofrecían una tregua que permitía llevar a cabo este tipo de actividades. A la roca natural había que *atacarle por la veta*. En primer lugar era preciso descalzarla, para lo cual era muy conveniente que hubiese capas de tierra entre la roca, aunque nada más tuviesen un centímetro de grosor. La piedra se extraía primeramente con la ayuda de una palanca. También se utilizaba la *marra*, con la que se golpeaba sobre unas *pinas* de hierro, sobre todo para partir los pedazos de roca obtenidos en otros más pequeños. Igualmente se emplearon otras herramientas, como el pico y la barra de hierro o pistolete.

Aunque hace décadas apenas se usaban explosivos, éstos se fueron incorporando poco a poco para facilitar la labor extractiva. Su función era exclusivamente la de *abrir*, extrayéndose posteriormente el material ya a

¹⁴¹ La de color oscuro que permite obtener piezas grandes y planas (*refaldos y lonjas*) es la *piedra lonjeña*.

mano. Así, para *hacer una entrada* primero se picaba con la *marra*, hasta obtener un hueco cilíndrico en el que se introducía el explosivo, que rápidamente se encargaría de romper la roca. Dada su peligrosidad, en Matellanes recordaban que nada más encender la mecha *había que salir corriendo* y también que el explosivo solía comprarse a una persona de *Parazuelo*¹⁴² que era pobre y ganaba *unas perras* vendiéndolo de pueblo en pueblo.

El barro

En una situación semejante a la descrita para la piedra se encontraba el aprovechamiento del barro, aunque en este caso casi todos los vecinos solían obtenerlo en sitios muy localizados, pues pocos lugares ofrecían barro de calidad. Pese a que se trata de un recurso no renovable, al igual que la piedra, su extracción era libre, con el agravante de que el barro, a diferencia de la piedra, por su propia naturaleza se extraía de suelos profundos, muchas veces a costa de destruir pequeñas superficies productoras de pasto. Todos los informantes se refirieron a este producto como *barro*, pero lo cierto es que podríamos denominarlo *tierra*, pues normalmente se extraía en seco.

El barro blanco se usaba para blanquear (*encalar*) las paredes interiores de las casas. Al ser bastante escaso, en algunos pueblos era difícil obtenerlo en el propio término, así que con frecuencia se adquiría procedente de otras localidades.

En Grisuela se extrajo barro blanco puntualmente de la laguna de las Mayadicas¹⁴³ y, aunque las generaciones actuales no lo llegaron a conocer, parece ser que en el pasado se fue a buscar también al lugar llamado los Barreiros Blancos¹⁴⁴. Sin embargo, lo habitual era ir a comprarlo por *alqueres* a San Vitero, donde era más abundante.

¹⁴² Forma popular de Palazuelo de las Cuevas.

¹⁴³ Probablemente la propia extracción dio lugar a esta laguna.

¹⁴⁴ Como se ve, también la presencia y extracción del barro deja su huella en la toponimia.

En Fradellos ocurría algo semejante. Se podía obtener en el pueblo, por ejemplo en la *galaza* de Encima las Agavanzales, pero solía comprarse más bien a vecinos de Fornillos de Aliste (en adelante, Fornillos) que lo vendían por los pueblos. En Ufones, como se dijo, el barro blanco se traía de las Mayadicas, en término de Grisuela, aunque también era común adquirirlo en San Vitero o Rabanales, cuando no se compraba a los de Fornillos.

En Mellanes me decían que el barro blanco se iba a buscar a *Parazuelo*, mientras que en Matellanes sí que se podía conseguir en el propio pueblo, concretamente en el barrero del Bodonico.

En Rabanales se obtenía por el mes de septiembre, cuando más seco se encuentra el terreno. Lo sacaban en la Hadrera y, sobre todo, en las Medianas¹⁴⁵, tanto en fincas particulares como en terrenos del pueblo. Algunos vecinos vendían parte del barro obtenido en los terrenos comunales de las Medianas. Iban a comprarlo a Rabanales vecinos de los pueblos limítrofes, y también de otros más alejados, como Gallegos del Río. Incluso cuando se comercializaba, de nuevo la extracción no estaba sujeta a gravamen alguno.

Más abundante es el barro *colorao*, también llamado *rojo* o *amarillo*, pues su color era variable. Se empleaba sobre todo como argamasa, entre piedra y piedra, en la construcción de las paredes exteriores de las viviendas y otras edificaciones. Se usaba además para dar *repello* a esas paredes, especialmente en su cara interior, añadiéndole paja, porque de lo contrario se *esgrietaba*. El mismo tipo de barro era el utilizado, igualmente mezclado con paja, para la construcción de los hornos en los que se cocía el pan.

En Rabanales el barro *colorao* se sacaba del Montico Nuevo. De hecho, las oquedades generadas por la propia extracción dieron lugar al microtopónimo *las Llaguniellas*. En el caso de Grisuela la zona de extracción se denomina los Barreiros. En Matellanes lo extraían del barrero que existía en otro lugar de nombre evocador: Tozalabarrera.

¹⁴⁵ También se pronuncia *las Midianas*.

En Mellanes este barro se obtenía en la zona de Majada la Sierra. En Fradellos los informantes refirieron varios puntos de extracción: se extraía de los Barreros, también de la Cortina las Casas (en el pago del Sobaco), así como de un barrero que hay en el Brezo, en la misma *raya* con Flores¹⁴⁶. En Ufones se obtenía un barro anaranjado en el Fundalón.



Los Barreiros (Grisuela).

Un barro más oscuro y terroso, mezclado con paja, era el empleado para confeccionar adobes, que se fabricaban muchas veces en el propio lugar de la extracción. Con ellos se construían más tarde los muros que dividían el interior de las casas. La obtención de este tipo de barro era la que provocaba un mayor impacto, pues solía extraerse de zonas de pradera¹⁴⁷.

En Fradellos para hacer adobes se prefería el *barro negro* que se tomaba de la pradera del Portillo. En Matellanes este material se extraía en

¹⁴⁶ Recordaban también haber ido *a robarlo* de noche al término de Flores.

¹⁴⁷ En referencia a la obtención de este barro, me decían: *íbamos a estropear la pradera*.

Triémbulas, en concreto en el lugar llamado precisamente las Adoberas, aunque también se sacó del Bodonico. En Grisuela igualmente se mencionaron dos lugares de extracción: la Martinada y las Carbayeiras¹⁴⁸. En Ufones el barro se obtenía en el Molino Concejo y allí mismo confeccionaban los adobes. En Rabanales se iba a buscar también al Montico Nuevo¹⁴⁹ y en Mellanes a la Ribera, concretamente a la pradera de las Junciales, lugar en el que se fabricaban directamente los adobes.



Adobes en Mellanes.

¹⁴⁸ En Grisuela me hablaron de un cuarto tipo de barro. Aunque para la parte inferior del horno se han utilizado ya baldosas desde principios del siglo XX, parece ser que con anterioridad se usaba un tipo de barro especial que se iba a buscar a la Urretona, en el término de San Juan del Rebollar.

¹⁴⁹ En Rabanales existieron antiguamente varios hornos de tejas. No se llegaron a conocer en funcionamiento por las generaciones actuales, pero se sabe que los había en terreno comunal, en Campularca y en la Vega (de hecho, en ambos sitios el lugar donde se ubicaban se denomina todavía *los Hornos*), y también en una finca privada (en las Medianas), pero se desconoce el origen del barro empleado en ellos y si su uso era particular o colectivo.

El aprovechamiento de otros recursos comunes

Figuran en este cajón de sastre una serie de recursos que solamente en algunas localidades se aprovechaban de manera organizada. Su valor no era muy grande y tampoco eran especialmente abundantes, por lo que de nuevo no se producía un reparto entre los vecinos sino que se recurría a su subasta.

En Rabanales, por ejemplo, el pueblo subastaba el *ciélamo* que se había ido depositando a lo largo del año en el fondo del Pozo Bajo. Además del valor que pudiera tener como abono, la retirada de ese lodo era útil para el pueblo, pues así se limpiaba esta balsa de riego. Normalmente se lo repartían entre cuatro o cinco vecinos, que lo amontonaban tras sacarlo del agua. Cuando el *ciélamo* se secaba, lo cargaban en sus carros y se lo llevaban para fertilizar algunas de sus fincas. La composición de este lodo era de lo más variopinta, ya que al Pozo Bajo llegaban, arrastradas por el agua de la lluvia, todo tipo de sustancias, pero sobre todo los excrementos de los animales domésticos que se habían depositado en diferentes calles del pueblo¹⁵⁰.

También la paja que caía al suelo, cuando era transportada en carros desde la era hasta los *pajeros*, se subastaba en Matellanes entre todo el vecindario.

A diferencia de lo que ocurría en otros pueblos de la comarca, los *faleitos* que crecían en los terrenos comunales del municipio no se repartían entre los vecinos, por no ser aquí especialmente abundantes¹⁵¹. Solo en Grisuela se refirió su uso, aunque en este caso la recogida era completamente libre¹⁵².

¹⁵⁰ En Lober ocurría algo semejante. Cuando todavía no se habían asfaltado las calles del pueblo, se limpiaban en el invierno. El barro que se sacaba de ellas, rico en excrementos del ganado, producía un abono muy apreciado para las cortinas, por lo que se colocaba en varios montones y era subastado, invirtiéndose la puja en vino y escabeche para el pueblo.

¹⁵¹ Sí se producía este reparto en varias localidades del oeste alitano, como Nuez, Figueruela de Abajo o El Poyo, según me han comunicado en esos mismos lugares. También se repartían en Figueruela de Arriba (Pérez Martín, 2013: 31).

¹⁵² Se empleaban para cama del ganado, sirviendo más tarde de abono.



El Pozo Bajo en la actualidad.

La hoja de negrillo, que se aprovechaba para dar de comer a los *cuchinos*, era subastada en Fradellos, donde había varios de estos árboles en terreno comunal¹⁵³. Los olmos o *negrillos* se dividían en lotes, constituido cada uno por varios pies próximos entre sí. Cada lote se subastaba por separado, de tal manera que los árboles los *pelaban* directamente quienes habían ganado la subasta¹⁵⁴.

Tampoco he podido documentar la presencia de árboles de fruto en terreno comunal¹⁵⁵, a excepción de los *castañeros* que había junto al

¹⁵³ También se subastaba en Lober. En Mellanes había *negrillos* en terrenos del pueblo, pero la recolección de sus hojas era libre.

¹⁵⁴ Más común era que estos pueblos dispusiesen de chopos en las riberas comunales. Los árboles, según el caso, se subastaban entre el vecindario o se vendían a maderistas. De sus *gajas* se obtenían también los *palos* (tutores) *para los fréjoles*.

¹⁵⁵ Sí los hay en otras partes de la comarca. En pueblos como Ribas, San Blas o Gallegos del Campo los vecinos disponían de la propiedad del vuelo sobre algunos árboles, sobre todo castaños, nogales y cerezos. Esta circunstancia es conocida por algunos de los informantes del municipio, quienes refirieron su existencia en localidades como Vega de Nuez o San Vicente de la Cabeza. También ocurría en Figueruela de Arriba (Pérez Martín, 2013: 111). En algunas de estas localidades había igualmente chopos particulares en suelo comunal.

cementerio de Ufones, cuyo fruto era aprovechado por los vecinos, aunque no de una manera especialmente organizada¹⁵⁶.

Servicios concejiles

El concejo ofrecía una serie de servicios a sus miembros que éstos debían compartir¹⁵⁷: fuentes para el abastecimiento de agua, eras donde poder trillar, etc. El colectivismo dentro del municipio se encontraba en este aspecto claramente menos desarrollado que en otros lugares del mismo ámbito, donde el concejo permitía a los vecinos disponer de fraguas¹⁵⁸, lagares y alquitaras¹⁵⁹, e incluso hornos¹⁶⁰ de uso comunitario o, al menos, colectivo (cuando eran utilizados solamente por un grupo de socios) que no se recuerdan en ninguno de los seis pueblos.

¹⁵⁶ El Día de Todos los Santos los *rapaces* y las *rapazas* del pueblo *apañaban* las castañas de esos árboles (ellos de unos árboles y ellas de otros, según me decían, existiendo a este respecto una amistosa rivalidad entre sexos) y las asaban después en la hoguera que se hacía junto a la iglesia. En Rabanales mencionaron que algunos vecinos *iban al rebusco* a otros pueblos de la comarca donde los *castañeros* eran más abundantes (San Cristóbal, Sejas de Aliste, etc.). Allí *apañaban* las castañas que los propietarios de los árboles habían dejado en el suelo, obteniendo así unos pocos kilos que eran bienvenidos.

¹⁵⁷ María de los Ángeles Martín (1991: 357) los denomina «prestaciones comunitarias» y José María Arguedas (1968: 200) «servicios comunales».

¹⁵⁸ Existía una fragua del pueblo en Figueruela de Arriba, donde se arrendaba a un vecino (Pérez Martín, 2013: 53), y he documentado otra en Villarino de Cebal. También las había en localidades portuguesas próximas a la comarca, como Pinelo (Lourenço Vaz, 2002: 61) o Rio de Onor (Dias, 1953: 73).

¹⁵⁹ En Rabanales un vecino disponía de alquitara, aunque también la utilizaban otros pagándole *un tanto*. En Samir de los Caños existía una de socios, pero cuando éstos terminaban de destilar permitían que cualquier otro vecino del pueblo la utilizase. Sin embargo, en Bercianos sí disponían de una alquitara vecinal que se guardaba en la Casa Concejo. Pobladura y Figueruela de Arriba también contaban con una alquitara comunal (Bazal Sanabria, 2009: 58; Pérez Martín, 2013: 36), mientras que en Moldones y en Figueruela de Abajo se utilizaba la *Casa Lagar* tanto para el prensado como para la destilación del *bagazo*, igual que en Rio de Onor (Dias, 1953: 72).

¹⁶⁰ Los hornos de uso colectivo podían pertenecer a un grupo de socios, como los portugueses de Rio de Onor (Dias, 1953: 71) y Pinelo (Lourenço Vaz, 2002: 61), o bien ser propiamente comunales, como ocurría en Sanabria (Rodríguez Iglesias, 2003: 87-90) y en Moldones, también en Aliste. En esta localidad, aunque sus tres hornos y quienes los utilizaban se distribuían por barrios, el mantenimiento correspondía a todo el pueblo.

El toro del pueblo

Sí consta la existencia de toros «del pueblo» o «de concejo» que servían como sementales¹⁶¹. Aunque mis informantes de Grisuela no lo llegaron a conocer, oyeron contar a sus antepasados que antiguamente hubo en esta localidad un *toro del pueblo*, que tenía derecho a pastar libremente en la Veiga y otras praderas, aunque éstas se hubieran *cotado*. Igualmente en Matellanes, más próximo en el tiempo porque aún se recuerda, está el momento en el que se arrendaba el empleo de un toro como semental para todas las vacas del pueblo. En el caso de que hubiese varios ejemplares en Matellanes, se escogía uno de entre todos ellos. De esta manera, los dueños del resto *no tenían negocio* con los vecinos del pueblo, así que sus toros solo cubrían las vacas de otras localidades cercanas. El toro seguía perteneciendo a su dueño, que era el encargado de cuidar de él (salvo cuando *se echaba con la vacada*), pero no cobraba cada vez que fecundaba a una vaca, pues el pueblo *lo ajustaba por un tanto* para todo un año. Este toro, del que los informantes no supieron decirme qué nombre recibía, *andaba libre* entre la *vacada*¹⁶² y tenía ciertos privilegios a la hora de pastar (*le dejaban lo bueno*). En una ocasión se arrendó un toro de Mellanes, no correspondiendo en este caso su mantenimiento al propietario, al estar en otro pueblo, sino al conjunto de los vecinos de Matellanes, que lo atendían *a la roda*.

Las eras

Aunque en algunas localidades, como ocurre en Rabanales, las eras en las que se trillaba son particulares, en otras el pueblo cedía un espacio a quien lo necesitase. En Fradellos, por ejemplo, los vecinos trillaban y aventaban en lo común. Recuerdan que era preciso dejar bien limpia la era

¹⁶¹ Eran comunes en las vecinas comarcas de Sayago (Martín Ferrero, 1991: 357-358; Arguedas, 1968: 200) y Sanabria (Rodríguez Iglesias, 2012: 198-199). Existía toro del pueblo también en Río de Onor, donde los vecinos disponían asimismo de un cerdo semental (Dias, 1953: 102-106).

¹⁶² En otros pueblos, como sucedía en Rabanales, cuando los toros aprovechaban los mismos pastos que la *vacada* era preciso mantenerlos a una distancia de ésta para que no cubrieran ninguna vaca.

al finalizar estas labores, pues de lo contrario podían ser multados. El espacio donde están las eras de Fradellos es muy desigual, así que todos los años se procedía a su reparto. Concretamente *el Día San Pedro* (el 29 de junio) *se partían las eras* del pueblo. En Grisuela, las eras que se utilizaban eran también comunales, pero en este caso no se *partían* en una fecha preestablecida, sino cuando los vecinos habían acabado de segar.

En Mellanes algunas familias utilizaban las eras comunales, mientras que otros trillaban en sus fincas. Como a todos los vecinos les correspondía un pedazo de era del pueblo, algunos lo cedían a cambio de algún favor. Al igual que en Grisuela, el reparto no se realizaba un día previamente fijado, sino al terminar de segar, que venía a ser casi siempre *por el Santiago*.

Lo mismo en Ufones que en Matellanes los vecinos podían trillar en las eras del pueblo, aunque la mayoría lo hacía en alguna finca de su propiedad. En Ufones, como cada familia solía utilizar el mismo espacio año tras año, no era preciso dividir las eras.

La romana del pueblo

En cada una de las seis poblaciones existía una romana de gran tamaño utilizada para pesar objetos muy pesados. Era la llamada *romana del pueblo*. Según refirieron en todas las localidades, su uso principal llegaba en la época de invierno, en el momento de la matanza de los cerdos. Cada vez que un vecino sacrificaba un *cuchino* debía avisar al alcalde, que era quien custodiaba la romana, para que pesase con ella el cuerpo del animal. El propietario debía abonar posteriormente una pequeña cantidad de dinero, a modo de contribución, proporcional al peso del cerdo. Para ahorrarse parte de este impuesto, me contaron en Mellanes que había quien retiraba parte de la manteca antes de que el alcalde realizase el pesado.



Felipe mostrando la *romana del pueblo* de Ufones.

Pero a esta romana también se le daban otros usos. En realidad cualquier vecino que la necesitase en un momento dado podía disponer de ella, así que muchas veces iba pasando de unos a otros. En Fradellos me aseguraron que hace décadas la mayor parte de los vecinos no disponían de romana propia, aunque más tarde casi todos terminarían adquiriendo una, en todo caso de menor tamaño que la vecinal, que seguía disponible para el uso particular de los vecinos. Recuerdan además que ésta ofrecía el peso tanto en kilos como en libras.

En Grisuela el pueblo se servía de una vieja romana que *no era fiel*, por lo que fue sustituida en los años 60 por otra más precisa y moderna, y que además *era ya legal*. Para su compra cada vecino tuvo que aportar dos pesetas y media. Cuando los rudimentarios molinos de agua cayeron en desuso, esta nueva romana se empleó también para el *canjeo*, mediante el cual el agricultor contrataba la molturación del grano: entregaba cierta cantidad de grano y recibía la harina resultante¹⁶³.

¹⁶³ También en Mellanes refirieron este uso. En Grisuela recordaban que el grano se molía en Zamora: por cada 122 kg entregados se recogían 100 kg de harina y 20 kg de *salvaharina* y *salvao*.

El enterramiento de los animales muertos

Cuando moría una oveja o una cabra, desprenderse de su cuerpo no generaba mayor problema para el propietario. Normalmente el cadáver *se tiraba entre unas jaras* o se dejaba *en un barranco*, donde solía terminar sirviendo de alimento para los perros. Pero a la hora de deshacerse de una caballería muerta, por su volumen, era necesario disponer de mano de obra suficiente para movilizar el cuerpo del animal. Resultaba especialmente costoso subirlo al carro y también había que cavar una *hoya* profunda en la que después se enterraría.

Se necesitaba, pues, la concurrencia de varias personas. Esta necesidad la cubría el concejo, ordenando el alcalde en tales casos que varios vecinos (tres o cuatro) ayudasen en esta tarea al dueño del animal. Naturalmente no acudían siempre los mismos. Como en otros trabajos organizados por el concejo, la participación se organizaba *a roda de vecino*¹⁶⁴.

A veces el enterramiento se hacía en un terreno especialmente habilitado para ello. En Fradellos, por ejemplo, los animales se solían enterrar en las Esneras. En Ufones se enterraban en Valdegranao, concretamente en el lugar llamado, no en vano, *el Entierro las Vacas*. En otros pueblos el enterramiento tenía lugar en un terreno cualquiera, como ocurría en Grisuela, Matellanes o Rabanales. En estos casos se solía buscar un sitio próximo al lugar en el que había muerto el animal, siendo imprescindible que el terreno tuviera *momio*, es decir, que dispusiese de un suelo profundo en el que poder cavar la *hoya* con cierta facilidad. En Rabanales solía aprovecharse la presencia de algún *barranco*, como los que existían en las Medianas, generados por la extracción del barro blanco, aunque en los años 70 se habilitó ya un espacio para ello (conocido como *el Enterradero*) en el Montico Nuevo, aprovechando de nuevo los huecos dejados por la extracción del barro.

¹⁶⁴ El entierro de las personas, sin embargo, quedaba fuera de las atribuciones del concejo. Era la Cofradía de la Santa Cruz la encargada de su organización. En los funerales se pasaba lista, y al cofrade que no acudiese se le multaba. Todavía hoy se hace en Fradellos, donde cada falta de asistencia se penaliza con el pago de un euro.

El mantenimiento de los caminos

Otro de los trabajos que se realizaba *de concejo* era el dirigido al mantenimiento y reparación de los caminos públicos. Esta labor se llevaba a cabo cuando se consideraba necesario, aunque era habitual realizarla en primavera, sobre todo si las lluvias del invierno habían causado daños.

Si un determinado camino requería que se acometiese una obra de cierta envergadura, como podía ser su ensanchado, entonces a cada vecino se le asignaba un tramo. Para que el firme quedase en perfectas condiciones a veces era necesario incorporar material de relleno. En tales casos los vecinos tenían que ir con sus carros *a buscar rebollos*.

Más adelante se dedicaba una o, como mucho, dos jornadas al año a la reparación de baches. Se hacía nada más concluir la siega, *en vísperas de acarriar*. Tener que llevar a la era la mies recién segada hacía imprescindible que los caminos se encontrasen en perfecto estado. En esta jornada únicamente *se tapaban los hoyos*, tarea obligatoria para todos los vecinos, aunque realizada de buena gana porque *nadie quería que se le involucrase el carro*.

Los trabajos vecinales no se limitaron a estas actuaciones sobre los caminos, también en las carreteras se operó de la misma manera¹⁶⁵. Así ocurrió, por ejemplo, en la que comunica Grisuela y Rabanales. Cada pueblo se encargó de la parte que se encuentra en su término. En Grisuela me decían que fue un trabajo que el vecindario realizó *a gusto* porque la existencia de esta carretera era de gran interés para el pueblo, al ser fundamental la comunicación con Rabanales¹⁶⁶. Sin embargo, los de Rabanales no tenían tanto interés en ella, así que éstos *fueron obligados*.

¹⁶⁵ Lo mismo ocurrió en todo tipo de obras. En Ufones, por ejemplo, recordaban que en 1978 los vecinos trabajaron a prestación personal para que el pueblo pudiera disponer de agua corriente y saneamiento.

¹⁶⁶ *Estábamos todos muy unidos*, me decían en Grisuela, donde se organizaron cuatro grupos de vecinos, correspondiéndole a cada grupo un tramo de carretera. Los vecinos se encargaron de extraer la piedra de relleno, acarrearla, triturarla y colocarla. La Diputación únicamente proporcionó los picos y las palas que se utilizaron en la obra.

El mantenimiento de las fuentes

La limpieza de las fuentes del núcleo urbano y alrededores, aquellas *a las que se iba con los cántaros*, era una tarea que en la mayor parte de los pueblos corría a cargo de los *mozos* de la localidad. Se realizaba año tras año en la misma fecha, que era diferente en cada caso. En Mellanes, donde se reservaba para ello el *Día Pascua*, las *mozas* del pueblo solían acudir a las fuentes la noche anterior para ensuciarlas, lo que obligaba a los *mozos* a esforzarse aún más en esta tarea. En Matellanes se limpiaban en *San Juanico* (el 6 de mayo), en Grisuela el Día de San Antonio (el 13 de junio) y en Ufones el Día de la Ascensión. Tanto en Matellanes como en Grisuela la fiesta de los *mozos* se celebraba justamente en esas fechas.



Jose en la fuente de Abajo (Mellanes).

Aunque se trata de una tradición muy extendida por toda la comarca¹⁶⁷, ni en Rabanales ni en Fradellos existía esta costumbre. En

¹⁶⁷ Tanto en Pobladura como en Nuez los *mozos* limpiaban las fuentes el Día de San Pedro (Bazal Sanabria, 2009: 28; Guarido Casado, 1966: 93), mientras que en Figueruela de Arriba lo hacían el día de San Juan (Pérez Martín, 2013: 86), igual que en La Torre de Aliste, según me confirmaron en el propio pueblo.

Rabanales no había un día establecido para limpiar las fuentes, ni los encargados de ello eran los *mozos*, mientras que en Fradellos no se recuerda que las fuentes del pueblo requiriesen mantenimiento alguno. Eso sí, las que se encontraban en el campo, en distintos puntos del término, solían limpiarse *de concejo*, no por los *mozos*, el Día de San Pedro (el 29 de junio)¹⁶⁸.

La juventud de cada pueblo, una vez terminada esta faena, pedía a los vecinos una retribución por la labor realizada. Lo más habitual es que recibiesen huevos, que después se cocían¹⁶⁹, pero había quien entregaba chorizo o incluso, en algún caso, también dinero. Con lo recibido la mocedad organizaba ese mismo día una merienda.



La fuente de Cantería (Matellanes).

¹⁶⁸ Éste era un día de trabajos comunitarios en el pueblo; mientras unos cuantos vecinos limpiaban las fuentes, otros se ocupaban de los caminos o realizaban otras tareas semejantes.

¹⁶⁹ En Mellanes algunos vecinos donaban huevos *ralos*, pero como los *mozos* ya lo sospechaban, solían apartar estos huevos y marcarlos con un lápiz, lo que permitía confirmar la sospecha inicial.

En Mellanes los *mozos* portaban una *herrada* con agua y hojas de *cañilero*. De este modo daban *la bendición* a aquellos vecinos que generosamente entregaban alguna gratificación. Se sumergía una brocha o un *ramajo* y se decía: *¡que el agua de la fuente no le haga falta pa'l puchero del enfermo!*

Capítulo 2

LAS SUBASTAS

Cuando algún vecino o familia decidía desprenderse de las propiedades que poseía en el pueblo, de su *capital*, lo que normalmente sucedía porque *marchaba del pueblo*, si es que no se había ido ya, el procedimiento de venta más habitual era la subasta de esos bienes, que solían ser adquiridos por otros vecinos de la misma localidad¹.

Aunque se trataba de un evento promovido por particulares, tenía un carácter netamente vecinal, pues a él asistía la mayor parte del pueblo. Sobre todo no podían faltar, como es natural, los potenciales compradores de los bienes subastados. En ocasiones también acudían vecinos de otras localidades interesados en alguno de ellos. Su realización se anunciaba públicamente a la salida de misa, como las cuestiones que tenían que ver con el *concejo*, y cuando llegaba el momento el alcalde tocaba las campanas para reunir a los vecinos.

El acto tenía lugar en un espacio de uso común, habitualmente un edificio del pueblo. En Fradellos, Matellanes, Mellanes y Ufones se empleaba para ello la Casa Concejo, mientras que en Rabanales se subastaba en la planta de arriba del antiguo ayuntamiento, que era donde se realizaban los concejos. En Grisuela, sin embargo, las subastas se hacían

¹ En realidad no siempre la venta tenía lugar en el pueblo. Se comentó el caso de una persona de Rabanales que realizó en San Vicente la subasta de un único prado. Esta propiedad, pese a situarse en el término de Rabanales, se encontraba muy alejada del pueblo (en la zona de Cebal), tanto como del propio San Vicente, donde con seguridad el propietario tenía mayores expectativas de venta.

en la plaza del pueblo, aunque cuando la meteorología no acompañaba se buscaba el portal o el corral de algún vecino. La subasta tenía lugar por la tarde o cuando había caído ya la noche, excepto en Grisuela, donde se solía realizar a plena luz del día.



En la parte izquierda de este edificio se situaba la Casa Concejo de Mellanes, donde se realizaban las subastas.

Dado que los promotores debían asegurarse una asistencia lo más numerosa posible, era habitual que la incentivasen recurriendo a un método muy simple pero tremendamente práctico. Los propietarios llevaban a la subasta vino, que ofrecían a los asistentes, y en algunas ocasiones también *escabeche*, particularmente cuando el valor de los bienes subastados era elevado.

El vino, además de garantizar una nutrida representación del vecindario, una vez consumido solía fomentar la participación en las pujas, lo que suponía que el precio final se incrementase, especialmente cuando alguna de las propiedades subastadas interesaba a varias personas. Habitualmente eran los propietarios lindantes los que más *se picaban*. De

esta manera, más que un gasto para los vendedores, la compra del vino (y, en su caso, del *escabeche*) suponía una inversión cuya eficacia se hallaba suficientemente probada. De hecho, parece ser que rara vez una venta quedaba desierta. De ahí que su empleo estuviera bastante generalizado. Lo estaba hasta el punto de haberse convertido en toda una costumbre, por lo que cuando se celebraba una subasta su presencia era esperada por todos los asistentes.

Para ejercer el papel de subastador se recurría a algún vecino del pueblo con especiales dotes para ello; alguien capaz de exaltar las cualidades de las propiedades en venta y, en general, con habilidad para estimular la participación en la subasta. Normalmente lo hacía siempre la misma persona, aunque algunas localidades disponían de varios candidatos capaces de desempeñar con solvencia esta labor.

Respecto a su retribución, he obtenido diferentes versiones, tal vez evidenciando que existía una gran diversidad según el caso o el pueblo. Por ejemplo, parece ser que en Ufones el subastador no recibía dinero, pues el reconocimiento popular suponía ya suficiente recompensa, sobre todo cuando a su actuación se le atribuía el mérito de haber conseguido elevar los precios de venta. En Grisuela ocurría lo mismo, aunque el vendedor solía tener algún detalle con él. Sin embargo, en Mellanes o Fradellos me contaban que sí cobraba una determinada cantidad o incluso recibía alguna de las propiedades del vendedor.

Otra persona era la encargada de repartir el vino entre los asistentes. En Rabanales lo solía hacer el guarda del pueblo, mientras que en Grisuela y en Fradellos el alcalde designaba a una persona para realizar esa función². En Mellanes, en cambio, la decisión era más espontánea, encargándose de ello cualquiera de los asistentes. En ocasiones se hacía *lumbre* en la subasta, así que también había quien aprovechaba para llevarse de casa un pedazo de tocino o de chorizo y lo asaba allí mismo.

² En Fradellos se especificó que el vino se servía en dos vasos, cedidos por la cantina del pueblo, que se colocaban sobre un plato. Cuando el alcalde lo consideraba, ordenaba que se ofreciese una nueva ronda.

Como en toda subasta, los participantes interesados en adquirir los bienes puestos a la venta ofrecían (*mandaban*, se decía) alternativamente cantidades cada vez mayores. Cuando el valor de la compra parecía estancarse, el subastador intentaba incentivar la participación de diferentes formas, entre ellas preguntando: *¿no hay quien mande más? O bien: ¿no hay quien mejore la postura?* Si, aun así, nadie incrementaba el precio, continuaba: *¡que buen... que buen... a la una!* Más tarde proseguía: *¡que buen... a las dos!* Para concluir adjudicando al mejor postor: *¡que buen provecho le haga a fulanito!*

Cuando alguien *tenía en renta* una finca que se subastaba, disponía como arrendatario de preferencia en su compra. Si igualaba el precio por el que se había adjudicado a otro, ese bien pasaba a ser adquirido por él.

En el desarrollo de las subastas debía ser relativamente frecuente que algunas personas participasen en la puja *mandando* una determinada cantidad de dinero que en realidad no estaban dispuestas a desembolsar. Una de las motivaciones que llevaban a proceder de esta forma era fastidiar a quienes realmente querían hacerse con esa propiedad. Naturalmente, en tales casos las reglas obligaban a adquirirla por ese precio si nadie ofrecía una cantidad superior.

Además de esta actitud de *mandar por mandar*, otros participantes, normalmente en connivencia con los vendedores, entraban en la puja con objeto de aumentar artificialmente el precio final. Pero también esta estrategia, que podía estar previamente convenida o acordarse en el transcurso de la subasta, obligaba a quien la practicase a asumir un alto riesgo de que se volviera en su contra.

Más puntualmente se dieron acuerdos previos entre compradores, dirigidos a que el precio no se elevase más de lo deseable. Fue el caso de dos vecinos que estaban interesados en un prado que se iba a subastar y decidieron ponerse de acuerdo para no competir por él, de modo que finalmente se repartieron tanto el gasto como la finca, tras ser formalmente adjudicada en la subasta a uno de ellos.



Entre las fincas rústicas subastadas, los prados tenían un especial valor.

En otras ocasiones, sobre todo cuando el precio de salida era muy bajo y las pujas escasas, la más alta de ellas podía no colmar las expectativas del propietario. En esos casos el subastador solía comunicarse con él antes de adjudicar —bien haciéndole un gesto o bien preguntándole directamente—, para asegurarse de que la cuantía final realmente le interesaba. Si no era así, el vendedor tenía la posibilidad de *retirar* esa propiedad de la subasta, comunicándolo a los asistentes (*¡la retiro!*). Cuando esto sucedía, el vendedor ofrecía posteriormente esa propiedad, ya fuera de la subasta, a quien creyese que podía estar interesado en ella. La posibilidad de anular la venta podía deberse a que, según me aclararon en Fradellos, en este pueblo un porcentaje de lo que el vendedor obtenía en la subasta debía entregarlo al concejo en concepto de impuesto. Aunque mis informantes de otras localidades no lo recordaban, puede que antiguamente sucediese lo mismo en sus pueblos³.

³ Sí ocurría en otras localidades cercanas, como es el caso de Lober, donde me aseguraron que el vendedor debía abonar al pueblo las denominadas *pujas*, cuyo importe suponía un pequeño porcentaje del precio de adjudicación.

También se dio el caso de compradores que tenían la consideración de *mandar* el dinero correspondiente a la puja anterior más cierta cantidad de *escabeche* (o de vino), que sería degustado por los asistentes. De este modo, igualando en metálico la puja más alta pero superándola en especie, aunque del incremento no se veía beneficiado el vendedor, lograba igualmente hacerse con el bien subastado. Esta costumbre fue comentada en varias localidades, aunque en Grisuela me aseguraron que solo se realizó a partir de determinado momento, por lo que allí la consideraban en realidad una práctica importada de otros pueblos próximos.

Capítulo 3

LOS AÑOS DEL CONTRABANDO

El contrabando: una actividad cotidiana

Aunque ilícita y perseguida por el Estado, la práctica del contrabando fue durante años una actividad tan usual como tolerada por estas comunidades rurales. Conforme a lo que me han relatado, todos los vecinos adquirían productos de contrabando. Su legitimidad se asentaba en el hecho de que permitía a las gentes de Aliste disponer de una serie de productos que en muchos casos *escaseaban*, por lo que resultaba complicado acceder a ellos de otro modo. Ostentaba poco menos que la condición de necesidad en el momento en el que se desarrolló y tal vez por ello hoy se habla del asunto con bastante naturalidad¹.

Esta actividad experimentó un fuerte repunte tras la Guerra Civil, según recuerdan los que conocieron la etapa anterior, perdiendo vitalidad a mediados de los años 50, cuando en los comercios de la zona era ya posible conseguir los productos que habían sido objeto de contrabando.

El contrabandismo supuso toda una forma de vida para algunas personas. Lo fue tanto para aquellos ciudadanos portugueses que se dedicaban a introducir estos productos en nuestro país —casi siempre personas con pocos recursos que encontraron en esta práctica una manera de obtener los ingresos necesarios para poder sobrevivir— como para unos pocos alistanos que se especializaron en revenderlos dentro de él.

¹ Solo en Rabanales encontré alguna reticencia, debido a la magnitud que allí alcanzó un tipo de contrabando basado en la compraventa y más organizado que el convencional.

Se traficaba, sobre todo, con alimentos y útiles domésticos, productos en su mayoría de primera necesidad. Café, aceite, azúcar, arroz, jabón, ropa, telas, hilo, navajas, tenedores o petróleo —empleado como combustible para los candiles— eran algunos de los más habituales. Como anécdota podemos citar que en Grisuela recordaban haber adquirido incluso un pote por este medio, utilizando su elevado peso como aliado en la negociación por el precio de venta. La estrategia funcionó y finalmente pudo ser comprado con cierta rebaja, ante el temor de su portador a tener que cargar con él de vuelta a Portugal.



El pote era uno de tantos productos de contrabando.

En Rabanales varias personas recibían otro tipo de productos, en grandes cantidades, que después revendían. Entre ellos destacaba, por su frecuencia, la parafina, utilizada para la elaboración de velas². En ese tipo de contrabando fue frecuente igualmente el trasiego de *suela* (planchas de

² Me decían que la parafina que circulaba de estraperlo lo hacía normalmente en forma de barras.

piel curtida con las que se confeccionaban suelas para el calzado), *lienzo* (telas), jabón³, cornezuelo del centeno e incluso, aunque de forma puntual, se llegó a contrabandear con armas de fuego⁴.

Los contrabandistas portugueses

Los pueblos alistanos eran fundamentalmente receptores de todas estas mercancías. Los informantes recuerdan bien la llegada de los portugueses cargados con sus fardos. Eran tanto hombres como mujeres que portaban pequeñas cantidades de producto que tenían la seguridad de vender a diferentes particulares. En ocasiones el viaje de vuelta era aprovechado para *pasar* a Portugal otras cosas, como pieles o lana⁵. En Matellanes y Mellanes recordaban también la adquisición por parte de los portugueses de cerdos pequeños, a los que se les untaba el morro con azúcar, aceite o manteca para que no *cuyincasen*, evitando así que los contrabandistas pudieran ser detectados por los guardias durante su retorno a tierras lusas.

Las personas que introducían género en esta parte de Aliste procedían de diferentes localidades portuguesas, sobre todo de las más próximas a los puntos de entrega. Los lugares de partida más habituales eran *Costantín* (Constantim), *Cicuero* o *Cicueiro* (Cicouro) y *San Martino* o *San Martín* (São Martinho de Angueira). En menor medida los contrabandistas portugueses procedían de poblaciones un poco más alejadas, como Angueira, *Avellanoso* (Avelanoso), *San Juanico* (São Joanico), Serapicos e incluso *Vibinoso* (Vimioso) o Quintanilha.

³ En Fradellos y Rabanales mencionaron unas barras de un jabón portugués muy característico, *con pintas coloradas*.

⁴ También en Fradellos supe de la existencia de dos de estos contrabandistas, con quienes tuve la fortuna de poder conversar, aunque los productos que ellos compraban y vendían (sobre todo café, jabón y telas) normalmente eran diferentes a los que se movían en Rabanales. De hecho, nunca compraron parafina.

⁵ Sin embargo, la pana nunca se introducía en Portugal, según matizaron en Fradellos, pues parece ser que allí estaba prohibida. Me aseguraron que, si los guardas portugueses sorprendían a alguien vistiendo pantalones de pana, podían quitárselos.

El recorrido se realizaba casi siempre a pie e individualmente, aunque en alguna ocasión los contrabandistas se desplazaban en pareja o trío. Mucho más nutridas eran las cuadrillas que suministraban a los distribuidores españoles. En lo posible, los contrabandistas trataban de evitar los caminos principales⁶. Sobre todo se transitaba por el monte, donde era más probable no toparse con nadie. Los contrabandistas portugueses solían llevar calzado ligero⁷, de modo que si eran detectados por los carabineros (más tarde por los guardias civiles) podían huir rápidamente, como me contaban en Matellanes, admitiendo a la vez que con toda probabilidad tampoco tenían posibilidad de disponer de un calzado más fuerte y apropiado para atravesar los montes.

Tras su llegada, los contrabandistas portugueses *pisaban poco la calle*, pues durante la mayor parte de su estancia los vecinos los ocultaban en sus propiedades. Solían quedarse durante el día durmiendo en algún *pajero*, ya que habitualmente empleaban una noche para la ida y otra para la vuelta, aunque a veces también se movían por el día. En Mellanes se los recuerda secándose junto a la lumbre tras llegar empapados a las casas⁸; también en el portal de la iglesia, esperando a que amaneciese o a ver salir humo de alguna chimenea. Acostumbraban a comer alguna lata de sardinas y sobre todo de *escabeche*, que parece ser no era tan fácil de conseguir en Portugal, por lo que aprovechaban para comprarlo en España. A fuerza de ir y venir, los contrabandistas portugueses llegaban a tener bastante confianza con sus clientes alistanos, por lo que en ocasiones depositaban la mercancía en corrales o *pajeros* sin avisar al propietario, con el que ya harían cuentas cuando volvieran a coincidir.

Cuando los contrabandistas portugueses se encontraban al aire libre permanecían alerta en todo momento, desapareciendo nada más

⁶ Sin embargo, me decían en Mellanes que los portugueses que recalaban en el pueblo sí se desplazaban por diferentes caminos: utilizaban la Brea para llegar a Arcillera y después tomaban el Camino la Villa para alcanzar Mellanes. Más tarde se dirigían a Tolilla, Lober, etc. Iban vendiendo su producto allí por donde pasaban, hasta que se les agotaba el género.

⁷ *Iban medio descalzos*, me decían en Fradellos.

⁸ A veces incluso elegían las noches de lluvia para desplazarse, evitando así la presencia de la Guardia Civil, que no tenía medios para combatir las inclemencias del tiempo.

detectar la presencia de los guardias. En Matellanes recuerdan que prácticamente anticipaban su llegada. En una ocasión, tras estar conversando tranquilamente con unos vecinos del pueblo, desaparecieron de forma súbita, apareciendo poco después los guardias. Por eso rara vez eran interceptados, aunque inevitablemente alguna vez sucedía. Cuando así era, normalmente solo se les decomisaba la mercancía. No solía aplicarse mayor castigo, aunque ése era ya suficientemente gravoso para ellos.

A menudo los guardias preguntaban a quien encontraban por el campo si habían visto pasar por allí a algún contrabandista. También se recuerda bien que muchas veces llegaban a los pueblos justo detrás de los contrabandistas. Seguidamente llamaban a las puertas y preguntaban por ellos a los vecinos, pero todos negaban haberlos visto. Incluso los niños, a los que solían recurrir con la esperanza de que fueran sinceros, decían no saber nada del asunto, aunque conocieran su paradero exacto. También era común que los guardias registrasen algún espacio, sobre todo cuando sospechaban que en ese lugar se estaban ocultando contrabandistas o productos de contrabando. Si creían que en una casa se escondía algún contrabandista, uno de los guardias llamaba a la puerta mientras otro se colocaba junto a alguno de los posibles puntos de escapatoria. De ese modo más de uno fue interceptado cuando trataba de salir de la casa. Según me decían, los vecinos que acogían contrabandistas, aunque fueran descubiertos, normalmente no sufrían ninguna sanción.

Los españoles se desplazaban mucho menos a Portugal, y cuando lo hacían compraban para su propio gasto. En Mellanes y Grisuela hubo informantes que mencionaron haber ido en ocasiones puntuales en busca de aceite, petróleo, café o telas, es decir, a por los mismos productos que normalmente introducían los portugueses. Uno de los revendedores de Fradellos recordaba haber ido alguna vez a Constantim para *comparar precios*, pero en ningún momento introdujo producto en España: *siempre lo traían los portugueses*, me decía⁹.

⁹ Sin embargo, en determinadas ocasiones el intercambio comercial se hizo en sentido inverso al habitual. Él mismo fue alguna vez, en su yegua, hasta Santibáñez de Vidriales a

Eran objeto de requisito incluso los productos adquiridos en la romería de *la Luz*, festividad a la que, igual que ocurre en la actualidad, todos los años acudían españoles y portugueses. Los alistanos solían aprovechar esta fiesta para comprar bacalao o calzado. Me contaban que en una ocasión le pagaron unos zapatos a un portugués en *la Luz* para que más tarde *los pasara* a este lado de la frontera, aunque después nada más se supo, ni de él, ni del dinero, ni de los zapatos.

Todavía hoy se recuerda la figura de varios asiduos contrabandistas del país vecino. Es el caso de *la ti Puchara*, mencionada en Rabanales, o del *Tuerto* (naturalmente el apodo le venía por faltarle un ojo), nombrado tanto en Rabanales como en Grisuela. En Rabanales también se acordaban de Antonio y de Abel, los dos de Avelanoso, y en Mellanes de la *ti Pura* y de *Maricarmen*, ambas de Constantim. Asimismo, en Mellanes recordaban a Domingos, de São Martinho, el líder de una cuadrilla de contrabandistas, como lo era un tal *Moreira*, mencionado en Rabanales.

Pregunté expresamente por la imagen que se tenía de los portugueses, en general, y de los que eran contrabandistas, en particular. Se afirmó que eran considerados, genéricamente, personas con menor poder adquisitivo que los españoles. En cuanto a su personalidad se los tenía por muy desconfiados, aunque en ocasiones también existía cierto recelo hacia ellos. Estos testimonios recuerdan las palabras de Gómez Moreno (1927: 5), cuando decía que alistanos y portugueses se trataban «con recíproca ojeriza». Sin embargo, uno de nuestros informantes afirmaba que los portugueses eran *gente noble*, y es innegable que en muchos casos se establecieron entre unos y otros estrechas relaciones de amistad, sobre todo cuando se trataba de suministrar productos para el gasto doméstico. Muy distinto era el caso del contrabando para la distribución y reventa. Éste, por su propia naturaleza, generó mayores roces y conflictos entre españoles y portugueses, como enseguida veremos.

por *suela*, que después pasaría a los contrabandistas portugueses para que la introdujeran en su país.

La reventa del contrabando

Tal y como he adelantado, se distinguen dos tipos de contrabando claramente diferenciados. El más extendido era el de tipo «doméstico», cuyos productos eran comprados por todos los vecinos y empleados por ellos mismos para *el gasto de casa*, lugar donde solía hacerse la entrega. La otra modalidad de contrabando suponía la movilización de grandes cantidades de mercancía, porteadas por cuadrillas de portugueses y adquiridas por una única persona, que más tarde las revendería.

Dentro del municipio solo he tenido conocimiento de este tipo de contrabando en Fradellos y en Rabanales, sobre todo en esta última localidad, donde varias personas lo practicaron¹⁰. Muchos informantes recordaban el tránsito por el monte de grupos de 10 o 12 personas con este objeto. Se conocieron cuadrillas de hasta 14 portugueses, según me aseguraban en Fradellos. En cierta ocasión se llegaron a ver entrar cerca de una treintena de portugueses en la vivienda de uno de los contrabandistas de Rabanales, portando en torno a 25 kg de mercancía cada uno de ellos, aunque en este tipo de contrabando el lugar en el que se efectuaba la venta no solía ser la casa del comprador. El intercambio ni siquiera se hacía dentro del pueblo, sino en el campo, en un punto prefijado. En Rabanales se buscaban, sobre todo, las *casetas* o *pariciones* que se encontraban ya fuera de uso, pero cualquier sitio era bueno si permitía ocultar la mercancía¹¹.

Estos compradores eran intermediarios que más tarde revendían o distribuían la mercancía en lugares más alejados de la frontera. Sobre todo la solían transportar hasta el Valle del Tera, a localidades como Sitrama, Calzadilla, Melgar, Pumarejo, Olleros o Camarzana. Para llegar a esos

¹⁰ La reventa era en Fradellos mucho más modesta que en Rabanales. Los dos hermanos que se dedicaban a ello me comentaban que abandonaron esta actividad tras un registro en su vivienda, en el que fueron sorprendidos por la Guardia Civil en posesión de 18 kilos de café. La multa fue de 8.000 pesetas, y pudo ser mayor, pues esa misma mañana habían transportado ya otros 20 kilos a Sarracín. Posteriormente pasarían a dedicarse a la compraventa de huevos.

¹¹ En Rabanales llegaron a esconder parafina de contrabando en unas colmenas de corcho sin enjambre, y en Matellanes recordaban que su cementerio fue utilizado en alguna ocasión para el mismo fin por los contrabandistas de Sarracín.

pueblos era preciso atravesar la Sierra de la Culebra, donde me decía un antiguo contrabandista que por la noche *la mitad de las urces parecían guardas*. Se desplazaban en caballería, simulando el transporte para la venta de algún producto legal. En cierta ocasión, un contrabandista de Rabanales llevaba *suela* enrollada dentro de una cuba y se topó con unos agentes a los que, para disimular, ofreció *una pinta de vino*. Afortunadamente para él declinaron su oferta.

En algunos de estos encuentros el contrabandista optó por darse a la fuga. A uno de ellos los guardias le echaron el alto de camino a Ferreras y, como llevaba 20 pistolas bajo la albarda de su caballo, tras hacer un amago de detenerse para que los carabineros bajaran la guardia, aprovechó para huir rápidamente. No fue capturado y finalmente pudo vender su mercancía en Sarracín, seguramente el lugar en el que se concentraban los mayores contrabandistas de la comarca¹². Aunque en esas ocasiones los guardias solían abrir fuego, el hecho de patrullar a pie limitaba enormemente su capacidad de actuación. Por eso, según me comentaron en Fradellos, a veces optaban por colocarse en algún punto elevado, a las afueras del pueblo, desde donde controlaban el paso de los contrabandistas. Como éstos sabían dónde estaban, no salían del pueblo durante el tiempo en el que permanecían allí apostados, que en ocasiones llegaba a alcanzar las 24 horas.

Los contrabandistas que se dedicaban a la reventa podían ganar mucho dinero de la época con esta actividad, aunque asumían un riesgo importante. Me cuentan que algunos tenían tanto *vicio* con su práctica que incluso desatendían las tareas cotidianas. Por otra parte, varios informantes, entre ellos uno de los antiguos contrabandistas, comentaron que éstos entregaban a algunos guardias cierta cantidad de producto de contrabando (normalmente café) para que hicieran la vista gorda. Por lo visto, este pequeño soborno solía ser relativamente fácil de realizar, debido a que el salario de los guardias era más bien escaso. Se dio también el caso de un par de contrabandistas portugueses que después pasaron a

¹² Ferreras de Arriba era otra localidad típicamente receptora de productos de contrabando para la reventa. Los compradores de ambos pueblos iban muchas veces ellos mismos, montados en sus yeguas, a buscar el contrabando a Rabanales.

trabajar como guardias, de modo que cuando se encontraban con algún viejo compañero no le ponían trabas en el ejercicio de su actividad.

La propia competencia entre los contrabandistas de Rabanales dio lugar a situaciones rocambolescas, como aquella en que se desplazaron hasta Rabanales todos los agentes del cuartel de la Guardia Civil de Alcañices, capitán incluido, según se cree porque habían recibido un chivatazo de la competencia. En primer lugar fueron a la escuela para preguntar a los niños si sabían algo, sin resultado, pues en este caso nada sabían. Registraron después varios lugares y finalmente encontraron escondidos en un *cabañal* unos 300 kilos de parafina, sin que se llegase a esclarecer finalmente quién era el responsable de aquella mercancía.

Inevitablemente, en Rabanales este tipo de contrabando tan lucrativo llegó a generar episodios de violencia. Se recuerda que un grupo de portugueses, procedentes de Angueira, le propinaron una paliza de muerte a uno de los contrabandistas del pueblo, llevándose su dinero, cuando se disponía a pagar una compra en el pago de Espigavana, el punto de encuentro convenido para el intercambio. En otra ocasión el antiguo pinar de Valcastro fue escenario de un tiroteo. En ese lugar habían depositado ya la mercancía los portugueses, que fueron más tarde perseguidos a tiros por los guardias, sabedores de la entrega. Según dicen las malas lenguas, fueron llamados por el propio comprador, para quedarse con el producto sin tener que pagar por él.

Alrededor de esta actividad también surgieron otros conflictos. En Rabanales un grupo de contrabandistas portugueses, aprovechando que junto a la *caseta* vacía en la que habían depositado su mercancía existía otra con ganado, sustrajeron de ella unas cincuenta cabras y se las llevaron a Portugal. Los propietarios intentaron infructuosamente recuperarlas yendo a caballo hasta el país vecino, pero una vez allí los guardias portugueses les obligaron a darse la vuelta.

El cornezuelo del centeno

Comentario aparte merece la venta de los *carnizuelos*, un hongo parásito del centeno que aparecía espontáneamente en los cultivos de este cereal. Se trataba de uno de los pocos productos de contrabando que se producía en la zona. A comienzos de los años 50 el cornezuelo del centeno se pagaba a un precio muy elevado por contrabandistas portugueses y españoles. En Grisuela recuerdan que los vecinos del pueblo lo vendían a un contrabandista de Sarracín y más tarde a otro de San Vitero. Uno de los intermediarios entrevistados me decía que lo compraba en un principio a otros contrabandistas portugueses que lo introducían en España, aunque tiempo después pasó a vendérselo él a los portugueses.

La compraventa de este hongo estuvo muy extendida, aunque su máximo apogeo duró pocos años, depreciándose más tarde. En ese tiempo la mayoría de los vecinos se afanaban en obtener la mayor cantidad que podían. Parece ser que únicamente un año se pagó a los recolectores a un precio realmente alto, en torno a las 1.000 pesetas por cada kilo, llegando a alcanzar el precio de compra, ciertos días, el doble de esa cifra. En cualquier caso, resultaba muy complicado hacerse con grandes cantidades, por lo que el precio se establecía para unidades más pequeñas. Por ejemplo, en Grisuela recuerdan haber recibido 5 duros por cada onza de *carnizuelos*, siendo frecuente que una familia obtuviese únicamente unos 3 duros al día. Uno de los informantes adquirió una bicicleta con lo que había percibido ese año por la venta de *carnizuelos*: en torno a un kilo en total.

Los *carnizuelos* se obtenían en distintos momentos y lugares: mientras se segaba el centeno, cuando éste se *limpiaba* en la era e incluso más tarde (si todavía quedaba alguno entre el grano, se recogía antes de molerlo en los molinos de agua). En Mellanes matizaron que la labor de seleccionarlos del *pejo* se encomendaba a quien *no valía para limpiar*. Se *repassaba* todo el centeno, cribándolo con una *ceranda*, y los *carnizuelos* que se iban encontrando se echaban en una *fardela* de lino.



Carnizuelo en una espiga de centeno todavía verde.

Durante el tiempo en que tuvieron mucho valor era frecuente ir a *apañarlos* expresamente. Se buscaban en las tierras propias, aunque también había quien iba a las de otros, e incluso algunas personas se desplazaban a localidades próximas para hacerse con ellos. Como este producto *se movía todo de contrabando*, hasta la propia recolección era clandestina. En Grisuela una pareja de guardias preguntaron a una mujer qué hacía agachada en medio de una tierra, a lo que ella respondió con picardía que había perdido una aguja y trataba de recuperarla. Si el hongo en buena parte se había desprendido de la planta y caído al suelo, entonces por el mes de octubre se iba directamente a *apañarlos*, al rebusco, entre el rastrojo.

En realidad este hongo era conocido en la zona antes de que brotase la fiebre de su comercialización, siendo además empleado con fines medicinales. En Grisuela aseguraron que se había usado para

provocar las contracciones del parto, consumiéndose en esas ocasiones tres *carnizuelos*.

Se mencionó también, respecto a su producción, que *salía por una melada* del centeno y que era más abundante cuando el año traía muchas nieblas.

Sobre el destino dado al cornezuelo del centeno mientras fue objeto de contrabando, la mayor parte de los informantes aseguraron desconocerlo. Uno de ellos, que se dedicó a su compraventa durante años, aseguró que se utilizaba *para hacer droga*, cosa probable, pues se ha usado para sintetizar el famoso LSD.

Capítulo 4

LA CALIDAD DEL TERRENO

Pedí a los informantes de cada uno de los pueblos una valoración sobre la productividad del terreno, tanto de su propia localidad como de otras cercanas, en particular de las que forman parte del municipio. La calidad del terreno se entiende aquí como su capacidad de producción agrícola, sobre todo referida al cereal de secano¹, que es el tipo de cultivo más extendido en Aliste, tanto tradicionalmente como en la actualidad. Aunque en menor medida, se habló también de la calidad de los pastos naturales.

La pregunta fue rápidamente entendida y las respuestas obtenidas bastante precisas. Ello se debe a que éste es el criterio que el campesino local emplea habitualmente cuando califica un terreno como *bueno* o *malo*. Es además un asunto de la máxima importancia, puesto que la harina que se obtiene del cereal —junto a patatas, legumbres, etc.— constituía la base de la alimentación de los alistanos.

Es más, tradicionalmente se ha considerado que uno de los factores que más ha limitado el desarrollo económico de la comarca ha sido precisamente la pobreza de su suelo².

¹ En particular del trigo, pues un terreno apto para el cultivo de centeno o cebada se considera ya de por sí pobre.

² Su bajo rendimiento agrícola es proverbial. Para Gregorio Rodríguez (1991: 73) «la tierra alistana, de escasa productividad, obliga al hombre a vivir esclavizado a ella para extraerle un mínimo rendimiento». En los mismos términos se expresa José María Baz (1967: 20) al afirmar que «las características geológicas y climatológicas han puesto en manos de los

Propiedad y usos del suelo

Antes de entrar de lleno en el asunto que da título a este capítulo, conviene tener presente cuáles son los distintos tipos de parcelas o propiedades rústicas que vamos a encontrar en los seis pueblos. Las fincas abiertas de secano, destinadas al cultivo del cereal, las *tierras*, son las más numerosas y las que en todas las localidades alcanzan (consideradas en conjunto) una mayor superficie. Tienden a estar agrupadas, aunque se reparten por buena parte del término. Éste, como ya se ha comentado, se divide en dos *hojas* cultivadas en años alternos³. En segundo lugar, respecto a la extensión que ocupan en su conjunto, se encuentran los prados (*praos* o *plaos*), fincas dedicadas al pasto, cercadas por una *pared* de piedra seca y generalmente de mayores dimensiones que las tierras de cultivo. Aquellos prados en los que, una vez segados por el propietario o *pastiados* por el ganado, vuelve a crecer la hierba a finales del verano, pudiendo ser de nuevo aprovechada, se dice que producen *otoño*.

También son terrenos pastables las *llameras*, fincas semejantes a los prados aunque sin cercar y generalmente de menor tamaño. Dado que en algunos casos son realmente pequeñas (en Matellanes me decían que allí las había de unos 12 metros cuadrados), estaban siempre abiertas y normalmente se encontraban agrupadas. Como se dijo, en ocasiones se producía en ellas un aprovechamiento vecinal del pasto. La superficie que ocupan las *llameras* dentro del término es normalmente muy reducida.

Por detrás de tierras y prados, las fincas a las que se dedica una mayor superficie respecto del total son las *cortinas*, parcelas destinadas a diversos cultivos de secano cuyo objeto es alimentar tanto a las personas como a los ganados, pues en ellas se producían, y aún se producen en algunos casos, berzas, patatas y legumbres de secano, pero también nabizas o *ferraña*. Las cortinas están normalmente cercadas y suelen situarse en las inmediaciones de los núcleos urbanos. En ellas era frecuente

alistanos una tierra pobre, dura, poco adecuada para el cultivo. De ella, no obstante, viven casi heroicamente».

³ Aunque cada vez se siembran más tierras a *contrahoja*, el sistema de año y vez todavía se mantiene, excepto en Matellanes, donde la concentración parcelaria ha acabado prácticamente con él.

realizar rotación de cultivos. Estas rotaciones permitían múltiples combinaciones que en ocasiones incluían cultivos simultáneos. Una de las secuencias más típicas de la cortina, que puede servir como ejemplo, comenzaba por el mes de octubre con la siembra de cereal para forraje: la *ferraña* o *herraña*. Ésta se aprovechaba en la primavera siguiente, cuando el heno ya escaseaba: se consumía de manera directa por el ganado o, más frecuentemente, se segaba a mano. El terreno descansaba un tiempo, y en junio volvía a prepararse para, por *San Bortolo* (el 24 de agosto), sembrar las nabizas en ese mismo lugar⁴. Tras aprovechar las nabizas, en marzo y abril, ese cultivo sería inmediatamente sustituido por patatas o garbanzos, que después darían paso, de nuevo, al cereal⁵.



Prados y tierras con arbolado (Rabanales).

⁴ La misma fecha era utilizada en Sayago (Sánchez Gómez, 1991: 138).

⁵ En Rabanales, el alcalde establecía el día en el que los propietarios de las cortinas del Castrico debían sembrar o arrancar sus garbanzos. En este caso tenían que hacerlo todos en una misma jornada, pues de ese modo nadie resultaba perjudicado de tener que pasar unos por las fincas de otros. Lo mismo ocurría cuando llegaba el momento de arar los huertos de los Linares. En el caso del Castrico, dado que el ciclo de cultivo era bianual, debía ir siempre acoplado con el de otro grupo de cortinas (igual que obliga el sistema de hojas con el cereal), como las que se sitúan en las Cuevas.

Existen en estos pueblos numerosas huertas (*güertas*). Son fincas de regadío de pequeño tamaño, a veces de dimensiones reducidísimas (*güertos*), pero siempre de gran productividad. Las huertas tienen, todavía hoy, una importancia capital en la alimentación de muchas familias alistanas, pues de ellas se obtienen multitud de verduras y legumbres.

También existían parcelas dedicadas a cultivos específicos, entre las que destacan los extintos linares, similares a las huertas, y las viñas, que en el municipio de Rabanales, aun estando presentes en todos los pueblos, no alcanzaban una extensión relevante en relación al conjunto del término⁶.



Huerta en plena producción (Mellanes).

Por su parte, el espacio de propiedad vecinal, normalmente abierto en su totalidad, disponía de terrenos destinados a ser pastados (*pladeras, valles*), mientras que las zonas menos productivas se hallaban ocupadas

⁶ En Rabanales el vino que se bebía solía proceder de Toro y, sobre todo, de Fermoselle. Aseguran que el de la zona era *más natural* y también *más flojo* que los foráneos. En Matellanes se refirió que había quien disponía de viña en Trabazos, localidad mucho más apta para este cultivo y en la que era usual que personas de diferentes pueblos de la comarca tuvieran alguna viña.

por el matorral, que se aprovechaba como leña y para el ramoneo del ganado. Estos terrenos de monte, cuando se consideraba necesario, se desmontaban y roturaban para su puesta en cultivo. Se obtenían así *quiñonadas*, constituidas por una serie de *quiñones*, cada uno de los cuales era aprovechado por un vecino, al cual no se asignaban de forma permanente, como se ha dicho, sino que cada cierto tiempo se procedía a su sorteo. Finalmente, los pueblos disponían también de montes altos (la mayoría de roble) que les proporcionaban pastos y leña. En general, estas masas forestales ocupaban solo una pequeña superficie y se encontraban muy degradadas por la sobreexplotación a la que eran sometidas.

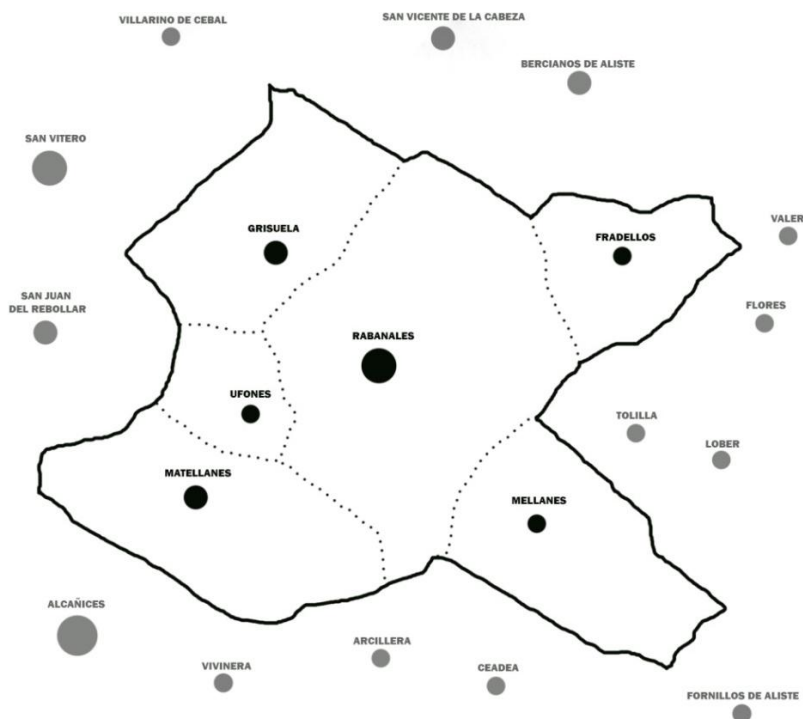
La calidad del terreno en los distintos términos

La productividad de la tierra depende en gran medida de la fertilidad del suelo, jugando en esta zona un papel fundamental su profundidad, al presentar en general suelos bastante superficiales. Pero igualmente intervienen factores meteorológicos. En Aliste son muy temidas las heladas tardías, por su nefasto efecto sobre *el fruto*. Por ello, se detallaron también algunos aspectos climatológicos, sobre todo referidos a variaciones térmicas, pues no se detectan diferencias apreciables entre las precipitaciones de unos lugares y otros.

El método empleado tal vez puede resultar poco científico o no demasiado ortodoxo, en primer lugar por la subjetividad que siempre tienen las apreciaciones personales (aunque estén basadas en el conocimiento de primera mano y en la experiencia de tantos años), en segundo lugar porque los terrenos correspondientes a cada uno de los términos presentan muchas veces una enorme diversidad y finalmente porque en la actualidad disponemos de procedimientos que arrojarían resultados más objetivos y precisos.

Sin embargo, reconociendo todas esas limitaciones, importa aquí especialmente la impresión de quienes año tras año han trabajado la tierra, cuestión poco considerada habitualmente. Además, de la unanimidad que muestran las respuestas obtenidas se deduce la validez que realmente tienen estas apreciaciones, que también se ven corroboradas por su

consonancia con el paisaje actual. Un ejemplo de ello lo encontramos en el término de Fradellos, que es considerado claramente de peor calidad que los demás, tanto en el resto de los pueblos como en la propia localidad, siendo su terreno mucho más favorable para el cultivo del centeno y de la cebada que para el del trigo⁷. Es también el término más cálido del municipio, sobre todo *de la mitad para abajo*, reconociendo sus propios vecinos que se aprecia una clara diferencia de temperatura con respecto al vecino Rabanales. Esto se ve reflejado con toda claridad en la vegetación, pues mientras en el resto de localidades la especie arbórea más abundante es el roble, dando lugar hoy día incluso a importantes masas forestales prácticamente monoespecíficas, en Fradellos su predominio desaparece y es manifiestamente sustituido por la encina, un árbol menos exigente respecto a las condiciones del suelo en el que se desarrolla.



Términos del municipio y situación de las localidades más próximas.

⁷ Ya afirmaba hace más de un siglo Felipe Olmedo (1905: 452) que «su terreno es árido».

Por otro lado, Fradellos destaca por la calidad excepcional que posee la carne de los corderos, incluso de los carneros, criados en su término. Se cree que esa particularidad, reconocida dentro y fuera del pueblo, se debe a la abundancia de un tipo de hierba baja, muy adecuada para este tipo de ganado. Algo semejante ocurre en otras localidades cercanas, como Flores, Tolilla o Bercianos, pero ya no si nos acercamos a la Sierra de la Culebra. Me decían, exagerando un poco, que la carne de los corderos de Sarracín o de Abejera era *como de lobo*.

El término de Ufones, por su parte, es de pequeñas dimensiones, sobre todo si se compara con el de Rabanales, el mayor de todo el municipio. Se considera en productividad comparable al de Matellanes, Rabanales y Grisuela, las tres localidades del municipio que lindan con él, aunque de calidad algo inferior al de los dos primeros y muy ligeramente superior al de Grisuela. Dentro del término de Ufones también se advierte que la parte más próxima a Rabanales es más adecuada para el cultivo que la que linda con Matellanes.

Efectivamente, Rabanales y Matellanes disponen de los terrenos mejor considerados, aunque varios informantes reconocieron (entre ellos algunos de Rabanales) que el de Matellanes es tal vez el más apto para el cultivo del trigo⁸. Precisamente en Matellanes se nos ofreció un argumento técnico al respecto: su tierra es en general más *floja*, es decir, más arenosa, lo que le permite mantener mejor el tempero, mientras que en Rabanales es más arcillosa. Allí un *adil* se transforma rápidamente en una pradera, por lo que consideran el terreno de Rabanales especialmente adecuado para la producción de pasto, lo que relacionan con la gran cantidad y calidad de praderas de las que dispone⁹.

⁸ Tanto en Mellanes como en Rabanales aseguraron que también los pueblos de Arcillera y Ceadea, éstos ya fuera del municipio, disponen de un terreno de extraordinarias cualidades y similares características al de Matellanes.

⁹ No solo Rabanales dispone de más y mejores pastos que Matellanes, también ocurre con Alcañices, localidad vecina a cuyas praderas comunales alguna vez accedieron de manera furtiva los ganados de Matellanes. Lo hacían sobre todo durante la noche, pues Alcañices disponía de dos guardas que vigilaban el término durante el día. Matellanes, por el contrario, disponía de más leña que Alcañices, así que eran frecuentes los hurtos, especialmente en *la raya* entre ambos pueblos, atribuidos a los vecinos más humildes de

El término de Mellanes se coloca, como el de Ufones, un punto por detrás de los de Matellanes y Rabanales. Allí recogimos un refrán popular de elogio a Rabanales que seguramente tiene también en consideración otras cuestiones no tan ligadas al terreno:

*San Vitero y Rabanales, la flor de los lugares*¹⁰.



Cereal recién nacido, a principios de noviembre, en Mellanes.

Mellanes confina con Lober y con Tolilla, dos localidades pertenecientes al municipio de Gallegos del Río que se considera que disponen de terrenos mucho peores que el suyo, sobre todo Tolilla¹¹. De

la villa (los llamados *talayinos*, por residir en el barrio de la Talaya o la Atalaya). Igualmente los vecinos de San Juan del Rebollar solían entrar en el término de Matellanes a robar leña.

¹⁰ También lo oí en el propio Rabanales y ya lo recoge Luis Cortés (1995: 124-125) en una versión más extensa.

¹¹ Aseguran en Mellanes que por eso muchas personas de Tolilla y Lober tenían numerosas tierras en Mellanes, y lo mismo ocurría con vecinos de Rabanales y Ceadea. Seguramente la disponibilidad de leña que ofrecía Mellanes, de la que ya hablamos, también influyó en este hecho.

hecho en Mellanes me aseguraban, en tono hiperbólico y refiriéndose exclusivamente a la cuestión agraria, que *es mejor lo peor de Mellanes que lo mejor de Tolilla*.

Finalmente, en Grisuela reconocían las superiores cualidades del terreno de Rabanales¹², tanto en lo referente al trigo como a la cebada e incluso a la *yerba*¹³. Respecto a otros términos colindantes, se tiene por mejor el de San Juan del Rebollar, por muy similar el de San Vicente de la Cabeza, por inferior el de San Vitero y por muy inferior el de Villarino de Cebal, cuyo terreno, sin embargo, es más apto para la cebada. Respecto al cultivo del centeno, en cambio, el término de Grisuela es más apropiado que el de Rabanales, pero lo es menos que el de San Vitero.

Por lo que se refiere a la temperatura, a excepción de lo ya comentado para Fradellos, no se observan grandes variaciones entre los diferentes pueblos del municipio. Éstos, dentro de la comarca, se consideran más bien fríos, al igual que otros próximos, como San Vitero, San Juan del Rebollar, Tola o Alcañices. Otras localidades alistanas más occidentales, como es el caso de Nuez y pueblos próximos, sí se perciben como lugares claramente más templados. Se ha observado que, por regla general, allí la fruta madura unos 20 días antes que en el municipio de Rabanales. Algo similar sucede hacia el sureste, donde la altitud desciende camino del Duero, produciéndose además cambios en la composición del suelo. Así, en Matellanes es bien conocido que el término de Fornillos es más cálido que el de Ceadea, con el que limita¹⁴. Como muestra de ello, pese a su proximidad, en Fornillos el cereal tradicionalmente se segaba mucho antes que en Ceadea.

En Ufones me aseguraban que las heladas ocasionan más perjuicios allí que en Rabanales o en Grisuela, sin que ello implique que se trate de un

¹² En Rabanales valoraron su término como productivamente superior al de San Vitero.

¹³ Me decían que, incluso en fincas lindantes (situadas *en la raya*) y sembradas el mismo día, prosperaba mucho más la cebada en las de Rabanales que en las de Grisuela. Eso sí, cuando el cereal era segado en verde (cuando *se afuyaba*), respondía mucho mejor al corte en Grisuela que en Rabanales, y mejor aún en San Vitero y Villarino de Cebal.

¹⁴ También se apuntó en Mellanes que la nieve suele tardar más tiempo en retirarse en el término de Ceadea que en el de Mellanes, aunque en éste las heladas tardías son más habituales.

lugar más frío en promedio que el resto. Al contrario, su impacto es mayor debido a que la floración suele ir ligeramente más adelantada que en esos pueblos. También en Mellanes las heladas tardías son muy recurrentes y sus efectos muy dañinos, sobre todo en la zona de la Ribera, que aseguran es la que *mete el frío* y en consecuencia es la parte donde *el fruto* va más retrasado. De la misma manera, en Ufones identifican las inmediaciones del río Mena como la parte del término en la que las temperaturas son más bajas, mientras en Rabanales se considera que el lugar más frío es Jamorce, donde también son frecuentes las heladas tardías, siendo la parte alta del pueblo y alrededores (las Ericas, las Eras Grandes, etc.), la zona en la que las heladas siempre han causado menos impacto.

Capítulo 5

CAZA Y PESCA

Aunque los productos obtenidos a través de estas actividades, que no estaban en ningún caso profesionalizadas, tenían una importancia menor en la alimentación y en la economía de la comunidad, no dejaron de practicarse y de suponer, especialmente en el caso de algunas personas o familias, un complemento no desdeñable para su sustento. Tanto la caza como la pesca tenían un carácter práctico que hoy han perdido casi por completo, aunque siguen practicándose por haber adquirido, en su lugar, la condición de actividades de ocio.

La pesca

Se pescaba sobre todo en los cursos de agua de cierta entidad que discurren por el municipio. Éstos se reducen fundamentalmente a dos pequeños ríos: el Mena y el Cebal, ambos afluentes del río Aliste, que a su vez es tributario del Esla¹. En el primero pescaban sobre todo los de Ufones, Matellanes, Rabanales y Mellanes, mientras en el segundo era más frecuentado por los de Fradellos, Grisuela e igualmente por los vecinos de Rabanales, la única localidad por cuyo término fluyen tanto uno como otro.

¹ Prácticamente la totalidad del municipio de Rabanales se encuentra en la cuenca hidrográfica del río Aliste, pues todos los arroyos entregan sus aguas a estos dos ríos a excepción de la pequeña parte del término de Matellanes que vierte al río Angueira (afluente del Manzanos y éste a su vez del Sabor), en uno de cuyos arroyos (el *regato* de Praogrande) se pescaban también cangrejos.



Pozo del Recustón o Recostón (río Cebal, Rabanales).

Por los testimonios obtenidos, parece que la práctica de la pesca estaba más extendida y desarrollada en Ufones, Mellanes y Fradellos. Esto se debe a una cuestión bien sencilla: el río Mena transita junto al núcleo urbano de los dos primeros, igual que ocurre con el río Cebal en Fradellos. La localidad de Grisuela, donde esta actividad tenía escaso arraigo, se encuentra en el extremo opuesto².

El río Mena siempre ha sido el de mayor riqueza piscícola. Además de tener un caudal superior al del río Cebal, disponía de grandes *pozos* y, sobre todo, de profundas *zudas* muy visitadas por los pescadores. En la parte alta del río, en Ufones, se pescaban fundamentalmente cangrejos,

² En Grisuela, además de reconocer que antiguamente la pesca con caña no se practicaba, se mencionó una anécdota que refleja la poca tradición piscatoria que había en el pueblo: en una ocasión varios vecinos se desplazaron a Ufones para pescar cangrejos. Aunque lograron hacerse con unos cuantos ejemplares, todos llegaron muertos a Grisuela, debido a que los habían introducido en un recipiente lleno de agua, creyendo que esa era la mejor manera de mantenerlos vivos.

pero también *sardas*, *enguilas*, *escallos* y *obispos*³. Según me comentaron en el pueblo, puede que antes de la instalación de *la Molinera* en la Ribera de Rabanales⁴ esa parte del río Mena estuviera habitada también por otras especies piscícolas que después vieron limitada la posibilidad de remontar su curso. Es probable que así fuera, pues aguas abajo, ya en Mellanes, la nómina se ampliaba con la presencia de barbos, que normalmente se refugiaban en los *pozos* más hondos, y *boas*, aunque éstas únicamente aparecían cuando se producían crecidas. Además de aumentar la variedad de peces, en Mellanes consideran que el tramo del río que pasa por su término ofrecía mayor cantidad de pesca que aguas arriba, más incluso que la parte colindante de Rabanales.

El río Cebal y también Ruiseco —su afluente principal, que discurre por los términos de Rabanales y Grisuela— pierden todo el caudal con los primeros calores del verano en la mayor parte de su recorrido. Tan solo permanece el agua durante todo el año en unos cuantos grandes *pozos*⁵, en los que sí era posible pescar, sobre todo ranas, con caña, y también *sardas*, a las que se accedía *abutiando* o *agutiando*, es decir, retirando el poco agua que les quedaba a finales de verano o principios de otoño, normalmente con una *herrada*⁶. Igualmente se recuerda haber capturado anguilas, tanto en Grisuela, en las proximidades del molino el Freno (en

³ Los *obispos* son los gobios (*Gobio lozanoi*), mientras que las *sardas* (*Chondrostoma arcasii*) figuran habitualmente como *bermejuelas* en los textos naturalistas. Para los *escallos* (*Squalius carolitertii*) no existe una forma estándar, apareciendo en la bibliografía diversas denominaciones, entre las que se encuentran *cachuelos*, *bordallos* o *gallegos*, ésta última de uso popular en algunas zonas de la provincia de Zamora.

⁴ También llamada *la Molinera de Joseón* o *del ti Joseón*, por pertenecer a José del Río, de quien me decían que pagaba generosos jornales a los vecinos más pobres del pueblo para que acondicionasen el camino que conducía a este molino maquilero y aserradero, que funcionaría durante más de dos décadas junto al río Mena. Posteriormente, a mediados de siglo, fue trasladado al pueblo de Rabanales, donde se alimentaba ya con corriente eléctrica. José Rivas (1986: 181-184) menciona algunas cuestiones relativas a este singular molino.

⁵ Se citan, entre otros, el Pozo de los Linos, de Grisuela (en Ruiseco), el Pozo del Recustón, de Rabanales (en el río Cebal), y varios más en Fradellos (el Pozo la Tozona, el Pozo el Aliso, el Pozo el Asno, etc.), también en el río Cebal.

⁶ En Fradellos los *pozos* se *abutiaban* sobre todo para regar con su agua las huertas adyacentes al río Cebal, momento que se aprovechaba también para capturar los peces que quedaban entre el lodo del fondo.

Ruiseco) como, sobre todo, en la parte final del río Cebal, en Fradellos, donde también había cangrejos, aunque siempre menos abundantes que en el cercano *río de Bercianos* (el río Aliste); e incluso se pescaban algunas bogas que habían llegado remontando sus aguas, aunque en Fradellos, según me decían, no eran demasiado apreciadas desde el punto de vista culinario.



Río Mena en el Pisón (Ufones).

Lo que sí ofrecían el río Cebal y Ruiseco eran grandes barbos, que a finales de la primavera remontaban con profusión sus aguas, ya que estos peces gustan de lechos arenosos para el desove, como bien saben los pescadores de la zona. Algunos años el exiguo caudal de estos dos ríos provocaba que muchos de los barbos que visitaban sus aguas quedasen atrapados en ellas. Se cogían directamente con cestos o bien eran arponeados con algún apero agrícola, normalmente con una *guincha* o bien con la *cargadera* o *tornadera*. En Grisuela recuerdan haber empleado también en alguna ocasión la red para este fin. En todo caso, tampoco lo consideraban un pescado de excesiva calidad. Por ello, pese a la escasa

dificultad que entrañaba su captura, mucha gente ni se molestaba en ir a por ellos.

Fuera de estos dos ríos era posible pescar *sardas* en diferentes lagunas y arroyos. Por supuesto se capturaban igualmente ranas en infinidad de sitios, pues *las había en cualquier charco*. Algunas personas de Rabanales, y especialmente diferentes vecinos de Fradellos, dada su proximidad, solían desplazarse hasta el término de Bercianos para pescar en el río Aliste. Los primeros iban, sobre todo, a por barbos, mientras que los segundos se sentían más atraídos por la presencia de cangrejos, aunque, si se presentaba la oportunidad de capturar esos u otros peces, tampoco la desaprovechaban.



Ruiseco, durante buena parte del año, hace honor a su nombre.

Tanto las ancas de rana, que eran tremendamente apreciadas, como los peces solían consumirse simplemente fritos, mientras que los cangrejos se cocinaban con arroz o bien se asaban en la *lumbre*. En Rabanales, incluso, se ofrecían bogas pescadas en el río Aliste, procedentes concretamente de Domez, en el bar de la *ti Locaya*.

Peces y técnicas de pesca

Las anguilas eran consideradas los peces de mayor interés culinario. Como es bien sabido, la construcción de las presas para la producción de energía eléctrica ha imposibilitado la permanencia de la especie en estas aguas de interior. Aquí los últimos ejemplares fueron capturados a finales de los años 50. Se recuerdan bien las dificultades de su pesca. Como se ha comentado, normalmente por el mes de septiembre, cuando quedaba ya muy poca agua en los *pozos*, éstos se *abutiaban*, lo que permitía acceder a ellas y también a otros peces con relativa facilidad. La mayor complicación, sin embargo, radicaba en conseguir sujetar a este escurridizo animal. Para conseguirlo era necesario usar ambas manos. En ocasiones se echaba un poco de arena en las palmas con objeto de evitar su deslizamiento. Incluso alguna vez hizo falta la intervención de varias personas para sacar una anguila del río. Otro método de captura consistía en clavarles un tenedor *de los que había antes*, aunque en más de una ocasión fue necesario sujetar la anguila con los dientes para que no escapase. En Ufones recuerdan que, lo mismo que ocurría con otros peces, solían quedarse *atontadas* cuando se introducía el lino en el río, produciéndose la llamada *envinada*⁷.

Las *sardas*, por su parte, se capturaban de diversas formas. Además de *abutiando* los *pozos*, que a finales de verano veían muy reducido su volumen de agua, en Ufones también recuerdan que se removía el fondo para provocar que subieran a la superficie, donde eran presa fácil para los pescadores. Otro momento propicio para su captura llegaba por el mes de abril, cuando para su reproducción las *sardas* remontaban (se dice que *cascayan*⁸, *desgüevan* o *esgüevan*) toda clase de arroyos. En ese momento lo que solía hacerse era cortar el paso de la corriente con terrones, aunque no siempre era necesario, pues con frecuencia se podían coger directamente a mano o incluso llegaban a quedarse varadas en las praderas, cuando el caudal descendía súbitamente.

⁷ La presencia del lino en los cursos de agua era muy perjudicial para la vida acuática, por lo que, si el agua dejaba de correr, *moría la pesca*.

⁸ En Ufones recogí el dicho: *en abril, cascayil*.

También las *zudas* de los molinos de agua que se situaban en el río Mena eran aprovechadas para su captura. En ellas, tanto en Mellanes como en Rabanales, se preparaba una *ramajada*, que consistía en una especie de red de espadañas con la que varias personas peinaban toda la *zuda*. Era importante evitar que la pesca retrocediese, para ello esta red improvisada había de desplazarse en todo momento *a ras de suelo*, a veces sujeta con una *tornadera*. Este sistema también permitía capturar *escallos*, barbos e incluso cangrejos.

En Matellanes la presa inmediata al Molino Grande se aprovechaba igualmente para pescar. Cuando quedaba ya muy poca agua en su interior se abría el acceso que servía para introducirla en el molino, donde con un saco se esperaba a los peces que iban llegando.

Las redes convencionales apenas debieron de emplearse. Tan solo hemos anotado algún testimonio de su uso en Grisuela y, sobre todo, en Fradellos y Rabanales. En esta última localidad la *rede* se reservaba para el río Cebal. Allí era más efectivo su uso porque, a diferencia de lo que ocurre en *la Ribera*, en sus márgenes la vegetación era escasa. En particular, las orillas no estaban pobladas por alisos, lo que facilitaba el manejo de la red⁹.

También se practicaba en estos pueblos la pesca con caña, para lo cual se empleaba una vara, más o menos larga en función de la zona del río en la que se pescase, mientras que el sedal no era sino una *serda* del rabo de una vaca. A su vez, el pico de un espino servía de anzuelo¹⁰. En Fradellos, sin embargo, no documenté el uso de materiales tan rudimentarios; solo se refirió haber utilizado hilo como sedal (también usado en Matellanes) y anzuelos convencionales previamente adquiridos. Como cebo acostumbraban a utilizarse lombrices (*melucas*) o saltamontes (*saltones*).

En Fradellos se empleaba la llamada *ñalsa*, artilugio de pesca también conocido como *rabudo*. Era una especie de cesto alargado de

⁹ Ya José Rivas (1986: 12) habla de la ausencia del aliso en el río Cebal, pese a su abundancia en el río Mena.

¹⁰ En Ufones precisaron que allí se obtenía del *espino moro*.

bimbria, más o menos cilíndrico, con una pequeña boca por la que entraban los peces (sobre todo las *sardas*), que quedaban atrapados en su interior. La *ñalsa* se utilizaba a principios de primavera y se colocaba por la noche en una *gargallera* que tuviese *caída*.

Si la faena se había dado bien y el pescador había podido hacerse con unas cuantas capturas, formaba con ellas una *riestra* que le permitía portarlas cómodamente. Para ello, se hacían pasar normalmente *ajuncos*¹¹ por las agallas de los peces capturados, quedando de este modo bien sujetos.



Barbos en el río Cebal.

Cangrejos y ranas

Muchos y buenos cangrejos se criaban en el río Mena. Los ejemplares eran, además, particularmente grandes¹², lo que permitió a

¹¹ En Fradellos también utilizaban hilo para este fin.

¹² En Mellanes aseguraban que en el arroyo del Redondal eran todavía de mayor tamaño que en el Mena, lo que se atribuía a la pureza de sus aguas. Lo mismo ocurría en el *regato* de los Estrumadales de Matellanes.

este río ganarse una importante fama cangrejera¹³. Contaban en Ufones que en los años 70 se desplazaba hasta allí mucha gente atraída por la pesca de estos crustáceos. Iban sobre todo desde Zamora y en especial durante los fines de semana. Algunos incluso hacían noche allí mismo en tiendas de campaña, objeto que era desconocido en el pueblo hasta ese momento¹⁴.

Para hacerse con los cangrejos se utilizaban reteles, denominados *cangrejeras* o *garlitos*, que se confeccionaban con alambre, con el que se hacían dos aros, y algún tejido de gran permeabilidad, normalmente procedente de un saco de esparto o de lino. Una cuerda permitía sacar la *cangrejera* del agua. En su interior solía colocarse una piedra para que permaneciese en el fondo, así como el cebo que atraía a los cangrejos, que normalmente era tocino o el *pellejo* de alguna rana o lagarto de los que se había dado buena cuenta previamente.

También era común coger los cangrejos a mano, bien tras *agutiar* un *pozo* o bien buscándolos directamente en las oquedades que existían bajo el agua, denominadas *llorgas*, aunque a veces lo que se encontraba en su interior era alguna culebra de agua.

En Mellanes me describieron otro sistema, tremendamente simple, usado en el pueblo. En primer lugar era preciso atrapar y sacrificar una rana, que después se ataba al extremo del tallo de un junco, con el propio tallo. Cuando era necesario, a su vez el junco se podía atar a un palo por el otro extremo. Presentándoles la rana se conseguía atraer a los cangrejos. Acercándola paciente y lentamente a la orilla, detrás venía el cangrejo¹⁵. Y es que, según parece, la captura del cangrejo que hace décadas habitaba

¹³ Idéntica valoración hace José Rivas Blanco (1986: 48) cuando afirma que el río «ha sido célebre por la cría de cangrejos».

¹⁴ También había quien aprovechaba la estancia para asistir a misa en la iglesia del pueblo. Fue anecdótico el caso de una mujer a la que el párroco de entonces (don Miguel) no dejó entrar en el templo porque no llevaba medias.

¹⁵ Algo semejante relataron en Ufones, donde colocaban en el extremo de un palo un trocito de jamón o, más comúnmente, de tocino. Cuando los cangrejos se aferraban a él, el palo comenzaba a sacarse del agua lentamente.

en estos ríos era mucho más sencilla que la de los que han venido a sustituirlo. *Eran más tontos, me decían*¹⁶.

Aunque los cangrejos se consumían habitualmente en casa, llegó a existir una cierta actividad económica en torno a su venta¹⁷, no tanto entre los vecinos como por parte de pescadores llegados de pueblos cercanos¹⁸. En Mellanes recuerdan que solían ir desde Domez, mientras que en Ufones pescaban varios vecinos de Alcañices. Éstos últimos colocaban un número tan elevado de *cangrejas* que no era raro que olvidasen alguna en el río, siendo aprovechada después por el primer vecino que pasaba por allí. Incluso en alguna ocasión hubo quién, al pasar cerca del río y ver tantas colocadas, decidió tomar prestados los mejores cangrejos de alguna de ellas.

Las ranas eran capturadas a mano (*a salto*, decían en Ufones) o bien se les propinaba un golpe con un palo cuando la cabeza asomaba sobre la superficie del agua. Pero también se pescaban con caña. Aunque normalmente se utilizaba un palo, en Fradellos para las ranas se empleaba a menudo el tallo de una *cañafina*. Como cebo solía usarse un *saltón* o, más frecuentemente, la piel *enrudiada* de otra rana previamente capturada. No era imprescindible el anzuelo, pues cuando la rana tragaba el cebo *después no lo podía echar*. En Mellanes, por ejemplo, tomaban simplemente un palo al que añadían en su extremo un trozo de tela de color rojo que la rana intentaba tragar. Una vez que ésta *candaba la boca*, se podía traer hacia el pescador, siendo así fácilmente atrapada. Otro método para capturar ranas, utilizado en Rabanales (sobre todo en las

¹⁶ Tradicionalmente se pescaba el cangrejo de patas blancas (*Austropotamobius pallipes*), hoy desaparecido. En la actualidad habitan estas aguas el cangrejo americano o cangrejo rojo de las marismas (*Procambarus clarkii*) y el cangrejo señal (*Pacifastacus leniusculus*).

¹⁷ En Rabanales, cuya situación es mucho menos próxima al río que la de Ufones y Mellanes, me decían que mucha gente apenas los comía. Por un lado, durante el verano las faenas del campo no dejaban demasiado tiempo para ir a capturarlos, y por otro también había quien no tenía costumbre de consumirlos. Sobre la comercialización del cangrejo en esta zona (especialmente en Alcañices), es muy recomendable leer a Maia y Pereira (2003).

¹⁸ Únicamente se comentó el caso de una persona de Matellanes, Máximo, que los vendía en Alcañices.

lagunas), consistía en batirlas con unos cestos grandes de mimbre, como si de redes se tratase.

Respecto al aprovechamiento comercial de estos anfibios, en Grisuela mencionaron la frecuente visita de los *raneiros* de Alcañices, pescadores especializados que se dedicaban a su captura y venta. También recuerdan su presencia en Fradellos, donde además de ranas capturaban anguilas.

La caza

Hace décadas, al igual que ocurre en la actualidad, se cazaba fundamentalmente con escopeta. Sin embargo, tan solo se practicaba la caza menor, pues entonces no había, como hay ahora, corzos, ciervos ni jabalíes¹⁹. Tan solo el zorro y el lobo podían considerarse presas de caza mayor, aunque ninguna de ellas se cazaba para ser consumida²⁰. Los animales de mayor interés cinegético eran conejos, liebres y perdices.

Algunas de las escopetas que se utilizaban eran legales, disponiendo el propietario del correspondiente permiso de armas, sin que dejara de haber otras de uso clandestino que muchas veces permanecían escondidas en el campo. Tampoco se respetaba demasiado el periodo de veda establecido por la administración, así como la prohibición de cazar a la espera. A pesar de ello, la fauna cinegética era muy abundante,

¹⁹ El ciervo, extinguido en el noroeste de Zamora en los años 30, fue reintroducido en la Sierra de la Culebra a principios de los años 70, y desde ahí se ha ido extendiendo a otras zonas próximas (Regueras Grande, 2001: 178). Jabalíes y corzos, pese a no desaparecer por completo, se enrarecieron durante décadas para volver a ser abundantes a finales de siglo. Antes de serlo, Gabriel Guarido (1966: 83) menciona un último avistamiento de jabalí en Nuez (también en los años 30). Tras su «reaparición», el primer jabalí cazado en Mellanes que se recuerda lo fue en 1978, mientras que las primeras *cabras* (seguramente se trataba de corzos) ya habían empezado a verse en el pueblo en torno al año 1970. Antes de esa fecha tan solo obtuvimos el testimonio de Francisco, antiguo pastor de Rabanales, que recordaba haber visto una vez, a mediados del siglo XX, un animal desconocido para él que, según la descripción ofrecida, se trataba también de un corzo.

²⁰ No obstante, tanto en Mellanes como en Ufones afirmaron que, en cierta ocasión, *por probar*, algunas personas habían consumido una zorra.

seguramente debido a que las condiciones que ofrecía el territorio en aquel momento le resultaban muy favorables, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad.

Se recuerda bien que las escopetas de antaño se cargaban por el *caño* y también que en ellas se retrasaba el tiro. En primer lugar se introducía la pólvora y después los perdigones, que se *encalcaban* con una varilla.



Conejos, liebres y perdices eran las presas más buscadas
(foto cedida por Santiago Prieto).

Como se ha dicho, *antes había mucha caza*, tanta que me contaron en Mellanes cómo algunas personas *iban a Alcañices a pagar la contribución sin un real*. Cargaban al hombro su escopeta, sabedores de que los conejos capturados por el camino serían suficientes para, una vez allí, obtener con su venta el dinero que les permitiría satisfacer el impuesto.

Presas cinegéticas y artes de caza

La *zorra* o *raposa* se cazaba para descascarla por los perjuicios que ocasionaba a los vecinos, especialmente en cultivos y gallineros, pero también era muy buscada por el valor que adquiría su piel, en particular durante los meses de enero, febrero y marzo, antes de que mudara de pelaje. Las pieles de zorro se vendían a algún *pellejero* de la zona²¹. Los *pellejeros* normalmente compraban pieles de oveja y cordero, aunque también adquirían las de determinados animales silvestres, como la liebre, el conejo o el *teijo*. La piel del zorro en determinados momentos alcanzó un importante valor económico, como indican los testimonios recogidos en los diferentes pueblos. En los años 60 se llegó a vender cada unidad por unas 3.000 pesetas, mientras en el año 1973 se recuerda haber vendido una piel a uno de estos *pellejeros* por 3.500 pesetas. Años después las pieles de zorro llegarían a alcanzar la cifra nada desdeñable de 9.000 pesetas²². Hay que tener presente que estas cantidades eran muy elevadas en aquellos tiempos, sobre todo considerando la poca disponibilidad de dinero que tenían la mayor parte de las familias alistanas de entonces.

En ocasiones, para su captura se organizaban pequeñas batidas u *ojeos*, en los que un reducido grupo de cazadores se desplazaba a determinados lugares que tradicionalmente se sabía que eran muy frecuentados por el animal²³. Después, con el dinero obtenido de la venta de su piel, estos cazadores hacían *mucha fiesta*.

Objeto de caza con escopeta eran igualmente las *pazpallazas*, (también denominadas *paspallatas*, *paspalletas* o *cuazcalladas*), los sisones y los *pernileros*, así como las *palomas bravas* y los *tordos*. Pese a que en el plato eran *algo duros*, estos últimos se cazaban por su enorme abundancia,

²¹ Varios informantes mencionaron a dos *pellejeros* de San Juan (Gregorio y el *ti* Agustín) entre los más asiduos compradores de estas pieles. Adquirían también productos de otro tipo, como lana o jamones.

²² En Fradellos aseguraron que la piel de mayor valor era la de la nutria. En los años 40 ya se había llegado a pagar 1.000 pesetas por una de estas pieles. Por ello, era un animal muy perseguido, que se atrapaba principalmente con lazos.

²³ En Mellanes, por ejemplo, se solía ir a la zona de la Cugolla, donde era corriente capturar algún ejemplar. La liebre era otra de las presas cinegéticas para cuya captura se organizaban puntualmente *ojeos*.

sobre todo cuando llegaban desde Portugal en bandos tan numerosos que *nublaban el sol*. Se trataba de un tipo de *tordos medio jaspeaos*. Tal era su cantidad que, según me contaban, al posarse sobre los chopos los *abangaban*.

Las bandadas de *tordos* pasaban la noche en los pinares de la zona, hábito que era aprovechado para capturarlos. Cuando se detectaba que estaban durmiendo en alguno de ellos, lo que ocurría especialmente los días de mucho viento, se desplazaban varias personas hasta el lugar, donde se podían atrapar a mano²⁴. En Rabanales, mientras unos daban palmas para espantarlos en un extremo del pinar, otros aguardaban, *a la espera*, subidos en los árboles del otro extremo. En una ocasión llegaron a contarse 160 ejemplares capturados de este modo en una misma noche.

En Matellanes, sobre todo en el pinar de Bentragán, también había quien se subía a los árboles para atraparlos a mano. Seguidamente se les retorció el pescuezo y se colgaban del cinto. Una vez abajo se depositaban en un saco que, en ocasiones, terminaba por llenarse. En Ufones me decían que arrojaban los *tordos* al suelo desde arriba, para más tarde recogerlos con la ayuda de una linterna. Sin embargo, de este modo muchas de las capturas no llegaban a ser encontradas, de manera que quien iba la mañana siguiente podía recoger casi tantos ejemplares como quienes los habían dejado allí²⁵.

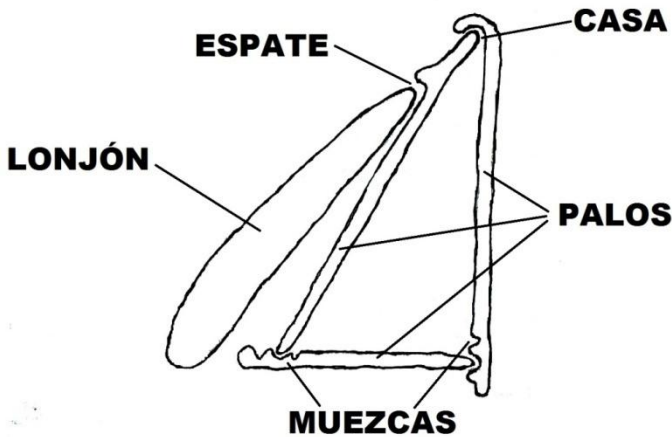
En Matellanes mencionaron asimismo la llegada de bandos de *palomas bravas*, atraídas sobre todo por la *veza*. Los cazadores las esperaban en las lagunas, como la que existe en el pago de la Llagona, donde muchísimas eran abatidas, pues recuerdan que hasta se llenaban sacos con los ejemplares capturados.

²⁴ La presencia de este tipo de arbolado era muy desigual en los distintos pueblos del municipio. En Mellanes la ausencia de pinares hizo que no existiese esta costumbre entre sus cazadores, capturándose los *tordos* en otros momentos. En Ufones se desplazaban a pinares próximos de Rabanales y Matellanes, cuyos vecinos, así como los de Grisuela, aprovechaban la presencia de estas arboledas para atraparlos. Tanto en Matellanes como en Ufones relataron la curiosidad de que el suelo de estos pinares quedaba cubierto por *cuñas* de aceituna tras el paso de estas aves, debido a que habían visitado previamente zonas de olivar en Portugal.

²⁵ En Ufones decían que de este modo se atrapaban también las *grajas*.

Aunque antes se mataban y comían prácticamente todos los pájaros (*todos menos la cigüeña y la pega, me decían*)²⁶, el ave más apreciada por el escopetero era indudablemente la perdiz.

Muy corriente era *armar el lonjón o llastrón*. Se trata de una trampa muy rudimentaria en la que una piedra de gran tamaño, pesada (de hasta 4 o 5 kg) y más o menos plana, el *lonjón o llastrón* propiamente dicho, se coloca en posición vertical, aunque ligeramente inclinada, y apoyada sobre un palo que se encuentra más o menos en esa misma posición y que se apoya a su vez en otros dos, uno en posición totalmente vertical y el otro en horizontal. La piedra era desplazada por el animal que por allí pasase, viniéndosele encima.



El *lonjón*, tal como fue descrito en Mellanes.

Este armadizo se usaba principalmente para cazar conejos, colocándose en la *boca del vival*, o sea, a la entrada de su madriguera. Aunque menos efectivo, también funcionaba con las liebres, colocado en este caso en sus zonas de paso, bien junto a una *pared* (frente a donde ésta tuviese algún *buraco*) o bien donde la liebre hubiera dejado marcado

²⁶ Parece ser que en Ufones hubo una ocasión en la que varias personas se decidieron a probar una cigüeña. El experimento no salió bien, pues después de la degustación se pusieron malos.

su *carril*. Cuando se empleaba para las perdices debía situarse allí donde estuviera su nido²⁷.

Otra práctica muy frecuente era aprovechar las nevadas para ir a buscar conejos a los *vivales*, donde permanecían guarecidos cuando tal circunstancia ocurría²⁸. Se trataba de llegar al animal del modo que fuese, normalmente desmontando el *vival*. Incluso se llevaban *zadones* y palas para cavarlos. Como en su conjunto estas madrigueras solían conformar un enorme laberinto, con múltiples entradas y largas galerías, era preciso no solo ir abriendo huecos, sino también taparlos después para que los conejos no escapasen por ellos. Pero en ocasiones la cosa se complicaba, especialmente cuando el terreno estaba ocupado por raíces de *tozas*. Finalmente, para atrapar los conejos era preciso meter el brazo en las galerías, aunque a veces se topaba con algún otro animal mucho menos apetitoso, como culebras o *sapos campaneros*. Los informantes coincidían en que, al suponer una excelente oportunidad para capturar conejos, había quien ansiaba la llegada de las nevadas y en cuanto nevaba iba a por ellos sin perder ni un segundo. En Fradellos, sin embargo, me decían que allí lo habitual era aprovechar esos días para atrapar liebres. Éstas *dejaban la pista* sobre la nevada, que era seguida hasta dar con el animal, pues normalmente no andaban lejos y se podían coger con facilidad entre la nieve.

Técnicas de caza muy extendidas por todas partes, como el uso de cepos y lazos, también se empleaban con frecuencia en estos pueblos. El cepe, denominado *garduñera* o *garduñeira*, se usaba para cazar conejos y, en menor medida, liebres y perdices. Se usaron cepos grandes para atrapar

²⁷ Fuera del ámbito cinegético, en realidad circunscrito más bien al doméstico, se empleaba un método similar para el que, curiosamente, no he encontrado denominación específica alguna. En algunas casas se *armaba* una trampa para los ratones que consistía en colocar un tazón u otro recipiente similar boca abajo, apoyado en un punto sobre una *bujaca arredondada* (se le habían quitado previamente los picos), en la que se había clavado un palito de extremos afilados, teniendo en el opuesto un trozo de tocino o queso, que se situaba justo bajo el centro de la boca del recipiente. Así, cuando el desdichado ratón se dispone a comer el cebo, la *bujaca* se mueve y el tazón que tiene encima cae al suelo, imposibilitando la salida del animal.

²⁸ También era frecuente, aunque no hubiese nevado, introducir la mano en las *conejeiras* para tratar de extraer de ellos los conejos pequeños.

animales de mayor tamaño, como zorros, más recientemente jabalíes, y en algún caso también lobos, mientras en casa se emplearon ceos muy pequeños para matar *lorigones*.

En Grisuela este método incluso se utilizó para acabar con *la rata*, denominación que en Aliste hace referencia al topo, cuya presencia era siempre temida en los huertos²⁹, así como para dar caza al *pernil*. Dado que éste acostumbra a hacer su nido en el suelo, se le ponía la *garduñeira* en el *carril* por el que accedía al mismo, colocándose previamente piedras que obstaculizaban el acceso por otros lugares, garantizando así que pasase por el lugar en el que le estaba esperando la trampa, bien escondida bajo una fina capa de tierra.

Para los lazos se empleaba alambre fino, hilo o simplemente una *serda* de vaca. *Se le armaba* a las perdices (en este caso el lazo solía ser de hilo de lino), particularmente cuando hacían el nido, quedando normalmente estranguladas *por el pescuezo*. Para salvar su natural desconfianza, lo que no siempre se conseguía, era necesario esconder muy bien el lazo entre la hierba. También se usaban lazos de alambre con las liebres, menos desconfiadas a la hora de caer en la trampa. Incluso se empleaba el lazo para los conejos, aunque tanto en Rabanales como en Matellanes me aseguraban que para éstos era más efectivo el *lonjón*.

Se empleaba también para cazar al alcaraván en Rabanales, donde se le conoce como *pernilero*. Para que éste cayese en el lazo se estacaban primero una serie de palitos, formando un círculo alrededor de su nido. Pero el cerco así creado disponía de un hueco, que era el que permitía la entrada del pájaro. Naturalmente, era en ese acceso donde se colocaba el lazo. Este sistema, como se ve, es muy semejante al que me describieron

²⁹ En Rabanales mencionaron otro método para luchar contra los topos: se hacía un hoyo en el interior de su galería, que se disimulaba con restos vegetales, en el cual se colocaba *una jarra de barro o de cristal*, quedando el animal atrapado en ella la siguiente ocasión en la que por allí pasaba. Me decían que una vez llegaron a caer siete en uno solo de estos recipientes. En Ufones lo habitual para acabar con *la rata* era *esperarla*, lo cual se hacía a la salida o a la *postura* del sol, cuando estos animales tienen más actividad. Una vez hacían acto de presencia, se les golpeaba con el *zacho*. Me contaban que de esta manera se llegaron a eliminar hasta tres ejemplares en una sola jornada. En Mellanes, además de emplear el *zacho*, trataban de repeler a estos animales con *truvisco*.

en Grisuela, aunque en aquel caso se colocaba la *garduñeira* en lugar del lazo.

El uso de la *pajarera* o *ballestra* se reservaba para los pájaros de pequeñas dimensiones, sobre todo para los *pardales*, aunque las había de gran tamaño, que incluso permitían atrapar palomas. Los cebos utilizados para atraer a los gorriones solían ser trozos de pan o granos de trigo. Otros pájaros que también caían con frecuencia en el engaño eran los *pimenteros*, los *tordos* y también las *tordas*. Para disimular su presencia, la *ballestra* se ocultaba muchas veces con una *buesta*. Me contaban que este método era especialmente eficaz en las nevadas, momento en el que la comida escaseaba. En Ufones y Matellanes se usó también la *ballestra* para dar muerte a los *llorigones* o *lorigones*. En este caso solía incorporar una base de madera; incluso en Matellanes recuerdan que algunas poseían dientes, como si se tratase de un pequeño cepo.



Ballestra para atrapar lorigones (Ufones).

Hasta donde he podido saber, el veneno no se usó como método de caza en estos pueblos³⁰, debido a su peligrosidad, especialmente ante su posible consumo por perros y otros animales domésticos. Solo en Fradellos se refirió su utilización hace décadas, contra *la rata*.

³⁰ Tampoco se empleaba para la pesca, aunque en Mellanes reconocían que sí habían utilizado en el río *bombas* compradas en Fradellos.

Entre los huevos que podían encontrarse en el campo, los de perdiz eran especialmente apreciados. Me decían que la tortilla que se hacía con ellos resultaba más sabrosa aún que la hecha con huevos de gallina. Por ello, cuando se localizaba un nido se le robaban los huevos. Hasta 14 se podían encontrar en un solo nido, lo cual constituye una excelente *ñalada*. A veces se colocaba algún objeto que asemejase a los huevos sustraídos (*bujacas sin picos*, la cáscara de sus propios huevos con ceniza en su interior o, incluso, piedras de forma redondeada), con el objetivo de que la perdiz continuase poniendo más huevos, aunque este engaño no siempre funcionaba.

Otros huevos que se consumían eran los de las *pegas*, aunque llegar a ellos implicaba un esfuerzo, dada su costumbre de anidar en los árboles. En Grisuela me decían, no obstante, que su calidad gastronómica es claramente inferior a la de los huevos de perdiz. Se consumían también los de innumerables especies de pájaros, como los de *parro*, *polla del agua*, *tordo*, *torda*, *torda blanca*, *picanzo*, *grajo*, *graja*, *pito*, *pazpallata*, etc. En realidad se aprovechaba casi cualquier huevo que se encontrase en el campo. Lo habitual era freírlos, aunque en algunos pueblos también estaba extendida la costumbre de comerlos crudos, muchas veces en el mismo sitio donde se había dado con ellos. En ese caso simplemente se perforaban en sus extremos, de manera que su contenido salía limpiamente.

Mayor interés que los huevos despertaban los pequeños pájaros que aún no habían echado a volar. Por ejemplo los *pegos* eran bastante apreciados, consumiéndose fritos o cocidos con arroz. También se buscaban los pollos de otras especies, como *tordos*, *picanzos* o *pitos*, aunque para hacerse con los de éstos últimos era necesario acceder al interior de los troncos, donde se encuentran sus nidos, para lo cual resultaba indispensable el uso de un hacha bien afilada. Lo habitual era encontrarlos dentro de los robles, sobre todo en los que ya estaban *algo tocados*.

Cuando los pollos eran todavía muy pequeños (ya se tratase de *pegos*, de crías de *pito* o de otros pájaros) solía dejarse pasar unos días, para que les diera tiempo a crecer un poco más. Se intentaba apurar al

máximo y retirarlos justo antes de que echaran a volar, tratando así de que la tajada fuera algo mayor.

En Ufones el Día de la Ascensión se tenía por costumbre ir a buscar huevos y pollos allí donde hubiese nidos, sobre todo de *pito* y de *pega*. Era un día festivo en el que no se permitía trabajar, de hecho se decía que lo que se sembrase en esa jornada nunca llegaría a prosperar, existiendo asimismo la creencia de que ese día los pájaros también guardaban la fiesta, interrumpiendo incluso la incubación de sus huevos.

Al margen de los múltiples representantes de la avifauna local, en estos y otros pueblos de Aliste se comían también algunos de sus parientes no alados: los lagartos. Me aseguraban además que su carne es muy apetitosa y de sabor semejante al de las ancas de rana³¹. Para hacerse con ellos lo habitual era golpearles con el *cayato*, si se llevaba, o con cualquier palo que se tuviera a mano. Inmediatamente después se les quitaba el rabo, *que quedaba bailando*, así como la cabeza. Según consideraban en Ufones, convenía retirar uno y otro al mismo tiempo, *por el veneno*. Se desollaban siempre lo antes posible, en el campo, de manera que la costumbre era asarlos y degustarlos allí mismo. Si llegaban a casa, su carne se solía comer frita.

Otro producto de la naturaleza que se consumía en el campo era una sustancia similar *al miel*³² que se hallaba por el mes de julio en el interior de los tallos secos de las *silveras*³³. Era habitual encontrarlo en las que se cortaban y se colocaban después sobre las *paredes* de las fincas. Su presencia se detectaba cuando era visto un pequeño agujero practicado por el insecto volador que lo fabrica para acceder al hueco que quedaba en su interior, lugar donde ocultaba su puesta. De hecho, era preciso consumirlo cuando estaba recién depositado, porque se sabía que más adelante serviría de alimento a las larvas.

³¹ En Grisuela hace más de sesenta años también tenían por costumbre comer los erizos.

³² En Aliste miel tiene género masculino. Así, se dice habitualmente *el miel*.

³³ Respecto a este producto, la única denominación que hemos registrado es la de *mielero*, empleada en Ufones, donde se hablaba incluso de *ir al mielero*. En otras localidades, o no emplearon ninguna denominación específica o bien lo denominan simplemente *miel* o *miel de las zarzas*.

Sostenibilidad en el aprovechamiento de los recursos

Para finalizar el capítulo (aunque en el siguiente, dedicado al lobo, volveremos sobre el asunto) recojo algunas reflexiones, compartidas por varios informantes, sobre la explotación que tradicionalmente se hacía de los recursos naturales. Con la perspectiva que ofrece el paso del tiempo y los cambios que ha experimentado la sociedad alistana está bastante generalizada la impresión de que antes no se era especialmente respetuoso con el entorno. Aunque muchas veces el aprovechamiento no sostenible de ciertos recursos estaba justificado por situaciones de verdadera necesidad, en un contexto además muy diferente al actual, en otras ocasiones ese comportamiento hoy se achaca más bien a la ignorancia, la costumbre o la avaricia. *Antes se apañaba todo lo que se podía*, me decían. Se ofrecieron algunos ejemplos, como la mencionada sustracción de los huevos de perdiz: cuando se encontraba un nido normalmente no se le dejaba ni uno solo, a pesar del valor que siempre se le ha dado a esta especie. Lo mismo ocurría con la miel de los enjambres que se encontraban por el campo, arrebatada siempre en su totalidad, dejando a las abejas sin una gota de su sustento básico. Idéntica situación se daba con un recurso tan esencial como la leña. Ésta era continuamente hurtada por su escasez, la cual a su vez era favorecida por dicha sustracción, sin duda en complicidad con otros factores (en especial una elevada presión ganadera).

Los efectos de esta falta de sostenibilidad se mostraron bien a las claras *cuando la guerra*, pues uno de los informantes afirmaba que, como consecuencia de que *se retiraron las escopetas*, en aquellos años *había mucha más caza*. Pese a todo, es unánime la impresión de que muchas especies que antaño eran frecuentes en los campos, en los últimos años son escasas e incluso han desaparecido, o al menos se han dejado de ver.

Varios informantes me hablaban de la *inteligencia* de ciertas especies animales con las que habían tratado. Entre ellas sobresale la figura del lobo, naturalmente, pero también se recuerda haber contemplado otros comportamientos que en su momento asombraron por la habilidad o la astucia demostradas. Es el caso de aquella *tañaburra* que había colocado su nido bajo un terrón y que, tras advertir que el

propietario de la finca, arando con su *pareja*, poco a poco se acercaba a él, tuvo que desalojarlo rápidamente, llevando uno a uno todos sus huevos hasta un lugar alejado de la amenaza que se cernía sobre ellos³⁴. En otra ocasión se pudo contemplar la habilidad con la que un *harcón* retiraba con su pata el lazo, improvisado con una *serda*, que el asombrado espectador le había *armado*.

En Grisuela, al hablar de la mala fama que siempre han tenido los *tordos* por alimentarse *del fruto*, en cuya producción tanto esfuerzo y dedicación se había puesto (*iban a las uvas, al mornal... ¡acababan con todo!*), Herminio recordaba que una vez unas bandadas de *tordos* eliminaron, nada más llegar, toda una plaga de *saltones* que estaban acabando rápidamente con la vegetación.

También se recuerda la dureza, en ocasiones desproporcionada, con la que se castigaban determinados delitos medioambientales. Por los años 50 unos agentes de la Guardia Civil llegaron a agredir a unos chicos de Grisuela, acusados de *coger unas sardas agutiando un pozo*, tratando de que confesaran. Parece ser que esos mismos agentes ya habían denunciado a una persona en el río Mena, obligándola a pagar *30 duros* por haber capturado tres *sardas* en un *pozo* que estaba a punto de secarse por completo³⁵. Por lo visto, ante esta actuación llegaron a recibir la recriminación del capitán del cuartel de Alcañices.

³⁴ También en relación a la conservación de la naturaleza, se comentó que esta especie ha dejado de verse, culpando a los pesticidas de su actual rarificación.

³⁵ ¡A diez duros la sarda! exclamó uno de los informantes.

Capítulo 6

LA PRESENCIA DEL LOBO

En Aliste siempre ha habido lobos y, como no podía ser de otra manera, su presencia ha condicionado enormemente las prácticas ganaderas. La defensa del rebaño frente a la permanente amenaza que supone este depredador es uno de los asuntos que el pastor nunca debe desatender.

El lobo también ha dado lugar a toda una cultura que gira en torno a él. Sus manifestaciones se encuentran aún bien patentes, tanto en lo material —buen ejemplo de ello son las construcciones pastoriles que todavía impregnan el paisaje— como en lo inmaterial, donde se incluyen innumerables conocimientos, experiencias y encuentros con el animal¹. Como no podía ser de otra manera, el lobo también ha dado lugar a diversas fabulaciones.

Las presas domésticas del lobo

Entre los animales domésticos que sufren las acometidas del lobo, las dóciles ovejas son sus víctimas más habituales. A ellas nos referiremos fundamentalmente en este apartado, aunque en realidad los lobos han

¹ *El lobo*, tal como se referían a él los informantes, siempre en singular y con artículo, como si únicamente existiera un ejemplar, es conocido en la comarca también por otros nombres, de aparente carácter eufemístico, aunque en el municipio solo registré uno: *el pardo*, en Matellanes, donde refirieron que tampoco es una denominación demasiado usual. La forma leonesa *llobo* se mencionó en Grisuela como habitual hace unas décadas.

atacado a toda clase de ganado, en particular también a las cabras, a pesar de que éstas *se defienden algo mejor que las ovejas*. Igualmente se han conocido ataques a *jatos*, en cualquier caso muy poco frecuentes, porque el ganado vacuno acostumbraba a dormir en casa. Parece ser que las vacas, cuando detectan su presencia en el campo, suelen *orniar*. Hipólito, que fue pastor trashumante, recordaba cómo en la Sierra de Lubián unas vacas consiguieron ahuyentar a un lobo *cercándolo y orniando*. En otra ocasión dos ejemplares fueron vistos acercándose a la *vacada* de Ufones con aparente intención de atacar, aunque una de las personas que estaba a su cuidado pudo verlos y, voceando, logró que se marcharan.



El lobo ha sido causa de permanente desasosiego entre los pastores alistanos.

También los burros sucumbieron ante el lobo en alguna ocasión, sobre todo cuando, excepcionalmente, pasaban la noche al aire libre. En Grisuela se mencionó el caso de un ataque nocturno, que se cree que fue perpetrado por varios lobos, en el que dieron muerte a una *buresa* e hirieron a su madre. En Rabanales, hace ya muchos años, tras haberse sucedido varios ataques a terneros, apareció muerto un burro cuyo propietario era el entonces alcalde, lo que desencadenó la organización de un *ojeo* ese mismo día para dar caza al autor o autores de aquella carnicería.

Lo habitual es que el lobo no supusiese una amenaza ni para los cerdos ni para las gallinas, dado que apenas salían del pueblo, aunque otros animales (zorros y ginetas fundamentalmente) sí tienen la costumbre de visitar los gallineros con malas intenciones. Sin embargo, el mejor amigo del hombre, pese a su parentesco con los lobos, constituía una de sus presas domésticas más habituales. En Mellanes había quien decía que el *plato favorito* de los lobos son precisamente los perros. Tanto es así que en Ufones hubo una temporada en la que prácticamente *el lobo terminó con ellos*. Se cree que se trataba del mismo individuo. Éste, seguramente hambriento por la escasez de presas silvestres, encontró en el pueblo una oportunidad que no dudó en aprovechar. Fuera de los núcleos urbanos, el desempeño de su labor con el ganado también le costaría la vida a más de un perro, como más adelante veremos.

La protección del ganado

Para evitar un eventual ataque mientras los animales *pastian*, es fundamental que el pastor esté en todo momento alerta ante la posible aparición del depredador. Para ello es importante que disponga de buena vista y que le ofrezca la máxima atención a su rebaño, pues con frecuencia los lobos se encuentran muy cerca del ganado. Suelen permanecer ocultos, vigilando desde algún punto en el que se sienten seguros, esperando a que el pastor confiado se despiste unos instantes. Pese a que el lobo es un animal que *escapa de las voces*, se asegura que no es recomendable vocear de manera preventiva durante el pastoreo, pues ello permite al animal conocer la posición exacta del pastor, incluso aunque no pueda verlo, lo que le otorga a su estrategia de ataque mayores posibilidades de éxito. Los lobos han sido vistos en numerosas ocasiones agazapados entre el matorral, esperando pacientemente a que el ganado pase por delante suyo. Nos decía un experimentado pastor que ese comportamiento es muy habitual de mañana, mientras que por la tarde tienden más bien a aproximarse al rebaño por su retaguardia.

Pero el peligro no desaparece cuando la jornada de pastoreo ha concluido. La noche ofrece un escenario diferente con nuevas posibilidades

para el ataque del lobo. Ello ha provocado que en Aliste buena parte del año los pastores tuvieran que dormir al aire libre, junto a su rebaño, pues éste siempre ha pernoctado en el campo (a excepción de aquellas ovejas que habían parido recientemente y sus corderos, que se guardaban en los corrales del pueblo), porque de esa manera sus excrementos abonan directamente las tierras de cereal. En ellas se instalaba, y se instala todavía hoy, un redil denominado *chiquero*, donde se recoge el ganado. En el *ivierno*, sin embargo, los animales dormían en el interior de unos corrales que se situaban fuera del núcleo urbano: las *pariciones*, *casetas* o *corralas*.

Los perros

Naturalmente, los perros que acompañan al ganado juegan un papel fundamental en la detección del lobo. Junto a los más pequeños, llamados *perros de queda* o *cariadores*, cuya función tiene que ver sobre todo con el manejo del rebaño, se han empleado también otros de mayor tamaño, denominados precisamente *perros de lobo* e imprescindibles en la defensa del ganado. Ambos pueden advertir la presencia del lobo, pero solo los segundos son capaces de plantarle cara. De hecho, en tal situación los perros de carea suelen acobardarse, siendo frecuente que busquen al pastor con el rabo entre las piernas.

Pero, como se ha dicho, los perros son también potenciales presas del lobo. Para su defensa se empleaban las *carrancas*, collares armados de afiladas puntas que protegían el cuello de los *perros de lobo*. Estos collares los solían elaborar los herreros locales y estaban constituidos por una correa de *material* de la que salían numerosas púas de hierro, o bien eran enteramente de metal. Desde luego su uso no era infalible, ni todos los pastores las utilizaban (aunque su empleo estaba bastante extendido), pero al menos se protegía esa parte tan sensible del perro ante la posible mordedura del lobo, que con las *carrancas* debía tratar de alcanzar otras partes del cuerpo².

² Se dio el caso de encontrar una mañana, *colgando de una jara* y junto a evidentes signos de forcejeo, las *carrancas* de un perro al que un lobo había dado muerte durante la noche.

Uno de los viejos pastores entrevistados aseguraba que el lobo sentía especial animadversión por aquellos perros *que le daban más guerra, los que lo corrían*, por lo que éstos acababan poniéndose en su punto de mira³.



Perros de lobo (Rabanales).

En Fradellos me decían que antaño apenas había perros en el pueblo, así que cuando el lobo hacía acto de presencia *solo valía darle voces*. Consecuentemente *con las ovejas se pasaba muy mal*. Lo mismo pasaba con los careadores, así que a menudo resultaba inevitable que los animales entrasen en alguna finca en la que no debían estar, teniendo que compensar después al dueño por el perjuicio causado⁴.

³ Esto mismo afirma Elías Ranilla (2001: 178-180).

⁴ Algunos años, sobre todo en los que la *yerba* escaseaba, cuando una oveja invadía una cortina para comer la *herraña*, el pastor llegaba a tener serias dificultades para sacarla de allí, pues al animal *le apuraba más el hambre que las patadas*.

Las cualidades de los diferentes perros que se emplearon para proteger al ganado eran muy desiguales. Los hubo que *no eran perros en forma*, llegando incluso a matar alguna oveja. Me contaban que *los más finos* suelen quedarse sentados detrás del rebaño, pues de ese modo advierten mejor la posible llegada del depredador. Por su gran labor, algunos perros todavía son muy recordados. De la memoria de sus dueños nunca se borrará su nombre ni sus extraordinarias cualidades.

La complicidad entre el pastor y sus perros es fundamental. Se citaron numerosas anécdotas que lo atestiguan, como la de aquella perra que se desplazó rápidamente hasta el pueblo, advirtiendo al pastor del riesgo que corría su ganado por haberse salido del *chiquero*. En otra ocasión una persona salió con el rebaño de otro pastor, por lo que uno de los perros no le obedecía como hubiera hecho con su *amo*, de modo que no hubo manera de introducirlo en la *caseta* en la que dormían las ovejas. Su desconfianza le costaría la vida, pues fue presa del lobo esa misma noche.

Si en el transcurso de una jornada de pastoreo un lobo sacaba una res del rebaño y huía con ella, al advertirlo los *perros de lobo* no dudaban en ir tras él, consiguiendo algunas veces que se desprendiese de su presa. Me contaron el caso de un lobo que había tomado una oveja del rebaño. Enseguida salió ladrando detrás de él uno de los perros. El lobo no se inmutó y continuó huyendo con su presa, hasta que apareció en escena otro perro de mucha mayor envergadura, soltándola nada más escuchar su potente ladrido. Esta anécdota redundante en la idea de que no todos los perros tenían el mismo efecto intimidatorio sobre los lobos.

El responso a San Antonio

Otro método preventivo, usado sobre todo cuando alguna oveja se perdía, consistía en *arresponzar* para que apareciera y no fuera víctima de los lobos. Se empleaba para ello —y en general para que *devuelva las cosas perdidas*— el responso a San Antonio de Padua, rezado por el pastor o por otra persona a quien éste se lo encomendase. En su efectividad todavía se tiene bastante confianza. Varias personas me han relatado una serie de

situaciones en las que, tras recurrir a él, diferentes objetos extraviados de muy difícil recuperación fueron finalmente encontrados. Su eficacia se considera, pues, suficientemente probada. Incluso me narraron varias historias de personas que, habiéndose perdido en la oscuridad de la noche, tuvieron la fortuna de encontrarse con un hombre desconocido que les protegió y ayudó a retornar a casa. Naturalmente, esta persona se identifica con el santo.

Quienes desconfían de la utilidad del responso aseguran que se han conocido casos en los que, después de haberse encomendado a San Antonio, se produjeron igualmente terribles *lobadas*. Otros, sin embargo, me decían que en alguna de esas ocasiones no se había podido completar el responso, lo que le hizo perder su efectividad.

Las pariciones, casetas o corralas

Estas construcciones se utilizaban para guardar las ovejas en su interior durante los meses más fríos del año. Se trata de pequeños corrales contruidos en piedra seca, de planta cuadrangular⁵, solo parcialmente techados⁶ y situados normalmente en el interior de una finca⁷, aunque en Matellanes se recuerda que antiguamente hubo *casetas* en las Tierras Grandes, sobre terreno comunal. Es frecuente, sobre todo en Rabanales, encontrar varias de estas construcciones muy próximas entre sí, formando grupos. Algunas, incluso, se encuentran adosadas.

Algunos vecinos tenían una *parición* o *casetta* en cada una de las dos hojas del término, mientras que otros solo disponían de una, muchas veces estratégicamente colocada para que pudiera usarse indistintamente, ya se cultivase una u otra hoja. También había quien no tenía ninguna o que,

⁵ En otras localidades cercanas existen construcciones similares de planta circular.

⁶ El tejado es a dos aguas y en la mayor parte de los casos lleva teja, aunque también hay (o había, porque la mayor parte de los tejados se encuentran en ruina) algunos de *lonjas*.

⁷ No es difícil encontrar una *parición* con un propietario diferente al de la finca en la que se encuentra. Según me explicaron en Grisuela, ello se debe a la importancia que tenían estas construcciones: *a veces tenían más valor que la finca*, por lo que se podían comprar o heredar por separado.

incluso disponiendo de ella, le resultaba más práctico guardar el ganado en el pueblo.

A diferencia del uso de los *chiqueros*, que ha perdurado hasta la actualidad, estas construcciones se han abandonado prácticamente en su totalidad. Se dejaron de usar hace ya varias décadas en la mayor parte de los casos, lo que ha dado lugar al estado generalizado de ruina en el que se encuentran a día de hoy. De algunas no se conservan apenas restos, pues sus materiales se reutilizaron en la construcción de casas o para el cierre de fincas. Sobre las causas de su desuso, éste parece deberse más que nada a una cuestión de espacio, pues las dimensiones de los rebaños actuales, mucho más grandes que los de antaño, hacen necesaria la construcción de naves ganaderas de mayor envergadura.

Las altas paredes de estos corrales ofrecían protección frente al lobo, haciendo innecesario que el pastor pasase la noche junto a su rebaño, aunque me aseguraban que los lobos no entraban, sobre todo, por miedo o desconfianza respecto a lo que se iban a encontrar en su interior, más que por la barrera que suponen sus paredes. De hecho, se conocen varios casos en los que los lobos consiguieron asaltar estas construcciones. En Rabanales un lobo entró en una *caseta* con una pared de más de tres metros de altura. Me contaban que pudo escapar subiéndose encima de los cuerpos de las ovejas que acababa de matar y que previamente había amontonando. Lo mismo aconteció en una *caseta* de Ufones situada en los Adilones. En este caso, como el terreno sobre el que se asentaba estaba inclinado, la edificación poseía en ciertas partes menor altura, lo que pudo permitir al animal acceder a su interior. En otra *caseta* del mismo pueblo, ubicada en los Piornales, el lobo entró y acabó con todas las ovejas, aunque esta vez no fue capaz de abandonarla por sus propios medios. No tuvo otro remedio que salir por la puerta en cuanto el pastor la abrió la mañana siguiente. Dicen que lo hizo pasando entre sus piernas, por lo que provocó que el pobre hombre se cayera al suelo *del susto*.

En otro de estos asaltos, sucedido en Rabanales, a la mañana siguiente fue posible observar las marcas que habían dejado las uñas en las *lonjas* del techo, pudiéndose identificar con claridad el punto por el que había entrado. Lo sorprendente es que tan solo había acabado con la vida

de tres ovejas, comportamiento inusual en el depredador. Ello se interpretó como una respuesta del animal a determinada circunstancia —probablemente escuchó un ruido en el exterior— que provocó su recelo y le obligó a salir rápidamente. Otras señales visibles en la parte exterior de los muros hicieron pensar que intentó volver a entrar para rematar lo que había dejado a medias.



Caseta abandonada (Rabanales).

Una nueva muestra de la vulnerabilidad de estas construcciones la encontramos en un acontecimiento verdaderamente excepcional que todavía se recuerda bien. Parece ser que hace unos años un pastor se encontró en el interior de una *parición* con una *zorra* que había dado muerte a nada menos que catorce corderos. En esta ocasión se pudo comprobar que había entrado por un agujero que existía en la pared. Sin embargo, tras haberse *hartao de comer*, ya no pudo servirse de él para abandonar la escena del crimen. Me contaban que *la zorra se hizo la muerta* y que salió rápidamente por la puerta en cuanto el pastor bajó la guardia.

También se conocieron en el municipio otro tipo de construcciones pastoriles que protegían a los animales domésticos de los lobos y otros depredadores. En Matellanes recuerdan la existencia de los denominados

chiviteros, estructuras en piedra de dimensiones mucho más reducidas, tanto que únicamente cabía una cabra o un par de cabritos, que se solían depositar allí cuando no podían seguir el ritmo del resto del ganado, pues de lo contrario el pastor había de cargar con ellos. Estos *chiviteros* debían ser bastante rudimentarios. Carecían incluso de puerta de acceso, cubriéndose su parte superior con *lonjas*. Parece ser que se situaban en terreno comunal. Se recuerda que los hubo en el lugar denominado precisamente los Chiviteros.

Antiguamente los pastores utilizaron también unas estructuras tremendamente rústicas llamadas *rediles*. En este caso mis informantes no las han llegado a conocer sino a través de referencias ofrecidas por personas de generaciones anteriores. He podido documentar su presencia en Matellanes y Grisuela, donde se utilizaban para reunir el ganado, evitando que se dispersase, como lo han hecho tradicionalmente los *chiqueros*. Consistían en un simple cerco realizado con jaras. Contaban en Matellanes que, cuando se utilizaban, el pastor también debía dormir con el rebaño, pues no era precisamente una estructura que ofreciese demasiadas garantías de seguridad para el ganado. Al igual que los *chiviteros*, parece ser que se situaban en terrenos comunales. Concretamente en Grisuela se sabe que se colocaban en la zona de los Corralones, uno de los puntos más elevados del término, muy cerca ya del límite con San Vitero.

El chiquero

En *el tiempo bueno* lo normal era que el ganado ovino pasase la noche en el *chiquero*. Se trata de un redil formado por la unión de varias *cañizas* que tradicionalmente eran *de tabla*, más bajas que las que se emplean en la actualidad⁸, que tampoco son ya de madera sino de metal.

Se trata de una estructura portátil que normalmente se coloca formando un rectángulo, aunque la forma depende siempre de las

⁸ Las *cañizas* se unían entre sí mediante un *cepo* de madera, situado en la parte inferior, y una *corre* de hierro, en la parte superior.

dimensiones de la tierra en la que se ubica, sobre todo de su anchura. Cuando el pastor lo considera oportuno, lo desmonta y lo cambia de lugar. El desplazamiento del *chiquero* permite ir abonando las tierras situadas en la hoja que será cultivada más adelante. Normalmente cambiaba cada día de posición, primero dentro de la misma tierra y, una vez abonada toda su superficie, se cargaba en el carro y se llevaba a otra tierra.

Las paredes de las *pariciones* ofrecían mayor protección frente a un posible ataque de lobo que las *cañizas*, y no solo por la menor altura de éstas, pues en más de una ocasión se vio cómo el lobo sacaba una oveja del *chiquero* por el espacio que queda entre las *latillas* de la *cañiza*. Ello obligaba a que el pastor pasase la noche a la intemperie, junto al rebaño⁹. También se comentó que algunos pastores utilizaban *cañizas* de escasa consistencia, especialmente vulnerables, mientras que las de otros eran de mucha mayor calidad.



Chiquero actual en la Majada de Rabanales.

⁹ En ocasiones no era el pastor quien dormía con las ovejas sino algún familiar que le daba el relevo.

Me decía un veterano pastor de Rabanales que *los buenos pastores*, cuando pasan la noche junto al rebaño —aun intentándolo el lobo, pues nunca dejará de hacerlo—, no permiten que el depredador se lleve ni una sola de sus ovejas. Pero al mismo tiempo todos los informantes reconocían que no todos los pastores han sido igual de responsables. Algunos desatendían constantemente al ganado, e incluso se ausentaban con frecuencia. Durante el pastoreo también había quien se quedaba dormido mientras las ovejas *entraban en los panes* o recibían la visita del lobo¹⁰.

Respecto a las condiciones en las que el pastor dormía al aire libre, en ocasiones se tumbaba directamente sobre el suelo, aunque lo habitual es que se echase encima de unas *escobas* cortadas a tal efecto. Si no las había cerca, debía buscar alguna jara o unos *ramajos* que cumplirían la misma función. También se utilizó un saco lleno de paja a modo de colchón, aunque en otras ocasiones los pastores se echaban simplemente sobre un *cuelmo* de pajas. En Ufones también se refirió el uso del *catre*, una especie de cama portátil que consistía en una estructura de madera sobre la que se colocaban sacos llenos de paja, aunque me decían que se consideraba casi un lujo, es decir, que solo la usaban los pastores más pudientes. En el resto de los pueblos se emplearon igualmente camas de madera, pero solo en los últimos años en los que se durmió con el ganado.

Para protegerse de las inclemencias del tiempo se utilizaba la *cabaña* o *cabana*. Ésta consistía en un armazón de palos ligeramente curvado sobre el que después se entrelazaban *cuelmos* de pajas (casi siempre de centeno) que antes habían sido sumergidas en agua, lo que les otorgaba una mayor resistencia¹¹. Tenía forma rectangular y se hacía *a la*

¹⁰ Quienes *andaban de pastores* eran a menudo personas jóvenes, normalmente adolescentes, muchas veces más preocupados de otros asuntos que de velar por el rebaño que tenían a su cuidado. Muchos de los informantes tan solo realizaron esta actividad en su juventud. Uno de ellos me decía: *yo era muy mal pastor; si no me quitan las ovejas, había acabado con ellas*. En el Campete (Fradellos), pastores y pastoras de varios pueblos (sobre todo de Fradellos, Tolilla, Gallegos del Río y Flores) se juntaban y *hacían baile* con una lata y un tamboril, mientras las ovejas permanecían en sus respectivos *chiqueros*, donde una capa colocada sobre un palo, a modo de espantapájaros, trataba de simular la presencia del pastor.

¹¹ Según matizó Herminio, en Grisuela, para hacer la *cabaña* se utilizaban *pajas*, que no *paja*, pues ésta última es la denominación que recibe el tallo del cereal una vez trillado.

medida de la persona. Cuando el viento o la lluvia hacían acto de presencia se colocaba —un poco inclinada y orientada contra el viento— apoyada en sus extremos sobre dos estacas. Se transportaba, igual que el *chiquero*, al lugar en el que se hiciese noche. Su vida útil sobrepasaba en ocasiones el año, aunque en su última época de uso las *cabañas* se hicieron de chapa.

Mientras dormía, el pastor se encomendaba a la capacidad del ganado para detectar la llegada del lobo, hecho que solía provocar la inmediata reacción de las ovejas. Cuando éstas lo percibían daban un *rudión*, alertando así de su presencia tanto al pastor como a sus perros.

El ataque del lobo

Una vez que ha decidido atacar, la forma de proceder del lobo es bien conocida por los pastores. Cuando se dispone a atrapar una oveja, busca siempre su cuello. *Le muerde las gorjas*¹² y entonces se dice que la ha *ajagado*. Seguidamente se la lleva, colocándola casi siempre de la misma manera: *la tercia*, es decir, la carga sobre su lomo, llevándola a cuestras *como un saco de grano*.

Aseguran que, aunque se logre rescatar a la oveja, una vez que ha sido *ajagada* lo habitual es que no sobreviva. Aun así, para intentar recuperarlas se trataban de diversos modos: si no se utilizaba ningún medicamento veterinario se les aplicaba manteca, vinagre o aguardiente. La herida también se solía lavar con el agua resultante de hervir la raíz de la *suelda*, planta con propiedades cicatrizantes cuyo uso iba más allá del propiamente veterinario, pues se usaba igualmente para tratar las heridas de las personas¹³.

Cuando el lobo consigue huir con su presa, acto seguido busca un lugar seguro donde poder comerla con tranquilidad. En Rabanales vieron cómo dos lobos, uno por cada lado, partieron en dos el cuerpo de una oveja, repartiéndosela para dar así buena cuenta de ella por separado. A

¹² Los zorros, sin embargo, se ha observado que *muerden al pie de la oreja*.

¹³ En Rabanales y Ufones se mencionó también el uso de la *suelda* contra las almorranas, para lo cual simplemente se introducía en el *bolso*.

veces se encontraban los restos de la oveja más tarde, aunque de ella poco quedaba, pues el lobo la dejaba siempre *bien desollada, como si lo hubiera hecho una persona*¹⁴.



Suelda, planta medicinal utilizada para tratar a las ovejas que han sido *ajagadas*.

Con menos frecuencia sucede que el lobo no trata de herir de muerte a su víctima sino que se la lleva arreándola. Me decían que esto sucede sobre todo cuando el depredador se la va a entregar a sus lobeznos, que serán los que la maten, ejercitándose de este modo en el arte de la caza.

El cazador cazado: los ojeos

Para dar muerte al lobo nadie refirió el uso de estricnina ni de ningún otro tipo de veneno. La peligrosidad que suponía su empleo, especialmente porque también podían consumirlo perros u otros animales

¹⁴ De nuevo se distingue entre su modo de operar y el del zorro, que *le chupa la sangre pero no la come; si acaso la muerde un poco*.

domésticos, justificó que no se utilizase. Tampoco pude documentar en el municipio la existencia de trampa alguna para lobos del tipo «hoyo lobal» o «trampa de cabrita», ni siquiera en desuso desde muy atrás, como las que se conocen en el noroeste de la provincia.

Sí debieron emplearse, aunque según parece solo muy puntualmente, cepos de gran tamaño. El uso de estos artilugios creció cuando empezaron a proliferar los jabalíes, a cuya caza se destinaba principalmente su colocación. De nuevo, el riesgo de que algún perro pudiera quedar atrapado en ellos hizo que no se usasen demasiado.

Desde luego el método más empleado para dar caza a los lobos eran los *ojeos*, batidas populares que normalmente se organizaban cuando uno o varios lobos eran avistados por algún vecino, o bien cuando su rebaño había sido atacado. Aunque los últimos *ojeos* de los que he tenido noticia tuvieron lugar hace varias décadas¹⁵, los informantes recuerdan bien cómo se desarrollaban. De hecho, asistir al *ojeo* era obligatorio para todos los vecinos. Debía acudir al menos una persona por cada casa, recibiendo la correspondiente sanción quienes se ausentasen.

Aunque se llevaron a cabo *ojeos* autorizados, que contaban con el visto bueno del gobernador civil, otros sin embargo eran clandestinos. Me decían que éstos últimos, que casi siempre se preparaban apresuradamente, solían resultar más efectivos, pues se tenía la seguridad de que el lobo todavía estaba cerca de donde había sido visto o había actuado. Para avisar y convocar a todo el pueblo se hacían sonar las campanas, empleándose en algunos pueblos el mismo toque que cuando se llamaba a *concejo*¹⁶, aunque en otros se utilizaba uno diferente y específico. Si se consideraba preciso, se avisaba a gente de otras localidades, aunque en los *ojeos* clandestinos lo habitual es que solo participasen los vecinos del pueblo.

¹⁵ En la mayor parte de estos pueblos los últimos *ojeos* se realizaron en torno a 1960. En Rabanales, sin embargo, recordaban que algunos tuvieron lugar ya en la década de los 70.

¹⁶ Uno de los informantes comentaba que, *por la emoción*, el repiquete solía hacerse a mayor velocidad que cuando se tocaba a *concejo*.

Estas particulares cacerías congregaban a un buen número de personas, tanto mujeres como hombres, muchas de las cuales no acostumbraban a salir de caza. En alguna ocasión el alcalde llegó a pedir al maestro que dejase salir a los *rapaces* de la escuela para que se sumasen al *ojeo*. Éstos se mostraban encantados de participar, pues la batida para ellos *era una fiesta* y además les permitía ausentarse de las clases. En cuanto a la incorporación de los perros al *ojeo*, parece ser que normalmente se prescindía de ellos, aunque en alguna ocasión puntual se llevó algún ejemplar que era excepcionalmente hábil.

La mayor parte de los participantes en el *ojeo* eran los llamados *ojeadores*, *ojiadores* o *arriadores*, personas desarmadas que avanzaban generando el bullicio necesario para dirigir al lobo en determinada dirección. Sobre todo se voceaba, profiriendo gritos del tipo *jahí va!* o *¡al lobo!*, aunque también se daban palmas y la comitiva solía acompañarse de alguna lata o silbato. El conjunto de los *ojeadores*, que avanzaban siempre en paralelo y cubriendo la mayor extensión posible, pero sin alejarse demasiado unos de otros, se denomina *cordón*. Su objetivo era conducir a los lobos hasta el lugar en el que se situaba la *espera*, donde los tiradores aguardaban pacientemente con sus escopetas. Los mejores puntos para colocar la *espera* solían ser zonas de paso de los lobos, lugares en los que se les veía transitar con frecuencia. Otra condición era que el terreno inmediato formase un embudo que desembocara en la *espera*.

También participaban en el *ojeo* los llamados *centinelas*. Éstos iban desarmados y se colocaban flanqueando la franja de terreno por la que el *cordón* avanzaba hacia la *espera*. De esta manera cerraban el cerco tendido al lobo. Normalmente se situaban a mayor altura que los *ojeadores*, también se colocaban en hilera y a cierta distancia unos de otros, pero permanecían todo el tiempo en su posición y guardaban silencio. Su función era evitar que el lobo escapase y, cuando éste se aproximaba a su posición, debían espantarlo dirigiéndolo hacia la *espera*. Era frecuente que para estos menesteres llevasen un palo. Me decían que en una ocasión uno de los *centinelas* vio llegar un lobo y pudo golpearlo en el pescuezo con el palo (parece ser que se trataba del robusto mango de un *picachón*), pese a lo cual el animal finalmente consiguió huir.

Muchas veces los lobos eran abatidos justamente en el momento en que se detenían unos segundos, dicen que para *estudiar* por dónde escapar de aquella encerrona. Sin embargo, no siempre había acertado en el tiro. Hasta los más diestros tiradores fallaban a menudo cuando se trataba de disparar a un lobo, pues no se trata de un animal cualquiera. El lobo impone, sobre todo a quien no está acostumbrado a tenerlo delante. Los nervios solían jugar una mala pasada, haciendo que el arma, como si dispusiera de vida propia, se moviese lo justo como para que el cañón apuntase a otro lugar¹⁷. Entre otros, se mencionó el caso de un *ojeo* en el que uno de los participantes pudo ver en el paraje de Salguero, en Rabanales, nada menos que cinco lobos bebiendo agua en una fuente. Muy cerca de él se encontraba un experimentado cazador al que, en silencio, avisó rápidamente de tal circunstancia. Éste, sin embargo, no fue capaz ni tan siquiera de disparar. Recibió tal impresión que su escopeta terminó por caer al suelo, produciendo el suficiente ruido como para que los lobos lo detectasen y saliesen huyendo, aunque algunos de esos ejemplares serían abatidos más tarde por otros tiradores con mayor temple.

En estos *ojeos* también era común capturar algún zorro. Incluso las perdices se atrapaban en ellos con cierta facilidad, ya que solían quedar extenuadas tras varias horas huyendo de los *ojeadores*.

La efectividad de los *ojeos* era muy variable. Por lo que se recuerda, lo más habitual era atrapar al menos un ejemplar, pero también hubo muchos *ojeos* en los que no se llegó a capturar ninguno, siendo igualmente frecuentes aquellos en los que el botín era mayor¹⁸. En Mellanes me contaban que, cuando se conseguía atrapar algún lobo, después se *repicaba de alegría*.

¹⁷ Aunque esta situación, por frecuente, era perfectamente comprendida por la mayoría de los informantes, uno de ellos calificó excepcionalmente a estos cazadores incapaces de disparar a un lobo como *gente fata*.

¹⁸ Esto mismo viene a decir Gabriel Guarido (1966: 83) en su trabajo sobre Nuez: «Batidas bien organizadas, a veces de 500 vecinos de varios pueblos, se dan por buenas si se mata un lobo; en otras ni son vistos, aunque el día antes lo fuesen 20».

Si la cacería había dado sus frutos, se procedía a la subasta de los ejemplares capturados en el mismo lugar donde habían sido abatidos¹⁹. La subasta se la llevaba un pequeño grupo de personas (entre tres y cinco normalmente), para las que adquirir esos cuerpos *era un negocio*, ya que seguidamente los mostraban en los pueblos próximos, pidiendo de puerta en puerta una pequeña recompensa por su captura²⁰. La mayor parte de la gente contribuía entregando alimentos (tocino, chorizo, patatas, etc.) o pequeñas cantidades de dinero. Lo hacían de buena gana, pues esas capturas eran siempre algo celebrado en cualquiera de estas comunidades rurales. En realidad, por los pueblos se paseaba únicamente la cabeza del lobo y su piel, con el interior relleno de paja, pues el animal había sido previamente desollado.

Cuando el ojeo se organizaba con suficiente antelación y recibía la oportuna autorización, solía contar con la participación de los vecinos de varios pueblos²¹. En tales casos, lo recaudado en la subasta se repartía entre ellos. Cuatro duros le correspondieron al pueblo de Grisuela en el reparto que se realizó tras un *ojeo* autorizado (con presencia de la Guardia Civil) en el año 1950 o 1951, que dio como resultado la caza de un lobo, abatido entre Ufones y San Juan del Rebollar. Además de los vecinos de Grisuela participaron los de San Juan, Ufones y Matellanes, de donde eran quienes adquirieron el lobo. El ejemplar cazado había sido visto previamente por un pastor, lo que dio lugar a la celebración del *ojeo*, que arrancó en las proximidades de la Fuente Fidionda de Grisuela.

En estos casos, los vecinos de cada pueblo participante recorrían su término de extremo a extremo. En la *raya* esperaban su llegada los del pueblo siguiente, para continuar ellos desde allí, y así hasta que se alcanzaba la *espera*. Algunos *ojeadores*, tras pasar el testigo a los de la

¹⁹ Se vendían también las pieles de los zorros cazados en el *ojeo*.

²⁰ En Rabanales, por ejemplo, se solía pedir por Fradellos, Bercianos, etc. Al municipio también se desplazó gente pidiendo desde localidades relativamente alejadas. En Ufones se recuerda la llegada de dos personas exhibiendo un lobo (el animal colgaba de una larga vara que llevaban al hombro) capturado en un *ojeo* que se había realizado en la zona de Nuez y Moldones.

²¹ En Rabanales me decían que estos *ojeos* los anunciaba el alcalde al salir de misa, como cualquier otro asunto vecinal.

localidad colindante, se daban la vuelta. Otros, sin embargo, continuaban hasta la *espera*, que a veces se situaba a bastantes kilómetros de su pueblo. Hipólito, de Rabanales, recordaba haber llegado en un *ojeo*, en el que se dio muerte a dos lobos, hasta el paraje de las Bocicas, en San Vitero, pero cerca ya de los términos de El Poyo y Tola.

Los vecinos de Mellanes solían realizar *ojeos* de forma conjunta con los de Samir de los Caños, Fornillos, Moveros y Ceadea. En ocasiones se sumaron los vecinos de Brandilanes, participando incluso los de Losacino de Alba en alguna de estas batidas, en las que se alcanzaba el término de Vide de Alba. Parece ser que tanto los de Fornillos como los de Rabanales no eran considerados particularmente diestros en la realización de los *ojeos*²². Sin embargo, para los vecinos de Mellanes la presencia de la gente de Samir sí se consideraba fundamental, pues se trataba de una localidad con bastante población y un extenso término municipal. Además, se recuerda bien que los de Samir incorporaban al *ojeo* un elemento de gran utilidad: la trompeta que habitualmente usaban para llamar a *concejo*.

Al vecindario de Ufones, por su parte, solían sumarse los de Matellanes y San Juan del Rebollar, aunque también realizaron *ojeos* en alguna ocasión únicamente con Rabanales. Matellanes acostumbraba a hacerlos con Arcillera, incluyendo a veces a la gente de Ceadea. Pero otras combinaciones también eran posibles, pues algunos *ojeos* contaron con vecinos de Mellanes, Rabanales, Grisuela y Ufones, a los que ocasionalmente también se añadieron los de Matellanes y Alcañices.

La particular orografía de la *Ribera el Cuervo*, que incluye terrenos de Arcillera, Ceadea y Mellanes, permitía que en ella se situase una de las *esperas* más habituales²³. Por su comprobada eficacia a la hora de abatir a los lobos, otros de los enclaves elegidos cuando el *ojeo* contaba con la

²² Esta impresión sobre los participantes de Rabanales fue refrendada en el propio pueblo, donde confesaron tener la mala costumbre de conversar en la *espera*, por lo que cuando el lobo se aproximaba podía detectar la presencia de los tiradores. También reconocieron en Rabanales que los vecinos de Mellanes disponían de una mayor pericia para cazar lobos en los *ojeos*, sobre todo porque *los cercaban muy bien*.

²³ En uno de los *ojeos* que se mencionaron, con la participación de Grisuela, Rabanales, Ufones, Matellanes y Arcillera, la *espera* se colocó junto a la antigua chimenea de Arcillera, aunque no resultó demasiado efectivo, pues solamente se capturaron un par de zorros.

participación de pueblos del municipio eran los lugares de Piedegallo (en Matellanes), los Molinones (en San Juan del Rebollar) y el Caño (en Rabanales).

Conocimiento popular de la etología del lobo y consideración actual de la especie

Basados en la observación, pero seguramente también alimentados por la figura mítica del lobo, circulan una serie de conocimientos que hacen referencia al modo de vida y al comportamiento de los lobos.

En algunos pueblos se tenía constancia de que estos animales acostumbraban a criar en el propio término, particularmente en determinados lugares. Es el caso de Mellanes, donde es conocido entre el vecindario que criaban en la zona de la Sierra²⁴, entre jaras y urces. Dicen que en ese lugar no atacaban nunca a los ganados, para no quedar en evidencia, tal como reza el refrán que conocen bien en estos pueblos:

El lobo y el gitano donde habita(n) no hace(n) daño.

En Grisuela fue precisamente la prolongada ausencia de ataques la que hizo sospechar en determinados momentos que el lobo no criaba muy lejos, aunque se desconocía el lugar exacto. En Rabanales, en cambio, se sabía que la Majada era una zona habitual de cría. Incluso un pastor llegó a encontrarse allí un pequeño lobezno.

En Ufones y Matellanes el animal hacía permanentes incursiones, como en el resto de pueblos, pero se cree que habitualmente no debía criar, cosa que sí ocurría en el vecino San Juan del Rebollar²⁵. Sin embargo, en el límite entre los dos primeros, concretamente en la zona del Pisón,

²⁴ En ocasiones los propios vecinos denominan a este lugar *la Sierra de Mellanes*, debido a que, según el contexto, *la Sierra* puede dar lugar a confusión al identificarse con otras elevaciones de mayor entidad, fundamentalmente la Sierra de la Culebra y las sierras de Sanabria, también llamas así. Este mismo accidente geográfico tiene continuidad en el término de Samir de los Caños, donde curiosamente se conoce como *el Sierro*.

²⁵ No obstante, en Matellanes reconocían que en alguna ocasión puntual se pudieron ver restos en determinados lugares que evidenciaban haber sido utilizados como zona de cría.

existía un importante *paso del lobo*, pues era bastante habitual verlos cruzar por allí.

Del lobo se dice que *suele andar por los bajos*, sobre todo en los que obtiene suficiente resguardo, y también que *le gusta más el monte que los caminos*. En los testimonios recogidos son recurrentes las referencias a su inteligencia y suspicacia. *Listo, astuto y desconfiado* son los calificativos que siempre surgían cuando se definía su comportamiento. *El lobo es muy listo o el lobo es fino de cojones* son afirmaciones que redundan en esta idea. Según me decían, el animal dedica muchas horas a observar y estudiar los rebaños, a los que termina por conocer bien, al igual que a los perros que cuidan de ellos.



La Majada de Rabanales es una de las zonas en las que tradicionalmente criaban los lobos.

También se le atribuyen otras cualidades, como la paciencia o la perseverancia, del mismo modo que se reconoce su habilidad y precisión. Gracias a ellas asalta rebaños y *casetas*, de las que a veces también es capaz de escapar, como vimos. En Rabanales recuerdan una *lobada* nocturna que terminó con la vida de 60 ovejas (la mitad del rebaño), en la

que se pudo atestiguar que prácticamente todas sus víctimas presentaban una única dentellada (tan solo un par de animales habían sido mordidos dos veces).

Esta costumbre de multiplicar innecesariamente el número de víctimas (*el lobo se divierte a matar*) es bien conocida. En varias ocasiones aparecieron los cuerpos de 14 o 15 ovejas, de los que tan solo había utilizado uno para alimentarse. El lobo selecciona también a sus presas, pues aseguran que siempre busca y mata en primer lugar a los mejores ejemplares, los que tienen más valor para el pastor: los *marones* o los que llevan *changarro*²⁶. En todo caso, los informantes tienen claro que actúa *más por el ansia de matar que por la necesidad de comer*.

Otro pastor, que lo fue durante más de 60 años, me aseguraba que, al fin y al cabo, el lobo se comporta *igual que la gente*. Recordaba el caso de unos cazadores con los que se encontró hace años por el campo. Éstos, aprovechando una nevada, se habían hecho en aquel momento con unas 30 liebres —bastantes más de las que podían consumir—, lo que no les resultó suficiente para dar por concluida la cacería. Mi informante vio en ellos la misma codicia incontrolable que siempre se atribuye al lobo.

En definitiva, por su forma de actuar esta especie despierta todavía hoy tanta antipatía como admiración²⁷. Sin embargo, en los últimos tiempos la animadversión parece haberse moderado, aunque no se puede perder de vista que la mayoría de mis informantes ya no ejercen como pastores desde hace años ni son actualmente propietarios de ganado. El lobo forma parte para ellos de un pasado recordado con nostalgia y en ese contexto hay que colocar las valoraciones recogidas. Además los tiempos han cambiado. A buen seguro no opinará igual un pastor actual que uno de hace 50 o 60 años. Incluso en un territorio donde las innovaciones siempre llegan con retraso, como es éste, la influencia de la conciencia ecológica se deja ya sentir. Uno de los informantes de mayor edad, que también fue

²⁶ En Mellanes hubo una ocasión en la que un lobo mató una sola oveja, pero justamente la única que poseía uno de los propietarios del rebaño.

²⁷ Aunque *el lobo hacía mucho daño*, no perjudicaba a todos por igual. Me contaban que un paisano que no tenía ganado, en actitud poco considerada con sus vecinos, llegó a asegurar que *tenía que haber un lobo en cada toza*.

pastor durante un tiempo, decía ser partidario de la conservación del lobo *para que la gente lo vea*. Otros valoraron su utilidad en el control de la fauna salvaje, pues muchas de sus presas (sobre todo ciervos, corzos y jabalíes) gozan actualmente de peor fama que el propio lobo²⁸.

Aunque en la zona no se han conocido ataques a personas, y la posibilidad de que tal circunstancia llegue a ocurrir se considera, en general, remota, algunos informantes no descartaron por completo que en determinado momento un lobo pudiese llegar a suponer una amenaza para el hombre, especialmente durante la noche²⁹. Con toda seguridad esta idea ha sido alimentada por las historias de lobos oídas desde la más tierna infancia, así como por numerosas anécdotas (algunas escuchadas y otras vividas en primera persona, como tendremos ocasión de comprobar) en las que los lobos se aproximaron e incluso seguían a algunas personas, normalmente cuando éstas retornaban a su localidad en la oscuridad de la noche.

Hay quien cree que los lobos pueden resultar peligrosos en determinados momentos, sobre todo en la época de celo, que aseguran que *es cuando agulla*³⁰, o cuando una loba se encuentra junto a sus crías. Me contaban que hace muchos años un pastor de Ufones, que había dejado su ganado en los montes de San Juan del Rebollar, vio a su regreso que un pequeño lobo estaba devorando una de sus ovejas. Sigilosamente se acercó a él y comenzó a golpearle con un palo, pero rápidamente de entre unos robles *apareció la madre y le enseñó los dientes*, lo que naturalmente le hizo estremecerse.

²⁸ Esto se debe, sobre todo, a los daños que ocasionan en los cultivos, pero también a que su actual abundancia se relaciona con un mayor riesgo de sufrir accidentes de circulación.

²⁹ En Fradellos me relataron el caso de un vecino que vio cómo un lobo se le aproximaba. Naturalmente, el animal no había detectado su presencia y por eso continuó acercándose a él. El hombre cogió un palo y se escondió tras una *pared*, con el objetivo de golpear al lobo cuando éste llegase a su altura. Pero, entre tanto, cobró vida la idea de que también el lobo podía hacerle daño a él. Finalmente ese temor hizo que no solo desistiese de golpear al lobo, sino que además abandonase el lugar para no ser visto por el animal.

³⁰ Otros informantes aseguraban que los aullidos del lobo eran un reclamo usado para contactar con sus congéneres.

Aunque el contacto con la especie ha permitido que su biología sea relativamente conocida, también existen diferentes mitos en torno al lobo. Uno de ellos es la creencia, bien es verdad que no muy extendida, de hecho se refirió con cierta cautela (*antes andaban con eso*, matizaron), de que cuando *lucían los ojos del lobo* significaba que tenía intención de atacar³¹. Respecto a la alimentación del animal, uno de los informantes aseguraba que, dado el tiempo que en ocasiones transcurría entre ataques de lobo, es probable que el animal también *pastie algo*, lo que le permite sobrevivir hasta que consigue atrapar una nueva presa. Mucho más difundida está la idea de que la población de lobos ha descendido notablemente en las últimas décadas³². Algunos de los informantes también aseguraron que *los lobos de antes* eran de mayor tamaño que los actuales, siendo además éstos *más tontos* que los que siempre se conocieron en la zona.

Encuentros con el lobo

Aunque no siempre resulta sencillo diferenciar los relatos que corresponden a experiencias reales de los pertenecientes al imaginario popular, los que tienen que ver con el lobo suelen contener elementos que nos permiten juzgar su veracidad. Además, por fortuna, muchas de las historias que se relataron fueron vividas por el propio narrador.

En Matellanes, poniendo en duda de antemano su credibilidad, me contaron la historia del *ti* Leandro, un antiguo contrabandista del pueblo. Una noche en la que este hombre regresaba a Matellanes desde Portugal, mientras atravesaba el término de Arcillera, *sintió agullar* a un lobo. Enseguida advirtió que aquellos aullidos eran un aviso con el que estaba convocando a otros lobos, que enseguida llegaron. El *ti* Leandro, al ver que aquella manada le acechaba, y con enorme sangre fría, tomó la

³¹ En Grisuela denominan *luciernas* al resplandor nocturno de los ojos del lobo.

³² Hubo quien consideró que este bajón ha de ser importante, a tenor de la disponibilidad actual de presas silvestres, que se entiende que debería haber producido el efecto contrario. Otro informante vio precisamente en ello un argumento que justifica este supuesto descenso poblacional, al asegurar que los jabalíes están en realidad desplazando a los lobos.

determinación de tirarse al suelo, simulando estar muerto. Los lobos, al entender que su presa ya no iba a escapar, lo *entumbiaron* con unas jaras y se fueron en busca del resto de sus compañeros de manada para invitarlos al festín. En cuanto se alejaron lo suficiente, el *ti* Leandro rápidamente se levantó y huyó camino del pueblo. Pero poco antes de llegar a él se dio cuenta de que los lobos lo habían visto y lo perseguían. Afortunadamente, alcanzó las *cañizas* que en aquel momento cerraban las entradas al pueblo³³ y pudo refugiarse en su interior, adonde los lobos no podían acceder, quedando de esta manera a salvo.

También en Matellanes se cuenta una historia semejante, que los informantes consideraban más creíble. En ella un chico regresaba de noche al pueblo, en este caso desde otra localidad próxima, Ceadea, en la que vivía su novia, a la que ese día había ido a visitar. En el trayecto de vuelta, cada pocos metros se cruzaba delante de él un lobo. Éste, además, cuando pasaba a su lado le daba con el rabo en las piernas. Aunque el miedo se apoderaba del joven por momentos, él continuó su camino. Una vez que todo parecía haberse quedado en un susto, llegó el momento de cruzar un pequeño arroyo. Como no traía demasiada agua, decidió alcanzar el otro lado de un salto, momento que el lobo aprovechó para abalanzarse sobre él, acabando con su vida.

Pese a que el desenlace de este relato delata su carácter legendario³⁴, lo cierto es que los encuentros nocturnos entre lobos y personas que transitaban por los caminos fueron muy frecuentes. En Ufones me decían que el lobo suele *acompañar* a quien camina de noche. En muchas ocasiones el animal tan solo se vio cruzar el camino

³³ Este tipo de cierres, cuya función era impedir el acceso a la *facera* de los animales domésticos que andaban sueltos por el pueblo (sobre todo cerdos y burros), fueron habituales hace décadas. No solamente en Matellanes, también se refirió su uso en Rabanales y en Ufones, donde me decían que solo se dejaba salir por ellos a las vacas que estuvieran *uñidas*, y también que se sancionaba a quien saliese o entrase sin cerrar después las *cañizas*. En Mellanes, Fradellos y Grisuela, sin embargo, no se recuerda esta práctica.

³⁴ El aullido con el que un lobo llama a sus congéneres, el encuentro con los lobos de un chico que va a visitar a su novia o el transeúnte a quien el lobo sigue y da con su rabo en las piernas son elementos de aparición recurrente en este tipo de relatos que tienen a los lobos como protagonistas (Puerto, 2011: 781-782; Crespo Refoyo, 2016: 138).

fugazmente, aunque aseguran que tampoco muestra demasiado reparo en acercarse a las personas bajo la oscuridad de la noche. De ello dieron fe muchos de los informantes, lo que también habrá magnificado el temor que se le tenía. En varios casos se cuenta que el lobo siguió a la persona hasta muy cerca de su localidad, incluso aunque se desplazase en caballería, como le ocurrió a otro hombre que, cuando iba de Ribas a Ufones montado en su mula, pudo ver cómo un lobo le seguía, lo que justificó el extraño comportamiento de la mula, que desde hacía rato se *retraía* en su marcha.

Las reacciones de las personas que se encontraban con lobos, ya fuese de noche o de día, eran muy variables. Los más valientes conseguían espantar al animal rápidamente, normalmente voceándole³⁵, pero uno de mis informantes confesó que cuando lo vio por vez primera, guardando vacas y siendo un *rapá*, no pudo hacer otra cosa que echarse a llorar. Muchos aseguran haber permanecido inmóviles, sin capacidad de reacción. Las sensaciones descritas se repiten: miedo, escalofríos que recorren el cuerpo, pelos que se ponen de punta y/o la piel de gallina. También es habitual perder la voz. Una pastora de Matellanes notó que a uno de sus perros se le puso el pelo de punta de repente. Ello se debía a que había advertido la presencia de un lobo, que seguidamente también ella pudo observar. Enseguida trató de espantarlo con una voz, pero fue incapaz de articular palabra. Solo pudo reaccionar una vez que dejó de verlo (aunque recuerda que lo hizo con enorme nerviosismo, por lo inesperado e ingrato de la visita), pues el lobo había salido huyendo espantado por el perro.

Algo más le duró el susto a otro de los informantes, cuando todavía era un chaval. Eran sobre las dos de la madrugada y, tras haber visitado a una pastora cuyo rebaño aprovechaba furtivamente el rastrojo todavía *coto*, decidió que era hora de volver a casa. Se montó en su bicicleta y, nada más arrancar, la dinamo iluminó a un enorme lobo que tenía enfrente de él. El animal no se inmutó —por lo visto se dirigía a otro rebaño

³⁵ En Ufones recordaban haber preguntado en una ocasión a Antonio Mata, célebre gaitero de San Juan, que en muchas ocasiones fue a tocar al pueblo, si no temía a los lobos, sobre todo cuando regresaba a casa ya de noche, tras haber actuado en los pueblos próximos. Él contestó que no, pues aunque el lobo le había seguido muchas veces, cuando eso ocurría simplemente hacía sonar el tamboril y el animal enseguida huía.

cercano, al que se le vio aproximarse más tarde—, pero él pedaleó a todo lo que daban sus piernas sin dejar de mirar hacia atrás, para asegurarse de que el lobo no lo seguía. Al día siguiente su voz se había quedado ronca y hablaba con dificultad. Sin embargo, en aquel momento no quiso revelar lo sucedido, excusándose en que había bebido agua demasiado fría.

Todo ello conducía a sufrir, especialmente de noche, el temor que genera la simple posibilidad de que un lobo aparezca en cualquier momento. Se recuerda una anecdótica coincidencia en la que unos paisanos hablaban de lobos mientras caminaban, justo en el momento en el que un ejemplar pasaba por allí. Una de esas personas, del susto, tiró entre el matorral el paraguas que llevaba en la mano. Dicen que, ya pasado el sobresalto, por más que lo buscó no fue capaz de encontrar el paraguas perdido.



Gran parte de los encuentros con el lobo tuvieron lugar durante el pastoreo.

Para el final he dejado lo que le sucedió a Jesús, de Rabanales, hace ya unas décadas. Un día de primavera pastoreaba su *cabriada*, a la que hizo pasar por un camino junto al que aguardaba un lobo, *aparrado* entre las

jaras, pues entonces este matorral no alcanzaba tanta altura como lo hace actualmente. El depredador tomó del rebaño una pequeña cabrita, a la que rápidamente *ajagó*. Jesús, que pudo ver la escena (recuerda, incluso, que del sobresalto se le cayó la gorra al suelo), enseguida dio una voz que provocó no solo que el lobo soltara la cabra, sino también la rápida respuesta de su perro, de nombre *Corbato*. Afortunadamente la cabrita se pudo tratar con un desinfectante veterinario y se recuperó. Pero, llegado el otoño, su rebaño de cabras sufriría un nuevo ataque de lobo, que en este caso sí se saldó con una baja: precisamente la misma cabra que la primavera anterior estuvo a punto de sucumbir ante el lobo. La *cabriada* de Jesús estaba compuesta por unas 70 cabezas, sin embargo el lobo (nunca se sabrá si se trataba del mismo ejemplar) o el destino, eligió de nuevo a la misma presa.

Pero todavía hay más. El propio Jesús me relató la penosa situación que le hizo abandonar tempranamente el oficio de pastor, en la que el lobo tuvo un papel protagonista. Un 13 de septiembre, víspera del Cristo de San Vitero, en el paraje de Entrelasantas, dormía junto al *chiquero* en el que se encontraba su rebaño, en aquella ocasión compuesto fundamentalmente por carneros. Sobre sus pies dormía también uno de los perros, que precisamente era *muy contrario al lobo*. De repente el perro se levantó, lo que hizo que Jesús se despertase y pudiera ver cómo un lobo trataba de asaltar su ganado. Los carneros, atemorizados al advertir la presencia del depredador, dieron un *rudión*. Ello provocó que el *chiquero* se abriera, huyendo despavoridas todas las reses sin hacer caso ni del pastor ni de sus perros. El pobre Jesús salió tras su ganado, descalzo, tal como estaba cuando apareció el lobo. Tras haber recorrido una considerable distancia, y con sus pies doloridos y ensangrentados por haber transitado por zonas pedregosas, finalmente pudo meter el rebaño en otro *chiquero*, colocado en las proximidades del lugar en el que encontró a sus animales. Tras esta experiencia tomó la determinación de no volver a dormir nunca más con el ganado. En esto sí le acompañó la fortuna: como el día siguiente era *el día Cristo*, un tratante de ganado pasó por el pueblo y supo de su intención, así que fue a hablar con él, llegando finalmente a un acuerdo para adquirir todo su rebaño.

Capítulo 7

LA TRASHUMANCIA

Las cabañas

En Aliste la trashumancia se ha realizado tradicionalmente desplazando los rebaños de ovino hasta *la Sierra*, espacio con buenos pastos de montaña que pueden ser aprovechados a lo largo del verano, cuando la mayor parte de las praderas de la comarca se encuentran ya agostadas y agotadas¹.

Cuando se habla de *la Sierra* en este contexto se hace siempre en referencia a las sierras altas de Sanabria y no a la mucho más próxima Sierra de la Culebra, que también se denomina popularmente de ese modo. Ésta solo puntualmente se ha utilizado como agostadero. Lo habitual era acudir a la Sierra Segundera, aunque algunos ganados se llevaban a los pastos de la Sierra Gamoneda, de la que me decía un antiguo trashumante que dispone de menor superficie pastable y además es más cálida que la Segundera, por lo que el pasto se seca antes que en ella.

¹ Aunque Terés et al. (1995: 27), desatendiendo la información ofrecida por los propios trashumantes alistanos, dudan de la antigüedad de esta práctica en la comarca y consideran más tradicional la de los merineros extremeños, la documentación aportada tanto por Pascual Riesco (2016) como por Fernando Carbajo (1998: 48) evidencia que la trashumancia de los rebaños de Aliste estaba ya consolidada a principios de la Edad Moderna. Eso sí, en su excelente trabajo sobre la trashumancia en Sanabria consideran que los alistanos practican «los sistemas más arcaicos de la trashumancia» (Terés et al., 1995: 73).

Para realizar la trashumancia se agrupan unos cuantos rebaños, casi siempre procedentes de diferentes localidades, en uno solo denominado *cabaña*, que incluye varios miles de cabezas de ganado². Normalmente se unían los mismos rebaños año tras año, aunque cada cierto tiempo algunos se iban añadiendo y otros se iban *retirando*. Lo habitual es que todos los ganados de un pueblo formasen parte de la misma *cabaña*, pero en algunas ocasiones se repartieron en más de una, sobre todo en época más reciente.

La trashumancia sigue viva, aunque en las últimas décadas se han producido numerosos reajustes, debido fundamentalmente a que muchas de las *cabañas* tradicionales han ido desapareciendo, incorporándose algunos de los rebaños que las conformaban a otras que sí han logrado subsistir.

Los acuerdos para realizar la trashumancia de forma conjunta, entre los distintos pastores que compartían *cabaña*, eran únicamente verbales. Por el contrario, el arrendamiento del espacio serrano cuyo *pastio* era aprovechado por el ganado sí se realizaba por escrito, mediante un contrato formal entre pastores y propietarios del terreno³.

Cada *cabaña* solía recibir el nombre de una determinada localidad. Así, se habla de la *cabaña de Pobladura*, de la *cabaña de Gallegos* o de la *cabaña de Palazuelo*, siendo tal vez estas tres las que más arraigo han tenido en las últimas décadas. El pueblo que le da nombre suele ser aquel que aporta más rebaños a la *cabaña* o bien del que procedía el llamado *amo de la Sierra*, *amo del ganao*, *encargao* o *jefe*, figura clave para entender el modo en el que estos pastores se organizan. Agustín, de Fradellos, me explicó cuáles son las funciones del *encargao*: esta persona coordina todas las actividades que implica la práctica trashumante, entre

² El número de cabezas de las *cabañas* es muy variable. Unas 2.500 ovejas es la cifra más baja de la que he tenido constancia. En el otro extremo, hace más de 60 años ganados de San Blas, Viñas, Nuez, etc. llegaron a juntar cerca de 10.000 cabezas para subir a las sierras de Sanabria. También hace ya varias décadas la *cabaña de San Vicente* (llamada igualmente *cabaña de Palazuelo*), a cargo de Jerónimo Ferrero, *Jeromín*, llevó otras tantas a la sierra del Torno, perteneciente a la localidad de Trefacio.

³ Los pastos solían ser de propiedad vecinal, aunque también el antiguo ICONA y después la Junta de Castilla y León han arrendado los que están en su posesión.

ellas el aprovisionamiento de los alimentos. Además de coordinador, ejerce también el papel de administrador, pues es quien contrata y paga los pastos, recaudando igualmente el dinero aportado por los diferentes pastores. Es asimismo el que *establece* el día en el que se parte hacia la montaña y también en el que se inicia el retorno a las tierras de Aliste.

La *mela*

Para saber a qué rebaño corresponde cada una de las ovejas que constituyen una *cabaña* es imprescindible la presencia de un sencillo símbolo o emblema, marcado con pez sobre el cuerpo del animal, que se denomina *mela*⁴. Cada rebaño tenía su *mela* identificativa. Ésta solía ser una letra, aunque también se empleaban otros símbolos. Cuando se usaba una letra, en ocasiones se trataba de la inicial del nombre del pastor, aunque otras veces lo era de alguno de sus antepasados, pues la *mela* se heredaba con frecuencia de padres a hijos. Hipólito, de Rabanales, me decía que en alguna ocasión se había usado idéntica *mela* por más de un pastor de la misma *cabaña*, así que la distinción tuvo que establecerse situándola en partes diferentes del cuerpo del animal.



Ovejas trashumantes con sus *melas*.

⁴ La pez, calentada al fuego, se aplicaba con un aparato de metal, llamado también *mela*. Actualmente ya no se usa pez para marcar las *melas*. Se emplea en su lugar pintura, lo que permite disponer de otro elemento diferenciador, el color que utiliza cada pastor.

La *mela* se colocaba en las ovejas una vez que habían sido esquiladas, teniendo lugar la esquila *cuando empezaba a calentar*, o sea, por el mes de mayo o, como muy tarde, ya a principios de junio. Normalmente se esquilaba *antes de San Antonio* (el día 13 de junio), ya que en las sierras de *Sanabria*⁵ las temperaturas nocturnas pueden llegar a ser considerablemente bajas, de modo que convenía que las ovejas llegasen allí con cierta cantidad de lana nueva.

Pero también los rebaños que no practicaban la trashumancia utilizaban la *mela*, ya que era de gran utilidad para reconocer de un simple vistazo la procedencia de un animal cuando éste se perdía o se mezclaba con otro rebaño. En todo caso, además de la *mela*, las ovejas disponían de una *señal* que identificaba a su propietario durante toda la vida del animal. Se trataba de una muesca o corte practicado en una de sus orejas. Aunque no era lo habitual, algunos de los cortes realizados eran de gran tamaño, de manera que había quien *les desgraciaba la oreja* a los pobres corderos. En estos seis pueblos los corderos tradicionalmente *se señalaban en Santa Cruz*, es decir, el día 3 de mayo⁶.



Melas usadas en el municipio. Las dos últimas son *la herradura* y *el asa del caldero*.

⁵ Forma popular de Sanabria que algunos de los antiguos trashumantes todavía emplean.

⁶ Esa era la fecha elegida también en Sanabria y Sayago (Rodríguez Iglesias, 2012: 213; Sánchez Gómez, 1991: 156), así como en otros puntos de la comarca, como Lober, Samir o El Poyo, aunque en Pobladura me decía Domingo, uno de los trashumantes en activo, que allí se solía hacer el Jueves Santo, pues, de lo contrario, se creía que después las ovejas *se volvían modorras*.

Puesto que los pastores normalmente no eran los propietarios de todos los animales de los que cuidaban, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad, dos ovejas podían perfectamente compartir *mela* y rebaño pero tener diferentes *señales*.

Rebaños trashumantes y rebaños estantes

En Fradellos y Grisuela la mayoría de los ganados realizaba tradicionalmente la trashumancia. Además de los pocos rebaños que no abandonaban el pueblo, también se quedaban en casa aquellas ovejas enfermas o con cojera, así como las que todavía estaban criando a sus corderos⁷. Todas ellas reciben el apelativo de *braniegas*, por permanecer durante el verano en el pueblo.

En Ufones, Matellanes y Mellanes, sin embargo, lo habitual era no desplazar las ovejas a las montañas de Sanabria. Ello se debe a que los tres pueblos disponían de abundante hoja de roble y, sobre todo, de pasto suficiente, especialmente en sus frondosas riberas, para alimentar al ganado durante el verano. Hay que tener presente también que practicar la trashumancia conllevaba un esfuerzo importante. Al coste económico de arrendar los pastos hay que sumar el gran sacrificio que supone permanecer durante todo el verano al cuidado de las ovejas en la montaña⁸. En Mellanes y Matellanes solo en las últimas décadas la trashumancia pasó a ser una práctica habitual⁹. En Ufones, sin embargo, solo se recuerdan ocasiones muy esporádicas en las que sus ganados se llevaron a los agostaderos¹⁰.

⁷ Éstos, por haber nacido más tarde de lo habitual, se denominan *tardiegos*.

⁸ La inversión era mayor para los pastores que no se quedaban guardando las ovejas en *la Sierra*, pues debían pagar a los compañeros que hacían ese trabajo.

⁹ Los pastores de Mellanes empezaron a realizar la trashumancia a finales de los años 80, mientras que los de Matellanes ya habían comenzado en los años 60.

¹⁰ En una de ellas, por los años 60, un solo rebaño del pueblo fue a las montañas de Sanabria junto a otros de Rabanales, Tolilla y Grisuela. Más adelante, en 1989, otro de ellos se desplazó (junto a otros de San Vicente de la Cabeza, Bercianos, etc.) a la Sierra de la Culebra, para aprovechar los pastos de Robledo, permaneciendo fundamentalmente en el entorno del río Truchas.

La localidad de Rabanales, por su parte, disponía de muchas y buenas praderas, pero también de un gran volumen de ganado ovino, así que el pueblo se encontraba en una situación intermedia: algunos rebaños se quedaban en el pueblo durante el verano, mientras que otros practicaban la trashumancia.

El camino de ida

No existía una fecha fija en la que los ganados partiesen en busca de los pastos de verano. Ese momento siempre estaba sujeto a las condiciones particulares de cada año, especialmente a la disponibilidad de pasto en Aliste. En todo caso, lo habitual es que la salida se realizase a finales de junio (el 29, Día de San Pedro, solía ser la referencia utilizada) o bien ya en los primeros días de julio.

La vía pecuaria empleada para llevar a cabo el recorrido es el conocido como Cordel Sanabrés¹¹. Algunos ganados se incorporaban a él nada más partir de su localidad, cuando este cordel discurre por ella, como ocurre en Rabanales o en Grisuela, mientras que otros debían andar un largo camino para llegar a él. Los ganados de Matellanes, por ejemplo, alcanzaban el Cordel Sanabrés a la altura de San Vitero. Poco a poco los rebaños se iban encontrando y agrupando, aunque esta vía pecuaria dispone de determinados puntos que tradicionalmente se han utilizado para la unión definitiva para las *cabañas*. Es el caso de la Fuente el Horno, en el límite entre los términos de Mahide y Gallegos del Campo. Estos lugares, donde se dice que las ovejas se *envolvían*, están estratégicamente situados, permitiendo la confluencia de rebaños procedentes de diferentes orígenes.

Era frecuente que surgiesen diferentes avatares a lo largo del trayecto, sobre todo debidos a la dificultad que supone transitar con tal cantidad de ovejas. Especialmente habituales fueron las fricciones entre los

¹¹ Sin embargo, no he escuchado este nombre a ninguno de los pastores trashumantes con los que he tenido la oportunidad de hablar. Se emplearon, eso sí, diversas denominaciones para referirse a él: *la Cañada*, *el Cordel*, *el Cordel de las Merinas*, así como *la Brea*.

pastores y los propietarios de las fincas situadas en las inmediaciones del Cordel Sanabrés, pues hace décadas prácticamente todas esas parcelas se hallaban en plena producción (las tierras se cultivaban y se aprovechaba el pasto que producían los prados), siendo frecuente que en un determinado momento alguna oveja entrase en ellas, lo que rápidamente daba lugar al conflicto. En los últimos años han surgido también problemas con algunos conductores impacientes, sobre todo ya en la comarca de Sanabria, donde el paso del ganado ocasiona cortes de circulación en varias carreteras cuyo trazado coincide con el de la vía pecuaria¹².



La Fuente el Horno. Laguna que sirve de abrevadero y fuente tradicional.

¹² Hipólito, en Matellanes, recordaba que durante tres años consecutivos una misma conductora trató de que los pastores trashumantes retirasen sus ovejas para permitirle seguir circulando con su vehículo, al asegurar que se dirigía a una consulta médica. En las dos primeras ocasiones los pastores accedieron a su petición, negándose finalmente en la tercera por entender que se trataba de un falso pretexto para no tener que esperar al paso del ganado.

Otro problema siempre presente es la existencia en determinados lugares de pasos estrechos que dificultan y ralentizan la marcha del ganado. Es el caso de los pequeños túneles que permiten pasar bajo el ferrocarril de la línea Zamora-La Coruña. Algo semejante ocurre en unas *calejas* por las que ha de pasarse, además sobre un terreno que suele estar encharcado, en la localidad sanabresa de Ungilde. Pero el paso más estrecho, situado entre tierras de labor, se encuentra en la localidad de Limianos de Sanabria (en adelante, Limianos), donde la *cabaña* tardaba casi una hora en recorrer tan solo unos cien metros de distancia.

Como es natural, la meteorología también condicionaba enormemente el viaje. Federico, de Fradellos, me contaba que en una ocasión, camino de Sanabria, cayó *una chispa* sobre las ovejas en las proximidades de la Fuente Fidionda de Grisuela.



Cabaña alistana avanzando hacia los pastos de montaña.

Entre otros sucesos, se relató uno bastante anecdótico y muy revelador de lo que suponía este viaje. Hace unos años, en la primera etapa de su recorrido, varios ganados de la misma *cabaña* se quedaron a dormir en unas *casetas* situadas en la zona del *Campo Aliste*, concretamente en el término de San Cristóbal. Los pastores aprovecharon la cercanía para pasar la noche en este pueblo. Sin embargo, cuando ya estaban allí, se presentó uno de los perros que habían dejado con el ganado, en el interior de una *casetas*, de lo que dedujeron que también las ovejas se habrían escapado. Efectivamente, cuando llegaron pudieron comprobar que no permanecía allí ni una sola de sus ovejas. Sin saber muy bien qué había ocurrido, mientras unos pastores salieron en busca del ganado desaparecido, otros se desplazaron al cuartel de la Guardia Civil de Mahide para avisar de lo sucedido. Finalmente, la misteriosa desaparición resultó ser obra de sus compañeros, otros pastores de la misma *cabaña* que, habiendo llegado con su ganado más tarde, decidieron sacar las ovejas y *arrearlas* junto a las suyas, continuando así la ruta. Parece ser que lo hicieron para evitar ser adelantados por otra *cabaña* que iba por detrás, pues las ovejas que llevan la delantera siempre tienen a su disposición mayor cantidad de pasto, conformándose las siguientes con lo que les van dejando las anteriores.

Tradicionalmente, el camino no solo lo hacían los pastores que después iban a permanecer en las sierras de Sanabria con las ovejas. Les acompañaban unos cuantos *arriadores* que ayudaban a movilizar el ganado y a controlar su tránsito. Conforme la *cabaña* se aproximaba al agostadero, se iban alcanzando determinados puntos emblemáticos para los *churreros*¹³, como el Prao del Conde¹⁴, Peñabubela o la Fuente los Gallegos, lugar éste en el que los *arriadores* solían retirarse ya, dejando solos a los pastores¹⁵.

¹³ Este nombre (*churreros*), que tanto se ha popularizado últimamente para los trashumantes alistanos, no se utiliza en Aliste, aunque los informantes me confirmaron que, sobre todo antiguamente, en Sanabria sí se les denominaba de ese modo.

¹⁴ Me decían los trashumantes que el Prao del Conde fue cedido por un noble (hay que entender que se trata del Conde de Benavente) para que allí descansaran los ganados en su marcha hacia los pastos de la Segundera.

¹⁵ En las últimas décadas, según su lugar de procedencia, a veces los *arriadores* cogían el tren en Puebla de Sanabria (en adelante, Puebla) para volver a casa.

El día a día en *la Sierra*

Actualmente todos los pastores que integran una *cabaña* se quedan en la montaña pastoreando sus ovejas, aunque no están allí durante todo el tiempo, sino que se turnan de manera que siempre permanezca un número determinado —el que consideran suficiente— de ellos. La duración de la estancia de cada pastor normalmente guarda relación con la cantidad de ovejas que aporta, de manera que los que suben mayor número de cabezas tienen que encargarse del cuidado del ganado durante más días.

Esta forma de organización entre los pastores surge a mediados de los años 80, pues anteriormente tan solo unos pocos se quedaban en la montaña (el número igualmente variaba en función del volumen de la *cabaña*), permaneciendo allí durante todo el tiempo y regresando a Aliste solo cuando lo hacían las ovejas. Los que no se quedaban, naturalmente, debían abonarles determinada cantidad de dinero por llevar a cabo esa labor¹⁶, aunque ello les permitía liberarse del cuidado de sus rebaños durante todo ese tiempo, pudiendo así realizar en el pueblo las tareas del campo propias de la estación, como eran la siega, el acarreo, la trilla, etc.

La estancia en *la Sierra* es muy dura y lo era especialmente antaño. Los pastores se encontraban lejos de casa, perdiendo todo contacto con su familia y entorno. De hecho, muchas veces hasta su propio aspecto cambiaba considerablemente. Con independencia de las condiciones meteorológicas, permanecían la totalidad del día al aire libre, durmiendo igualmente a la intemperie¹⁷, solo cubiertos por mantas, pese a las bajas temperaturas que se alcanzan en esa zona de alta montaña¹⁸. La tradicional *capa* ayudaba a los pastores a combatir el frío, al igual que lo hacía la *lumbre*, que también se utilizaba para cocinar. Los alimentos eran

¹⁶ Los pastores que no iban a permanecer en el agostadero (los que simplemente *echaban las ovejas a la Sierra*) solían ser quienes acompañaban en el camino, *arriando* a las ovejas tanto a la ida como a la vuelta), a los que sí se quedaban.

¹⁷ Aunque los trashumantes con los que he podido hablar nunca los llegaron a usar, me hablaron de varios chozos (casi todos ya en ruinas) situados en diferentes lugares de la Sierra Segundera. Los había en Majadalacruz, el Cañirón, Vadecasares, la Majada el Sol (en el Bedul), Valderrey, etc.

¹⁸ Uno de los trashumantes mencionó que un año nevó ligeramente en *la Sierra* el día 24 de agosto.

normalmente acarreados por un par de caballerías. Era el medio de transporte tanto para la comida que se llevaba de casa como para la que se compraba en los comercios de los pueblos próximos (normalmente en Porto, Hedroso o Lubián), donde me contaban que se acostumbraba a fiar a los pastores, abonando éstos todo lo adquirido al final de su estancia¹⁹. Me decía Federico que un año fue sin caballería a los pastos de Sanabria, así que cada ocho días tenía que subir, desde Hedroso hasta el *Cañirón*, un panadero con la comida para los pastores.

En *la Sierra* se consumían embutidos y latas de sardinas, pero también se cocinaba bacalao y carne (era habitual comer pollo o callos), en ambos casos muchas veces con arroz. Igualmente eran frecuentes los potajes y los guisos con patatas. Muy excepcionalmente se sacrificaba una oveja para este fin, pagándose posteriormente al propietario. Un desayuno típico era tomar una *torrada* con aceite, mientras al mediodía se solía consumir algún alimento frío (como podía ser embutido, sardinas en lata o tocino con cebolla), reservando normalmente los platos calientes para la cena.

Evidentemente, también era preciso disponer de alimento con el que dar de comer a los perros. Me contaban que en una ocasión, a los pastores de la *cabaña de Valer*, que en aquel momento se encontraban en la sierra de la Pedriña, tan solo les quedaba ya para comer una torta de pan. Por descuido debieron dejarla en algún lugar que permitió a los perros encontrarla, dando buena cuenta de ella y dejando a los *cuitaos* pastores con un palmo de narices.

Igual que ocurría en Aliste, la presencia de los perros en las montañas de Sanabria era muy importante, tanto para controlar el ganado como para protegerlo del lobo²⁰. No hay que perder de vista la enorme cantidad de reses a manejar, así como la ausencia de cualquier tipo de redil o *chiquero* para retenerlas. A ello hay que sumar el hecho de que *en la*

¹⁹ Durante un tiempo se pudieron adquirir productos en un economato que se instaló en la zona de Puentepuerto para las personas que trabajaban en la construcción del embalse.

²⁰ Hubo perros que decidieron regresar en solitario desde *la Sierra*. Como es natural, tras su largo viaje, se recuerda que los que conseguían completarlo llegaban a casa muy delgados.

Sierra andaba mucho lobo y, como es natural, éste daba mucha guerra. Aprovechándose de las particulares características de todas estas sierras, los lobos se solían ocultar en las depresiones del terreno. Uno de los pastores entrevistados me contaba que, en cierta ocasión, tumbado junto a las ovejas, oyó un leve ruido y enseguida percibió que se trataba de un lobo que a escasos metros estaba devorando una de sus ovejas.



Ovejas y burro porteador en las montañas de Sanabria (año 2016).

Los viejos trashumantes me decían que, hace unas décadas, *en la Sierra había mucha gente*. Junto a las ovejas alistanas, las merinas procedentes de Extremadura, que tantas veces se vieron atravesando el municipio por el Cordel Sanabrés²¹, también *pastiaban* en las sierras sanabresas. En alusión a la trashumancia de las ovejas merinas pude escuchar en Fradellos este cantarcillo:

²¹ En la actualidad las merinas extremeñas ya no pastan en las sierras de Sanabria. Según los informantes, las últimas que lo hicieron se desplazaron en camiones. Por su proximidad a Sanabria, las ovejas alistanas nunca viajaron en camión para realizar la trashumancia, ni tampoco en ferrocarril.

*Ya bajan las merinadas pa Extremadura,
ya quedan las sierras tristes y oscuras.*

Por su parte, el ganado vacuno tuvo una presencia considerable en la sierra sanabresa. Procedía en su mayoría de los pueblos más próximos, como Lubián, Chanos o Sotillo de Sanabria (en adelante, Sotillo), localidades que además aprovechaban esos pastos con sus *churradas*. En todo caso, también llegaban vacas de lugares un poco más distantes, como las de Asturianos²².

En *la Sierra*, como en Aliste, cada ganado debía pastar lo que le correspondía. *Había que guardar las rayas; si te metías y te pillaban tenías que bajar a hablar con el alcalde y entenderte con él.* Pero los informantes coincidían en que, cuando llegaban a *la Sierra*, tanto las vacas como las *churradas* de la zona *ya habían barrido aquello*. De todos modos, los propietarios de los pastos también realizaban el oportuno mantenimiento de los mismos, pues todos los años *iban de concejo* tanto a *guiar las aguas* a las praderas como a quemar el matorral que se desarrollaba en ellas.

El regreso a casa

La llegada de los ganados trashumantes a Aliste se produce a finales del mes de agosto o, más frecuentemente, a principios de septiembre. Esto es lo que refieren la mayor parte de los pastores entrevistados, aunque no siempre debió de ser así. Mientras las informaciones sobre el momento de la salida hacia los pastos de verano fueron plenamente coincidentes, las personas de más edad me contaban que antiguamente los ganados permanecían en la montaña poco más de un mes, retornando a Aliste a principios de agosto²³.

²² Todavía hoy algunos de estos pueblos suben sus vacas a *la Sierra*, aunque el número de cabezas se ha reducido enormemente. De manera más ocasional se arriendan pastos a ganaderos de vacuno procedentes de Extremadura, que antiguamente no tenían presencia en *la Sierra*.

²³ José Manuel González y José Luis Bermúdez (1991: 187) ya anotan este cambio.

Lo habitual es que no volviesen exactamente el mismo número de cabezas que habían partido, pues cada rebaño solía perder varias unidades en *la Sierra*. La mayoría de las bajas se debían a enfermedad, a ataques de lobo o bien se trataba de ovejas que habían quedado atrapadas en algún arroyo o en cualquiera de los numerosos *hoyos* que hay en *la Sierra*, según me decían generados por la presencia de la nieve, que cada año cubre todo ese territorio durante varios meses. Parece ser que los pastores han de rescatar continuamente animales de estas oquedades, teniendo muchas veces la precaución de ir detrás del rebaño uno de ellos con ese fin, aunque resulta inevitable que alguna oveja quede atrapada sin que los pastores lo adviertan.

El camino de vuelta es el mismo que el de ida y también se hace en compañía de los *arriadores*. Pero antes de culminarlo es imprescindible *apartar* el ganado. Esta actividad consiste básicamente en restablecer cada uno de los rebaños, lo que supone el desmantelamiento de la *cabaña*. Para ello, los pastores, a los que ayudan familiares y amigos, han de coger las ovejas una a una (identificadas por su *mela*) y colocarlas junto al resto de su rebaño. Las calles de algunos pueblos de Aliste solían ser el lugar escogido para *apartar*. Allí se establecía un circuito por el que las ovejas iban dando vueltas, esperando cada pastor y sus ayudantes en un determinado punto, normalmente en la puerta del corral de algún conocido, al que se iban introduciendo las ovejas de su rebaño que era posible tomar en cada vuelta. Finalmente, se contaba el número de cabezas que cada pastor había conseguido reunir, confiando en que la cifra fuese la más cercana posible a la del rebaño original.

Las *cabañas* en las que se integraban las ovejas del municipio de Rabanales solían *apartar* el ganado, sobre todo, en Grisuela, Villarino de Cebal, Gallegos del Campo y Pobladura, mientras que otras *cabañas* alistanas lo hacían en Mahide, La Torre, Palazuelo de las Cuevas, San Vicente de la Cabeza o Bercianos. El pueblo se elegía en función de su posición. Se trataba siempre de una de las localidades de procedencia de pastores y ganados, normalmente la primera que se podía alcanzar en el regreso de las ovejas. Por ejemplo, los ganados de Fradellos se llegaron a *apartar* en los cuatro pueblos mencionados, según cuál fuese la *cabaña* de la que formaban parte, retornando desde allí ya en solitario a su localidad

de origen. Excepcionalmente lo hicieron (en una única ocasión, que se recuerde) en el propio pueblo de Fradellos, al haber realizado ese verano la trashumancia junto a rebaños procedentes de localidades más orientales, como Gallegos del Río o Puercas.

Parece ser que no todos los pueblos eran igual de aptos para realizar esta separación. Por ejemplo, me aseguraban que la configuración urbana de Pobladura permitía hacerlo con mayor facilidad que en las calles de Gallegos del Campo. En todo caso, actualmente, para no incomodar a los vecinos de esos pueblos, la separación de los rebaños se realiza fuera de los núcleos urbanos, lo que se ha revelado como todo un acierto para los pastores, pues aunque han de movilizar hasta el lugar escogido sus *cañizas* e instalarlas allí, esta labor se realiza ahora más rápidamente y con menor esfuerzo que antiguamente²⁴.



La *cabaña de Gallegos* transitando por el Cordel Sanabrés.

Excepcionalmente, ya se había *apartado* en alguna ocasión en el campo. Hubo un año en el que el ganado *cogió el gripe en Senabria*, por lo

²⁴ Gallegos del Campo fue el último pueblo en cuyas calles se *apartó* el ganado, ya entrado el siglo XXI. Me comentaba Tomás, trashumante en activo de El Poyo, que cuando se *apartaba* en Gallegos había ocasiones en las que las ovejas *no se movían de la sombra*.

que los pastores decidieron no separar sus rebaños en ningún pueblo, sino en las proximidades de la Fuente Fidionda²⁵.

Tras *apartar* las ovejas se organizaba una comida que discurría en un ambiente festivo. En Rabanales me contaban que para este convite se acostumbraba a sacrificar una ternera, pagada por los *aparcieros*. Éstos, que habitualmente también habían ayudado a *apartar* por la mañana, convidaban a su pastor, independientemente de que hubiera sido o no uno de los que permaneció en *la Sierra* al cuidado de las ovejas.

Poco después de que los trashumantes hubieran abandonado estas sierras, sus propietarios aprovechaban para hacer quemas, eliminando el matorral y favoreciendo el pasto. En los años 90, cuando ya había descendido considerablemente su aprovechamiento por los ganados locales, los propios pastores alistanos se desplazaban en vehículo hasta los pastos de montaña, por febrero o marzo, para hacer lo propio. De este modo *urces*, *escobas*, *carqueisas* y otras matas producían brotes tiernos muy apetecibles para el ganado. Hoy se ha abandonado esta práctica, lo que unido al descenso de la presión ganadera ha empobrecido considerablemente los pastos²⁶.

Pasado, presente y futuro de la trashumancia

A diferencia de otras prácticas tradicionales que se han descrito, la trashumancia sigue realizándose en la actualidad²⁷. Todavía hoy se desplazan desde Aliste dos *cabañas* que movilizan en total unas 8.000 cabezas de ganado ovino²⁸. Ambas incluyen rebaños que en su momento

²⁵ Me decían que esta enfermedad del ganado no afecta a las personas (a diferencia de otras, como la fiebre de malta), pero sí se podía transmitir *a la hacienda*.

²⁶ Aunque la administración realiza algunos desbroces y los ganaderos pequeñas quemas autorizadas, éstos consideran que son medidas insuficientes y juzgan necesaria una mayor presencia del fuego.

²⁷ Tal y como afirmaban Terés et al. (1995: 39) hace ya más de dos décadas, «casi se puede considerar que es la Tierra de Aliste la que proporciona las claves del mantenimiento de la trashumancia en el extremo noroeste de la Península».

²⁸ Estos datos, y los que figuran a continuación como actuales, corresponden al año 2016.

formaron parte de *cabañas* que ya no existen, por lo que las actuales prácticamente han dejado de tener una designación específica.

El rebaño de Isidoro y el de Miguel Ángel y Paco, de Fradellos, forman parte de una de ellas, la tradicionalmente denominada *cabaña de Gallegos*, en la que hasta 2013 también se integraba el rebaño de los hermanos Pedro y Cándido, de Mellanes²⁹. Les acompañan ovejas y pastores de El Poyo, Gallegos del Campo, Pobladura y Vega de Nuez. La mayor distancia hace que los rebaños de Fradellos, al igual que en su momento ocurría con los de Mellanes, necesiten un día más de viaje que sus compañeros de *cabaña*.

Estos rebaños aprovechan pastos de la Sierra Segundera (pertenecientes a Aciberos y Hedroso), y también los de la localidad de Limianos, donde permanecen unos días tanto antes de alcanzar la Segundera como después de abandonarla. El punto de encuentro sigue siendo el de toda la vida: la Fuente el Horno. Poco después se alcanza el Arenal, ya al pie de la Sierra de la Culebra, donde se descansa, como se hacía antiguamente. La noche se pasa en la estación de tren de Linarejos. Al día siguiente el ganado sesteja ya en las puertas de Sanabria, en el Puente Truchas, lugar en el que existe una fuente, además de discurrir por allí el río Truchas, donde las ovejas pueden abrevar. El camino continúa y se hace noche junto a la estación de tren de Puebla. La jornada siguiente se puede decir que se añade casi en su totalidad al recorrido tradicional. Una vez se ha atravesado Puebla y el río Tera, el ritmo se ralentiza y los pastos de la zona se aprovechan con mayor intensidad. Toca descanso de nuevo junto al Tera, en el área recreativa de Castellanos. La pernoctación se realiza junto al cruce de las carreteras que se dirigen a El Puente y Castellanos. Al día siguiente las ovejas sestejan antes de llegar a El Puente y

²⁹ También hay quien la llama, sobre todo últimamente, *cabaña de El Poyo*, por incluir a dos pastores de esta localidad, y por ser uno de ellos, Tomás, el coordinador del grupo. Terés et al. (1995: 51) la denominan *cabaña de Fradellos*, tal vez porque cuando se llevó a cabo su investigación era Federico el *encargao*. Para la otra *cabaña* que sobrevive no he encontrado ninguna denominación. Ésta realiza un recorrido más corto, pues aprovecha los pastos de Santa Cruz de Abranes, en la Sierra de la Culebra. El coordinador de esta *cabaña* es Sabino, de Pobladura, y hasta 2013 se incluía en ella también el rebaño de Santiago, de Rabanales.

duermen ya pasado el pueblo, pero no muy lejos de él. En este punto el cordel sigue la carretera que se dirige a Sotillo. Las ovejas salen de ella para llegar a la zona de las Canteras, en Quintana de Sanabria. Llegados a este punto, los ganados no continúan de momento su ascenso a las sierras altas de Sanabria, como antes se hacía, sino que permanecen durante tres días aprovechando los pastos de Limianos. Una vez retomada la subida, en una jornada se llega a la Fuente los Gallegos, lugar tradicional de sesteo, en el que en este caso se pasa la noche. En la siguiente jornada se alcanza ya Puenteporto, donde se descansa, llegando a la noche al agostadero: la sierra de Hedroso.



Pastor al cuidado de los rebaños trashumantes.

Las condiciones en las que estos pastores practican la trashumancia no son muy diferentes a las de hace décadas: hacen el recorrido a pie con sus ganados y utilizan un burro como porteador³⁰, aunque la mayoría duermen ya en tiendas de campaña y, para cuando es necesario, disponen del apoyo de los vehículos. Durante el tiempo que las ovejas pasan en la Sierra Segundera siempre permanecen con ellas tres pastores. La duración

³⁰ Parece que el burro llegó a dejar de utilizarse durante algún tiempo, pues Terés et al. (1995: 51) afirmaban que «las yeguas han desplazado al tradicional burro alitano».

de la estancia de cada uno es proporcional, siempre de forma aproximada, al número de cabezas que ha llevado a la montaña³¹.

Esta *cabaña* incorporaba hace unos años unas cuantas cabras que iban casi siempre en la parte delantera; de hecho se llevaban *para que tirasen de las ovejas*, pues a éstas en determinados momentos les cuesta avanzar³². Aunque en la actualidad ya no les acompaña ninguna cabra, por lo que he podido saber la presencia del caprino en esta trashumancia debió de estar bastante extendida hace años. Incluso me contaban que antaño subían rebaños enteros de cabras *envueltas con las ovejas*, separándose al llegar a *la Sierra*.

Pese a que la trashumancia de los pastores alistanos sigue viva, ninguno de los entrevistados ve un futuro demasiado prometedor para esta práctica. Preguntados sobre el porqué de su actual decadencia, los pastores (algunos que lo fueron y otros que aún lo son) esgrimieron varias razones. En primer lugar, a diferencia de lo que ocurría antaño, hoy en día los pastos de los pueblos alistanos son muchas veces suficientes para alimentar a los pocos ganados que van quedando en ellos. Otro motivo más que evidente para renunciar a la actividad trashumante es que la estancia en las sierras de Sanabria *se pasa mal*. También se aludió a problemas relativos a la disponibilidad de los pastos de montaña. Por un lado se ve imprescindible la realización de más quemas o desbroces que favorezcan la producción de alimento para el ganado, y por otro se constata que en algunas sierras las vacas entran y consumen parte de los pastos arrendados por los alistanos³³.

He recogido una serie de testimonios concretos que expongo a continuación y que detallan diferentes aspectos relativos a la trashumancia de los rebaños alistanos en la segunda mitad del siglo XX, como son la composición de las *cabañas* con ganados del municipio, las distintas etapas

³¹ En esta *cabaña* prácticamente siempre, incluso antes de que los pastores comenzaran a turnarse en el cuidado del ganado, se han quedado tres de ellos en *la Sierra*.

³² Me comentaban en El Poyo que algún año a las ovejas también se había sumado la *cabriada* del pueblo.

³³ Terés et al. (1995: 67) consideran además otros problemas que, desde luego, siguen presentes a día de hoy.

del recorrido trashumante, los lugares de destino o algunos de los clásicos puntos de confluencia y separación del ganado. Sin embargo, estos pormenores tienen valor orientativo, pues todos ellos han estado sujetos a variación con el paso del tiempo, tal como refieren los propios informantes. Así, los datos obtenidos, además de no ser igual de precisos en todos los casos, corresponden muchas veces a la realidad de un determinado momento o de un periodo de tiempo muy concreto, por lo que no son siempre plenamente coincidentes.

Los ganados de Grisuela y Fradellos formaron tradicionalmente *cabaña* con los de Flores, Lober y Villarino de Cebal, entre otras localidades. Se recuerda que el *amo* no fue durante largo tiempo la misma persona, pues desempeñaron ese rol distintos pastores en diferentes momentos. Normalmente aprovechaban los pastos de la Pedriña y de otras sierras próximas. Las ovejas se *envolvían* en la Fuente el Horno y se *apartaban* en Villarino de Cebal o en Grisuela.



La actual *cabaña de Gallegos* en la zona de Valdecazares.

Aunque los ganados de Rabanales en alguna ocasión se repartieron en varias *cabañas*, lo normal es que todos se incluyeran en la misma³⁴. Me decían que ésta en los años 50 llevaba a la Sierra Segundera unas 3.000 ovejas y estaba conformada también por rebaños procedentes de Grisuela y Fradellos, así como de Tolilla y Lober. Otras veces se unían solamente los ganados de Rabanales y Grisuela. En ambos casos el punto de reunión a la ida, y de separación a la vuelta, se encontraba en el pueblo de Grisuela.

A finales de los años 80 practicaban todavía la trashumancia cinco *cabañas* que movilizaban un total de unas 25.000 ovejas, procedentes de distintas localidades de Aliste y de la Tierra de Tábara.

Una de ellas era la *cabaña de Valer*, llamada así por ser el lugar del que el *encargao* (Antolín Pascual) era natural, aunque también se conocía como *cabaña de Pobladura*. En ella participaban ganados de Fradellos y Mellanes, pero también de otros pueblos cercanos, como Tolilla, Lober, Flores y, por supuesto, Valer. Pude recoger en detalle las distintas etapas del viaje que completaban estos ganados. El primer lugar de encuentro era la Fuente Fidionda, en Grisuela. Tras haber hecho noche poco después de atravesar la carretera que comunica Mahide y San Vitero, a ellos se sumaban en la Fuente el Horno las ovejas procedentes de Pobladura, de donde habían partido esa misma mañana. Sesteaban ya todas juntas en el Arenal, o un poco más arriba, en la parte alta de la Sierra de la Culebra. La segunda noche se hacía en la estación de Linarejos o en la *Venta del Folgoso*³⁵. El tercer día el ganado descansaba en el Puente Truchas, poco antes de alcanzar la localidad de Robledo. La noche se pasaba en las inmediaciones de otra estación de tren, la de Puebla. Al día siguiente las ovejas seesteaban pasado ya El Puente. Este pueblo nunca se atravesaba en lunes, pues ése es el día en el que se celebra su tradicional mercado. La cuarta noche en el cordel se pasaba ya en el Prao del Conde. En la siguiente jornada, partiendo de este lugar, iban alcanzándose otros igual de tradicionales para el paso de los ganados trashumantes: el primero de ellos

³⁴ Lo habitual era que todos los ganados de un mismo pueblo compartiesen *cabaña*, aunque en las últimas décadas se ha roto esa tendencia en bastantes casos.

³⁵ Actualmente en ruinas, recibe este nombre por encontrarse en término de Folgoso de la Carballeda (popularmente *El Folgoso*).

es el Espinazo, una cuesta desde la que se avista el imponente Lago de Sanabria; después se llega a Peñabubela, y posteriormente a la Fuente los Gallegos, donde el ganado descansaba. Se dormía en esta jornada ya en la Llamona, muy cerca de la laguna de la Pedriña. *A sotro día* el ganado sesteaba en Puenteporto y esa noche pastores y ovejas dormían a la entrada de la sierra del Bedul, de Lubián, en el caso de ser esos los pastos arrendados, pues era uno de los destinos tradicionales de estos ganados, aunque también solían aprovechar otras sierras, algunas de las cuales pertenecen a la administración³⁶. A la vuelta, las ovejas se *apartaban* en las calles de Pobladura.

Este guión estaba sujeto a modificaciones, pues otros integrantes de la misma *cabaña* situaron las pernoctaciones en lugares diferentes: tras juntarse en la Fuente el Horno, podían pasar esa noche en la *Venta de Frechas*, la siguiente en *Ugilde*³⁷, y la posterior ya en el término de Limianos, concretamente en el lugar denominado el Refoyo. La noche siguiente se hacía en los Chozos de San Román, que se encuentran ya pasada la Fuente los Gallegos, alcanzando Puenteporto en la jornada posterior. Ese día se dormía ya en *la Sierra*, allí donde se hiciera de noche.

Federico, de Fradellos, subió durante muchos años a las sierras de Sanabria. Me decía que los lugares de destino fueron el Torno, *la Taravınca*³⁸, el Cañirón o la sierra de *Entrefracio*. Recordaba haber pagado en los años 70 unas 4.000 pesetas por aprovechar la Sierra de Hedroso. Realizó la trashumancia primero en la *cabaña de Valer*³⁹, incorporándose más tarde a la *cabaña de Gallegos*, de la que a finales de los años 80 también formaban parte ganados de Matellanes, junto a otros de Lober, El

³⁶ Me decían que éstas se subastaban a pliego cerrado en Zamora. Respecto a los precios de arrendamiento, se recuerda haber pagado ya 200.000 pesetas a principios de los años 90 por el aprovechamiento de una de las sierras pertenecientes a Lubián. El coste de las que subastaba la Administración Pública en Zamora aumentaba de año en año, pues me decían que el valor de adjudicación solía utilizarse al año siguiente como precio de salida.

³⁷ Se trata de formas populares del Flechas (Aliste) y Ungilde (Sanabria).

³⁸ Es forma popular de Trevinca que ya recogen Patricio Bariego Hernández y José Luis Gutiérrez (1998: 27): «*Quien quiera vivir dos inviernos y ningún verano que vaya pa las Taravincas o pal Moncalvo*».

³⁹ Me decían que esta *cabaña* llegó a contar con unas 9.000 ovejas.

Poyo, Gallegos del Campo y San Cristóbal⁴⁰. Más tarde, una vez desmantelada la *cabaña de Valer*, el ganado de Cándido y Pedro, de Mellanes, se integraría también en ella, de la que formó parte durante una década.



Estado actual de la *Venta del Folgoso*.

Las ovejas de esta *cabaña*, que ya hemos visto que aún pervive, a veces en torno a 8.000 cabezas, se *envolvían* en la Fuente el Horno y seстеaban en el Arenal, alcanzando al final de la jornada la *Venta del Folgoso*, donde aprovechaban para hacer noche. El segundo día el ganado descansaba *debajo de Ugilde*, en la Cruz de Piedra, donde efectivamente hay una cruz y también un molino, durmiendo ya en la estación de Puebla. El tercer día seстеaban justo después de atravesar el pueblo de El Puente, en un lugar llamado las Eras, para dormir finalmente en el Prao del Conde,

⁴⁰ Parece ser que los de San Cristóbal no realizaban la trashumancia todos los años sino tan solo en algunas ocasiones. Más tarde las ovejas de Flores se sumarían a esta *cabaña*, mientras que las de Lober la abandonarían.

en concreto en el Majadal de la Gaita. El cuarto día pasaban por Peñabubela, descansando el ganado ya en la Fuente los Gallegos y llegando por fin a La Pedriña. Era habitual que se pastase la Sierra de Hedroso. Muchas veces las ovejas *se metían* en terrenos de *Arciberos*⁴¹ y Castromil, aunque *para dejarse de problemas* algunos años se arrendaban también esos pastos⁴². A la vuelta la separación tenía lugar, una vez más, en las calles de Gallegos del Campo.

⁴¹ Forma popular de Aciberos.

⁴² Para arrendar la sierra de Castromil se recuerda haber tenido que entrar en Galicia, pues el pueblo de Castromil está dividido en dos núcleos de población, uno perteneciente a la provincia de Zamora y el otro a la de Ourense, siendo en este segundo donde vivía en aquel momento el alcalde.

Capítulo 8

METEOROLOGÍA

La predicción del tiempo

Con el paso de los años se han ido forjando una serie de conocimientos basados en la observación de señales, fácilmente perceptibles y de aparición recurrente, que la experiencia del campesino ha permitido asociar a diversos fenómenos meteorológicos. De este modo, siempre bajo su consideración, era posible anticiparse a los cambios del tiempo tan solo con identificar estos indicios.

Naturalmente, disponer de esos conocimientos era fundamental para unas comunidades rurales cuya alimentación y economía se apoyaban, casi exclusivamente, en lo que producía el campo, siempre supeditado a los avatares meteorológicos.

Estas señales aparecen por todas partes. Se encontraban en la presencia de ciertos animales que habitualmente no se dejaban ver, pero también en comportamientos inusuales de otras especies que eran mucho más cotidianas. El propio cielo advierte muchas veces, a quien sabe interpretarlo adecuadamente, de lo que está por venir. Incluso en algunas ocasiones van a ser determinados fenómenos atmosféricos los que anuncian la llegada de otros diferentes.

Los animales como pronóstico meteorológico

La salamandra es una de las especies animales cuya aparición se identificaba con cambios del tiempo. Así, en Matellanes, Mellanes y Ufones aseguraron que la visualización de este anfibio se consideraba un aviso de la llegada de lluvias. También la presencia de la comadreja (llamada *doloncilla*, *dulunciella* o *dorongiella*) *daba seña de agua* en Grisuela, Matellanes y Rabanales. Lo mismo se consideraba respecto de los murciélagos en Fradellos, de los sapos en Ufones y de las culebras en Fradellos y Mellanes. En Matellanes la simple observación de una *rastrina* dejada por el paso de una culebra, normalmente cuando atravesaba un camino, servía igualmente para prever las precipitaciones.



Las culebras, entre otros animales, se relacionaban con la llegada de lluvias.

Como se ha dicho, también se asociaban a cambios del tiempo determinados comportamientos animales. En Grisuela el canto del *corre carriles* se creía que anunciaba lluvia. A idéntica conclusión se llegaba en Rabanales cuando se veía a los pájaros mojándose en el agua o en Mellanes cuando *el pito cantaba seguido*. Me contaron en Rabanales que también se prevén lluvias cuando *la rata pica*, es decir, cuando se observan los montoncitos de tierra que los topes dejan tras excavar sus galerías.

Respecto a los animales domésticos, en Grisuela si las vacas *orniaban* se consideraba indicativo de que se *revolvía* el tiempo, mientras que en Ufones cuando las ovejas se paraban continuamente, costándoles mucho avanzar, era interpretado como un claro indicativo de que muy pronto iba a nevar.

Interpretando el cielo y la meteorología

En Rabanales y Grisuela me decían que se creía inminente la llegada de la lluvia cuando al amanecer lucía el sol, pero se mostraba rojiza la parte del cielo más próxima a él, cubriéndose seguidamente con nubes llegadas del norte y oeste. Este fenómeno se conoce como *vaca gallega*¹. Ratifican la fiabilidad del pronóstico varios dichos que pude recoger en Rabanales:

*El sol madrugano
da el agua en el fucino.*

*Duero claro y Sierra oscura²,
agua segura.*

*El sol madrugador y el cura callaciero,
ni el sol calentará mucho ni el cura será muy bueno³.*

Pero no solo el amanecer ofrecía información acerca del tiempo venidero; también la puesta de sol se podía interpretar en clave de predicción meteorológica. En Ufones y Grisuela, si a la *postura del sol* éste

¹ Uno de los informantes consideraba que tal denominación se debe a que las vacas gallegas son normalmente *rubias*, o sea, de color rojizo. En todo caso esta denominación no es insólita: se registran en otras provincias vocablos similares para este tipo de fenómenos, como *vaca desollada*, *galleguiños rubios* (Rúa Aller, 2006: 88-90), *vaca bragá* o *vaca sollá* (Blanco, 1987: 49, 51).

² Se refiere a la Sierra de la Culebra.

³ Por *callaciero* ha de entenderse 'que frecuenta mucho la calle', pues en Grisuela decían *cura callejero*. En Fradellos, sin embargo:

*Sol madrugador y cura cocinero,
ni el sol calienta mucho ni el cura será muy bueno.*

se mostraba *colorao*, era claro indicativo de que el día siguiente iba a ser caluroso. En Fradellos la propia *vaca gallega* al ponerse el sol hacía suponer la llegada de heladas.

Cuando la lluvia llega en la parte central del día puede deducirse que las precipitaciones se van a prolongar durante el resto de la jornada. Espontáneamente, cuando comenzaba a llover, uno de los informantes de Mellanes así lo vaticinó⁴:

*Agua de mediodía,
agua pa tol día.*

En Rabanales, donde también se conoce el dicho anterior, consideraban todo lo contrario de las lluvias que llegan temprano:

Agua de mañana y concejo de tarde, poco duran.

Cómo no, también la luna permitía hacer pronósticos⁵. En este caso su posición era la que se utilizaba para predecir el tiempo, pues en Mellanes se aseguraba que si tenía los *cuernos* hacia el Duero se aproximaba lluvia.

⁴ Al menos en aquella ocasión, puedo certificar que el pronóstico se cumplió.

⁵ En Aliste también las fases lunares, por su influencia sobre las más diversas cuestiones, eran muy tenidas en cuenta a la hora de realizar o no determinadas actividades. Especialmente se procuraba cortar madera y leña con la luna en menguante, con el fin de que se conservase mejor. Lo mismo para sembrar, podar (sobre todo *las parrales* y los árboles frutales) o recoger el fruto; incluso para *sacar el vino*, para capar a los cerdos y para sacrificarlos. Esto último se debía a que, según me dijeron en Mellanes, *el tocino crecía* cuando la matanza se realizaba en esas condiciones. También en Mellanes pude recoger el dicho:

*El menguante de enero,
corta el madero.*

Aunque no se trata de una creencia tan generalizada, algunos informantes me decían que es conveniente plantar (o sembrar) en menguante o en creciente en función de si la producción de la planta es subterránea (cebollas, patatas, nabos, etc.) o aérea (pimientos, berzas, *fréjoles*, etc.).

En Ufones me contaban que la temprana presencia del arcoíris se asociaba con lluvia de tarde. En Mellanes su visualización era interpretada de diferente forma según cual fuera su posición, como atestiguan estos dichos populares:

*Arcoíris al naciente,
lluvia al día siguiente⁶.*

*Arcoíris al poniente,
coge los bueyes y vente.*

Aunque con mayor cautela, otro dicho recogido en Grisuela viene a decir algo semejante:

*Cuando el arcoíris se dejar ver,
o ha llovido o va a llover.*

En Ufones, cuando desde el pueblo se oían las campanas de la iglesia de Matellanes, era un indicio claro de que se aproximaba lluvia, mientras que si eran las de la iglesia de Rabanales las que se escuchaban, lo que se esperaba era un descenso de las temperaturas. Lo mismo ocurría en Mellanes: cuando se escuchaba dar las horas al reloj de Alcañices, lo cual ocurría muy pocas veces dada su lejanía, se sabía que en menos de medio día llegarían las lluvias. Naturalmente, los informantes relacionan estos acontecimientos con la dirección del viento: el que sopla del suroeste suele dejar lluvia y el del noreste frío.

También en Grisuela se creía que el aire procedente de la Luz (alto fronterizo situado entre Moveros y Constantim), en este caso del sureste, era *seña de agua*, aunque, como me decían en Fradellos, desconfiando de estos métodos predictivos, *cuando Dios quiere, a todos los aires da agua*.

El viento del suroeste se denomina en estos pueblos *aire de arriba* o bien *aire portugués*, mientras que el del noreste es el *aire de abajo*, *aire de*

⁶ Otra versión, también recogida en el pueblo, dice:

*Arcoíris al naciente,
serenidad al tercer día.*

bajo, aire castellano o aire de Burgos. El campesino de Aliste, puesto que se sirve de ellos a la hora de la *limpia* en la era, sabe bien que, al menos en tiempo de verano, uno y otro tienen la costumbre de aparecer en determinados momentos del día. Concretamente el *aire de abajo* hace acto de presencia hasta media mañana, pues suele detenerse antes de mediodía. Pasa después un tiempo en el que predomina la calma hasta que el *aire de arriba se levanta*, lo que suele ocurrir a eso de las tres de la tarde. Tanto en Grisuela como en Ufones aseguraron que el primero, el viento de noreste, se ajustaba más a este horario que el de suroeste, que es más inestable, pudiendo aparecer o no, o incluso soplar durante todo el día. Descriptivo del comportamiento de estos vientos es el siguiente dicho:

*Aire castellano,
aire traidor,
por la mañana frío
y por la tarde calor*⁷.

En Rabanales se decía antiguamente que hay unos días en los que el viento no sopla. En concreto entre *San Lorenzo* (el 10 de agosto), que era *el que abría*, y *San Bortolo* (el día 24 de agosto), que era *el que cerraba*. Semejante testimonio pude recoger en Grisuela, donde se decía que *San Lorenzo atrancaba el aire con un atrozador*.

Otros sistemas de predicción

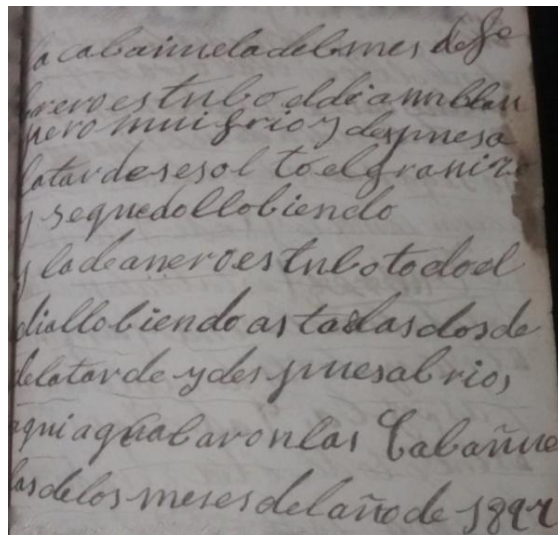
En Grisuela las piedras que se colocaban a modo de baldosas en el *piso* de las casas tradicionales, así como en la iglesia parroquial (en este caso piedras de *cantería* y prácticamente las únicas que se conservan

⁷ Así lo escuché en Mellanes, Fradellos y Matellanes. Una versión similar pude recoger en Ufones:

*Airico castellano,
airico traidor,
de mañana frío
y de tarde calor.*

actualmente de todas ellas), aparecían en ocasiones empapadas, *como si alguien las hubiera mojado*, lo cual significaba que se aproximaban lluvias.

También en el municipio había algunas personas que hacían las cabañuelas. Según el método que me describieron en Mellanes y Grisuela, el tiempo observado durante 24 días se utilizaba como pronóstico general para el año siguiente⁸. Lo acontecido en las doce jornadas que transcurren desde el día de Santa Lucía (el 13 de diciembre) hasta el día de Nochebuena se corresponde con lo que se espera que suceda en cada uno de los doce meses del año siguiente. Así, el 13 de diciembre ofrece información acerca de enero, el 14 de diciembre de febrero y así sucesivamente. El *día Navidad* no se contabiliza para las cabañuelas, pero sí se recogen datos de los doce días siguientes, aunque en este caso la correspondencia entre días y meses se realiza *al pa atrás*, es decir, al día 26 de diciembre se le asocia el mes de diciembre, al 27 el de noviembre, etc.



Fragmento de una anotación de las cabañuelas de 1897 realizada en Ufonos por Andrés Ballesterero Gago (foto cedida por Roberto Tola): *la cabañuela del mes de febrero: estuvo el día nublado pero muy frío, y después, a la tarde, se soltó el granizo y se quedó lloviendo; y la de enero: estuvo todo el día lloviendo, hasta las dos de la tarde, y después abrió; aquí acabaron las cabañuelas de los meses del año de 1897.*

⁸ También en Rabanales pude documentar el empleo de las cabañuelas de Santa Lucía, aunque no logré obtener más detalles sobre su realización.

En Grisuela solo cuando la coincidencia de lo observado en una y otra docena era alta, se consideraba que el pronóstico resultaría verdaderamente fiable. Sin embargo, en Mellanes las observaciones de ambas docenas de días no entraban en conflicto, pues las de la primera se hacían corresponder con la quincena inicial del mes a predecir y las de la segunda con la siguiente quincena.

Influyendo sobre el tiempo

En determinadas ocasiones los alistanos abandonaron el papel de meros observadores o intérpretes para tratar de influir de manera directa sobre la meteorología. El objetivo era realmente ambicioso, pues si en la actualidad resulta complicado manipular las variables meteorológicas, mucho más lo era hace décadas, con los escasos recursos de que se disponía. Para ello se recurría a las rogativas, a determinado toque de campanas y, en cierto modo, también la *bendición de panes* perseguía este mismo objetivo.

Las rogativas

La rogativa era un procedimiento empleado casi siempre en momentos de desesperación, sobre todo cuando la ausencia prolongada de lluvias afectaba gravemente a las futuras cosechas. Como es bien conocido, consistía básicamente en procesionar las imágenes de diferentes santos implorando la llegada de las esperadas precipitaciones. Por ejemplo, en Grisuela recuerdan haberlas realizado en el año 1945, cuando una terrible sequía asoló la comarca. Sin embargo, parece ser que en Matellanes había rogativas todos los años por San Marcos (los días 23, 24 y 25 de abril), con independencia de la situación en la que se encontrase el campo. Ello no impedía que también se recurriese a las rogativas en determinados momentos de necesidad.

En Rabanales también se realizaron en bastantes ocasiones. Se contaba para ello con la mayor parte de las imágenes de la iglesia parroquial, que eran muchas. Éstas se llevaban hasta la parte más alta del

pueblo, lugar en el que se sitúa el calvario, donde se realizaba la petición. Las rogativas también fueron frecuentes en Fradellos, según me dijeron, teniendo en este caso lugar en la plaza de la Cuesta.

Tocar a la nube

Por lo que respecta a los toques de campana, se empleaban en días de tormenta para tratar de alejar del pueblo los oscuros nublados que amenazaban con intensa descarga, sobre todo de granizo (*pedra*), y en particular en aquellos momentos del año en los que podían ocasionar graves daños a los *panes*. Según cuentan, en alguna ocasión hubo protestas llegadas desde otros pueblos a los que finalmente se había dirigido la tormenta, por entender que eran las campanas de sus vecinos las que la habían llevado hasta allí.

En todos los pueblos del municipio se tocaban regularmente las campanas para *espantar los nublaos*, excepto en Mellanes, donde parece ser que no era demasiado habitual. Allí solo se llegó a hacer de forma muy puntual, por considerar que sus campanas no tenían esa capacidad. En Fradellos, sin embargo, aunque se recurría a este método con frecuencia, me decían que los de Rabanales tenían una mayor confianza en su eficacia. En Grisuela recordaban que cuando este procedimiento no funcionaba *empinaban* las campanas.

En Rabanales era siempre el mismo vecino el que *tocaba a la nube*. A cambio de realizar esta labor recibía del pueblo cierta cantidad de grano al año⁹. En el resto de las localidades no se daba esa circunstancia, pues el toque de tormenta lo podían ejecutar diferentes personas, aquellas que eran *aparentes para eso*, es decir, quienes dispusieran de suficiente pericia y conociesen bien el toque. Cuando llegaba el momento, tocaba cualquiera de los que estaban capacitados para hacerlo, *el que estuviera más a mano*.

En cualquiera de los dos casos se trataba de un tocador excepcional, pues los demás toques los efectuaba siempre el *mayordomo*, cuando eran

⁹ Un cuartillo, según algunos informantes; tres cuartillos, según otros.

de carácter religioso, o bien el alcalde, si tenían que ver con el concejo. En cualquier caso, de quienes *tocaban a la nube* me decían que manejaban las campanas de tal manera que *las hacían hablar*.

Ese tipo de afirmaciones, que pude oír varias veces (*hablaban las campanas*, etc.), referidas siempre a este particular toque, hacen alusión a la melodía que producía, conocida por todos, y por supuesto a la letra con la que se acompañaba, pronunciada tanto por quien tocaba como por quienes escuchaban. A continuación incluyo la versión recogida en Matellanes, muy similar a la empleada en el resto de localidades:

*Tres nubes andan
en la Sierra de Miranda;
si sos agua vente,
si sos piedra tente;
no mates a la gente;
con el pan nos mantenemos,
con la piedra no podemos;
dindindán, dindindán,
campanitas de San Juan;
guarda el vino, guarda el pan.*

La bendición de panes o bendición de campos

En los seis pueblos se realizaba todos los años, en primavera, la *bendición de panes* o *bendición de campos*. Tenía lugar en uno de los dos lugares que se habían establecido para ello, normalmente a las afueras del núcleo urbano. Ambas localizaciones se alternaban, pues cada una se encontraba en una *hoja*, teniendo lugar el rito en la estuviera cultivada ese año, pues a ella fundamentalmente iba dirigido.

La fecha en la que se realizaba no era la misma en todos los pueblos, como veremos, aunque tanto el día como el lugar se han ido modificando con el paso del tiempo. Parece que ha existido una cierta tendencia a desplazar la bendición de su fecha tradicional para colocarla el

día de San Isidro¹⁰. Además, excepto en Matellanes y en Fradellos, lo habitual últimamente es realizarla no en el día correspondiente sino en el domingo que más se le aproxime. En la mayor parte de los casos también se ha reducido mucho el recorrido que, partiendo de la iglesia, hacen los feligreses¹¹.

En Matellanes la *bendición de panes* tenía lugar en las Cruces cuando estaba sembrada la hoja de Arriba y en la Era cuando lo estaba la de Abajo. La costumbre era hacer una cruz para la ocasión y colocarla *entre los panes*, que si crecían mucho llegaba un momento en el que no permitían verla. Tradicionalmente se hacía *en San Juanico* (el día 6 de mayo), pero en la actualidad se ha retrasado al 15 de mayo, día de San Isidro, en el que sigue realizándose aunque no coincida en domingo.

En Fradellos la *bendición de campos* se ha celebrado desde que se recuerda el 8 de mayo, día de San Miguel. Se hacía en las Iriñas, en la hoja de Arriba, o bien en las Eras de Abajo, cuando tocaba en la hoja de Abajo. Actualmente, en el primer caso no se llega ya hasta las Iriñas, y en el segundo se realiza en la plazuela que hay en las proximidades de la iglesia.

En Grisuela su fecha es el 25 de abril, día de San Marcos. Cuando la hoja en cultivo era la de San Vitero, la bendición tenía lugar en la Cruz de la Cañada¹², aunque actualmente solo se llega a la fuente que hay en el centro del pueblo, mientras que para la hoja de Rabanales se hace en las inmediaciones de la iglesia, que es donde se realizaba tradicionalmente.

La *bendición de panes* en Ufones tiene lugar también el día de San Isidro, sin que se recuerde la celebración en otra fecha diferente. Se hacía tradicionalmente en las Cruces, para la hoja de Ferre, pero hoy tan solo se llega a la escuela, mientras que en la hoja de Piedrafita antes se realizaba en Bocalasllamas y actualmente a las afueras del pueblo.

¹⁰ Este cambio se verifica igualmente en otras localidades. En Riofrío fue en 1962 cuando pasó a esa fecha (Rodríguez Fernández, 1991: 558).

¹¹ Teo, el párroco de cinco de los seis pueblos (todos excepto Fradellos) me decía que, incluso, si al salir de la iglesia está lloviendo, la bendición se realiza en la misma puerta.

¹² Aunque ni los más mayores recuerdan allí la presencia de ninguna cruz, se sabe por tradición popular que antiguamente había una colocada en ese lugar.

En Mellanes tenía y tiene lugar en la Era, para la hoja de Abajo, mientras que para la de Arriba se realizaba en la zona de Encima los Linares, aunque en la actualidad no se va tan lejos: se bendice en las Puentes. Desde que se recuerda, su fecha es también el 15 de mayo.

La *bendición de campos* de Rabanales, cuyo rito describe al detalle José Rivas (1986: 143-145), se realizaba tradicionalmente el día de San Marcos, aunque a mediados del siglo XX se desplazó al día de San Isidro, en el que se celebra actualmente. Como en otros pueblos, su localización se ha visto alterada. Antes los parroquianos iban hasta las Eras Grandes, cuando la hoja sembrada era la de la Majada, mientras que si lo era la contraria el acto tenía lugar en las Ericas, en las proximidades del Calvario. Ahora ya la bendición se hace todos los años en Quintana, con independencia de cuál sea la hoja sembrada.

Pequeñas catástrofes meteorológicas

Un aspecto en el que han coincidido todos los informantes es en la consideración de que el clima ha cambiado mucho en los últimos tiempos. Así, está generalizada la impresión de que *antes* las lluvias y la nieve eran más abundantes y frecuentes, e igualmente se considera que durante el invierno se alcanzaban temperaturas mucho más bajas que en la actualidad.

Cada cierto tiempo las inclemencias ocasionaban daños de diferente intensidad en personas, ganados y cosechas. En determinados momentos del año no por esperadas eran menos temidas¹³. Las frecuentes crecidas de ríos y arroyos se llevaron a su paso puentes y *paredes* de fincas que más tarde había que reconstruir. En Ufones permanece en la memoria un fuerte terremoto que en los años 60 rompió varios cristales. Incluso

¹³ En Rabanales recogí el refrán:

*Setiembre,
o seca las fuentes
o arranca las puentes.*

varias personas fallecieron en el municipio a lo largo del siglo XX por alcance de rayos.

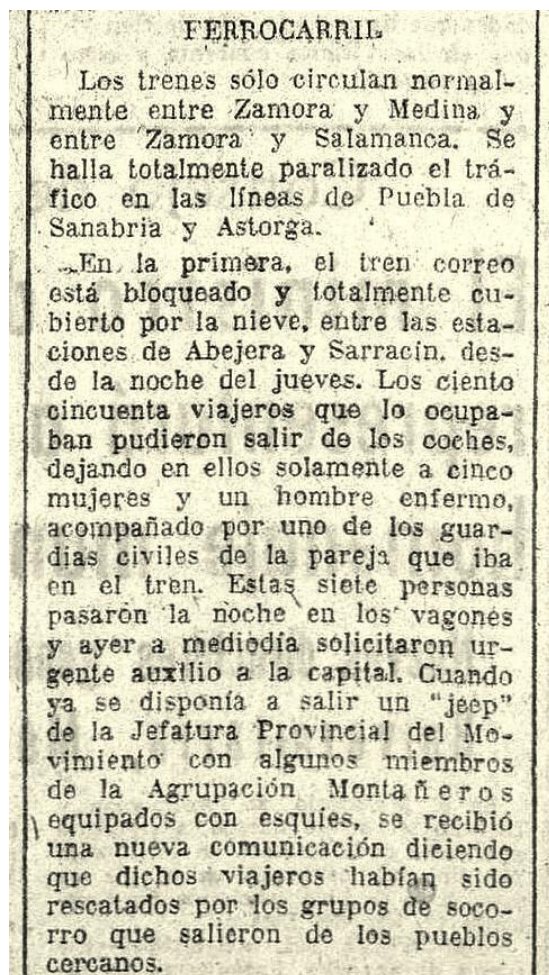
Muy presente en la memoria colectiva está todavía la gran nevada caída el 23 de febrero de 1956¹⁴. En Ufones recuerdan que cubrió por completo los jarales del pueblo. Una vez todo cubierto, heló, lo que obligó a que las ovejas del pueblo tuvieran que subirse encima de la nieve congelada para salir a *rober* hojas de pino, el único alimento disponible. La nieve entró en las casas, filtrándose por entre las tejas, algo que entonces era tan común que dio lugar a una denominación específica, la llamada *nieve buraquera*. En Grisuela me contaban que durante esos días las vacas solo salieron para beber, pues únicamente se podían alimentar de la hierba y la paja que se tenía almacenada.

Esa misma nevada provocó que un tren mixto (con pasajeros y mercancías) de la línea Zamora-La Coruña, que había salido de Zamora y se dirigía a Puebla de Sanabria¹⁵, se quedase atascado en la Sierra de la Culebra, poco después de atravesar el túnel de Abejera. La Guardia Civil de Alcañices dio aviso a todos los pueblos por los que pasaba el camino que comunicaba *la Villa* con el lugar donde se encontraba el tren para que retirasen de él la nieve (*cada pueblo lo suyo*) y desde Alcañices se pudiesen llevar alimentos a los pasajeros. Entre esas localidades estaban Matellanes, Ufones y Rabanales, cuyos vecinos acudieron con sus palas para despejar el camino.

A Grisuela también llegó la orden *de la Guardia Civil* para que se retirase la nieve del camino que unía Rabanales y Grisuela, y de ese modo se pudiera *ir a las ferias*. En el propio pueblo se mencionó otra intensa nevada que tuvo lugar a comienzos de los años 70 y que de nuevo hizo detenerse al tren de Galicia.

¹⁴ La fecha exacta la he obtenido de la prensa de la época, pues los informantes recordaban solo el mes y el año en que sucedió.

¹⁵ Los informantes aseguraron que el tren se dirigía a Galicia, pero en el año 1956 únicamente estaba abierto el tramo Zamora-Puebla de Sanabria. Habría que esperar un año para que el tren llegase a tierras gallegas.



Noticia aparecida en el diario *Imperio* el 25 de febrero de 1956.

Tanto en Rabanales como en Fradellos me hablaron de una granizada que en el mes de junio del año 1961 *estropeó los panes*. Años atrás, en torno a 1949, otra fuerte descarga de granizo había ocasionado importantes daños en Grisuela. Venía de la parte de Rabanales, y se recuerda que al aproximarse al pueblo se temían ya sus consecuencias, pues a la oscuridad del nublado se sumó el gran remolino que se formó. Tuvo lugar en el mes de junio, antes de que comenzase la siega del cereal. El granizo no solo *machacó el pan* sino que *descascó* los árboles e incluso tiró al suelo un nido de cigüeña. Como de costumbre, se tocaron las

campanas para ahuyentar la tormenta, pero como esta vez no funcionó recurrieron a encender unas velas, tras lo cual la tormenta se alejó. Se cuenta que anteriormente, durante la novena, dos mujeres trataron de apagar una vela que después volvía a encenderse ella sola, lo que posteriormente se interpretó como una advertencia de lo que se avecinaba. Cuando llegó el momento de tocar *a las ánimas* pudo comprobarse que dicha vela se había gastado por completo.

En Ufones cayó otra intensa granizada a finales de los años 40. No se trata de la misma que la referida en Grisuela, pues parecer ser que los trillos bajaron rodando sobre el granizo caído desde la era hasta el pueblo, así que debió de producirse en el mes de agosto. Su evocación es, en este caso, entrañable para los vecinos, pues se recuerda también el pronóstico errado que, al ver el nublado, hizo un vecino del pueblo, asegurando que solo iban a caer *cuatro pintorras*.

En Matellanes se tiene conocimiento de un hecho catastrófico de origen meteorológico que marcó al pueblo y sus habitantes. Tuvo lugar hace ya mucho tiempo, en 1914, por lo que ninguno de los informantes había nacido siquiera cuando sucedió, lo que no impide que todos relataran con bastante detalle lo acontecido¹⁶. El Día de San Pedro, patrono de la localidad, descargó sobre ella una terrible granizada tras la cual *quedó el pueblo arruinado*. Se decía que había comenzado con una gran *airada*, llegando a alcanzar tal intensidad que el viento hizo que los troncos de los viejos *negrillos* se doblasen. Los granizos que caían eran de grandes dimensiones: se asegura que tenían el tamaño de un huevo de gallina¹⁷. El granizo *escachó todo*, destrozando incluso los tejados de todas y cada una de las viviendas del pueblo, salvándose tan solo las pocas construcciones que estaban cubiertas por *lonjas*. Las cosechas, así como *la caza*, también se vieron seriamente afectadas. Afortunadamente no hubo que lamentar ninguna víctima, debido a que todos los vecinos se encontraban en sus casas, comiendo, pues la descarga tuvo lugar al mediodía. Precisamente por eso nadie trató de evitarlo tocando las campanas.

¹⁶ Curiosamente, la mayor parte de los informantes afirmaron que el hecho tuvo lugar en 1916, pero he podido saber por la prensa de la época que, en realidad, aconteció en 1914.

¹⁷ Los informantes los denominaron *geijos* y *rebollos*.

Por lo visto la granizada afectó con especial intensidad a Matellanes, pues en los pueblos de los alrededores no se recuerdan daños de esa magnitud. Se tiene conocimiento de que en Arcillera, aunque la tormenta no descargó sobre el núcleo urbano, sí afectó gravemente a su puesto fronterizo (*la Caseta de la Canda*). Precisamente desde Arcillera hasta Matellanes se habían desplazado unas personas en caballería, aprovechando la celebración de sus fiestas patronales, con la idea de vender *guindas* (cerezas, en realidad) por el pueblo. Cuentan que tuvieron que colocarse las *banastras* en las que llevaban la fruta encima de la cabeza para protegerse del granizo.

✱

El diputado á Cortes por el distrito de Alcañices, Sr. Pérez Marrón, ha recibido de dicho pueblo el siguiente telegrama:

«El pedrisco caído ayer, alguna de cuyas piedras pesaba 250 gramos, destruyó completamente las cosechas de cereales y legumbres en San Juan, Matellanes, Arcillera, Ufones, Brandillanes, Moneros y Vininera.

Alcañices sufrió también la pérdida absoluta de la cosecha de cereales y daños considerables en la de legumbres.

En los pueblos de Matellanes y Vininera fueron destruidos hasta los tejados, encontrándose sus habitantes sin albergue.»

Con tan triste motivo, el Sr. Pérez Marrón ha visitado á los Sres. Dato, Sánchez Guerra y Ugarte, ofreciéndole atender en lo posible á los pueblos damnificados, además de enviar el ministro de Fomento á un ingeniero para que se informe personalmente de la importancia de los daños causados y que tanto consoló á aquellos pacíficos habitantes.

Mañana tratará de estas calamidades en el Congreso el diputado de referencia.

✱

Noticia aparecida en el *Heraldo de Zamora* el 2 de julio de 1914.

Pero tal vez lo más llamativo de todo lo ocurrido es la causa a la que se atribuyó la llegada de esta espectacular granizada. Muchos creyeron ver en ella una suerte de castigo divino debido a que unos jóvenes del pueblo habían hecho una broma en el interior de la iglesia, mientras se celebraba la misa. En el momento en que el sacerdote subió el cáliz, éstos *tiraron del*

rabo a una *chicharra* que habían llevado, escuchando todos los parroquianos su quejido.

De este acontecimiento y del hecho que supuestamente lo desencadenó todavía se habla en los pueblos próximos. En ellos se dice también que hubo quien vio cómo la granizada *guardó la raya*, es decir, que descargó solo hasta donde llegaba el término de Matellanes, y no más allá, reforzando así la idea de que se trataba de un castigo infligido únicamente a sus habitantes.

Capítulo 9

LAS HORAS

En el capítulo anterior hablábamos del tiempo meteorológico y ahora vamos a hacer lo propio con respecto al tiempo cronológico, pues otro aspecto importante para el campesino, al menos en determinadas ocasiones, era conocer con cierta exactitud la hora del día en la que se encontraba.

Aunque ya a principios del siglo XX en Aliste había quien disponía de reloj, esto no era ni mucho menos lo más habitual, por lo que normalmente se recurría a otros métodos que permitían medir el tiempo, aunque lo hiciesen de forma menos precisa¹.

Respecto al tipo de hora empleada, lo tradicional era servirse de la hora solar. Según los testimonios recogidos, el conocimiento de que existe una hora oficial diferente de la solar tiene lugar a partir de la Guerra Civil². Sin embargo, años después la mayor parte de los alistanos seguiría rigiéndose por la hora solar.

¹ Antes que los relojes de muñeca llegaron los de bolsillo, traídos muchas veces por quienes habían emigrado a Cuba o Argentina. Solo en algunas casas existían también relojes de péndulo.

² En realidad fue a través de la orden de 7 de marzo de 1940 cuando se implantó el horario oficial que tiene vigencia en la actualidad, que se caracteriza por un notable desfase con respecto al horario solar.

El método más simple y más utilizado para conocer la hora durante el día era observar la posición del Sol, siempre teniendo en consideración la época del año en la que el observador se encontrase. Era muy impreciso, como es natural, así que la información obtenida era solo aproximada. El mediodía, las 12 de la mañana en horario solar, se determinaba en estos pueblos con una sencilla regla: llegaba cuando la sombra propia se dirigía hacia la Peña el Burro, situada en la Sierra de la Culebra, entre las localidades de Cabañas y Sarracín. Pero en algunos pueblos, como ocurría en Ufones, que *está muy metido*, y en general según el lugar concreto en que uno se encuentre, no siempre esa referencia se encuentra a la vista. En Grisuela aseguraban que tampoco era un método demasiado preciso, pues dependiendo de la época del año *no confrontaba bien*³.



La Peña el Burro.

³ El uso de esta roca como referencia horaria lo he podido documentar también en otros pueblos próximos, como es el caso de Lober. Igualmente en Tolilla servía a este mismo fin (Katón Álvarez, 2012: 145).

Un sistema alternativo consistía en buscar las referencias en la sombra que uno mismo proyectaba. Lo más frecuente era calcular su longitud, medida en pasos. Por ejemplo, podía saberse que había pasado una hora desde el mediodía (era ya la una solar) si al dar un paso se alcanzaba el lugar hasta el que anteriormente llegaba la sombra. Así, me decían que en el mes de julio se identificaba el mediodía con el momento en el que la sombra de la cabeza *se pisaba*.

También los núcleos urbanos ofrecían algunos recursos que permitían a los vecinos determinar la hora. Por ejemplo, la iglesia de Fradellos posee un reloj solar, mientras que la incidencia del sol sobre el campanario de la de Matellanes servía de referencia a sus vecinos para saber que había llegado el mediodía. También la iglesia de Grisuela disponía de uno de estos relojes, aunque tradicionalmente no era utilizado por los vecinos⁴.

A lo largo de la jornada se realizaban varios toques de campana que anunciaban las distintas partes del día. Éstos tenían un carácter religioso. De hecho, era el *mayordomo* de la iglesia⁵ el encargado de ejecutarlos. En primer lugar, *cuando rompía el día* se tocaba *a las ánimas*, *al avemaría* o *a las avemarías*, diversas denominaciones, según el pueblo, para un mismo toque que sonaba al amanecer. Al mediodía, un segundo toque podía o no tener lugar, dependiendo de qué pueblo se tratara. También aquí el momento se identificaba teniendo en cuenta la situación del sol. Únicamente en Mellanes, Rabanales y Ufones tocaban *a mediodía*, aunque en esta última localidad recuerdan que el toque se perdió con anterioridad a los otros. Finalmente, *ya al escurecer*, se tocaba *a la oración*⁶. Era el momento de que los *rapaces* (y también algunos *mozos*, dependiendo de

⁴ De hecho, ni tan siquiera se conocía su existencia. Parece ser que unos investigadores que estudiaban el templo lo descubrieron hace unos años, dando a conocer su presencia al vecindario.

⁵ Dicha condición pasaba de unos vecinos a otros. Como tantas otras cosas, *iba a la roda*, y en este caso todavía va.

⁶ Tanto en Mellanes como en Grisuela me decían que los tres toques eran idénticos. Detallaron que en primer lugar se hacía sonar tres veces la campana grande, después otras tres la pequeña, seguida de nuevo por tres campanadas de la grande y finalmente una sola, ésta haciendo sonar las dos campanas a la vez.

las condiciones impuestas por los padres) regresaran a casa. A partir de entonces ya no podían salir a la calle, donde serían reprendidos si los veía cualquier vecino⁷.



Reloj solar de la iglesia de Fradellos.

A partir del momento en el que caía la noche, otros astros celestes ayudaban a conocer la hora. En Ufones recordaban que durante el invierno, en las veladas nocturnas en que se concitaban las mujeres para hilar (denominadas *hilandares*, *filandares* o *seranos*), cuando alguna de ellas quería conocer la hora salía a la calle y, si el cielo estaba despejado, observaba *por dónde iban la Piña y la Cayata*. La *Piña* es un conocido cúmulo de estrellas (*se ven cinco o seis estrellas muy juntas*), las Pléyades⁸. La *Cayata* probablemente se corresponde con una parte de la constelación

⁷ En Ufones me decían que el rezo era preceptivo tanto en el primer toque como en el último. En éste, si era necesario, incluso se interrumpía la cena para ello.

⁸ En Ufones pude recoger un dicho que hace referencia a que las Pléyades no siempre se pueden observar:

*Ni los nacidos ni por nacer,
la Piña en mayo nadie la ha de ver.*

de Tauro, ya que, por lo que referían los informantes, tiene forma de cayado y es fácilmente reconocible, aunque algunos la confundían con la Osa Mayor o con el cinturón de Orión. En todo caso, se localiza no lejos de las Pléyades, según reza el dicho recogido en Matellanes:

*En lo más alto del cielo,
va la Piña y la Cayata,
delante las Tres Marías,
y un poco más abajo,
la Cruz de la Alcaravaca.*

Como se observa, también otros asterismos eran bien conocidos. Por la descripción ofrecida y el lugar en el que se sitúan en el cielo, las *Tres Marías* constituyen el cinturón de Orión, pero la *Cruz de la Alcaravaca* no la he podido identificar con seguridad, porque los informantes la recuerdan solo vagamente. A diferencia de la *Piña*, se trata de dos grupos de estrellas que la mayor parte de los informantes desconocen. En idéntica situación se encuentra el *Manto la Virgen*, un asterismo del que únicamente me hablaron en Rabanales, donde desgraciadamente no se recordaba ya nada más que su nombre⁹. Mucho más populares son la Estrella Polar, el *Camino (de) Santiago* (la Vía Láctea), así como el *Carro* (la Osa Mayor), cuyo giro es bien conocido: en Matellanes, por ejemplo, afirmaban que a lo largo de la noche *va dando la vuelta*.

Volviendo al asunto que nos ocupa, la orientación horaria nocturna, también se empleaba para ello en las últimas horas de la noche la posición del *Lucero de (la) Madrugada*, también llamado *Lucero de (la) Mañana*. Sin embargo, este astro, el conocido Lucero del Alba, que en realidad es el planeta Venus, tiene una limitación para la medición del tiempo que enseguida apuntaron en Grisuela: *solo se ve medio año*.

El mismo cuerpo celeste, aunque considerado como otro diferente (por dejarse ver en una posición distinta, en otra parte del día y en

⁹ Manu Arregui (2003: 35) identifica en Gallegos del Campo la *Cayata* con el cinturón de Orión y la *Cruz del Caravaque* con el rombo de la constelación del Delfín. Probablemente el *Manto la Virgen* es lo mismo que el *Carro de la Virgen* que él recoge, también sin identificar.

diferente momento del año), se denomina también el *Lucero de la Tarde* o el *Lucero el Jornalero*, pues se podía observar con nitidez cuando empezaba a oscurecer, marcando por tanto el momento de finalizar las tareas del campo y de regresar a casa. En Ufones lo situaron *hacia San Juan*, pues efectivamente se observa siempre por el oeste.

Y para finalizar, un par de curiosidades. La primera de ellas es un cálculo temporal no medido en horas sino en meses. En Grisuela aseguraron que cuando ya se oye cantar al cuco han de pasar exactamente tres meses para que llegue el momento de la siega¹⁰. Por otra parte, la observación de una aurora boreal en Ufones no sirvió para medir el tiempo, pero sí para entender que se acercaba el fin de los tiempos. La presencia de este espectacular fenómeno, desconocido entonces para los vecinos del pueblo, y que se recuerda con un intenso tono rojizo, les hizo pensar que había llegado *la fin del mundo*.

¹⁰ Esta misma creencia se constata en Codesal, en la comarca vecina de la Carballada (Crespo Pérez, 1991: 92), así como en la provincia de León (Puerto, 2011: 721).

Capítulo 10

CREENCIAS POPULARES

Las supersticiones y, en general, cualquier tipo de creencia popular, han tenido un gran arraigo entre los alistanos hasta hace muy poco tiempo. Ya apuntaba Méndez Plaza (1900: 53), refiriéndose a las gentes de la comarca, que «las más vulgares consejas y supersticiones son para ellos el dogma de su fe».

Por lo que respecta a las leyendas, Manuel Gómez Moreno (1927: 6) reitera la misma idea cuando afirma, al tratar sobre los castros de Aliste, que éstos eran «cosa de moros, en opinión general del vulgo, y asiento de fábulas de encantos y tesoros, a que prestan fe ciega». Sin embargo, hoy son muchos los que se ruborizan al hablar de ciertas creencias que ellos mismos o sus antepasados albergaron años atrás, seguramente porque ven en ellas la más palpable muestra de la ingenuidad que caracterizó al campesino de Aliste en tiempos pasados. Otros se emplean a fondo en restar credibilidad al contenido de estas historias, ignorando, más allá de su verosimilitud, la riqueza que supone su conocimiento e incluso su propia existencia.

Aunque ya se han descrito en otros capítulos ciertas manifestaciones supersticiosas, a continuación dejo constancia de algunas que no se han mencionado, incluyendo varias narraciones legendarias que la tradición oral ha mantenido vivas hasta la actualidad. Con seguridad existirán otras que no he llegado a registrar, pero la muestra creo que es bastante representativa del conjunto total.

Superstición y mal agüero

Entre todas las supersticiones, por lo generalizadas que están merecen una consideración particular aquellas que predicen la ocurrencia de desgracias, normalmente la muerte de alguien que se encuentra cerca del propio hecho que lo advierte o desencadena.

En todos los pueblos del municipio se consideraba un mal presagio cuando ocurría que una gallina *cantaba como un gallo*¹. De hecho, por desgracia para el animal que así lo hacía, lo habitual era sacrificarlo para evitar que se cumpliese el temido vaticinio.

En Grisuela, aunque hoy lo consideran *una tontería*, hay quien admite que, cuando escucha a una gallina cantar de ese modo, todavía le *da no sé qué*. El propio párroco de la localidad tuvo que intervenir en su momento, aclarando que nada malo trae consigo ese comportamiento animal. En Mellanes se recuerda también el caso de una mujer a la que la gallina de unos vecinos *le cantó* en la calle. La señora fue enseguida a hablar con sus propietarios, a los que solicitó la ejecución del animal, pero éstos se negaron y le aseguraron que no debía preocuparse, puesto que la gallina tenía esa costumbre.

Algo similar creían tanto en Rabanales como en Ufones, donde relacionaban el hecho de que un perro *agullase* con la proximidad de algún fallecimiento. Lo mismo entendían en Mellanes si de noche se oía cantar a la *curuja*.

En Ufones también era sinónimo de mal augurio la simple presencia de los cuervos. Se admite que, incluso actualmente, hay a quien causan todavía cierta impresión, sobre todo cuando se ven volar en bandada². En el mismo pueblo recogí otros ejemplos de supersticiones similares pero sin la intermediación de ninguna especie animal. Por ejemplo, allí se consideraba que cuando *las campanas suenan tristes* es porque se avecina una muerte. Esta creencia, reconocieron, todavía goza de cierta vigencia.

¹ Cuando las gallinas cantaban raro, me decían en Rabanales.

² Estas creencias relacionadas con la presencia o el comportamiento de ciertos animales han estado bastante extendidas. Por ejemplo, las que recoge Juan Francisco Blanco (1985: 34) en la provincia de Salamanca son idénticas a las aquí descritas.

Por otra parte se consideraba que, si tras haber cavado a mano la *hoya* en la que se va a enterrar a un difunto, se dejaban caer la pala y el pico empleados para ello, y era la pala la que quedaba debajo del pico, entonces la siguiente persona que fallecería en el pueblo sería una mujer. Si, por el contrario, era el pico el que quedaba debajo de la pala, entonces sería un hombre. También en Ufones, en una *pedrera* próxima al cementerio, hace unos años hubo quién creyó ver representada la cara de la Virgen María en cada una de las piedras que se obtenían de ella, de manera que, ante el respeto que infundía este hecho, se abandonó la extracción de piedra en aquel lugar.

Relatos legendarios

La mayor parte de las leyendas que se cuentan en el municipio son muy similares en su contenido a las registradas en cualquier otro lugar de la Península. Únicamente cambia el escenario y ciertos detalles, pero los temas son los tradicionales: culebras que maman, distintos lugares en los que dejó su huella el caballo del apóstol Santiago, tesoros escondidos por los moros, siete barrios que dan lugar a una sola población, etc.

Leyendas fundacionales

De entre todas las leyendas que he podido documentar, tan solo dos pertenecen al normalmente nutrido grupo de las que hablan del origen de los pueblos. Resulta curioso que ambas se refieran al mismo lugar: Ufones. Una de estas narraciones nos cuenta la historia de una marquesa que fue repudiada por su entorno tras quedar embarazada sin haber contraído matrimonio, algo intolerable en aquel momento. El rechazo de su familia le obligó a buscar un nuevo lugar donde vivir y poder criar a su hijo. De este modo recaló en la zona, donde fue bien acogida y rápidamente pudo establecerse. Se dice que tuvo otros seis hijos más, asegurando las malas lenguas que cada uno tenía un padre diferente. Fueron precisamente sus siete hijos quienes fundaron el pueblo de Ufones, instalándose cada uno en una vivienda diferente, que darían lugar más

tarde a siete calles o barrios que configurarían la primitiva trama urbana del pueblo. No falta quien asegura que los siete añosos castaños que hasta hace poco existían alrededor del cementerio fueron plantados por estos primeros pobladores³.

Sin embargo, la leyenda sobre el origen del pueblo más conocida por sus vecinos es la que narra la historia de una mujer viuda que escogió este lugar para instalarse con sus gallinas. Al preguntarle los dueños del territorio cuánto terreno necesitaba para poder asentarse y vivir con comodidad, ella dijo que solamente le era preciso disponer de hasta donde pudieran alcanzar sus gallinas. Parece claro que esta fábula trata de explicar el porqué de las pequeñas dimensiones que, efectivamente, posee hoy el término de Ufones. Los propios informantes así lo entendían, lamentando, en tono de humor, la poca ambición de aquella mujer.

El caballo de Santiago

Otro tipo de hechos legendarios, no menos frecuentes que las leyendas de fundación, son los que tienen que ver con determinados lugares en los que se creyeron ver huellas dejadas por el mismísimo caballo del apóstol Santiago. El municipio de Rabanales no constituye una excepción en este sentido, existiendo innumerables lugares en los que la tradición sitúa sus pisadas. Resultó llamativo comprobar cómo algunos de ellos eran conocidos por todos los vecinos, mientras otros, seguramente restringidos al ámbito familiar, tan solo lo eran por unos pocos. Es el caso de tres lugares del término de Grisuela en los que se dice que pisó el caballo de Santiago. Uno de ellos se encuentra sobre una peña, en el Alto la Huerta. Su conocimiento está bastante extendido entre los vecinos, aunque no todos los informantes sabían de su existencia. Otro se halla en el lugar denominado las Pilas, topónimo que seguramente hace alusión a este hecho, donde hay un afloramiento rocoso con dos huecos que durante buena parte del año conservan el agua de la lluvia. Especialmente uno de ellos puede recordar a una profunda pisada de caballo. Tal vez el menos

³ Se comentó igualmente que por tradición popular se cree que los pobladores originales de Ufones procedían del Bierzo.

conocido de todos estos lugares se sitúa junto al molino, todavía en pie, de los Martines. Allí no es una roca sino el terreno el que muestra un pequeño hueco que también ha sido interpretado de ese modo.



Pisada del caballo de Santiago en las Pilas (Grisuela).

En Matellanes he localizado otros dos sitios donde se dice que el caballo dejó su huella: uno está en el paraje de la Cazoleta, en la Ribera, y el otro en el Bodonico, mucho más próximo al núcleo urbano⁴. En los dos casos existen sendas oquedades en la roca que el imaginario popular asoció a la marca dejada por la herradura del legendario caballo. Se asegura igualmente que éste pasó de uno a otro lugar nada menos que de un solo salto. En Fradellos el caballo dejó una peña *bien marcada* en Traslascañadas, significativamente cerca del Castro.

De nuevo en Rabanales ocurrió que algunos informantes ubicaban la pisada en un determinado lugar del que otros nunca habían escuchado tal cosa, refiriendo éstos, eso sí, un lugar distinto en el que ellos sí oyeron

⁴ Aunque solo por unos metros, en realidad la huella de la Cazoleta está ya en el término de Rabanales. Nuevamente el topónimo parece tener su origen en la existencia de esta oquedad.

decir que había pisado el mítico caballo. En total, pude localizar tres de estas huellas en Rabanales. Muy cerca del molino de los Carpinteros existe *un hoyo en una peña* que se ha identificado con una de ellas. Se mencionó otra marca semejante, situada en una *galaza* del pago de las Fuentes. La tercera huella es la que hay marcada en la Fuente el Conejo, *en la raya de Fradellos*. Me decía Hipólito que, según la leyenda, donde el caballo pisó nunca ha dejado de manar agua, condición que tan solo se cumple en éste último lugar.



Pisada del caballo de Santiago junto al molino de los Carpinteros (Rabanales).

Algo semejante me contaban en Ufones, donde se decía que su pisada está en el origen de todas las fuentes que hay repartidas por el término, muy rico en manantiales, y que gracias a ella brotó el agua en cada uno de esos lugares. Además se afirmaba que el caballo apoyó su pezuña sobre el *rollo* que actualmente se sitúa junto a la iglesia⁵. Como es natural, esta enigmática pieza pétrea ha dado lugar a diversas

⁵ Mellanes es el único pueblo en el que no pude ubicar ninguna de estas huellas. Algunos informantes recordaban vagamente la existencia de una de ellas en su término, sin llegar a localizarla en un punto concreto.

fabulaciones⁶. Su ubicación original se desconoce, aunque hace años se encontraba unos metros más adelante, en el centro de la plaza, donde se le llegó a colocar encima la peana de una cruz. Del *rollo* también se dice que fue un elemento utilizado antiguamente para ajusticiar a los reos, cuyo trasero y nuca hay quien afirma que se colocaban en dos hendiduras bastante pronunciadas que posee.



Rollo de Ufones.

Moros y tesoros

La antigua presencia de los *moros* en determinados lugares, donde casi siempre se dejan ver vestigios arqueológicos, es otra creencia tremendamente extendida en toda la comarca. Tanto es así que en muchos de esos enclaves dicha presencia ha dejado su impronta en la toponimia. Por ejemplo, junto al casco urbano de Mellanes se encuentra el Buraco de

⁶ No he podido registrar, sin embargo, narración alguna relacionada con las famosas esculturas fálicas de Rabanales, los llamados *cantones* (*el Cantón Grande* y *el Cantón Pequeño*). Aunque han cambiado varias veces de ubicación, desde que se recuerda siempre se han colocado en el entorno de la iglesia, donde ahora se encuentran.

la Peña Mora, una galería subterránea a la que es posible acceder, al menos en su parte inicial. En ella solían introducirse los *rapaces*, aunque conforme la galería avanza su diámetro se va estrechando, por lo que ninguno de los informantes sabe con seguridad hasta dónde llega. Se cuenta que en cierta ocasión un perro se metió en ella, apareciendo más tarde en el interior de la iglesia. Así mismo, en Ufones, concretamente en el Retorno, existe una roca llamada la Peña el Moro⁷, que presenta una pequeña cueva u oquedad en su parte inferior, también antaño utilizada por los *rapaces*.

En el Buracón de Fradellos, otra vieja galería excavada en la roca, se cuenta igualmente que habitaron los *moros*⁸. Se dice que eran enterrados un poco más arriba, en una superficie plana que se denomina precisamente el Castro, un lugar en el que siempre se han observado pequeños restos que evidencian la existencia de un antiguo asentamiento. En el Castro, concretamente entre cuatro viejas encinas, se contaba que habían enterrado una importante cantidad de monedas de oro envueltas en una piel de toro. Esto nos lleva a otro tema clásico de las leyendas, el de los tesoros escondidos, que reaparece en diferentes localizaciones, como veremos más adelante. Por supuesto, en este lugar no faltó quien excavase tratando de recuperar el preciado botín.

El Castrico de Rabanales, situado en las inmediaciones del pueblo, es otro de los lugares donde dicen que vivieron los *moros*. Este conocido yacimiento, en el que han aparecido numerosos vestigios del pasado⁹, muchos de los cuales se muestran en las calles del pueblo, ha generado diferentes historias. Cuentan, por ejemplo, que entre el pueblo y el

⁷ No todos los informantes del pueblo la conocen, aunque algunos afirman que también hubo a quien sirvió de refugio *cuando la guerra*.

⁸ El Buracón ofreció más de una vez refugio a los pastores. Solía bromearse en el pueblo con que, si a uno lo echaban de casa, siempre podía irse a vivir allí. Hay en Fradellos *otro buraco* similar, aunque de menores dimensiones, situado en la Calzada, muy cerca del río Cebal. En este caso su origen no se atribuye a los *moros*, sino que es desconocido. Tanto en el Buracón como en éste se decía que la galería se prolongaba, dando al exterior por su otro extremo.

⁹ Era muy frecuente que, al arar las fincas que se sitúan sobre el antiguo asentamiento, la reja chocase con alguna piedra *de cantería*. Entre los hallazgos que se recuerdan, se mencionó un *pozo de cantería* que parecía funcionar como aljibe.

Castrico, aunque uno y otro se encuentran muy cerca, existió una antigua iglesia que terminó por arruinarse, utilizándose más tarde sus piedras para construir la que existe actualmente. De la parte occidental del antiguo poblamiento parece ser que efectivamente partía un *pasillo*, una pequeña calzada de piedra de unos 80 cm de ancho. Lo comunicaba, según se cree por llevar esa dirección, con la iglesia actual. Dicha calzada pudo apreciarse en varias ocasiones, especialmente cuando se excavaba en profundidad para realizar alguna obra, como en la construcción de la carretera que se dirige a Bercianos.



Entrada al Buracón.

También en Rabanales se encuentra el llamado Castro la Luisa o Castro la Lueisa, donde se asegura que los *moros* levantaron un *cercó* (la muralla de ese viejo castro) desde el cual se servían de una honda para atacar a sus enemigos. Hace años un vecino del pueblo se decidió a excavar a mano en aquel lugar, tratando de obtener alguna pieza de valor. Lo hizo *hasta que se aburrió de picar*, sin llegar a encontrar nada. De la misma manera otro hombre excavó en una finca de su propiedad, situada en este caso junto al castro de San Juan, en busca de unas *llares* de oro que la tradición popular situaba allí mismo, aunque no consiguió dar con ellas.

Se habla de otro tesoro escondido en el hueco de una roca situada junto a la *zuda* del molino de Macillana, también en Rabanales. Hay quien cree que fueron los habitantes del Castro la Luisa quienes allí lo ocultaron, aunque el oro que contenía, por desgracia, *se lo llevaron los franceses*. En la misma localidad me hablaron de una gallina y sus doce pollos, todos de oro, que permanecen escondidos en el pago del Pradón. También contaban que era posible verificar su presencia en ese lugar, pues *la noche de San Juan se sentía la gallina*.

En el Monte de la Encarnación de Mellanes hay otro recinto castreño, que llaman hoy Corral de Castro, porque este lugar, bien protegido por los restos de la antigua muralla, se utilizó para guardar vacas. En su interior se halla el cementerio del pueblo, situado a una distancia considerable de su núcleo urbano, sobre el solar en el que se sabe que hace mucho tiempo existió una ermita dedicada a Nuestra Señora de la Encarnación, donde se veneraba su imagen. Ésta, una vez desmantelada la ermita, fue llevada a la iglesia parroquial; pero cuenta la leyenda que la virgen deseaba volver al lugar en el que siempre había estado, allí donde se encontraba la vieja ermita, de modo que huía constantemente del templo al que había sido desplazada y aparecía después en su primitivo emplazamiento. Finalmente, para evitar que volviera a escapar, se le colocó una reja que todavía hoy protege a la imagen en la iglesia del pueblo.



La pequeña imagen de Nuestra Señora de la Encarnación, bajo rejas.

Me contaron, además, que en una *galaza* próxima a este castro existe un pequeño sendero *picado en la piedra* que permite bajar a la Ribera desde las inmediaciones del recinto. Este acceso se denomina precisamente el Camino el Moro.

En el entorno del castro también han aparecido sepulturas¹⁰ y ya Manuel Gómez Moreno (1927: 16) oyó hablar de la existencia de un tesoro. Me aseguraban que a principios del siglo XX, cavando unas *hoyas* para plantar vides en una viña próxima, apareció una bella pieza cuadrada de *cantería*, similar a una pila. En su interior contenía una especie de ceniza particularmente pesada. La curiosidad que despertó el hallazgo hizo que varias personas tomaran sendos puñados de aquel enigmático material, hasta vaciar el recipiente en su totalidad. Más adelante, alguien dijo tener conocimiento de que aquello no era sino oro molido mezclado con ceniza, pero ya era demasiado tarde para recuperarlo, pues nada quedaba de él.



Corral de Castro (Mellanes).

¹⁰ También en otro lugar del pueblo, en el Castrico, donde la memoria popular recuerda que existió una ermita dedicada a San Andrés, se encontró hace años una pieza que, por la descripción ofrecida, debía de tratarse de una fíbula de bronce.

Otro tesoro fue mencionado en Ufones. En el paraje denominado el Rebollal hay una peña en la que, según cuentan, se sentó hace mucho tiempo una pastora del pueblo que cuidaba de sus cabras. Para distraerse, comenzó a tirar chinas sobre ella. Enseguida percibió que la roca estaba hueca, por el ruido que hacían al caer sobre ella. Entonces la pastora trató por todos los medios de acceder a su interior, donde finalmente halló una *puchera* llena de monedas de oro.

Otros

En Rabanales es muy popular una historia que cuenta cómo, hace ya mucho tiempo, el pueblo rivalizó con Alcañices por obtener la categoría de villa¹¹. Se dice que los de uno y otro pueblo *apostaron* que lo conseguiría el vecindario que lograra cercar antes su núcleo urbano (en otra versión me contaban que fue *el gobernador* quién les propuso resolver la discordia de esa manera). Finalmente se impuso Alcañices, alcanzando así la condición de villa que ostenta en la actualidad. Su victoria se debió a que sus vecinos cercaron el pueblo con *cañizas* (recibiendo por ello el nombre de Alcañices), mientras que los de Rabanales trataron de hacerlo construyendo cuatro ermitas, lo que obviamente les llevó mucho más tiempo. Así, la leyenda no solo ofrece una explicación sobre el origen del nombre de Alcañices, sino que además nos recuerda que, efectivamente, en Rabanales existieron hasta cuatro ermitas¹².

Una tradición semejante tiene de nuevo como protagonistas a estas dos localidades. Me contaban en Rabanales (aunque es cierto que no todos los informantes del pueblo conocían esta historia) que había quien decía que el conocido reloj de la torre de Alcañices estuvo primeramente en Rabanales, siendo más tarde permutado con los de *La Villa* por una campana que se colocó en la iglesia del pueblo.

En Rabanales, en el pago de Valcuevo, se encuentra la llamada Fuente de los Enfermos. Cuentan que su nombre se debe a que, hace

¹¹ Rivas Blanco (1986: 163) recoge la misma leyenda.

¹² Rivas Blanco (1986: 67) ofrece algunos datos de estas antiguas ermitas.

mucho tiempo, recaló en aquel apartado paraje, concretamente en el lugar que llaman el Corral Pintao, un grupo de gente que había sido víctima de una epidemia. Dada su proximidad, estas personas se abastecían a diario con el agua de dicha fuente durante su estancia en el Corral Pintao. Ya fuera por la calidad de sus aguas o por otro motivo, tras permanecer allí un tiempo finalmente se sanaron y pudieron retornar a su lugar de origen.

Según otra versión del mismo suceso que he podido recoger, un poco más detallada, fueron los propios habitantes de Rabanales quienes se refugiaron en el Corral Pintao. Huían de una especie de niebla que, durante el día, cubría el pueblo en su totalidad. Sus efectos eran letales, por lo que únicamente por las noches, cuando esa niebla desaparecía, podían retornar a sus casas para *masar*, dar de comer a los animales y realizar otras tareas cotidianas. Uno de los vecinos murió durante este destierro y, como no pudo ser enterrado en el cementerio del pueblo, su cuerpo permanece todavía cerca del Corral Pintao, concretamente en una *galaza* próxima que por este motivo se denominó la Santa Hoya¹³. Fue entonces cuando *se trajeron los mártires* al pueblo¹⁴. Dice la leyenda que, conforme los vecinos se aproximaban a Rabanales con su imagen, la niebla se iba retirando hasta desaparecer por completo.

En Mellanes siempre se oyó contar que en cierto lugar del término de Samir de los Caños, donde se observaban trozos de tejas, existió un pueblo llamado San Pedro Cortés. Debido a la ausencia de agua en los calurosos meses de verano, sus habitantes tuvieron que abandonar esta población. Algunos de ellos se trasladaron a Samir y otros a Mellanes, por lo que el término también se dividió, pasando una parte de él a cada uno de los dos pueblos.

Pude recoger en Ufones otra leyenda que, parece ser, solo conocen algunos de sus vecinos. Éstos mencionaron un lugar, situado en el pago de Martingonces, que ellos llaman *las Tres Piedras*. Efectivamente se encuentran allí tres pedruscos colocados en hilera, denominados *el Burro*,

¹³ El pago se conoce como *la Santoya*.

¹⁴ La iglesia parroquial tiene actualmente un retablo dedicado a San Fabián y San Sebastián. Además, uno de los informantes me decía que una de las cuatro ermitas de Rabanales, la que se ubicaba en el actual cementerio, estaba dedicada a ellos.

el Saco y el Hombre, de los que se dice que antes de transformarse en roca fueron reales, quedándose petrificados allí mismo.



Las Tres Piedras de Ufones.

En Matellanes me contaron la leyenda de la culebra del Pozón, lugar en el que actualmente puede observarse una peña horadada a modo de pila. Se cuenta que un joven cabrero del pueblo tomó un cabello de su enamorada, otra joven pastora, y lo colocó debajo de esa peña¹⁵. Aquel pelo se transformó rápidamente en una culebra¹⁶, a la que él alimentaba regularmente con la leche que producía su rebaño, depositándola en la pila. Pero llegó el día en que el joven fue llamado a filas y hubo de ir a la

¹⁵ Como en ninguna de las versiones se mencionó porqué el pastor hizo tal cosa ni tampoco la pastora volvía a aparecer en la historia, pregunté expresamente por ello, pero nadie conocía ese pormenor.

¹⁶ Esta historia se apoya en la creencia, bastante extendida en la zona, según he podido comprobar, de que los cabellos pueden transformarse en culebras, especialmente cuando caen sobre un terreno húmedo.

guerra¹⁷. Pasado algún tiempo volvió al mismo lugar para reencontrarse con su querida culebra. Para que ésta supiera de su regreso, le silbó de la misma manera que siempre hacía cuando le llevaba su ración de leche, pero como en aquella ocasión no se la pudo ofrecer, por no disponer ya de ganado, el animal lo estranguló hasta acabar con su vida.



Pila del Pozón (Matellanes).

Esta historia incluye un curioso epílogo. Cuentan que, más recientemente, unos vecinos del pueblo que solían llevar sus vacas a pastar a un prado cercano observaron que, siempre que iban a ese lugar, uno de sus terneros intentaba mamar sin conseguirlo, por faltarle la leche a la ubre de su madre. Decidieron entonces estudiar detenidamente qué era lo que terminaba con la leche de aquella vaca. Descubrieron que no era sino una culebra, se cree que la misma que mucho antes había matado a aquel chico, la que mamaba de la vaca hasta consumir toda la leche de la que

¹⁷ O al servicio militar, según la versión.

disponía¹⁸. Entonces fueron a por una escopeta y con ella dieron muerte a aquel reptil bebedor (y homicida). Los disparos, dicen, provocaron unos pequeños agujeros que todavía se aprecian alrededor de la pila.

¹⁸ La creencia de que las culebras son capaces de mamar, incluso de los pechos de las mujeres, estaba muy arraigada en la comarca. En Grisuela se decía que, mientras la madre lactante dormía, la culebra era capaz de introducir su cola en la boca del bebé para entretenerlo mientras tanto, como si de un chupete se tratase.

Capítulo 11

EN LA ESCUELA

Introducción

En las escuelas alistas los maestros trataban de instruir a las nuevas generaciones de unas comunidades rurales cuyos miembros valoraban de forma desigual la importancia de la educación y el conocimiento, algo perfectamente comprensible en una economía de subsistencia que precisaba de la participación y el trabajo de todos los integrantes de la familia, incluidos los más pequeños, tanto en las tareas de casa como en las del campo.



Rapaces junto a la escuela de Rabanales (foto cedida por Miguel Martín).

Generación tras generación, prácticamente todos los alistanos se han dedicado a la agricultura y a la ganadería. Incluso aquellos que tenían otro oficio solían trabajar también en el campo, por lo que en ocasiones ni tan siquiera se concebía la posibilidad de acceder a dedicaciones profesionales distintas a las tradicionales. Por otra parte, los pocos que recibían estudios casi siempre se marchaban a trabajar a otros lugares, lo que hacía que esta situación se retroalimentase.

Las escuelas y los docentes

Las aulas eran en todos los casos muy sencillas y el material disponible en ellas pobre y escaso¹. Fermín, de Fradellos, a sus 95 años recordaba los tiempos en los que como lapicero se utilizaba un pizarrín², con el que se escribía sobre una *lonja* (obtenidos ambos de la cantera que había en las Lonjeras) a la que se hacía un agujero por el que se introducía una cuerda para que pudiera llevarse colgada del brazo.

Para combatir el frío los maestros solían disponer de un brasero de cisco³, mientras que algunos niños *llevaban una lata de escabeche con borrayo... y otros nada*, aunque normalmente los escolares calzaban *cholas*, un tipo de calzado capaz de conservar una buena temperatura en los pies, según me decían.

Pieza clave para que el aprendizaje del alumnado fuera efectivo era la figura del maestro, o más bien maestra, pues en la mayoría de las ocasiones eran mujeres las destinadas a estas escuelas rurales, a las que una parte importante del gremio no llegaba de muy buena gana. Era común que recalasen en la zona maestros y maestras jóvenes cuya estancia solía ser más bien breve. Si a esto le sumamos la escasa retribución

¹ Gregorio Rodríguez (1991: 98) describe en detalle el equipamiento de las escuelas alistanas.

² En Grisuela llamaban *pizarrín* al que se compraba expresamente para ello y *raya* al que se conseguía en el propio pueblo, que era el más utilizado.

³ El cisco se adquiría o, más habitualmente, lo proporcionaban los propios alumnos. En otras ocasiones éstos le llevaban *a la roda* unas brasas o bien la leña para quemar.

percibida por ejercer la docencia en aquellos años, podemos imaginar las situaciones que se llegaban a dar⁴.

El nivel de competencia de los maestros debía ser, además, bastante heterogéneo. Era sabido que muchos no andaban sobrados de conocimientos y, consecuentemente, con ellos *no se aprendía nada*. En Ufones a uno de los maestros que ejerció en el pueblo le llegaron a preguntar en cierta ocasión, medio en broma, medio en serio, si sabía leer.



Escolares y maestra en Ufones (foto cedida por Inés Blanco).

Otros, sin embargo, se esmeraron en que sus alumnos recibieran la debida formación. Gracias a su esfuerzo *enderezaron mucha gente*. El empeño de esos docentes sirvió para que, al menos ciertos *rapaces*, lograsen proseguir sus estudios, sobre todo algunos de los que disponían de buenas aptitudes y de un entorno familiar favorable a esta posibilidad. En todo caso, por desgracia y como ya se ha dicho, finalmente se veían obligados a buscar mejores oportunidades en otros territorios.

⁴ Las escuelas del municipio eran todas unitarias, excepto la de Rabanales, que para los niños disponía de maestro y para las niñas de maestra. En las de Grisuela y Matellanes también existió separación de sexos, pero solo durante unos años.

En relación a los procedimientos empleados a la hora de reprender los malos comportamientos del alumnado se puede decir otro tanto, pues también había de todo. *Algunos pegaban, pero otros no*. La gama de castigos empleados era amplia y diversa. En Mellanes recuerdan que los docentes *sacudían tralla* con una vara de *freno* que habían mandado traer a alguno de los alumnos, el cual, precisamente por haberla proporcionado, me decían que solía recibir mayor clemencia por parte del maestro⁵. No obstante, algunos de aquellos revoltosos *rapaces* hoy admiten que el castigo era *a lo mejor merecido*, ya que su conducta en ocasiones dejaba mucho que desear⁶. Los informantes reconocen que los niños *andaban a empujones unos a otros* y que la mayoría *se pasaban haciendo putadas*. Alguno llegó a manifestar que le gustaría poder reencontrarse con aquellos maestros y maestras para pedirles disculpas. *Éramos retorciús*, me decían en Grisuela, asegurando también que entonces se consideraba que un niño *no era muy normal si no hacía alguna putada*.

La vara y la regla fueron herramientas habituales a la hora de disciplinar a los alumnos. Era frecuente que se golpease sobre la mano abierta o bien sobre el extremo de los dedos, expresamente reunidos para recibir el correctivo, siempre con las yemas hacia arriba. Estos castigos reprimían no solo la falta de instrucción o la mala conducta, sino también algunas deficiencias en la higiene personal de los niños que resultaban evidentes. De hecho, más de una vez el golpeo sobre sus manos se debía a que *llevaban las uñas sucias*⁷.

Menos violento, pero quizá también menos apetecible para un niño, era quedarse sin recreo o ser retenido durante un tiempo en la

⁵ En algún otro caso, sin embargo, *el maestro estrenó la vara con el que se la había llevado*.

⁶ Los *rapaces*, y en menor medida las *rapazas*, hacían diferentes perrerías para divertirse dentro y fuera del aula. Una de las más típicas fuera de esas cuatro paredes era ir a robar todo tipo de frutos, especialmente las primeras uvas que maduraban, las cuales reconocen que *gustaban* aunque no estuviesen del todo maduras. Admiten que estos hurtos se realizaban muchas veces solo por la emoción que ofrecía el riesgo de ser sorprendidos in fraganti. En Grisuela, por ejemplo, había niños que se divertían poniendo en funcionamiento las norias que los vecinos usaban para regar.

⁷ Casi todos los informantes mencionaron que, a falta de pañuelo, muchos niños llevaban *las mangas llenas de mocos*.

misma escuela una vez terminadas las clases. Un informante reconocía haberse *escapado* de uno de aquellos encierros coercitivos.

Más elaborado y martirizador era el castigo que obligaba a los niños a permanecer sentados durante todo el recreo sobre sus rodillas, debajo de las cuales se colocaba un molesto garbanzo. Por si esto fuera poco, la posición completa requería que estirasen los brazos en cruz, sosteniendo cada mano el peso de varios libros.



Alumnas de la escuela de Rabanales con su maestra (foto cedida por Miguel Martín).

En definitiva, los maestros *sacudían mucho*, ante lo que poco se podía hacer, pues *si te ibas a casa quejándote te pegaban también*. Por ello, lo habitual era que los niños ocultasen que habían recibido una reprimenda del maestro, ya que si sus padres tenían conocimiento de ello recibirían a buen seguro otra de su parte.

Pero la severidad no siempre estaba reñida con la calidad en la enseñanza. En Ufones pervive aún con fuerza la huella dejada por Julia Lamas, *la Maestra*, que ejerció en el pueblo durante más de dos décadas, concretamente hasta 1978, año en el que la escuela cerró sus puertas definitivamente. Me aseguraban quienes fueron sus alumnos que todos los

niños *le tenían pánico*, pero igualmente reconocen que se esforzó mucho para que adquiriesen un elevado nivel de conocimientos. Ese trabajo dejó indudablemente un poso, pues varios de sus alumnos pudieron seguir estudiando, lo que a algunos de ellos les permitió obtener buenos empleos a los que de otra manera seguramente nunca hubieran accedido.

La familia

Para que la educación proporcionada por el Estado diese los frutos esperados, más allá de la labor del maestro era fundamental el entorno familiar del alumno. Siendo de por sí complicado que los *rapaces* estudiaran, pues casi todos debían ayudar a sus familias prácticamente desde la más tierna infancia y muchas veces ni siquiera asistían con regularidad a las clases, la actitud y disposición de los padres iba a condicionar en gran medida el resultado académico.

Era frecuente que los alumnos faltasen a clase por tener que cuidar de algún hermano pequeño mientras el resto de la familia realizaba las faenas del campo. Y es que muchos padres *esperaban a que los hijos tuvieran siete o ocho años para ponerlos a trabajar*. Con esa edad se les solía encomendar tareas sencillas, como arrancar *chirinchos*, *respigar*, ir a por agua a la fuente o *lo que hiciera falta*. Se les enseñaba también a segar, aunque fuese solo un *suco*, pero el momento de *segar de verdad* no llegaría hasta haber cumplido tres o cuatro años más. Con solo diez u once muchos de mis informantes cuidaban vacas u ovejas, e incluso a esa edad algunos ya dormían a la intemperie junto al *chiquero*⁸.

Como se puede deducir, en general *no se le daba importancia al estudio* y además la mayoría de los chicos tampoco iban de muy buen grado a la escuela. Tanto es así que muchos *preferían ir con las vacas*. Incluso había quien *iba a nidos* en horario lectivo, apareciendo en casa a la hora de finalización de las clases, fingiendo que llegaba de la escuela.

⁸ Varios de los informantes afirmaron reconocerse en los reportajes sobre la explotación infantil en los países subdesarrollados que hoy ven en televisión.



La escuela de Rabanales (*las escuelas*) cerró definitivamente sus puertas al finalizar el curso 2013-2014, trasladándose sus alumnos a la de Alcañices.

Pero naturalmente también había padres que consideraban fundamental la asistencia de sus hijos a las clases. Algunos incluso les ayudaban a estudiar o les enseñaban lo que buenamente podían. Se mencionaron varios casos de jóvenes pastores que por su ocupación no tenían tiempo para ir a la escuela, pero que con gran tesón estudiaron de forma autodidacta, acompañándose no solo del ganado sino también de sus libros y pudiendo de esa manera proseguir más adelante sus estudios.

Los maestros y la represión franquista

No se puede dejar de mencionar que, también en Aliste, una vez comenzada la Guerra Civil muchos maestros fueron objeto de represión por parte del bando franquista, al defender posicionamientos ideológicos

diferentes al de los sublevados⁹. Fue el caso del maestro de Ufones, *don Isidoro*, asesinado por los falangistas y de cuya estancia en el pueblo se guarda todavía un grato recuerdo¹⁰.

Pero en la mayor parte de los testimonios recogidos sobre este asunto figura como principal protagonista *el Maestro de Tolilla*. De su huida y persecución, al igual que de su buen hacer como docente y del afecto que le tenían sus convecinos, se sigue hablando hoy como si lo ocurrido hubiera sucedido ayer mismo.

Antonio González, *el Maestro de Tolilla*, era natural de Grisuela y llevaba ya varios años ejerciendo con gran competencia en la escuela de Tolilla, donde había conseguido que sus alumnos obtuvieran brillantes resultados académicos. Pero, *cuando el facismo, los de la falange fueron a por él*, aunque afortunadamente la noticia le llegó con antelación y para entonces ya había conseguido huir del pueblo. No obstante, sus perseguidores supieron que se encontraba oculto no muy lejos de allí y que mantenía contacto con personas de su confianza que le estaban encubriendo. Debió de cambiar varias veces de escondite. Entre otros lugares, se dice que permaneció un tiempo en el molino de las Majadicas de Mellanes.

Para atraparlo, como si de un lobo se tratara, se organizó todo un *ojeo* que partió del pueblo de Tolilla y avanzó río Mena arriba, hasta la zona del Pisón, ya en término de Ufones. Sin embargo, la batida no dio resultado, a pesar de que el maestro se encontraba en la zona que se peinó, huyendo a Portugal tras su finalización. Parece ser que cuando los ojeadores llegaron a su altura se introdujo en el río, en una zona con abundante vegetación ribereña que impidió que fuera detectado. No obstante, posteriormente se supo que un conocido suyo, que se

⁹ Uno de los informantes aseguraba que, aunque *mataron muchos maestros*, no se debía tanto a que éstos *fuera rojos*, sino más bien a que *cobraban poco y pedían más sueldo*. Entiendo con esta afirmación que muchos de ellos pertenecían a sindicatos de trabajadores. En cualquier caso, los informantes tienden en general a negar las vinculaciones políticas o ideológicas de la mayor parte de las personas que fueron perseguidas.

¹⁰ Su fusilamiento en Toro lo registra Cándido Ruiz (1996: 142).

encontraba *enllagando el lino* en las proximidades, sabía exactamente donde se había escondido, aunque negó haberlo visto cuando los ojeadores le preguntaron. Como finalmente se supo que lo había encubierto, parece ser que fue igualmente sentenciado.



El *Maestro de Tolilla* junto a otros miembros de su familia, años después de su persecución (foto cedida por Catalina González, nieta de Antonio).

También cuentan que en otra ocasión, en la que *don Antonio* estaba en el campo, vio cómo unos falangistas se acercaban a lo lejos. Rápidamente ideó una estrategia que le permitió sortear a sus verdugos. Le pidió su capa a un pastor que andaba por allí, para ponérsela él y hacerse pasar por el responsable del rebaño. Tal como le indicó el maestro, el

verdadero pastor se colocó más a mano del paso de los falangistas, haciendo como que arrancaba unas jaras, de modo que cuando los falangistas vieron a ambos, decidieron preguntarle únicamente a él, que naturalmente dijo no haber visto por allí a la persona que ellos buscaban.

Capítulo 12

EL LENGUAJE

Algunas observaciones sobre el lenguaje tradicional

A pesar de que solo en contadas ocasiones pregunté expresamente por cuestiones lingüísticas, en las diferentes entrevistas pude realizar numerosas observaciones acerca del lenguaje empleado por los informantes. En ese mismo contexto recogí los materiales que aparecen en la recopilación léxica que se presenta en este último capítulo.

Pude constatar además que el proceso de abandono que sufre el lenguaje leonés de Aliste parece imparable. Aunque en la conversación informal todavía se emplea espontáneamente buena parte del léxico patrimonial (no se puede decir lo mismo en el plano fonético), el desprestigio al que durante siglos se ha visto sometida esta modalidad lingüística sigue bien presente. En el seno de los diálogos que tuve con los informantes, no precisamente demasiado formales, fueron habituales los episodios de autocorrección lingüística. En ellos, un mismo hablante, tras ser consciente de que había empleado una palabra perteneciente al registro vernáculo (en ocasiones sin llegar a haberla pronunciado por completo), la sustituía por la correspondiente voz estándar. Así, los *rapaces* pasaron a ser *chavales*, los *jatos* se convirtieron en *terneros*, *achancar* un arroyo se cambió por *cruzarlo* y *esperriar* se transformó en *escupir*.

Otras veces pude escuchar en un mismo pueblo, en este caso de boca de distintos informantes, formas tradicionales y otras castellanizadas, estando éstas claramente ya muy asentadas. Por ejemplo, en Rabanales

hay quien dice *teijo* ‘tejón’ y quien dice *tejo*, igual que unos emplean *vieja* ‘terreno pantanoso’ y otros *vieya*.

En otras ocasiones fueron los propios informantes quienes deslindaron con precisión las formas antiguas de las que se emplean en la actualidad. Gracias a ello pude saber que hace unas décadas en Grisuela se decía *llobo*, *raposa* o *farina*, aunque hoy lo habitual es ya *lobo*, *zorra* y *harina*. Del mismo modo, en Rabanales fueron frecuentes *llorigón*, *tagayo* o *parición*, mientras que actualmente lo que más se escucha es *lorigón*, *tagajo* y *caseta*¹.

Aunque todas estas cuestiones requerirían de un estudio más profundo y detallado, dentro de este patrón de desuso generalizado de las formas leonesas enseguida emergieron algunas diferencias, fácilmente perceptibles, entre el lenguaje empleado en las distintas localidades. Como se puede comprobar en el vocabulario, algunas de estas discrepancias léxicas obedecen a una simple variación geográfica. Por ejemplo, mientras en las localidades más occidentales del municipio se dice *buesta* y *silva* (o *silvera*), como en todo el oeste alistiano, en Mellanes y Fradellos, las más orientales, se emplea ya *muñica* y *zarza*, igual que en otros pueblos próximos.

Otras diferencias, sin embargo, atienden claramente a un desigual grado de conservación del lenguaje leonés en los distintos pueblos. Así, solamente en Grisuela pude oír con frecuencia el diptongo occidental *ei* (*teijo*, *feije*, pero sobre todo en el sufijo *-eiro*: *bufarreira*, *vaqueiro*)², los

¹ Estos tres ejemplos son llamativos. A pesar de que las palabras que se castellanizan en primer lugar suelen ser aquellas que tienen una forma semejante en la lengua estándar, que viene a sustituirlas, estos casos y algunos más, como *bujaca*, que en otros pueblos de la comarca se denomina aún *buyaca*, certifican que esta regla no se cumple en todos los casos. A ello se suman otras voces (como *llodo*, *feder* o *borrayo*) que, en contra de lo que se podría prever, no han sido sustituidas por las correspondientes castellanas.

² Hace no mucho debió ser frecuente también en Rabanales, a juzgar por los numerosos ejemplos que Rivas Blanco (1986) ofrece en sus textos: *payeiro*, *mayadeira*, *filandeiro*, etc. También el vocabulario final de su obra incluye muchos casos de conservación del diptongo, pero, dado que en la introducción reconoce que el material procede de varias localidades y que en ninguna voz indica la localidad donde ha sido recogida, es imposible saber cuales corresponden a Rabanales.

grupos *pr*, *br*, *fr*, etc. (*ejempro*, *robre*, *frol*) o formas verbales antaño frecuentes en Aliste, como *di* 'dice' o las que incluyen la desinencia *-onen* (*empezonen*, *escaponen*).

Obviamente es Grisuela la localidad del municipio que más y mejor conserva los rasgos que caracterizan al habla tradicional de Aliste. Esta apreciación, además de ser rápidamente percibida en la conversación con los informantes, fue corroborada en los pueblos vecinos, donde aseguraban que en Grisuela se emplea todavía un lenguaje *charro*, que es calificado también como *muy antiguo*³.

Sin embargo, los propios vecinos de Grisuela reconocían que la escuela ejerció un papel definitivo a la hora de castellanizar la modalidad lingüística que *hablaban los antiguos*. Parece ser que la generación anterior a la de las personas más mayores del pueblo utilizaba todavía el leonés. Herminio decía que *los de antes de la nuestra era decían forno y buraco, y como lo sentías en casa, porque lo decían así, lo sabías, pero en la escuela nos decían que se decía horno y agujero*.

Otra localidad particularmente conservadora, al menos en lo que se refiere a ciertos rasgos lingüísticos típicamente alistanos, es Fradellos. Por supuesto, por su situación, escasean ya los fenómenos fonéticos de carácter más occidental, pero no es difícil oír *igresia* o *pueblo*, ni tampoco *cantare* o *comprare*. De hecho, se trata del pueblo de todo el municipio (y de toda la comarca) en el que más frecuentemente y con mayor claridad he podido escuchar esa *-e*, siempre ante una pausa. También es bien conocido en el propio municipio que, sin llegar al arcaísmo de Grisuela, el habla de los de Fradellos es particularmente conservadora.

Entre el resto de localidades del municipio no he observado demasiadas diferencias, si no es entre hablantes. Caso curioso es el de Ufones y Rabanales, entre los cuales no fui capaz de percibir divergencia alguna, ni siquiera léxica. Ello me llevó a preguntar en Ufones si podían decirme alguna palabra de las empleadas en el pueblo que fuera distinta a las comúnmente usadas en Rabanales, a lo que contestaron rotundamente

³ En Ufones, por ejemplo, era conocedores de que en Grisuela todavía se puede escuchar *trujon*, *marchonen*, etc.

no conocer ningún ejemplo y confirmaron las semejanzas entre el lenguaje de una y otra localidad. Esto lo justificaron por su gran proximidad y la consecuente relación (muy estrecha) con Rabanales, a diferencia de lo que ocurre en Matellanes, donde, aun formando parte del mismo municipio, sus vecinos *tiran más pa Alcañices*.

Vocabulario tradicional

La recopilación léxica que presento incluye un puñado de voces que fueron empleadas por mis informantes. Algunas de ellas ya se mencionan en otros capítulos, aunque otras únicamente aparecen aquí. El material no procede de una labor sistemática de recogida de datos, que hubiera dado lugar a un corpus léxico mucho mayor, pero sí se indica en cada caso la localidad o localidades en las que hay constancia de su uso, lo que no siempre supone que en el resto del municipio no se emplee esa voz, sino simplemente que en otros lugares, distintos a los mencionados, no la he llegado a escuchar. Por contra, en algún caso he podido registrar distintas variantes de la misma palabra en una sola localidad.

Figuran en este vocabulario ciertas voces que, pese a aparecer en diferentes diccionarios como propias del castellano estándar (como *hacha* ‘vela utilizada en ceremonias religiosas’ o *torcida* ‘mecha de candil’), considero que ya no son de uso común (salvo, si acaso, en algunas zonas rurales) y por ese motivo las incluyo. Igualmente hago con aquellas que también recogen los diccionarios, pese a que tienen un ámbito geográfico bastante reducido y bien localizado, como ocurre con *cogüelmo* o *negrillo*.

Aunque el uso de la mayor parte de estas voces es cada vez menor, solo figuran como anticuadas, en abreviatura, aquellas que no han aparecido en la conversación espontánea ni tampoco se ha referido su uso actual, sino que justamente se ha dado noticia de su empleo en el pasado, si bien es cierto que en alguno de estos casos pude comprobar por mí mismo que la palabra no había dejado de usarse por completo.

Se indica en determinados casos que la palabra se suele utilizar en plural. Si solamente se emplea de esta manera, se presenta así (*carrancas*,

llares), pero no cuando puede utilizarse también en singular (*aceda, rumiaco*), aunque no sea lo más habitual.

Por su parte, los verbos pronominales, además de indicarse que lo son con la correspondiente abreviatura, figuran con el pronombre (*acularse, esbarriarse*), excepto en aquellos casos en que pueden usarse también de otro modo (*arimar, enrudiar*).

He tratado de ofrecer de manera sencilla, clara y precisa el significado de cada una de las palabras, prestando especial atención a algunas, como *llamera* o *facera*, que en determinados trabajos de ámbito local no se definen con demasiada exactitud. En las que se refieren a animales y plantas, para huir de la ambigüedad que supone ofrecer un nombre común, he incluido su nombre científico cuando ha sido posible, pues en algunos casos la denominación vernácula (*saltón, escoba*) hace referencia a diferentes especies⁴.

A continuación figuran las abreviaturas empleadas en el vocabulario. Se refieren a la categoría gramatical de la palabra, a las localidades de empleo de la misma, así como a otras cuestiones que he creído que merece la pena reseñar.

adj.	adjetivo.	loc. verb.	locución verbal.
adv.	adverbio.	m.	nombre masculino.
ant.	anticuado.	Ma.	Matellanes.
aux.	verbo auxiliar.	Me.	Mellanes.
col.	coloquial.	pl.	usado normalmente en plural.
conj.	conjunción.	prnl.	verbo pronominal.
f.	nombre femenino.	pron. pers.	pronombre personal.
Fr.	Fradellos.	Ra.	Rabanales.
Gr.	Grisuela.	sing.	usado normalmente en singular.
imp.	verbo impersonal.	tr.	verbo transitivo.
intr.	verbo intransitivo.	U.	Ufones.
loc. adv.	locución adverbial.		

⁴ También en alguno de los casos en los que hago referencia a la especie, esa misma denominación podrían recibirla otras semejantes.

abajarse. prnl. Agacharse, inclinar el cuerpo hacia el suelo [Me].

abaldonar. tr. Abandonar [Fr; Ra].

abangar. tr. o prnl. Combar, normalmente el tronco o la rama de un árbol o arbusto [Ma].

abrétuna f. Parte vegetativa del gamón (*Asphodelus albus*) [Ma; Ra]. Otra variante es **abuétрона** [Gr].

abutiador. m. Utensilio que consiste en una lata a la que se ha incorporado un mango de madera, utilizado para sacar agua de donde está almacenada con el fin de regar con ella [Fr].

abutiar. tr. Extraer el agua contenida en una *poza*, charca o presa de riego, normalmente cuando su cantidad es escasa [Fr; Ma; Me]. También se dice **agutiar** [Gr; Ra; U] y **abultiar** [U].

acarriar. intr. Acarrear la mies a la era [Fr; Me; Ra].

aceda. f. pl. Acedera, planta comestible (*Rumex acetosa*) [Ra].

achancar. tr. o intr. Saltar para sortear un obstáculo, normalmente un arroyo [Fr; Ra; U].

acularse. prnl. Resguardarse de la lluvia [Fr; Ra].

adil. m. Terreno agrícola que no se cultiva [Gr; Ma; Me; Ra]. **de adil.** loc. adv. Se dice de un terreno que ha dejado de cultivarse [Gr; Ra; U].

afoyo. m. Cereal, normalmente centeno, segado en verde para alimentar al ganado [Gr].

afuracar. tr. Horadar, hacer un agujero [U].

afuyar. tr. Segar en verde el cereal, normalmente centeno, para alimentar al ganado [Gr].

agavanza. f. Fruto del escaramujo o rosal silvestre (*Rosa canina*) [Fr; Gr; Ra].



Agavanza.

agavanzal. f. Escaramujo, rosal silvestre (*Rosa canina*) [Gr; Ma; Ra; U]. También **garvanceta** [Me].

agua tirada, a. loc. adv. Se dice del funcionamiento constante de un molino harinero debido a que el río o arroyo que lo abastece dispone de caudal suficiente para ello [Ma; U].

aguacil. m. Alguacil [Ra].

aguadera. f. Canal de riego [Fr; Ma; Ra; U]. También *regadera*.

agullar. intr. Aullar, emitir aullidos [Ma; U].

airada. f. Ventolera, golpe fuerte de viento [Ma; Me; Ra].

ajagar. tr. Morder el lobo por el cuello a una res [Gr; Ma; Me; Ra; U].

ajunco. m. Junco (*Juncus* spp.) [Gr].

ajuntar. tr. Juntar [Fr].

alaciar. intr. Mover los brazos ostentosamente tratando de ser visto por otra persona [Ra].

alantre. adv. Adelante [Gr].

albarina. adj. Se dice de la oveja característica de la Tierra de Alba [Ra].

alcontrar. tr. Encontrar [Ra].

alfa. f. Piedra clavada en el suelo, de menor tamaño que una *marra*, que establece el límite entre una finca privada y un terreno comunal [Me; Ra].
2. f. Piedra clavada en el suelo, de menor tamaño que una *marra*, que indica la situación de una vía pecuaria dentro de un terreno comunal [Gr].
3. f. Piedra clavada en el suelo, de menor tamaño que un *fincón*, que delimita una finca privada [Fr; U].

alicar. tr. Arar por tercera vez, cuando ya está sembrado de cereal un terreno, con objeto de eliminar malas hierbas [Gr; Ra].

alquer. m. Medida de capacidad, peso y superficie, utilizada sobre todo para el grano. Corresponde a una arroba, a unos 11'5 Kg y a la cuarta parte de una fanega [Fr; Me; Ra]. También he recogido la variante **alquere** [Fr; Gr; Ma; Ra; U].

alredor. adv. Alrededor [Gr].

amansiar. tr. Amansar [Me].

amasar. intr. Hacer pan [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U]. También **masar** [Me; Ra].

amentar. tr. Mentar, mencionar [Fr].

amojo. m. sing. Ubre de una vaca [Me; Ra].

amo. m. Mayoral, coordinador de una *cabaña* trashumante [Gr; Me]. También se dice *jefe* y *encargao*.

amolar. tr. o prnl. Fastidiar [Me].

ananchar. tr. Ensanchar [Fr]. También se dice **anchar** [Fr] y **enanchar** [Me; Ra].

anantes. adv. Poco tiempo atrás, hace un rato [Ma; U].

ancina. f. Encina (*Quercus ilex*) [Gr; Ra].

antruejo. m. Carnaval [Gr; Ma; Me; U].

apañar. tr. Recoger, recolectar [Gr; Ma; Ra].

aparcieiro. m. Cada uno de los propietarios que aportan un número determinado de cabezas de ganado a un rebaño [Gr]. Es ya más común la variante **aparciero** [Gr; Ra]. También puede recoger **parciero** [Ma].

aparrarse. prnl. Agacharse, agazaparse [Ra; U].

apartar. tr. o intr. Dividir una *cabaña* trashumante en cada uno de los rebaños que la componen [Fr; Gr; Ma; Me; Ra].

aperio. m. Aperio de labranza [Ra].

apeyo. m. Documento que recoge determinadas condiciones o acuerdos [Gr].

apriguerar. tr. o prnl. Preparar, acondicionar [Ra].

apuleyo. m. pl. Poleo (*Mentha pulegium*) [Ra; U].

arañeira. f. Telaraña [Gr]. También **arañera** [Ra].

arañón. m. Araña [Gr; Ra].

argadillo. m. Artilugio de madera que, sobre un eje vertical, hace girar el hilo para la confección de *dovillos* [Ma].

arimar. tr. o prnl. Arrimar [Fr; Gr; Ra; U].

armar. tr. Preparar una trampa o armadizo para la captura de animales [Ma; Me].

arrabaza. f. pl. Berraza, planta acuática comestible (*Apium nodiflorum*) [U].

arrabonar. tr. Cortar el rabo a una cordera, para que no lo arrastre por el suelo [U].

arramar. tr. Derramar [Ma; Me; U]. 2. tr. Esparcir, especialmente el abono [Ma].

arratar. tr. Atar las patas de un animal para inmovilizarlo [Fr].

arrecadar. tr. Recoger, tomar algo con intención de guardarlo [Ma].

arredondar. tr. Redondear, dar forma circular o esférica [Ma].

arrefucir. tr. o prnl. Remangar, recoger el extremo de una prenda que se lleva puesta, normalmente referido a las mangas o a la *saya* [Ma].

arregar. tr o intr. Regar [Me; Ra].

arregrar. tr. Arreglar [Gr].

arresponsar. intr. Responsar, rezar un responso [Gr; Me; U].

arreventar. tr. Brotar las hojas de los árboles [Me].

arriador. m. Arreador, especialmente el que acompaña a la *cabaña* trashumante [Fr].

arriar. tr. Arrear al ganado [Fr].

arrodar. tr. Gradar, allanar los surcos y romper los terrones en una tierra de labor [Ma; Me].

arrojar. tr. Calentar el horno [Gr; Me].

arromedar. tr. Remedar, imitar [Ra].

arteson. m. Recipiente en el que se transporta y pisa la uva con la que se elabora el vino [Ra].

asobradar. tr. Colocar el suelo del *sobrao* de una casa [Fr].

asoliarse. prnl. Estropearse por efecto del sol [Ma].

astro. m. Recibidor de una casa [Ra].

atrozador. m. Tronzador, sierra con un mango en cada extremo [Gr].

atruviscarse. prnl. Estropearse el grano en la espiga, por exceso de calor [Ra].

ujero. m. Agujero [U]. Es lo mismo que *buraco*.

aveseo. m. Umbría, terreno orientado hacia el norte [Ra].

aviarse. prnl. Darse prisa, hacer algo con rapidez [Gr].

bagazo. m. Residuo del prensado de la uva [Gr; Me].

bajo. adv. Abajo [Me].

balea. f. Planta herbácea de tallos resistentes (*Chondrilla juncea*) [Ra]. 2. f. Escobilla hecha con un haz de la planta del mismo nombre y utilizada para barrer la era así como para retirar la paja que queda entre el grano [Ra]. 3. f. Escobilla hecha con codesos y utilizada para retirar la paja que queda entre el grano [Gr].

balear. tr. o intr. Retirar las pajas que quedan entre el grano utilizando para ello la *balea*, labor que solían realizar las mujeres [Ra].

ballesta. f. Trampa para cazar pájaros [Me]. Es más frecuente la variante *ballestra* [Ma; Ra; U]. También se denomina *pajarera* y *pardalera*.

banastra. f. Cesto de grandes dimensiones [Ma]. También *canastro*.

bancio. m. Corte vertical en una cantera que muestra una veta o filón que permite seguir extrayendo piedra [Ra].

banqueta. f. Estructura simple de madera sobre la que apoyaban sus rodillas las mujeres cuando lavaban la ropa en un río o arroyo [Fr].

barranca. f. Talud [Me; Ra].

barredeiro. m. Utensilio empleado para retirar la ceniza del horno. Dispone de un palo largo en cuyo extremo se ata una *escoba* o, más raramente, una jara [Gr]. Se dice igualmente **barredero** [Gr; Me].

barrila. f. Cántaro pequeño de barro utilizado para beber agua [Gr].

beberajo. m. Bebida de poca entidad [Ma].

berbión. m. pl. Cada uno de los dos travesaños de un carro [Me].

bico. m. Pico por el que sale el agua de un recipiente [Gr].

billota. f. Bellota [Gr].

bimar. tr. Arar por segunda vez un terreno de cultivo [Ra].

bimbria. f. Mimbre [Fr].

boa. f. Boga, pez de río (*Pseudochondrostoma duriense*) [Me].

bodón. m. Terreno pantanoso [Fr; Ma; Me]. 2. m. Barro, lodo [Ma].

bolla. f. Pan relleno de trozos de chorizo y tocino [Gr; Me]. También **bolla untada** [U]. En algunos pueblos se denomina *hornazo*. 2. f. Hogaza de pan de pequeñas dimensiones [Ra; U].

bolo. m. Cilindro de madera, cuyo diámetro es mayor que su altura, que resulta del corte de un tronco [Gr; Ra].

bolso. m. Bolsillo de una prenda de vestir [Ra; U].

bomba. f. Cohete, fuego de artificio [Me].

borrarse. prnl. Evacuar el vientre cuando se tiene descomposición [Gr].

borrayo. f. Brasa [Gr; Me; U].

bostra. f. Recipiente utilizado para recoger los excrementos de los animales con los que se trillaba mientras se realizaba esta actividad en la era [Ra].

botijero. m. pl. Ombligo de Venus (*Umbilicus rupestris*) [Ma]. La misma planta recibe también la denominación de *cantarina*.

braniega. adj. Se dice de la oveja que no realiza la trashumancia, permaneciendo en el pueblo durante el verano [Gr].

brea. f. Camino principal [Me].

bruja. f. Remolino de viento [Gr; Me; U].

bruño montesino. m. pl. Endrino (*Prunus spinosa*) [Me; Ra]. 2. m. Fruto del endrino [Me; Ra].

bubillo, -a. adj. col. Natural de Tolilla [Fr; Me].

buesta. f. Boñiga, excremento de vaca [Gr; Ma; Ra; U]. Una variante es *güesta* [U]. En otras localidades se conoce como *buñica*.

bufarreira. f. Ventolera, golpe de viento [Gr].

bujaca. f. Agalla de roble grande y con picos [Gr; Ma; Me; Ra; U].

bujaco. m. Agalla de roble pequeña y esférica [Gr; Ma; Me].



Bujaca y bujaco.

bultio. m. Bulto [Gr].

buraca. f. Abertura por la que las gallinas salen y entran al gallinero [Gr]. 2. f. Hueco de una pared, normalmente debido a que en él se colocaron los andamios cuando ésta se construyó [Ra].

buraco. m. Agujero [Fr; Gr; Me]. Es sinónimo de *aujero*.

burreiso, -a. m. o f. Buche, burro pequeño [U]. También **burreso, -a** [Gr].

butiello. m. ant. Barriga, vientre [Gr]. Hoy lo más común es **butillo** [Gr; Ra].

cabaña. f. Estructura que protegía del viento y la lluvia al pastor que dormía en el campo junto al ganado. [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U]. También se dice **cabana** [Fr]. 2. f. Conjunto de rebaños que realizan juntos la trashumancia [Fr; Gr; Ra; Ma; Me].

cabañal. m. Montón de leña [Fr; Gr; Me; Ra]. También *medero*.

cabeciaz. m. Cabezazo, golpe dado con la cabeza [Gr].

cabriada. f. Rebaño de cabras [Gr; Ma; Me; Ra].

cacaforra. f. Pedo de lobo, hongo silvestre (*Lycoperdon* spp. y similares) [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

cachapeiro, -a. adj. Se dice de la persona bruta, ordinaria [U].

cacharro. m. Recipiente de barro de cualquier tipo, generalmente procedente de Moveros [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

cachuelo, -a. adj. col. Natural de Grisuela [U].

caduerna. f. Parte más gruesa de la jara, que incluye la parte inferior del tronco y las raíces [Ma; Me].

caja. f. Ataud [Me; U].

calambuche. m. Botijo [Gr].

calderizo. m. Barra de hierro que se atraviesa en el interior de la chimenea y de la que cuelgan las llares [Ma].

caleja. f. Callejuela, calle estrecha [Fr; Ma; Me; Ra].

calienda. f. Canal que conduce el agua desde el cauce de un arroyo o río hasta la presa de un molino de agua. Algunos molinos cuentan con otro canal mucho más corto, también así llamado, que tras salir el agua del molino la devuelve a ese mismo río o arroyo [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

caluestro. m. pl. Calostro, primera leche de una hembra recién parida [U].

cambicio. m. Timón del trillo, pieza que lo comunica con el yugo [U].

cambones. m. pl. En el molino de agua, pieza de madera que cubre las muelas [Ra].

canal. f. Espacio por el que entra en el molino el agua contenida en la balsa aneja [Me].

canaleja. f. En los molinos de agua, canal de madera por el que el grano que sale de la tolva cae a las muelas [Gr; Ra].

canastro. m. Cesta de grandes dimensiones [Ra]. También *banastra*.

cangayo. m. Porción de un racimo de uvas [Gr].

cango. m. Porción de un racimo de uvas [Gr; Ra].

cangrejera. f. Retel, utensilio empleado para pescar cangrejos [Me; Ra; U]. También se denomina *garlito*.

canjeo. m. Intercambio de grano por harina [Gr; Me].

cantarina. f. pl. Ombligo de Venus (*Umbilicus rupestris*) [Ra]. Ver *botijero*.

cantería. f. Piedra de material granítico labrada para su uso en una construcción [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

cantero. m. Pequeña porción de una huerta [Me; Ra].

cantiago. m. Cabrio, madero que se coloca encima de las vigas del tejado y que sirve como soporte al entablillado en el que se apoyan las tejas [Gr]. También se dice **cantiao** [Gr; Ma; Ra].

cañafina. f. Planta umbelífera de grandes dimensiones y flores amarillas (*Thapsia villosa*) [Fr; Gr].

cañifrieja. f. Planta umbelífera de más de un metro de altura que habita en zonas húmedas, de flores blancas y tallo jaspeado [Me].

cañilero. m. Saúco (*Sambucus nigra*) [Gr; Me; Ra]. Se usa asimismo la variante **cañolero** [Ma].

cañiza. f. Estructura rectangular, normalmente mucho más ancha que alta, construida con tablas o palos entrecruzados y utilizada a modo de puerta para las fincas [Gr; Ma; Me; Ra; U]. 2. f. Pieza semejante a la anterior que, unida a otras idénticas, constituyen en su conjunto un redil o *chiquero*. Las *cañizas* que se usan en la actualidad son de hierro [Fr; Gr; Ma; Ra; U].



Cañiza (Ufones).

carbizo. m. Mata de roble, de menor tamaño que una *trampa* [Ma; Ra].

cardón, -ona. adj. Se dice del animal que tiene el pelaje grisáceo [Ma].

cargadera. f. Apero agrícola, con mango de madera y varias púas de metal en su extremo, utilizado para mover el estiércol [Gr; Ra]. En otros pueblos recibe el nombre de *tornadera*.

cariar. tr. o prnl. Dispersar, extender [Gr].

carnizuelo. m. Cornezuelo del centeno (*Claviceps purpurea*) [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

carolo. m. Currusco, extremo de un pan [Gr; Ma; Me].

caronjo. m. Carcoma [Me].

carqueisa. f. Carquesia (*Genista tridentata*) [Gr; Ma; Ra].

carrancas. f. pl. Collar con púas que protege a los perros de la mordedura de los lobos [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

carrapito. m. Encina joven [Fr; Gr]. También **garrapito** [Ra]. Es sinónimo de *carrasco*.

carrasco. m. Encina joven [Gr]. Ver *carrapito*.

carrera. f. Hilera de plantas cultivadas [Fr]. 2. f. Procesión del vía crucis [U].

carreto. m. Movilización de varios carros de distintos propietarios en favor de un vecino del pueblo que necesita transportar piedras, vigas o barro para una construcción [Gr; Ma; Me; Ra; U].

caruña. f. Hueso de la aceituna y otros frutos similares [Ra]. Una variante es *cuña* [Ma].

cascabuyo. m. Cúpula de la bellota [Gr; Me; Ra].

cascayar. intr. Desovar los peces, sobre todo las *sardas* [Ma; Ra; U].

caseta. f. Construcción tradicional de piedra situada fuera del núcleo urbano y destinada a guardar el ganado, sobre todo en invierno [Gr; Ma; Ra; U]. Recibe otros nombres, como *parición* o *corrala*.

castaño. m. Castaño (*Castanea sativa*) [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

castrón. m. Macho cabrío castrado [Ma; Me; Ra].

catre. m. Cama portátil utilizada por los pastores para dormir en el campo junto al ganado. Estaba constituida por un armazón simple de madera sobre el que se colocaban sacos llenos de paja, a modo de cochón [U].

cayata. f. Cayado, bastón [Fr; Ma; Ra; U]. También se emplea la variante masculina **cayato.** m. [Fr; Gr; Ra; U].

cemba. f. Montón de un producto apilado, normalmente paja, hierba segada o nieve [Ra].

cenceño. m. Fenómeno meteorológico provocado por la congelación del agua de la niebla y que se asemeja a una nevada de poca intensidad [Ra].

cencerrada. f. Acto de presión e incordio que realizaban los *mozos* de un pueblo, haciendo sonar cencerros, sobre el *mozo* foráneo que se negaba a pagar el *piso* [Ra; U].

centinela. m. Participante en un *ojeo* cuya función es evitar que los lobos salgan del cerco que se les tiende [Ma; Me; Ra; U].

cepa. f. Cepa de brezo (*Erica* spp.) [Me].

cepo. m. Pieza de madera, más alta en su parte central, con dos orificios en los que encajan las patas de dos *cañizas* inmediatas del *chiquero*, permitiendo que estas *cañizas* permanezcan en pie [Gr].

cerandeja. f. Recipiente de barro similar a la *barrila* pero con un filtro del mismo material en el cuello [Gr].

cerezal. f. Cerezo (*Prunus avium*) [Ra].

cerute. m. Ládano, sustancia pegajosa que cubre la superficie de las jaras [Fr; U].

céspedede. m. Césped [Ma; Ra].

cesta. f. Bozal de las vacas [Fr; Ma].

chaborcar. intr. Remover el agua de un charco, normalmente pisoteándolo, provocando así que se mezcla con el barro del fondo y se enturbie [Ra].

chaguazo. m. Jaguarzo (*Halimium umbellatum*) [Me; Ra].

changarro. m. Cencerro de ovejas y cabras [U].

chapaza. f. Compuerta del molino de agua que, cuando se cierra, impide que el agua haga mover el *rodreno* [Me].

chapazal. m. Terreno pantanoso [U].

charro, -a. adj. Antiguo, castizo, tradicional [U].

chicharra. f. Cigarra [Gr; Ma]. 2. f. Pequeño agujero, practicado furtivamente por un regante en una *poza* de riego, que permitía salir al agua que después dirigía hacia su huerta [Ma].

chilla. f. Conjunto de tablas de un tejado, sobre el que se asientan las tejas [Fr; Ra].

chiquero. m. Redil para guardar las ovejas [Fr; Ma; Ra].

chirincho. m. Cenizo, mala hierba de los cultivos (*Chenopodium album*) [U].

chiscar. tr. o intr. Encender fuego [Fr; Me].

chispa. f. Rayo de tormenta [Fr].

chito. m. Objeto que se golpea en el juego de *la china* [U].

chivitero. m. Pequeña construcción de piedra para guardar cabras o cabritos [Ma].

chola. f. Calzado típico de la comarca, de *material* y suela de madera, a la que solía añadirse una herradura, sustituida en sus últimos años de uso por un trozo de *goma* que procedía normalmente de un neumático [Gr; Ra].

churrulliz. f. Triguero (*Miliaria calandra*) [Ra].

cibiaco. m. Alimento que portan las aves en el extremo del pico para alimentar a sus crías [Ra].

ciélamo. m. Cieno [Me; Ra].

cima. f. pl. Parte alta y más menuda de la jara, utilizada como cama para el ganado [Fr; Me]. 2. f. Capa del tejado, constituida por jara menuda, que se coloca encima del *monte* y debajo de las tejas [Ra]. Ver *monte*.

cirigüeña. f. Celidonia, planta medicinal (*Chelidonium majus*) [Gr; Ra; U].

coco. m. Gusano [Fr; Gr; U].

cogorniz. f. Codorniz (*Coturnix coturnix*) [Ma]. Parece una variante de la denominación castellana, porque en estos pueblos los nombres populares de esta ave son del tipo *cuazcallada*, *paspallata*, etc.

cogüelmo. m. Colmo de un recipiente [Gr].

colar. intr. Dejar caer el grano la muela inferior por su hueco central, yendo a parar al agua [Ma; Ra; U].

colebra. f. Culebra de agua [Fr].

colebrón. m. Herpes zóster [Gr].

columbio. m. Columpio [U].

compostura. f. Conjunto de labores encaminadas al mantenimiento y puesta a punto de los molinos de agua [Gr; Ra].

compreto, -a. adj. Completo [Fr].

común. m. Terreno compartido por dos o más localidades vecinas [Ra].

conejera. f. Madriguera donde crían los conejos [Fr].

confrade. m. Cofrade [Gr; Ma; Me; Ra; U].

confradía. f. Cofradía [Fr; Gr; Ma; Me].

confrentar. tr. Confrontar [Gr].

contesta. f. Contestación, respuesta [Me].

contrahoja. f. Hoja que no está siendo cultivada en el año [Fr; Gr; Me; Ra].

a contrahoja. loc. adv. Se dice del cultivo que se realiza en la hoja que está descansando en el año [Ma; Ra].

corazoncillo. m. Hipérico, planta medicinal (*Hypericum perforatum*) [Ra; U].

corchero. m. Variedad de garbanzo, caracterizada por su gran tamaño [Ma].

cordón. m. Línea de *ojeadores* que espantan y dirigen al lobo en los *ojeos* [Ma; Me; Ra].

cormena. f. Colmena [Fr; Gr].

corrala. f. Construcción tradicional de piedra situada fuera del núcleo urbano y destinada a guardar el ganado, sobre todo en invierno [Gr; Ra]. Se llama también *parición* y *caseta*.

corre. f. Aro [Gr; U].

correccarril. m. Cogujada (*Galerida* spp.) [Gr].

corredor. m. Balcón [Ra].

cortada. f. Cortadura, corte practicado en alguna parte del cuerpo [Ra].

corteja. f. Pocilga, lugar en el que se crían los cerdos [Fr; Gr; Me; Ra; U].

cortina. f. Finca cercada por una *pared*, situada normalmente en las inmediaciones del núcleo urbano y destinada a distintos cultivos de secano [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].



Cortina (Fradellos).

costana. f. y pl. Adral, cada uno de los laterales del carro [Me; Ra].

costra. f. Corteza del pan [Ra].

cotar. tr. Acotar, prohibir durante un tiempo el aprovechamiento en un espacio vecinal [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

cotorro. m. Cerro, elevación pronunciada del terreno [Fr; Gr; Me; Ra].

crima. m. Clima [Gr].

crista. f. Cresta [Gr].

cuazcallada. f. Codorniz (*Coturnix coturnix*) [Ra]. Ver *paspallata* y otras variantes de origen onomatopéyico.

cubo. m. Balsa aneja a un molino de agua, que actúa como depósito para abastecerlo [Me; Ra; U]. 2. m. Espacio por el que entra en el molino el agua contenida en dicha balsa [Fr; Gr; Ma].

cuchare. f. Cuchara [Ra].

cuchino. m. Cerdo [Gr; Me; Ra; U].

cuco, -a. adj. col. Natural de Fradellos [Gr; Ma; Me; Ra].

cudeso. m. Codeso (*Adenocarpus complicatus*) [Ma].

cuelmo. m. Haz de paja [Gr; Ma; Ra].

cuincar. int. Emitir gruñidos los cerdos [Me]. Se dice también **cuyincar** [Me].

cuitadico, -a. adj. y m. o f. Pobrecito, infeliz, digno de lástima [Me].

cuitao, -ada. adj. y m. o f. Pobre, infeliz, digno de lástima [U].

culebrón. m. Culebra de tierra [Fr].

curdero. m. Cordero [Ma].

curuja. f. Lechuza, ave rapaz nocturna (*Tyto alba*) [Me].

dedales. m. pl. Dedalera (*Digitalis purpurea*) [Ra].

dediles. m. pl. Flores de la dedalera (*Digitalis purpurea*) [U].

delantre. adv. Delante [Fr; Me].

deprender. tr. Aprender [Gr].

desalación. f. Exhalación, cosa que pasa muy rápido [Gr].

despertar. intr. Empezar a fermentar la masa del pan [Gr; Ma; Ra].

desarar. tr. Arar el terreno, una vez sembradas las patatas, para eliminar malas hierbas [Gr].

descargadera. f. Apero agrícola, con mango de madera y varias púas curvadas de hierro en su extremo, utilizado para descargar el estiércol del carro [Gr]. También se conoce como los *guinchos*.

descascar. tr. Descortezar un árbol [Gr].

descotar. tr. Desacotar, retirar un acotamiento, normalmente en un espacio vecinal [Fr; Gr; Ma; Me].

desgüear. intr. Desovar, poner huevos los peces [Me]. También **esgüear** [Fr]. Parecen variantes de la voz castellana, siendo la denominación popular *cascayar*.

desojao. m. Lecho o suelo de un carro [Me].

diferencia. f. Diferencia [Ra].

dir. intr. Ir [Fr; Ma].

dispués. adv. Después [Gr; U]. También **dipué** [Fr; Gr].

doloncilla. f. Comadreja (*Mustela nivalis*) [Fr; Ma]. Otras variantes son **doronciella** [Gr; Ra] y **dulunciella** [Ra].

dondio, -a. adj. Blando, referido normalmente a un alimento [Gr; Ma; Me; U].

dovillo. m. Ovillo [Gr; Ma].

duña. f. Turno, vez [Ma].

ejempro. m. Ejemplo [Gr].

embodonarse. prnl. Pringarse, sobre todo con barro [U].

empozarse. prnl. Encharcarse un terreno [U].

emprncipiar. tr. o intr. Comenzar [Gr].

empurriscarse. prnl. Tregar, encaramarse [Ra; U].

enaguarse. prnl. Anegarse, inundarse [Ma; Ra].

encalcar. tr. Presionar sobre algo para comprimirlo, dejando así más espacio libre [Ra].

encañar. tr. Entablillar, normalmente con una *cima* de jara, las patas fracturadas de los animales domésticos [Fr].

- encaño.** m. Vencejo de pajas de centeno usado para atar los *manojos* [Fr].
- encargao.** m. Mayoral, coordinador de una *cabaña* trashumante [Fr]. También *amo* y *jefe*.
- encendajas.** f. pl. Leña menuda empleada para encender fuego [Fr]. También *encendayas* [Ra].
- encetar.** tr. Empezar, sobre todo un alimento [Ma; Ra].
- engargallar.** tr. Machihembrar, ensamblar dos piezas que encajan una en la otra [Ma; Ra].
- engarrarse.** prnl. Pelearse [Ra].
- enguila.** f. Anguila (*Anguilla anguilla*) [Ra; U].
- enllagar.** tr. Sumergir el lino en el agua [Ra].
- enllena.** f. Riada, crecida de un río [U].
- enllenar.** tr. o prnl. Llenar [Ra].
- enrevelarse.** prnl. Darse cuenta de algo. Venir a la mente una idea [Ma; Ra].
- enriedo.** m. Enredo, lío [Ra].
- enrudiar.** tr. o prnl. Enrollar, envolver, enredarse [Me; Ra; U].
- entelao, -ada.** adj. Que tiene el vientre hinchado por haber comido más de la cuenta o por meteorismo. Acontece con frecuencia en las vacas [Me].
- entoñar.** tr. Enterrar [Ma].
- entorona, -ada.** adj. Aterido, que tiene mucho frío [Ma].
- entremozo.** m. Altramuz [Fr].
- entrepán.** m. Pradera comunal que se encuentra entre tierras sembradas, o conjunto de todas las praderas comunales de la *hoja* que se encuentran

en esa situación [Fr; Gr; Me; Ra]. 2. m. Aprovechamiento a diente que se hace de estas praderas a comienzos del invierno [Gr].

entruejo. m. Carnaval [Fr; Me].

entumbiar. tr. Cubrir con tierra [Ma; Me; Ra].

enturona, **-ada.** adj. Que tiene mucho frío [Ra].

envinada. f. Cambio en la coloración del agua que se produce cuando se han introducido en ella *escajas* de lino [Me; Ra; U].

envolcar. tr. o prnl. Volcar [Ma; Me].

envolver. tr. Mezclar o combinar elementos de distinta clase [Gr; Me].

esbarriarse. prnl. Tumbarse en el suelo [Me; Ra; U].

esbrujar. tr. Permitir la salida del agua de una presa de riego [Ra].

escabeche. m. Escabechado de jureles o chicharros [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

escaja. f. Manojos de plantas de lino [Gr; Ra].

escajar. tr. Descuajar, arrancar de raíz, especialmente árboles jóvenes y matorrales, con el fin de entresacar un monte alto, convertirlo en pradera o cultivarlo [Gr; Ma; Ra; U]. Ver *estojar*.

escallo. m. Bordallo, cachuelo o gallego, pez de río (*Squalius carolitertii*) [Fr; Me; Ra; U].

escañar. tr. Desaguar, drenar, permitir la salida del agua donde se ha retenido [Gr; Me].

escoba. f. Retama (*Cytisus* spp) [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

escornar. tr. Embestir una vaca [Me].

escular. intr. Salir, una persona o un animal que se desplaza, del campo de visión del observador [Ra].

escurecer. intr. Oscurecer [Gr].

esfaltar. tr. Asfaltar [Gr; Ra].

esfarrapar. tr. Romper, destrozar [U].

esgarrar. tr. Desmantelar los *vivales* de los conejos [Me].

esgranizar. intr. Granizar [Fr].

esgrietar. prnl. Agrietarse [Gr].

esleto, -a. adj. Absorto, con toda la atención puesta en lo que observa [U].

esmundadero. m. Lugar en el que se observan abundantes restos de comida por haberse dado allí un festín personas o animales [Ra].

espadar. tr. Golpear el lino con una *espadilla* para separar la fibra de la estopa [Fr; Ma].

espadilla. f. Utensilio de madera usado para *espadar* el lino, constituido por un mango y una especie de pala afilada por uno de sus laterales [Ma].

esparigir. tr. Esparcir [Ra].

esperriar. tr. o intr. Expulsar con fuerza el contenido de la boca [U].

espinamoro. m. Espino albar (*Crataegus monogyna*) [Ma]. También *espino moro* [Gr; U].

espino de hacer lumbre. m. Planta leñosa, con espinas y flores amarillas, muy frecuente en los robledales (*Genista falcata*) [Ma]. En otras localidades se denomina *pinjamouro*, *piñamoro*, etc.

espintiar. intr. Lloviznar [Me].

espricar. tr. Explicar [Gr].

estaca. f. Palo largo que en su extremo se bifurca en dos y se utiliza para desplazar la leña que arde en el interior del horno [Me; Ra]. 2. f. Palo largo que en su extremo se bifurca en dos y se utiliza para sacar el pan del horno [Gr; Ma].



Espinamoro, espino moro o mayolino en flor.

estacada. f. Punto en el cual un tallo o rama se bifurca. Aquel en el que el tronco de un árbol se separa en las dos ramas principales se denomina *la primera estacada* [Gr; Ra].

estagayarse. prnl. Dispersarse el ganado cuando se encuentra alborotado [Ra].

estozar. tr. Descuajar, arrancar de raíz, especialmente árboles jóvenes y matorrales, con el fin de entresacar un monte alto, convertirlo en pradera o cultivarlo [Ma; Ra]. Ver *escajar*.

estrébedes. f. pl. Trébede, parrilla circular [Ra].

estreocar. tr. Estercar, fertilizar un terreno con abono animal [Gr].

estropiar. tr. o prnl. Estropear [Fr; Me].

estrumo. m. Materia vegetal en descomposición. El que se echaba en los corrales, al mezclarse con los excrementos del ganado, se empleaba como abono [Ra].

faceira. f. Hoja que está siendo cultivada en el año y especialmente, dentro de ella, la parte en la que se encuentran las tierras de labor [Gr]. Hoy es más común **facera** [Ma; Me; Ra; U].

facismo. m. Fascismo [Ma].

facista. adj. Fascista [Gr; Ma].

faleito. m. Helecho [Fr; Gr; Me; Ra; U].

fardela. f. Bolsa de tela [Gr].

farina. f. ant. Harina [Gr].

farneiro. m. En el molino de agua, recipiente al que cae la harina recién molida [Gr]. Otras variantes son **farnero** [Ra] y **farniero** [U].

farrapo. m. Harapo, prenda de vestir de escaso valor [Fr; U].

farraspas. f. y pl. Copos de nieve que caen de manera dispersa [Gr; Ra].

fato, -a. adj. Ingenuo, lerdo. [Gr].

feder. intr. Heder, desprender mal olor [Ma].

feije. m. Haz atado de hierba segada o de otras plantas [Fr; Gr; Ma; U]. También se escucha **feje** [Ra].

ferraña. f. Centeno u otro cereal cultivado en *cortinas* y huertas para alimento en verde del ganado [Gr; Ra; U].

filandar. m. Reunión nocturna de mujeres para hilar [Gr]. También **hilandar** [U] e **hilandero** [Fr].

fincar. tr. Hincar [Fr].

fincón. m. Mojón, piedra grande y plana, normalmente de pizarra, que se clava en el suelo para establecer el límite de una propiedad [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

finconada. f. Hilera de *fincones* [Gr].



Finconada (Mellanes).

fiyuela. f. Dulce hecho a partir de una masa (con huevo, harina y azúcar) que se fríe en la sartén y a la que después se añade azúcar por encima. Era típico del *día Entruejo* [Fr; Ra].

flaire. m. Fraile [Ra].

fol. m. Gaita, instrumento musical de viento que incluye una bolsa para almacenar el aire aportado por el intérprete [Ma; Ra].

folisca. f. Nevada leve con copos pequeños que caen de manera dispersa [Ma].

forno. m. ant. Horno [Gr].

fréjol. m. pl. Judía verde [Ma; Me; U].

freno. m. Fresno (*Fraxinus angustifolia*) [Fr; Gr; Me; Ra].

frol. f. Flor [Gr].

fucino. m. Hocico, sobre todo el del cerdo [Gr; Ra].

furar. tr. Agujerear, perforar, horadar [Ra].

furasaco. m. Gramínea silvestre de pequeño tamaño que se cría entre el cereal y cuyas aristas son capaces de atravesar la tela de los sacos [Ma; Ra].

furco. m. Medida de longitud correspondiente a la distancia entre el extremo de los dedos índice y pulgar cuando se encuentran extendidos [Ra].

furganero. m. Palo largo utilizado para remover las brasas del interior de un horno [Ma].

fuyimiento. m. Enfermedad del trigo que evita que su espiga grane y provoca que tome un color negruzco [Gr].

gadaño. m. Guadaña [Ma; Ra; U]. **a gadaño.** loc. adv. Se dice de la siega de la hierba con guadaña [Ma].

gaja. f. Rama de un árbol [Fr; Ma; U]. También **gaya** [Gr].

galatón. m. Cárcava producida por la escorrentía de lluvias intensas [Me].

galaza. f. Vaguada [Fr; Me; Ra; U].

gallo. m. Celebración, convite al que se invitaba a los amigos y familiares que habían ayudado en la siega, la trilla y la *limpia* [Gr; Ma; Ra].

ganao. m. Rebaño de ovejas [Gr].

garañuela. f. Grupo de pajas de centeno usadas para atar los *manojos* [Ra].

garduñeira. f. Cepo, trampa para cazar animales [Gr]. También **garduñera** [Gr; Ra; U].

gargalleira. f. Chorro o corriente de agua [Gr]. La variante más común es **gargallera** [Fr; Gr; Me; Ra].

gargallo. m. Ensamble, parte de una pieza que le permite encajar en otra [Ra].

garlito. m. Retel, utensilio para pescar cangrejos [Ma; Ra]. También recibe la denominación de *cangrejera*.

garrar. tr. Coger, sujetar, atrapar [Gr].

gasoi. m. Gasoil [Me].

gatina. f. Gatuña, planta pinchuda muy frecuente en las praderas (*Ononis spinosa*) [Ra; U].

gaviar. tr. Abrir zanjas en una finca para drenarla [Ra].

gavilucho, -a. adj. col. Natural de Bercianos [Fr].

gavilla. f. Haz de cereal segado, todavía sin atar [Ma; Ra].

geijo. m. Piedra de material cuarcítico, normalmente de color blanco [Ma]. También **gejo** [Ra].

gestiar. intr. Sestear el ganado [Gr]. También **sestiar** [Fr; Gr; Ra; U].

gestil. m. Zona en la que acostumbra a sestear el ganado [Gr]. Actualmente es más frecuente **sestil** [Fr; Gr; Ma; Ra].

gilar. tr. Vigilar visualmente a otra persona [Me].

gorja. f. sing. o pl. Garganta [Fr; Gr; Ra; U].

graja. f. Grajilla (*Corvus monedula*) [Ma; U]. 2. f. Arrendajo (*Garrulus glandarius*) [Me]. También *grajo* y *paujaro*.

grajo. m. Arrendajo (*Garrulus glandarius*) [Ma; Ra; U]. También *graja* y *paujaro*. 2. m. Cuervo (*Corvus corax*) [Fr; Gr; Me].

grajo, -a. adj. col. Natural de Matellanes [U].

grana. f. Semilla [Fr; Gr; Ma; Me; Ra].

granao, -ada. adj. Se dice de la planta que tiene semillas maduras [Me].

guadera. f. Canal para el riego de las praderas comunales [Gr].

guardamontes. m. Guarda forestal, agente medioambiental [Ma; Me; Ra; U].

guaza. f. Hogaza de Pan [Gr; Ma; Me].

gobierno. m. Gobierno [Fr].

güerar. tr. o intr. Incubar un ave [U].

guincha. f. pl. Aperero de labranza utilizado para cavar, con mango de madera y dos dientes de hierro en su extremo. Al otro lado puede o no tener una pequeña azada [Fr; Gr; Me; Ra; U].

guinchos. m. pl. Aperero agrícola, con mango de madera y varias púas curvadas de hierro en su extremo, utilizado para descargar el estiércol del carro [Gr]. Se denomina igualmente *descargadera*.

guipar. tr. Observar a otra persona, advertir su presencia normalmente sin ser detectado [Gr].

gurriateiro. m. Vendedor ambulante de cerdos, cuya actividad se desarrollaba sobre todo en las ferias de ganado [Gr].

habere. aux. o imp. Haber [Fr].

habra. m. Habla, acción de hablar [Gr].

habrar. intr. Hablar [Gr].

hacha. f. Vela utilizada en ceremonias religiosas [Ra].

habilidad. f. Habilidad [Gr].

herrada. f. Cubo, caldero [Fr; Me; Ra].

herraña. f. Centeno u otro cereal cultivado en *cortinas* y huertas para alimento en verde del ganado [Gr; Fr; Ma; Me].

hespiciano. m. Hospiciano [U].

hespicio. m. Hospicio [U].

higuaño. adv. ant. Este año [Gr].

hoja. f. Cada una de las dos partes en que se divide un término, cultivándose una u otra en años alternos [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

hojas. f. pl. Hojarasca de roble que se mezclaba con los excrementos de los animales domésticos para producir abono [Gr].

hornazo. m. Pan relleno de trozos de chorizo y tocino [Fr; Ma; Ra]. En otras localidades recibe el nombre de *bolla*.

hortelana de burro. f. Mastranzo (*Mentha suaveolens*) [U].

hullín. m. Hollín [Ra].

icesa. f. Lanza del carro [Ma].

iglesia. f. Iglesia [Fr; Gr].

intierro. m. Entierro [U].

irizo. m. Erizo (*Erinaceus europaeus*) [Gr].

ivierno. m. Invierno [Fr; Ma; Me].

jara jarabal. m. Jara de hoja ancha (*Cistus laurifolius*) [Me].

jato, -a. m. o f. Ternero [Fr; Gr; Ma; Me; Ra].

jefe. m. Mayoral, coordinador de una *cabaña* trashumante [Me]. Igualmente se denomina *amo* y *encargao*.

joldria. f. Juerga, algarabía [Ra].

juguete. m. Piedra esférica, canto de río [Ra].

lamber. tr. Lamer [Me].

lata. f. Tierra de cultivo de pequeñas dimensiones, normalmente larga y estrecha [Me]. La denominación más común es *llata* [Fr; Ra]. 2. f. Capa, formada por varas de chopo, que forma parte del tejado. Se coloca sobre los *cantiaos* y bajo el *monte* de jara [Ma]. Ver *monte*.

latilla. f. Tabla horizontal de una *cañiza* [Fr; Ma]. También **llatilla** [Gr].

lichuga. f. Lechuga [Me].

limpia. f. Acción de aventar o *limpiar* el cereal [Ma; Me; U].

limpiar. tr. o intr. Aventar, separar el grano de la paja [Gr; Me; Ra].

lino de raposa. m. Planta silvestre utilizada, al igual que el lino, para *encalar* paredes (*Agrostis* sp.) [Gr].

lizaz. m. Cimiento de una construcción [Ma; Ra]. También **llizaz** [Gr].

llagona. f. Laguna [Gr; Ra].

llamber. tr. ant. Lamer [Me]. 2. tr. ant. Rebañar, aprovechar al máximo [Me].

llamera. f. Pradera de propiedad privada, similar a un prado pero sin cercar y normalmente de menores dimensiones, delimitada únicamente por *marcos* [Gr; Fr; Ma; Me; Ra; U].

llares. f. pl. Cadena utilizada para colgar la caldera sobre la *lumbre* [Ma; Ra].

llastro. m. Piedra plana [U].

llastrón. m. Trampa para atrapar conejos que consiste en una piedra plana y pesada que se coloca ligeramente inclinada, apoyando sobre una serie de palos, para que caiga sobre la presa [Gr].

llatilla. f. Ramaje, normalmente de jara aunque también se utilizaban varas de chopo, empleado en la construcción de los tejados. Se colocaba sobre los *cantiagos* y debajo de las tejas [Gr].

llato. m. *Llata* pequeña [Ra].

llobo. m. ant. Lobo (*Canis lupus*) [Gr].

llodo. m. Lodo [Ma].

llogar. tr. ant. Alquilar, arrendar [Fr].

llonjón. m. ant. Trampa para atrapar conejos que consiste en una piedra plana y pesada que se coloca ligeramente inclinada, apoyando sobre una serie de palos, para que caiga sobre la presa [U]. La variante más común hoy es **lonjón** [Ma; Me; U].

llorga. f. Oquedad subacuática en la que se ocultan peces y cangrejos [U].

llorigón. m. Rata [Gr; Ma; Ra]. También **llurigón** [Fr] y **lorigón** [Ma; Me; Ra; U].

lobada. f. Ataque de los lobos al ganado [Gr; Me; U].

loga. f. Loa, texto laudatorio normalmente en honor a un santo [Ma; U].

lonja. f. Piedra plana, de pizarra, utilizada tradicionalmente para tejar [Fr; Gr; Ma].

lubino. m. Bulto que les salía con frecuencia a las vacas [Gr].

lucierna. f. y pl. Resplandor que emiten los ojos del lobo en la oscuridad [Gr].

luego. adv. Inmediatamente [Ra].

lumbre. f. Hoguera [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

machao. m. Hacha [Gr].

machinal. m. Mechinal, agujero situado en una pared [Ra].

madre del agua. f. Piedra hincada en el terreno, similar a un *fincón*, que al ser retirada permite la salida del agua desde la *calienda*, retornando al río y evitando así que llegue al molino [Ra].

mancamula. f. Planta pinchuda (*Centaurea calcitrapa*) [Ma; Me; Ra; U].



Mancamula.

mancarse. prnl. Lastimarse, hacerse daño [Ma; Ra; U].

mandar. tr. Ofrecer, a quien vende, una cantidad de dinero para comprarle algo [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

maniega. adj. Se dice de la vaca que, por costumbre, solo es capaz de trabajar cuando se coloca en uno de los dos lados del yugo [Ra].

manejo. m. Haz atado de cereal segado [Fr; Gr; Ma].

manquera. f. Dolor de huesos, músculos o articulaciones [Ma].

manzanal. f. Manzano (*Malus domestica*) [Me; U]. También **mazanal** [Gr].

mañuzo. m. Haz de hierba segada o de otras plantas [Gr].

marco. m. Mojón que delimita una finca privada constituido por un grupo de piedras [Ma; U].



Marco.

marón. m. Carnero, macho de la oveja [U].

marra. f. Hito de piedra que establece el límite entre dos términos [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U]. 2. f. Mazo, martillo de grandes dimensiones [Fr; Gr; Ra].

marrano. Viga maestra en la que se apoyan otras vigas. Es la que soporta el peso de todo el tejado [Ra].

material. m. Cuero, piel curtida de un animal a la que se da diversos usos [Gr; Me; Ra].

matuquera. f. Mata espesa de un vegetal [Ma].

mayar. tr. Majar, golpear un vegetal seco como el lino, el cereal o los garbanzos [Fr; Gr; Ma].

mayolino. m. Espino albar (*Crataegus monogyna*) [Me; Ra]. 2. m. Fruto del espino albar [Fr; Gr; U]. También **mayulino** [Gr; Ra].

mayordomo. m. Vecino encargado de tocar las campanas así como de que la iglesia esté en las condiciones que requieren los distintos actos litúrgicos [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

mazaroca. f. Mazorca, hilo enrollado en el huso [Fr; Gr].

meda. f. Montón de manojos, de base circular y hueco en el centro, que se colocaba en la era. La parte superior era similar a un tejado a dos aguas [Fr; Ra; U].

medero. m. Montón de leña [Ma; U]. En otros pueblos se denomina *cabañal*.

media. f. Contribución que debían pagar los *rapaces* a los *mozos* en el momento en el que pasaban a ser *mozos* también ellos, y que consistía en media cuartilla de vino [Gr].

media luna. f. En los molinos de agua, aparato que permite levantar las muelas para poder *picarlas* [Me; Ra].

mejore. adj. o adv. Mejor [Me].

mela. f. Marca que se coloca en las ovejas para identificar el rebaño al que pertenecen [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U]. 2. f. Aparato metálico con el que se coloca esta marca [Gr; U]. 3. f. Marca que se practicaba anualmente junto a cada *marco* de una *llamera* para hacer visibles sus límites [Ma; U].



Mela.

melada. f. Supuración de las plantas [Gr].

meluca. f. Lombriz [Fr; Me].

meluja. f. Llovizna [U].

melujino. m. Planta acuática comestible (*Montia fontana*) [Gr; Ma; Ra].

mentres. conj. Mientras [Ma].

metá. f. Mitad [Me; Ra].

mielero. m. Miel producida en el interior de los tallos secos de las zarzas por un insecto volador de color oscuro y menor tamaño que una abeja [U].

miorla. f. Zorzal (*Turdus philomeros*) [U]. Ver *toda blanca* y *torda carriza*. 2. f. Mirlo (*Turdus merula*) [Ma]. También *torda* y *torda montesina*.

mofoso, -a. adj. Mohoso, que tiene moho [Ra; U].

mollego. m. Miga, parte interior del pan [Ma].

momio. m. Profundidad de la tierra de la que dispone un suelo [Me].

monte. m. Capa, formada por varas de chopo, que forma parte del tejado. Se coloca sobre los *cantiaos* y bajo la *cima* de jara [Ra]. Ver *lata*. 2. m. Capa del tejado, constituida por jara menuda, que se coloca encima de la *lata* y debajo de las tejas [Ma]. Ver *cima*.

morillo. m. Pieza de granito, de grandes dimensiones, que se coloca junto al fuego de las cocinas para proteger la pared [Me].

mora centenera. f. pl. Fruto de la zarza común (*Rubus ulmifolius*) [Ra; U].

mora montesina. f. pl. Fruto de *Rubus caesius* [Ma]. Ver *mora triguera*.

mora triguera. f. pl. Fruto de *Rubus caesius* [Ma; Ra; U]. Ver *mora montesina*.

mornal. m. Montón de manojos de cereal segado que se hace en las tierras antes de ser llevados a la era [Gr; Ra; U].

moucho. m. Mochuelo, ave rapaz nocturna (*Athene noctua*) [Fr].

muela. f. Piedra que muele el grano en un molino de agua [U].

muelo. m. Montón [Ra; U].

muezca. f. Muesca [Me].

muñica. f. Boñiga, excremento de las vacas [Fr; Me]. También *buesta*.

murgao/-ada. adj. Hijo único [Fr; Ra].

navija. f. En el molino de agua, pieza que permite regular la altura de la muela superior [Ra].

negrillo. m. Olmo (*Ulmus minor*) [Fr; Gr; Ma; Ra].

nieve buraqueira. f. Nieve fina que entraba a las casas, atravesando el tejado [Gr]. También *nieve buraquera* [Ma; Ra].

nubrao. m. Nublado, nube oscura [Gr].

ñalada. f. Conjunto de huevos que contiene un nido [Me].

ñalsa. f. Nasa, butrón. Artilugio de pesca hecho de *bimbria*, más o menos cilíndrico, aunque se estrecha en el extremo opuesto al de la boca por la que entran los peces [Fr].

obispo. m. Gobio, pez de pequeño tamaño (*Gobio lozanoi*) [U].

obrigar. tr. Obligar [Gr].

ojeador. m. Cada uno de los participantes en un *ojeo* que, desarmados, tratan de dirigir a las presas hacia la espera [Fr; Ma]. También *ojidor* [Gr].

ojeo. m. Batida [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

oquia. f. pl. Ranúnculo acuático (*Ranunculus* spp.) [Ra].

orniar. intr. Mugir una vaca [Gr; Ma].

otoño. m. Pasto que producen ciertos prados y praderas a finales de verano [Gr; Me; Ra; U].

paízo. m. Aro de paja sobre el que se colocaba la caldera [Ra].

pajarera. f. Trampa para cazar pájaros [Gr]. Ver *ballesta* y *pardalera*.

pájaro berrión. m. Cárabo (*Strix aluco*) [U].

pajero. m. Pajar, local en el que se almacena la paja y la hierba segada [Gr; Ma; Me; Ra]. También **payeiro.** m. ant. [Gr].

pala. f. Instrumento de madera utilizado para recoger la harina del *farniero* o *farnero* [Ra; U]. 2. f. Instrumento de madera utilizado para meter el pan en el horno y, en algunas casas, también para sacarlo [Gr; Ma; Me; Ra; U].



Pala de molino

paloma brava. f. Paloma torcaz (*Columba palumbus*) [Ma; Ra].

pan. m. Conjunto del cereal que está siendo cultivado en las tierras de labor que constituyen la *facera* [Fr].

papirote. m. Gordolobo, planta de grandes dimensiones (*Verbascum* spp.) [Fr; Me; Ra]. 2. m. Dedalera (*Digitalis purpurea*) [Gr; Me; Ra; U].

pardal. m. Gorrión [Fr; Gr; Me; Ra; U].

pardal, -la. adj. col. Natural de Rabanales [Fr; Me].

pardalera. f. Ballesta, trampa para cazar pájaros [Fr]. Ver *ballesta* y *pajarera*.

pared. f. Pared. [Fr; Gr; Ma; Ra; U].

pareja. f. Yunta, par de vacas uncidas para el trabajo [Gr; Ma; Ra].

parición. f. ant. (Ra). Construcción tradicional de piedra situada fuera del núcleo urbano y destinada a guardar el ganado, sobre todo en invierno [Fr; Gr; Me; Ra]. Recibe otras denominaciones, como *corrala* o *caseta*.

parro. m. Pato silvestre (*Anas platyrhynchos*) [Ra].

parvón. m. Montón de mies trillada que se va a *limpiar* [Fr; Ra; U].

pasal. m. Escalón, peldaño [Me; Ra].

pasando mañana. loc. adv. Pasado mañana. Si previamente se ha empleado la palabra *mañana*, entonces se dice simplemente *pasando* [Me].

paspallata. f. Codorniz (*Coturnix coturnix*) [Gr]. También **paspalleta** [Me] y **pazpallaza** [Ma]. Otra variante es *cuazcallada*.

pastiar. tr. o intr. Pastar, pacer [Fr; Ma; Me; Ra; U].

pastio. m. Pasto [Gr; Me; U].

patarra. f. Azada, apero de labranza utilizado para cavar [Gr; Ma; Me; Ra; U].

patera. f. Depósito en el que se almacena la ceniza que se va retirando de la cocina o del horno [Gr; Me].

paujaro. m. Arrendajo (*Garrulus glandarius*) [Gr]. También *graja* y *grajo*.

pechar. tr. Trancar, cerrar con llave una puerta [Me; U].

pedreira. f. Cantera [Gr]. También **pedrera** [Gr; Ma; U].

pedrés. adj. Se dice del pollo que dispone de bandas grises y blancas que se alternan [Ma].

pega. f. Urraca (*Pica pica*) [Gr; Ma; Me; Ra; U].

pego. m. Pollo de *pega* [Me; Ra].

pego, -a. adj. col. Natural de Ufones [Ma].

pejo. m. Montón de grano, normalmente de forma alargada, que se obtiene al *limpiar* la mies del *parvón* [Me; Ra; U].

pellejeiro. m. Persona que se dedica a comprar pieles [Gr]. También **pellejero** [Gr; U].

pellizo. m. Erizo, envoltura de la castaña [Gr].

perda. f. Pérdida [Fr; Gr].

pero. m. Pera, fruto del peral [Ra].

pernil. m. Alcaraván (*Burhinus oediconemus*) [Gr; Me]. También **pernilheiro** [Ra] y **pernilero** [U].

pernilla. f. Tabla vertical de una *cañiza* [Gr].

perro cariaador. m. Perro de pequeñas dimensiones, encargado de manejar al ganado bajo las órdenes del pastor [Ra; Ma; Me]. También **perro de queda** [Fr; Gr; Ma; Me; Ra].

perro de lobo. m. Perro de grandes dimensiones, encargado de proteger al ganado de los lobos [Ma; Ra; Me; Gr; Lob; Fr].

pecudar. tr. Interesarse por un bien con la intención de adquirirlo [Fr].

peto, a. loc. adv. A propósito [Me].

picachón. m. Pico, herramienta utilizada para picar en la roca [Me; U].

picanza. f. Alcaudón (*Lanius spp.*) [Fr]. También **picanzo.** m. [Ma].

picarro. m. Pico, herramienta utilizada para picar en la roca [Me].

piedra cebaleña. f. Piedra que se obtiene en la zona de Cebal [Fr; Gr; Ra].

piedra ferreña. f. Piedra de cuarcita [Fr; Gr; Ma; U].

piedra lonjeña. f. Pizarra, sobre todo aquella más oscura y que permite obtener *lonjas* [Fr; Ra].

piedra mollar. f. Piedra arenisca [Gr; Ma].

pieira. f. Dolencia que aparece en las pezuñas de las vacas [Gr; Ra].

pilmador. m. Curandero [Gr; Ra].

pilmar. tr. Curar una lesión [Ma].

pilo. m. Pilón, abrevadero para el ganado [Gr; Ma; Ra].

pilo pilotrín, al. loc. adv. Desnudo [U]. También se dice **a pilotrín** [U] y **en piluetro** [Fr].

pilón. m. Contrapeso de la romana [U].

pilloco. m. Mazacote, comida demasiado espesa o densa [Gr].

pimentero. m. Petirrojo (*Erithacus rubecula*) [Ra; U].

pina. f. Cuña [Fr; Gr; Ra].

pinar. tr. Introducir una cuña [Gr].

pinaza. f. Cada una de las piezas de madera que forman en su conjunto el aro interior de la rueda del carro [Fr].

pinjamouro. m. Planta leñosa, con espinas y flores amarillas, muy frecuente en los robledales (*Genista falcata*) [Ra]. Una variante es **piñamoro** [Me]. También se dice *espino de hacer lumbre*.

pintar. tr. Sentar bien [Ma; Ra; U]. 2. tr. Parecer, dar la impresión [Ra].

piñera. f. Cedazo, criba usada para cernir la harina [Gr; Me; Ra].



Piñera

piñerino. m. Planta gramínea usada para encalar paredes (*Agrostis* spp.) [Ra].

piojo, -a. adj. col. Natural de Lober [Fr].

piorna. f. Arbusto espinoso que forma matas densas y almohadilladas (*Echinopartum ibericum*) [Ra].

piorno. m. Arbusto espinoso (*Genista hystrix*) [Fr; Ra]. 2. m. Arbusto espinoso que forma matas densas y almohadilladas (*Echinopartum ibericum*) [Ma; U].

piqueta. f. Martillo utilizado para picar la muela del molino [U].

pisó. m. Impuesto que hacían pagar los *mozos* de un pueblo a todo *mozo* foráneo que tuviese una relación con una chica del pueblo [Ma; Ra; U].

pito. m. Pájaro carpintero [Me; Ra; U].

pladera. f. Pradera [Ra].

plao. m. Prado [Fr; Ma].

polla del agua. f. Gallineta, ave acuática (*Gallinula chloropus*) [Ra].

polvorino. m. Remolino de viento [Gr].

pontón. m. Hilera de piedras colocadas a pequeña distancia unas de otras y situadas dentro de un curso de agua de poca profundidad que permiten cruzarlo [Fr]. También **puntón** [Fr].



Pontón o puntón en el río Cebal (Fradellos).

porro. m. Palo para quemar en la lumbre. En la mayoría de los casos procede del tallo de una jara [Gr; Ra].

portillo. m. Tramo de la *pared* de piedra de una finca que se ha derrumbado y es preciso reconstruir [Ra].

postura. f. Puesta de sol [Ra]. 2. f. Ración de alimento que se da a las vacas [Ra].

poza. f. Balsa para el riego [Fr; Gr; Me; Ra; U]. 2. f. Balsa aneja a un molino de agua, que actúa como depósito para abastecerlo [Gr].

pozada. f. Cantidad de agua que almacena una *poza* o *zuda* [Ra; U].
pozadas. loc. adv. Se dice del funcionamiento intermitente del molino harinero, a partir únicamente del agua contenida en el *culo*, porque el río o arroyo que lo abastece dispone de escaso caudal [Ma; U].

pozo. m. Poza, zona de un río o arroyo en la que éste adquiere mayor profundidad [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

prátano. m. Plátano [Gr].

principiar. tr. Comenzar [Fr].

prindada. f. Multa impuesta a quien es sorprendido aprovechando recursos de otro término sin tener autorización para ello [Gr; U].

prindar. tr. Prendar, sancionar a quien aprovecha los recursos de otro término sin autorización [Gr; U].

pucheira. f. Recipiente de barro, similar a una cazuela, con dos asas y la boca muy ancha, utilizada para llevar la comida al campo, ya que permitía mantenerla caliente, y de la cual se solía comer también directamente [Gr]. También *puchera* [U].

pueblo. m. Pueblo, localidad [Fr].

puntera. f. Dulzaina, instrumento musical de viento [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

quilmo. m. Cantidad de alguna cosa que una persona carga, normalmente contenida en el interior de un saco sin que éste llegue a estar lleno [Ma; U].

quiñón. m. Porción de un bien comunal de la que dispone un vecino para su aprovechamiento particular [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

quiñonada. f. Grupo de *quiñones* de sembradura adyacentes [Gr; U].

raldiada. f. Paseo, vuelta [Gr; Ra].

ralo. adj. Se dice del huevo no fecundado [Me].

rallo. m. Gusano que ataca a las plantas de las huertas [Ra].

ramajada. f. Conjunto de espadañas y ramas de aliso que, a modo de red, se utilizan para pescar [Ra].

ramajo. m. Rama de un árbol con hojas [Ra; U].

rancura. f. Deseo, apetencia o gana de lo que no se tiene [Ra].

raneiro. m. En los molinos de agua, espacio en el que se encuentra el *rodreno* y por el que sale al exterior el agua que lo hace mover [Gr]. 2. m. Pescador de ranas [Gr]. También **ranero** [Ma; Me; Ra].

rapá, -aza. m. o f. Muchacho, chaval [Gr; Ma; Me; U].

rapaciada. f. Grupo de chavales [Ra].

raposa. f. Zorro (*Vulpes vulpes*) [Gr].

raposo, -a. adj. col. Natural de Flores [Fr].

rastrina. f. Huella que deja en la tierra lo que se ha arrastrado por ella [Ma].

rata. f. Topo (*Talpa occidentalis*) [Fr; Gr; Me; Ra; U].

raya. f. Límite entre diferentes territorios [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U]. 2. f. Pizarrín, pequeño fragmento de pizarra usado para escribir [Gr].

reblo. m. Grava, material de relleno constituido por piedras de pequeño tamaño [Gr].

rebollo. m. Piedra individual, canto [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U]. Una variante, menos habitual, es **regollo** [Ma].

rebullir. intr. Moverse, mostrar movimiento o vitalidad [Ma].

recramar. tr. Reclamar [Fr].

rede. f. Red [Ra; U].

redoblante. m. Caja, instrumento musical [Gr; Ma; Me; U].

refaldo. m. Piedra de pizarra, plana y grande, empleada como alero de tejado [Gr; Ma; Me; Ra].



Refaldos

reflán. m. Refrán [Gr; Me].

regadera. f. Canal de riego [Ma]. También se dice *aguadera*. 2. f. Canal para el riego de las huertas [Gr; Ra].

regador. m. Regadera, recipiente usado para regar [Me].

relampar. intr. Relampaguear [Gr].

relvar. tr. Arar un terreno que se encuentra de rastrojo [Gr; Ra].

reñón. m. Riñón [Ra; U].

repellar. tr. Revocar, revestir una pared [U].

repello. m. Revestimiento de una pared [U].

repuelgo. m. Cicatriz [Ma].

resgar. tr. Rasgar [Gr].

respigar. tr. Recoger las espigas que han caído al suelo tras haber segado [Ra].

respinchar. tr. o intr. Salpicar [Me].

restrojo. m. Rastrojo [Gr; Ma].

retirar. tr. Sacar una propiedad de una subasta una vez que ha salido a la venta [Fr; Gr; Ma; Me].

returar. tr. Roturar un terreno [Ma; U].

reveceiro. m. Persona que apoya al *vaqueiro* en el manejo del *revez* [Gr].

revecero. m. *Vacada* constituida únicamente por las vacas de trabajo [U]. También **revez** [Gr].

revenirse. prnl. Pasarse de su estado óptimo la masa del pan, dando lugar, tras su cocción, a un pan de sabor ácido [Gr].

reventar. tr. Permitir la salida del agua contenida en una *poza* para el riego de una huerta [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

reventón. m. Altramuz silvestre (*Lupinus angustifolus*) [Fr; Gr; Ra].

rezón. f. Razón [Gr].

rial. m. Real, antigua moneda [Gr; Ra].

riestra. f. Ristra [Ma; Me; U].

rigueiro. m. Arroyo de pequeñas dimensiones [Gr]. También **riguero** [Gr; Ra].

ril. m. Testículo [Ma].

rober. tr. Roer, mordisquear [U].

robla. f. Comida que se realiza una vez que se ha cerrado un trato [Me; U].

roble. m. Roble de grandes dimensiones [Me; Ra]. Otra variante es **robre** [Gr].

roda. f. Turno, vez [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U]. **a la roda.** loc. adv. En orden [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

rodreno. m. Rodezno, rueda metálica movida por el agua que hace girar la muela del molino [Gr; Ma; Me; Ra; U].

rodro. m. Utensilio de madera provisto de un mango muy largo y una tabla atravesada en su extremo. Con él se arrastraban las brasas del horno, sobre todo hacia su boca, para dejar sitio al pan que se va a cocer [Gr; Ma; Me; Ra].

rolla. f. Tórtola (*Streptopelia turtur*) [Ma; Ra].

romancón. m. Roble de tamaño medio, algo mayor que el *trampón* [Gr].

romanino. m. Tomillo salsero (*Thymus zygis*) [Fr; Ma; Ra].

roquete. m. Seta, cuerpo fructífero de un hongo [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

rosa de lobo. f. Peonía (*Paeonia broteroi*) [Ra].

rozada. f. Labor de roturación y cultivo en común de un terreno del pueblo [Ma]. 2. f. Terreno del pueblo que se rotura y siembra en común [Ma].

rozar. tr. Desbrozar, cortar a ras de suelo plantas leñosas de poco porte, como espinos, jaras o zarzas [Gr; Ma; Ra].

rúa. f. Ruda, planta medicinal (*Ruta graveolens*) [Me].

rubio, -a. adj. De color rojizo [Ra].

rudión. m. Movimiento brusco e inesperado de un animal [Ra].

rueso, de. loc. adv. Se dice del funcionamiento de un molino que continúa pese a haberse agotado el grano [Gr; Ma; Me; U].

ruin. adj. Pequeño, de escaso tamaño [Ma; Me; Ra].

rumiaco. m. pl. Alga filamentosa propia de aguas estancadas [Ma; Me; U].

saca. f. Saco de lino utilizado para transportar el grano [Ma; Me; Ra].

salguero. m. Sauce (*Salix* spp.) [Ma].

saltón. m. Saltamontes [Gr; Ma; Me; Ra].

salvaharina. f. Producto de la molturación del grano de características intermedias entre la harina y el salvado [Gr]. También **salvadina** [Ma].

sanjuaniega. f. Sanjuanera, variedad de manzana que se caracteriza por su pequeño tamaño y por su temprana maduración [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

sapada. f. Caída de bruces [Me].

sapo, -a. adj. col. Natural de Valer [Fr].

sapo campanero. m. Sapo común (*Bufo bufo*) [Gr; Ma; Me].

sarda. f. Bermejuela, pez de pequeño tamaño (*Chondrostoma arcasii*) [Fr; Ma; Me; Ra; U].

sebe. f. Cercado vegetal de una finca [Ma].

segureya. f. En el molino de agua, pieza que trasmite el giro del eje del rodezno a la muela superior [Gr].

sentir. tr. Oír [Gr; Ma; Ra].

seña. f. Señal, indicio [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

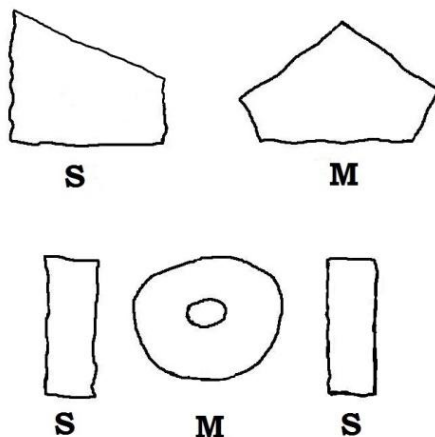
señal. f. Marca que identifica al propietario de una oveja, situada en la oreja del animal [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

señalar. tr. Marcar un cordero con un corte o muesca en su oreja para que se identifique a su propietario [Gr; Ma].

serano. m. Reunión nocturna de mujeres para hilar [Fr].

serda. f. Pelo resistente de ciertos animales [Me; Ra; U].

sierro. m. Montón de manojos, de base rectangular, que se colocaba en la era. La parte superior era similar a un tejado a un agua [Ra; U].



Esquema del *sierro* (S) y la *meda* (M), en sección y vistos desde arriba.

silva. f. Zarza (*Rubus ulmifolius*) [Gr; Ma; Ra].

silvera. f. Mata de zarzas [Ma; Ra; U].

sobeo. m. Correa que une el yugo y el timón del carro [Ra].

sobrao. m. Planta superior de una casa, normalmente utilizada como desván [Fr].

sobrizarse. intr. Apoyarse [Gr; Ra].

somentera. f. Sementera, época del año en la que se siembran las tierras [Me].

sotro día, a. loc. adv. Al día siguiente [Fr; Ma; Me; Ra; U].

suco. m. Surco [Ra].

sueda. f. Planta medicinal cuya raíz era muy utilizada por sus propiedades cicatrizantes (*Centaurea ornata*) [Gr; Ma; Me; Ra].

tabaresa. f. *Mantis religiosa* [Ra].

tagajo. m. Atajo, rebaño de ovejas con muy pocas cabezas [Ma; Ra; U]. También **tagayo.** ant. [Ra].

talabanco. m. Trasto, objeto viejo o de poca utilidad [Ra].

talayino. m. Vecino del barrio de la Talaya o la Atalaya, en Alcañices. La mayor parte de los habitantes de este barrio eran personas muy pobres [Ma].

tambor. m. En el molino de agua, pieza de madera que cubre las muelas [Gr; Ra; U].

tapar. tr. Impedir la salida del agua contenida en una presa de riego [Fr; Me; Ra].

tarabillo. m. Pieza del molino de agua que con su movimiento permite al grano caer entre las piedras de manera continua así como regular la cantidad vertida [Gr; Ma; Ra; U].

tarabusca. f. Perturbación meteorológica que trae consigo lluvia [Gr].

tardiego, -a. adj. Tardío, rezagado [Fr; Gr; Ra].

teijo. m. Tejón (*Meles meles*) [Gr; Ra]. Se dice igualmente **tejo** [Ra].

terciar. tr. Cargar sobre la espalda un objeto, normalmente un saco, repartiendo su peso de manera que se pueda transportar con facilidad [Ra].

térmano. m. Término [Gr].

testaral. m. Zona menos productiva de una finca o terreno, donde la roca se encuentra próxima a la superficie. Suele tratarse de terrenos de ladera, elevados sobre una zona de suelo más fértil [Ma].

tocar a la nube. loc. verb. Tocar las campanas para tratar de alejar del pueblo las nubes que se aproximan y amenazan tormenta [Ra; U].

tomillo blanco. m. Mejorana, planta aromática (*Thymus masticina*) [Fr; Ra].

tomillo morao. m. Cantueso, planta aromática (*Lavandula stoechas*) [Fr]. También se denomina **tomillo negro** [Ra].

tonga. f. Conjunto de objetos ordenadamente apilados en un montón [Fr; U].

torcida. f. Mecha, hilo de algodón usado para iluminar [U].

torda. f. Mirlo (*Turdus merula*) [Me; Ra; U]. En otras localidades se denomina *miorla* o *torda montesina*.

torda blanca. f. Zorzal (*Turdus philomelos*) [Ma; Ra]. Ver *miorla*.

torda carriza. f. Zorzal (*Turdus philomelos*) [Me]. Ver *miorla*.

torda montesina. f. Mirlo (*Turdus merula*) [Gr]. En otras localidades se denomina *miorla* o *torda*.

tordo. m. Estornino (*Sturnus unicolor*) [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

tornadera. f. Horca, apero de madera con varias puntas, usado para mover la *yerba* o la paja [Gr; Ra]. 2. f. Horca, apero con mango de madera y varias puntas de metal usado para mover el estiércol [Fr; Gr]. Otra denominación es *cargadera*.

torrada. f. Tostada, rebanada de pan tostado [Ma; Ra; U].

torreja. f. Torrija, rebanada de pan empapada en leche, rebozada y a la que se añade azúcar [Ma].

torrejón. m. pl. Dulce que se hace en la época de la matanza, con manteca, pan migado y azúcar [Ra]. También **turriyón** [Gr].

torta. f. Hogaza de pan de unos 2 kg [U].

torva. f. Tolva, recipiente por el que entra el grano en los molinos de agua [Ma; Me; Ra; U].

touza. f. Pequeño rodal de roble, constituido normalmente por varios *trampones* muy próximos entre sí [Gr].

toza. f. Pequeño rodal de roble, constituido normalmente por varios *trampones* muy próximos entre sí [Gr; Ma; Me; Ra; U].

trampa. f. Roble de pequeño tamaño [Gr; Ma; Me; Ra; U].

trampón. m. Roble de pequeño tamaño, similar a una *trampa* [Me; Ra]. 2. m. Roble de pequeño tamaño pero algo mayor que una *trampa* [Gr; Ma; U].



Trampones.

tramponada. f. Grupo de *trampones* [Ma].

trapa. f. Parte delantera de los antiguos pantalones de paño [Ma; Ra].

trilleiro. m. Persona que confecciona y repara trillos [Gr]. También **trillero** [Fr].

trovisco. m. Torvisco, mata de pequeñas dimensiones que produce unos frutos esféricos de color rojo (*Daphne gnidium*) [Ma; Ra]. También **truvisco** [Gr; Me].

tuero. m. Tronco, tallo, especialmente el de las berzas [Gr].

turada. f. Tronco de un árbol, sobre todo desde la base hasta *la primera estacada* [Gr; Me].

turbionada. f. Crecida fuerte y repentina de un río [Ra].

u. conj. O [U].

uñir. tr. Uncir, enyugar a los animales de trabajo [Fr].

ureja. f. Oreja [U].

urrieta. f. Vaguada [Ma; Ra].

uveja. f. Oveja [U].

vacada. f. Conjunto de todas las vacas del pueblo, cuando se reúnen para pastar todas juntas [Fr; Gr; Ma; Me; Ra; U].

vaca gallega. f. Fenómeno meteorológico que tiene lugar al amanecer o al atardecer, cuando el sol luce pero la mayor parte del cielo está cubierto de nubes, por lo que éste adquiere un color rojizo [Fr; Gr; Ra].

vacalloba. f. Aceitera, insecto de cuerpo alargado, de color negro y bandas rojas (*Berberomeloe majalis*) [Ra]. Otra variante es **vacalloura** [Ra].

vaciada. f. Rebaño de *vacíos* [Ma].

vacío. m. Oveja joven, una vez ha cumplido el año [Fr; Gr; Ma].

valeriana. f. Variedad de manzana procede del pueblo de Valer que se caracteriza por tener forma alargada, color claro y conservarse en buen estado durante poco tiempo [U].

vaqueiro. m. Persona encargada del cuidado de la *vacada* [Gr].

varal. m. Palo largo utilizado para remover las brasas del interior de un horno [Gr].

vela. f. Turno o vez [Ra].

venirse. prnl. Comenzar a crecer la masa del pan por efecto de la levadura. Cuando se da esa circunstancia es el momento de introducirla en el horno [Gr].

verdiñal. m. Tipo de berza, más oscura que la normal, también de desarrollo más lento y tardío, que se da de comer a los cerdos [Ma; Ra].

verrón. m. Verraco, cerdo semental [Fr; Me].

veza. f. Alverja, planta leguminosa silvestre muy frecuente en los sembrados (*Vicia sativa*) [Ra].

vieja. f. Terreno pantanoso [Gr; Ra; U]. También **vieya.** ant. (U). [Ra; U].

víspera. f. Víspera, día anterior [Gr].

vival. m. Madriguera [Fr; Me; U].

vociar. int. Vocear, dar voces [Me; Ra].

vos. pron. pers. ant. Usted [Gr]. 2. pron. pers. Os [Ma].

yerba moura. f. Mala hierba de cultivos (*Solanum nigrum*) [Ra]. También **yerba mora** [Gr].

yor. m. Ejemplar de la raza de cerdo Yorkshire, que se caracteriza por disponer de poco pelo y por tener las orejas de pequeño tamaño y normalmente levantadas [Ma; Ra; U].

yubo. m. Yugo [Gr].

zacho. m. Azada de pequeño tamaño, menor que la *patarra*, cuya pala acaba en punta. Se usaba para cavar los garbanzos, las muelas, etc. [Gr; Me; Ra].

zadón. m. Pico usado sobre todo para arrancar jaras, cepas y *escobas* [Gr; Ma; Me; U].

zapatiar. tr. Pisotear [Me; Ra].

zorra. f. Zorro (*Vulpes vulpes*) [Gr; Ma; Me; Ra].

zorro, -a. adj. Se dice del hijo de madre soltera [Ma; Ra].

zuda. f. Azud. Represa de un río o arroyo, cuya agua será conducida a un molino harinero [Fr; Ra; U].

BIBLIOGRAFÍA

Alonso Ponga, José Luis (1999). *Rito y sociedad en las comunidades agrícolas y pastoriles de Castilla y León*. Valladolid: Junta de Castilla y León.

Arguedas, José María (1968). *Las comunidades de España y del Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos (edición del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1987).

Arregui, Manu (2003). «El Cielo de otros tiempos. Aliste (Zamora)». En: *Tribuna de astronomía y universo*. II época, nº 45, pp. 32-39.

Bariego Hernández, Patricio y Gutiérrez García, José Luis (1998). *Sierra de la Culebra. «tierra de urces y lobos»*. Zamora: Caja España.

Barros Martín, Jesús (2005). *Di tú qué he sido*. Zamora: Semuret.

Baz Argüello, José María (1967). *El habla de la Tierra de Aliste*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Bazal Sanabria, Andrés (2009). *Vida y costumbres de un pueblo alitano. Pobladura de Aliste (Zamora)*. Zamora.

Blanco, Juan Francisco (dir.) (1985). *Prácticas y creencias supersticiosas en la provincia de Salamanca*. Salamanca: Diputación de Salamanca.

Blanco, Juan Francisco (dir.) (1987). *El tiempo. Meteorología y cronología populares*. Salamanca: Diputación de Salamanca.

Cabo Alonso, Ángel (1956). «Colectivismo agrario en Tierra de Sayago». En: *Estudios Geográficos*. Vol 17, nº 65, pp. 593-658.

Carbajo Antón, Fernando (1998). *Cerezal de Aliste*. Madrid.

Cortés Vazquez, Luis (1995). *Refranero geográfico zamorano*. Zamora: Diputación de Zamora.

Costa, Joaquín (1902). *Derecho consuetudinario y economía popular de España*. Tomos 1 & 2. Barcelona: Soler (edición de la editorial Guara, Zaragoza, 1981).

Crespo Pérez, Argimiro (1991). *Cartas a Minerva*. Zamora: José López Vila.

Crespo Refoyo, Pedro (2016). *Cuentos, canciones, costumbres, creencias, trabalenguas y otros textos de Sayago*. Zamora: Semuret.

Dias, Jorge (1953). *Rio de Onor. Comunitarismo agro-pastoril*. Porto: Instituto de Alta Cultura, Centro de Estudos de Etnologia Peninsular (tercera edición, Presença, Lisboa, 1984).

Gómez Carabias, Faustino (1884). *Guía sinóptica, estadístico geográfica de las poblaciones y parroquias de la Diócesis de Zamora y Vicarías de Alba y Aliste*. Zamora.

Gómez-Moreno, Manuel (1927). *Catálogo monumental de España. Provincia de Zamora*. Madrid (edición facsímil, León, 1980).

Gómez Ríos, Manuel (2001). *Alba y Aliste en la visita de don Manuel Cid y Monroy 1791*. Zamora: Semuret.

González Matellán, José Manuel y Bermúdez Lorenzo, José Luis (1991). «El cordel sanabrés». En: *Sobre cultura pastoril*. La Rioja, Centro de Investigación y Animación Etnográfica, pp. 179-196.

Guarido Casado, Gabriel (1966). *Historias de la Villa de Nuez y otras de Aliste y Alba*. Zamora.

Hoyo, Jerónimo del (1607). *Memorias del Arzobispado de Santiago*. (Porto y compañía editores, Santiago de Compostela, 1952).

Katón Álvarez, Simón (2012). «Mi vida nació en Aliste». En: *III Premio Memoria de la emigración castellana y leonesa*. Zamora, Junta de castilla y

león, UNED-Zamora y Fundación para la ciudadanía castellana y leonesa en el exterior y la cooperación al desarrollo, pp. 143-185.

Lourenço Vaz, Francisco (2002). *Pinelo. Economia da natureza e cultura popular*. Lisboa: Edições Colibri & Câmara Municipal de Vimioso.

Maia, Maria João y Pereira, Fernando (2003). *A vida pasmada do lagostim do Angueira*. Câmara Municipal de Vimioso.

Martín Ferrero, María de los Ángeles (1991). «Comunitarismo agrario en Sayago: el ejemplo de Badilla». En: *Anuario del Instituto de Estudios Zamorano Florian de Ocampo*, pp. 347-361.

Méndez Plaza, Santiago (1900). *Costumbres comunales de Aliste*. Madrid (tercera reimpresión del Ayuntamiento de Riofrío y Semuret, 2002).

Moreno Sebastián, Atilana (1993). *Conflictos jurídicos en la abolición de los señoríos de la grandeza en Zamora. Prestaciones subsistentes hasta la Reforma Agraria de la II República*. Zamora.

Olmedo y Rodríguez, Felipe (1905). *La provincia de Zamora. Guía geográfica, histórica y estadística de la misma*. Valladolid.

Ordenanzas municipales de la villa de Alcañices (1908). Zamora.

Pérez Martín, Antonio (2013). *La vida rural en Figueruela de Arriba en la primera mitad del siglo XX*. Bubok.

Plaza, Juan Ignacio (1986). *Organización y dinámica del paisaje en el oeste zamorano: el Campo de Aliste*. Zamora: Instituto de Estudios Zamorano Florián de Ocampo.

Plaza, Juan Ignacio (1989). *Aprovechamiento agrario y usos del suelo en la penillanura zamorana. La Tierra de Aliste*. Salamanca: Junta de Castilla y León & Universidad de Salamanca.

Plaza, Juan Ignacio (1990). *Estructura del espacio geográfico y políticas territoriales en la Tierra de Aliste*. Salamanca: Junta de Castilla y León & Universidad de Salamanca.

Puerto, José Luis (2011). *Legendas de tradición oral en la provincia de León*. Segovia: Diputación de León & Instituto castellano y leonés de la lengua.

Ranilla Fernández, Elías (2001). *Recordando el ayer de Riomanzanas*. Zamora.

Redacción editorial (2014). «Costumbres comunales de Aliste». En: *Raíces*. Nº 6, pp. 19-36.

Regueras Grande, José Ignacio (2001). «Caza y pesca zamorana en 1850 y en la actualidad». En: *Brigecio*, revista de estudios de Benavente y sus tierras. Nº 11, pp. 177-194.

Riesco Chueca, Pascual (2016). «La trashumancia a las sierras sanabresas a comienzos de la Edad Moderna». En: *Pastores. Trashumancia y ganadería extensiva*. Zamora, pp. 9-41.

Rivas Blanco, José (1986). *Aliste visto desde Rabanales*. Zamora.

Rodríguez Fernández, Gregorio (1991). *Paisaje y alma de Aliste*. León.

Rodríguez Iglesias, Juan Manuel (2003). *El ciclo del pan en un municipio sanabrés*. Zamora: Semuret.

Rodríguez Iglesias, Juan Manuel (2012). *Sanabria. Aprovechamiento tradicional de plantas y animales (1850-1950)*. Zamora: Semuret.

Rodríguez Iglesias, Juan Manuel (2013). *Sanabria. Lenguaje social tradicional (1850-1950)*. Zamora: Semuret.

Rodríguez Iglesias, Juan Manuel (ed.) (2016). *Nacimiento, matrimonio y defunción. Respuestas zamoranas al cuestionario del Ateneo de Madrid (1901-1902)*. Zamora: Semuret.

Rúa Aller, Francisco Javier (2006). *Meteorología popular leonesa*. León: Universidad de León.

Ruiz González, Cándido (1996). «La represión en Toro durante la Guerra Civil». En: *Studia Zamorensia*. Nº 3, pp. 133-156.

Sánchez Gómez, Luis Ángel (1991). *Sayago. Ganadería y comunalismo agropastoril*. Zamora: Caja España.

Terés Landeta, Javier; Pérez Figueras, Cinta y Valero Sáez, Adelina (1995). *Cuadernos de la trashumancia nº 11. Sanabria*. Madrid: Icona.

Vega Acedo, Celestino (2000). *Entre robles y castaños. Estampas carballeas*. Zamora.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	9
Capítulo 1. EL COLECTIVISMO	15
Capítulo 2. LAS SUBASTAS	109
Capítulo 3. LOS AÑOS DEL CONTRABANDO	115
Capítulo 4. LA CALIDAD DEL TERRENO	127
Capítulo 5. CAZA Y PESCA	137
Capítulo 6. LA PRESENCIA DEL LOBO	159
Capítulo 7. LA TRASHUMANCIA	187
Capítulo 8. METEOROLOGÍA	211
Capítulo 9. LAS HORAS	229
Capítulo 10. CREENCIAS POPULARES	235
Capítulo 11. EN LA ESCUELA	251
Capítulo 12. EL LENGUAJE	261
BIBLIOGRAFÍA	321

